

CIC

LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF CHICAGO



EL

SCYTHIAE

IN PERSIA

DE SCYTHIA

I



U
BX945
M3
v. 1



UNIVERSITY OF CHICAGO
PRESS



1080015656

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



EL SACERDOTE

EN PRESENCIA DEL SIGLO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL SACERDOTE
EN PRESENCIA DEL SIGLO.

VERDADERA

Historia universal del Catolicismo,

En la que se reducen en fin á la exactitud de los términos, á la unidad de las partes, y á la fuerza de la demostracion, la magnífica filosofía, el genio enciclopédico, los inauditos beneficios, la gloria y el triunfo cada vez mas brillante de la sola iglesia romana en todo el universo, en medio de la esterilidad, de las desgracias, y de la ruina inminente de todos sus enemigos.

POR M. A. MADROLLE,

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

POR EUGENIO DE OCHOA.

Ecce Homo. — JUAN, XIX.

He ahí el grande hombre, y el maestro directo ó indirecto de todos los grandes hombres.

TOMO I.

PARIS,

LIBRERIA DE ROSA

Capilla Alfonsina

Biblioteca Universitaria

1844.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Yago y Tepez

45961



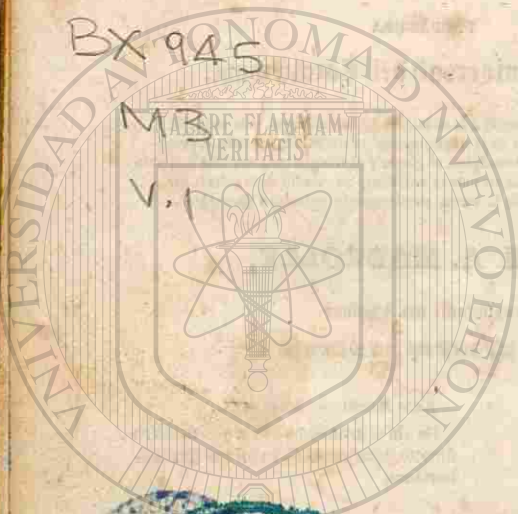
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Paris.— Schneider y Langrand.



BX 945



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

10001

ADVERTENCIA

DEL TRADUCTOR.

La valentía ó, si se quiere, la estrañeza de las formas y del lenguaje de este libro, sorprenderá tal vez á algunos de nuestros lectores, acostumbrados á hallar en las obras didácticas y religiosas un tono por lo general templado, y cierto caracter uniforme de llaneza y gravedad. El autor de este libro es de los que creen que ha pasado el tiempo de contemporizar con el error, y que todas las armas son lícitas para combatir esa funesta indiferencia en materias de religion, que es el cancer que devora las sociedades modernas. La vehemencia de sus convicciones y la energia de su caracter comunican á su obra cierto énfasis constante, ciertas exageraciones de sentimiento y de espresion. que, si á prime-

009460

ra vista causan una sorpresa, acaso desagradable, y, aun mas diré, cierta desconfianza irónica, á causa de lo poco acostumbrados que estamos á hallar en los escritores del día la fe elevada hasta el entusiasmo, acaban por atraer la atención y cautivar el ánimo como todo lo que es efecto de una creencia íntima, y de una incontrastable voluntad. Hablamos por experiencia, y esta es cabalmente la razón porque estamos persuadidos de que esta obra es una de las mas á propósito para hacer cundir las ideas religiosas, y por consiguiente para mejorar la condición de los hombres, predicando con admirable fuerza de raciocinio, copia de erudición y novedad de pensamientos y de elocución, el respeto y el amor al *Sacerdote*, que son el indispensable cimiento de las creencias, sin las cuales son imposibles la moral y ni aun la simple prohibición pública. La moral de los códigos, la mas comunmente observada en el día, porque su quebrantamiento acarrea los castigos inmediatos de multa, prisión, y muerte, basta en rigor para conservar el orden, pero no para hacer felices á las sociedades. Estas no pueden serlo sino á condición de ser creyentes, único caso en que las virtudes, cuyo objeto es siempre la felicidad propia ó la del prójimo, serán generalmente practicadas: — y como no pueden creer sin respetar y amar á los que les predicán las creencias, claro es que el autor que consiga este feliz resultado hará un bien inmenso á los hombres.

Los traductores solemos apasionarnos demasiado por los autores á quienes traducimos, y así acaso me engañaré diciendo que Mr. de Madrolle reúne todas las condiciones neces-

rias para conseguir dicho resultado; yo así lo creo sin embargo, y esta convicción es hija del serio estudio que he tenido que hacer de su obra para traducirla. Algunos, con solo leer esta ó la otra frase suya al parecer trivial ó ponderativa, condenarán toda su obra; pero deben hacerse cargo de que este libro ha sido escrito para todos, y que esas trivialidades y esas ponderaciones van dirigidas tal vez á algunos entendimientos á los cuales solo bajo esas formas es accesible la verdad. Sobre todo, no se apresuren á juzgar antes de haber leído toda la obra, porque muchas veces los que, aislados, parecen lunares, son bellezas en el conjunto. Permítanme que les diga con San Gerónimo: *Legant prius et postea despiciant.*

De la traducción de este libro solo diré que he procurado, no solo que sea fiel, mas tambien que reproduzca en nuestra lengua el sello peculiar del estilo y la original lozania de los pensamientos del autor. Una traducción sin esta última circunstancia es como un retrato en que las facciones del rostro están parecidas, pero en el que faltan la expresión y la vida del modelo. ¡Ojalá haya conseguido mi intento! Aun mas que por mi propio crédito lo deseo por la alta idea que tengo formada de la importancia de esta obra y de los utilísimos resultados que está destinada á producir.



EL PODER

Y LA

FORMA DEL MEJOR LIBRO.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Hoy mas que nunca, en una ciencia, en una profesión cualquiera, un libro, y sobre todo un *solo* libro, es, para uno mismo, el único medio de darse cuenta de su pensamiento y aun de pensar verdaderamente ;

¹ Punto es este sobre el cual nunca se insiste bastante. Este fué

a.

y para los otros, el medio único de llegar á ser hábil, de elevarse, segun Dios, y de añadidura, cuando se solicita, segun el mundo ¹.

Todos los hombres de gran genio, sin escepcion, han sido estudiosos y aun laboriosos: — Santo Tomas de Aquino, entre otros, *el buey mudo, cuya voz debia retumbar en los siglos*; — Bossuet, á quien tambien llamaban sus compañeros de colegio, un buey acostumbrado al arado, *Bos-suetus* aratro; — y el mismo Buffon, que definia el genio *una mayor aptitud para la paciencia*.

el secreto de la elevacion de todos los grandes hombres, y de Descartes, en particular, quien decia « que la lectura de los buenos libros es como una conversacion con los hombres mas hábiles de los siglos pasados, pero una conversacion estudiada en la cual no nos descubren mas que sus mejores pensamientos. » (Baillet, *Historia de Descartes*.)

¹ Gregorio XVI publicó, en 1799, un libro muy notable titulado: *Triunfo de la santa Sede sobre los ataques de los innovadores, batidos con sus propias armas*. Y acaso á este libro debió la tiara. Esta obra ha sido traducida al francés por el presbítero James.

Un libro tiene pues por objeto una gran cosa, y la mas grande despues de la salvacion de su autor y de las de los demas: un libro es un poder, es un sacerdocio.

Por eso nos dice el Espíritu Santo rotundamente por boca del gran apostol Santiago (cap. V, 49): « Hermanos míos, si alguno de vosotros se desviase de la verdad, y alguno le convirtiese, DEBE SABER que el que hiciere á un pecador convertirse del error de su camino, SALVARA SU ALMA de la muerte, « y cubrirá la muchedumbre de sus pecados ¹. »

El que dé á conocer el libro, salvará tambien la suya, acaso mas seguramente que el autor...

¡Y el que quiera que se ria del primero!

Solo al sacerdote, ó, cuando mas, al defensor del sacerdote puede y debe pedirse el libro mas util á las buenas costumbres. *El Sacerdote en presencia del si-*

¹ Trad. del P. Scio.

glo, aun imperfectamente ejecutado, es el libro que mas se acerca á merecer este título.

Si hay una verdad de que estamos íntimamente convencidos y que nos sentimos capaces de hacer oír algun día á los mas prevenidos en contra, esta es la del Deber, para el que aspira á ilustrar á sus semejantes, de hacerse de su lengua, no un objeto, sino un instrumento. Desde el momento en que en una composicion el *estilo* pasa generalmente por *bello*, no nos cansaremos de repetirlo, el pensamiento ha desaparecido, el hombre solo queda¹, y bien puede darse por seguro que hay numerosos vacios, infinitas vulgaridades, donde se distinguen pensamientos sublimes...

El brillo del dia no comporta relámpagos.

Yo desafio á cualquiera á que me enseñe, si puede, el estilo ó lo sublime en un sermón de Bourdaloue, ó en la *Teodicea* de Leibnitz.

¹ El *estilo*, ha dicho Buffon, es el hombre,..... es decir, el orgullo.

Todo es verdadero, y por consiguiente nada es literario en San Pablo: « Porque no me envió Cristo á bautizar, sino á predicar el Evangelio; no en sabiduría de palabras, para que no sea hecha vana la cruz de Cristo. *Non in sapientia verbi, ut non evanescatur crux Christi.* » (I. ad Corinth. 17.); Qué literatura y qué realidades juntamente, Dios mio!...

Nuestra gran desgracia, fuente de todas las otras desgracias en este siglo, es no creer, en punto á literatura, mas que en lo que entendemos confusamente, ó en lo que no entendemos ni poco ni mucho, y no llamar *hombres de genio* mas que á los hombres de imaginacion, ó á los *hombres de letras y de locuacidad*; — es decir, á hombres que llevan la incapacidad en sus escritos ó en sus discursos, hasta el punto de no colocar *una sola* verdad de la ciencia universal en el sitio en que la ha colocado la naturaleza, y de no decir nunca bien sino lo que nadie pone en duda.

Acusamos de medianía á todo el que nos ha-

² Trad. del P. Scio.

bla [claramente, es decir, como hablamos nosotros.

¡ Mucha esclavitud es esta para nuestro orgullo!

Digamos, pues, con Bacon (*Nov. Org.* lib. 1): « No conviene ponerle plumas al entendimiento humano, sino antes bien plomo y pesas para reprimir su vuelo y sus arranques. Esto no se ha hecho todavía: cuando se haga podremos esperar que progresen las ciencias. »

Antiguamente, aun no hace mucho tiempo, podía bastar hacer oír ó mostrar; hoy, y en lo sucesivo, es preciso *demostrar*.

Y, lo que vale mas, es preciso *demostrar con los hechos*: es decir, por otros, mas que por uno mismo; *demostrar*, dejando hablar á los demas, y principalmente á los adversarios de la verdad¹; demostrar,

¹ Para el que la entiende bien, la demostracion del catolicismo por los argumentos *ad hominem* de los protestantes ó de los filósofos, es de todo punto perentoria, y aun supone la mayor prueba,

con arreglo al admirable método del ilustre Liguori, porque en la literatura, como en la vida, la fuerza ó el genio es la humildad.

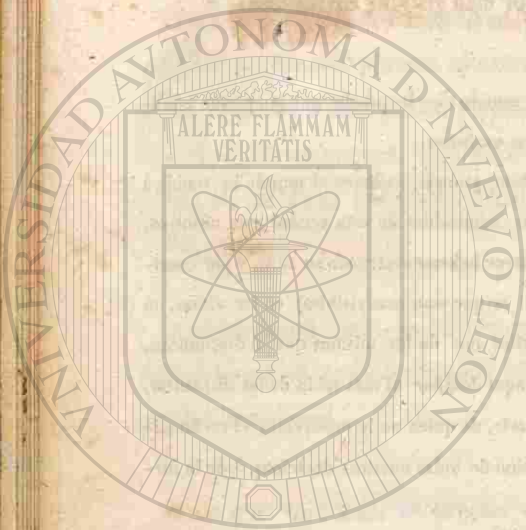
Demostremos por este sistema sin réplica.

segun las opiniones del mundo; — la prueba por la opinion pública, y aun por la opinion *unánime*.

Ahora bien, es evidente, y acaso nadie en el mundo ha tenido á la vista testimonios mas admirables de esta verdad que nosotros, es evidente que Dios parece haberse *reservado* su sitio, y por consiguiente el nuestro (á fin de que sean mas visibles) en las almas, en las palabras, en los escritos aun de los mismos que le desconocen, de modo que podemos aquí *desafiar* al mas sabio de los disidentes, á que nos nombre *uno solo*, de quien no le mostremos el reconocimiento, aun esplicito, sino de todas nuestras doctrinas, por lo menos de la principal.

Y le desafiamos á que haga confesar á *un solo lógico católico*, y aun á *un solo católico ordinario, un solo principio protestante*.

Nosotros no decimos en fin ningun error de nuestros adversarios, y nuestros adversarios *todos dicen casi todas* nuestras verdades!!!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRECEDENTE

ESPECIAL DEL AUTOR ¹.

U A N L

Un escritor demasiado famoso, fiel algun día al pa-
recer, hoy protestante y *deista* (Bossuet diría acaso,

¹ Este retrato, sin el modelo, que hoy nos admira por su seme-
janza, le pusimos en la *Defensa del orden social*, atacado en sus ci-

¿quien sabe? otra cosa), el antiguo abate de Lamennais, acababa de proferir en 1820, como en un presentimiento de su futura apostasia, su orgullosa amenaza: *Yo os haré ver lo que es un sacerdote...* malo, es decir, lo contrario de un sacerdote.

Nosotros le respondimos estas palabras testuales de la *Fidelidad*, es decir de la *lógica* por excelencia:

« Parécenos que el abate de Lamennais ha cometido con la mejor y con la mas pura fe del mundo muchas y muy graves faltas tanto mas peligrosas cuanto sirven de ejemplo, y cuanto tienen juntamente el privilegio del talento y sobre todo el de la *virtud*. (Entonces debíamos decir esto último, aunque no lo creíamos).

« El cimiento de toda su doctrina, la autoridad universal, es falso: un capítulo entero hemos empleado en probarlo.

mientos, porque ya entonces considerábamos al abate de Lamennais como el auxiliar de los enemigos de este orden. Reproducímosle aquí no seguramente como un triunfo (el fiel no conoce mas victorias que las que alcanza sobre sí propio) sino como un título á la confianza de nuestros lectores.

El lector que desee convencerse de esto por sus mismos ojos, verá que el libro no es, desde el principio hasta el fin, mas que una larga profecía de la larga *comedia* que hemos visto representar desde su publicacion.

« No lo es menos el caracter de sus discusiones políticas y religiosas. Vese en ellas, por una parte, el desorden de una imaginacion ardiente y de un corazon presuntuoso y soberbio, y, por otra, la ironía, el sarcasmo, no contra las cosas, sino contra los poderes; armas funestas, propias de la filosofía, que nunca emplearon, sin arrepentirse, los Padres de la Iglesia, y que J. C. y los apóstoles no emplearon jamás.

« M. de Lamennais no tiene autoridad alguna como publicista.

« Como teólogo, este escritor no ha hecho mas que seguir dos brillantes modelos, Pascal y el conde de Maistre. Creo que se podria apostar á que no se citará en sus obras un solo pensamiento que no se halle en las obras de los otros.

« Reune las formas originales de un disidente á las formas francas de un fiel.

« En una palabra, nos parece mas dotado de imaginacion que de juicio; su talento es de casualidad mas bien que de sistema. Ha escrito *Miscelaneas* muy buenas, articulos de periódicos, folletos, páginas y pensamientos sueltos de bastante mérito, pero en nuestro dictamen no ha escrito ninguna obra completamente buena.

« El abate Lamennais es una especie de Diderot católico; si continuase, **TEMBLARIAMOS DE QUE LLEGASE A SER UN DIDEROT.** Su celebridad es superior á

su talento, pero si no se anda con cuidado, mucho se modificará aquella con el tiempo. El ilustre escritor es un niño mimado á fuerza de inconsiderados y prematuros elogios... Si á alguno le pareciere que somos demasiado atrevidos en juzgar á ese hombre con tanta severidad, responderiamos que mucho mas lo ha sido él en juzgar á sus propios maestros. Atacándole, no hacemos mas que defender la autoridad : — esta es la disculpa de nuestro atrevimiento, como la causa de nuestra superioridad sobre él. Nuestro juicio, por mas temerario que parezca, no es orgullo, sino sumision. »

Despues de la caída y de la *recaída*¹ del abate de Lamennais, y desde que publicamos la *Lógica de un fiel* contra sus *Palabras de un creyente*, hemos hecho otro anuncio, en el que todavía persistimos :

Este es su conversion y aun su penitencia, mas cercanas de lo que se cree.

El abate Lamennais hará ver al mundo *lo que es un sacerdote*, aun cuando, por algun tiempo, ha dejado de serlo.

¹ Alude sin duda el autor á su obra titulado el *Libro del Pueblo*.

-- N. del T.

PRECEDENTE

Y

OBJETO DEL SACERDOTE

EN PRESENCIA DEL SIGLO.

Casi nos sonrojamos, pero tenemos necesidad de decir y de repetir una y mil veces, que Dios se prueba por la mayor de las demostraciones imaginables : *por la imposibilidad de probar nada sin él*. Leibnitz, el mas católico, porque era el mas ilustrado de los pro-

testantes, hallaba desvanecida, por su parte, la sola idea de una duda instantánea sobre la *razon* de la existencia sin la cual no hay existencia ó verdad posible en estas admirables palabras que decia San Pablo á los Romanos : *O homo, tu qui es, qui respondeas, Deo? Numquid dicit figmentum ei qui se finxit: quid me fecisti sic?*

« Dirá el vaso al alfarero :

« ¿ por qué me hiciste de barro? »

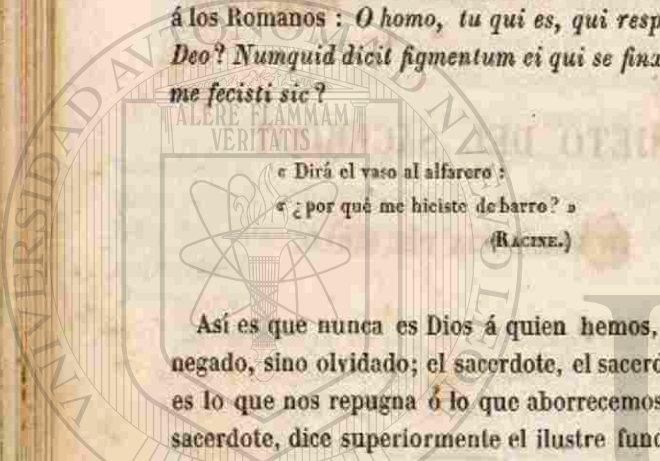
(RACINE.)

Así es que nunca es Dios á quien hemos, no diré negado, sino olvidado; el sacerdote, el sacerdote solo es lo que nos repugna ó lo que aborrecemos. « Y el sacerdote, dice superiormente el ilustre fundador de San Sulpicio de Paris, es, en una *palabra*, un sumario y un compendio de toda la religion... » Probémoslo. Este es el gran medio, el único tal vez de hacer sentir, conocer, amar y admirar á Dios y al hombre juntamente.

Esperábamos esta época (1840), para poner al sacerdote en presencia del siglo XIX. Cien años justos hace (el primer libro filosófico, los *Pensamientos* de este nombre datan de 1740) que sus obcecados enemigos le atacan sin tregua y exclusivamente.

Cien años hace que el sacerdote no tiene siquiera siempre y no cree poder tomar él mismo, la *libre defensa de los acusados* vulgares.

Y sin embargo él, como el cristianismo, como el deber, como el orden y el bien público é individual que representa, nada teme tanto como no ser conocido.

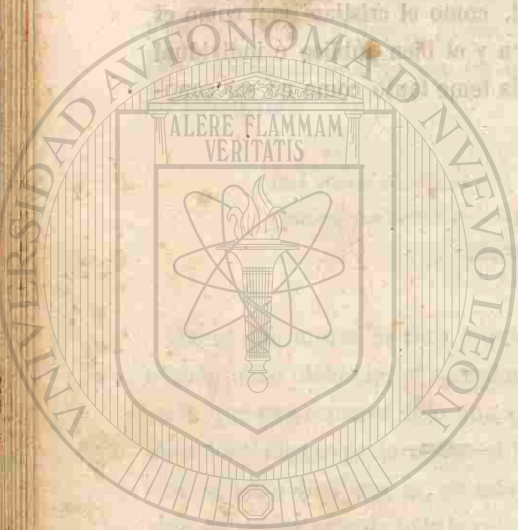


JUAN L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





EL SACERDOTE EN PRESENCIA DEL SIGLO.

PRIMERA PARTE.

LA MAGNIFICENCIA DE LA DIGNIDAD RACIONAL DEL SACERDOTE.

El sacerdocio es el *arte de las artes*, la *ciencia de las ciencias*, como le llama San Gregorio en su tratado *de los deberes de los pastores*, por la sencillísima razón de que formando las almas a imagen de su autor, forma todo lo demás y aun puede decirse que forma el mundo entero. El sacerdocio es la profesión deífica (*Déifica professio*), dice San Ambrosio, quien también habló de la dignidad del sacerdocio que tan dignamente desempeñaba: el sacerdote¹ es un an-

¹ Preciso es que haya mucho poder, mucho espiritualismo, mucha divinidad (sobre todo cuando hay fidelidad), en la persona del sacerdote, en cuyos nombres originarios se hallan significaciones

gel que, con ayuda de la escala misteriosa, mantiene una comunicacion continua entre el cielo y la tierra, no formando mas que un solo ser con la cruz, y pronto á consagrarle, si es preciso, un testimonio de sangre.

El menor de sus privilegios, considerándole solo como hombre, (y bajo este concepto es único en la sociedad nueva) es el de ser el hombre de todo el mundo; él solo tiene el derecho de presentarse y de presentar á los demas en todas las casas; de recibir, en la iglesia ó en su casa, personas de todas edades, de todos sexos, de todas condiciones, y en este punto, todos los dias ocurre que el disidente no se diferencia del fiel.

Considerado como sacerdote, otra omnipotencia tiene algo mas importante: puede decirse que es indirectamente, sin querer, sin saberlo y sobre todo sin aprovecharse de ello, el gran propietario, y que podria ser, bajo las mismas condiciones, el grande elector, el gran dueño, el rey del pais donde la religion es dominante. Y la religion predomina en todas partes, porque la religion ó la irreligion, (es decir, siempre la religion) es lo que forma nuestras ideas, nuestro caracter, nuestra conducta, en general como en particular, y mas adelante veremos

magnificas. El sacerdocio, dice San Agustin, salmo 44, *nos dicitur á santificando*; ó mas bien, segun San Antonio, citado por Liguori, se deriva de *Sacra docens*, ó segun Santo Tomás de Aquino, de *Sacrum dans*.

que solo el sacerdote católico constituye la religion, como el sacerdote apóstata es el que la mata..... ó mas bien *parece* que la mata, suicidándose él solo.

Y en primer lugar, el sacerdote, el mas humilde cura ó vicario de la mas humilde parroquia, no representa solamente á su grey delante de Dios, sino á todo el universo: *Pro universo terrarum orbe legatus intercedit apud Deum.* (SAN CRISOSTOMO, de sacerd.).

El sacerdote es el *hombre de Dios* (PABLO, 1 Tim., 6): — es mas que San Juan Bautista¹: un angel, mas que un angel²; — el juez de los án-

¹ *Qui minor est in regno caelorum, major est illo.*

² OLIER, *De la suprema dignidad del sacerdocio.*

Non solum angeli, sed Dei etiam quod Dei immortalis vim et nomen apud nos teneant, apellantur. Concil. de Trento.

«La dignidad del sacerdocio, dice Liguori, supera aun á la de los ángeles, como lo escribió Santo Tomás (5 p. q. 22, art. I, ad. 1). San Gregorio Nacianceno dice tambien: *Sacerdotium ipsi quoque angeli venerantur.* Todos los ángeles del cielo no pueden absolver de un pecado. Los ángeles de la guarda velan sobre las almas que les están confiadas, y si se hallan en pecado, no cesan de escitarlas á recurrir á los sacerdotes, hasta que estos les dan la absolucion. *Licet assistant, presidentis (sacerdotis) imperium expectantes, nullus tamen eorum ligandi atque solvendi possidet potestatem* (SAN PÉTR., DAM., Sermon. 26 de Sancto Petro). Si desciende á un moribundo que le invoca, el arcangel San Miguel podrá muy bien ahuyentar los demonios, pero no podrá libertar de sus cadenas el alma de un suplicante, si no viene un sacerdote á absolverle. Habiendo San Francisco de Sales conferido el sacerdocio á un clérigo excelente, vióle, al retirarse, pararse en la puerta como para ceder el paso á otra persona, y habiéndole el Santo preguntado por qué hacia aquello, el nuevo sacerdote respondió que el Señor se habia digna-

geles¹; — es igual á la Virgen², en cuanto concibe y produce tambien, á su modo, á Jesucristo; — es superior, en un sentido, á la Virgen, en cuanto concibe á Jesucristo cuantas veces quiere³; — es el vicario de Jesucristo⁴; — la imagen de Jesucristo⁵; — es igual á Jesucristo⁶; — es Jesucristo escon-

do honrarle con la presencia visible de su angel de la guarda, y que este, que antes iba á su derecha y le precedia, habia pasado á su izquierda desde que era sacerdote, y no queria ya tomarle la delantera. Esto era, añadió, lo que le habia hecho quedarse junto á la puerta en piadoso altercado con el angel. — San Francisco de Asís decia: Si vieses á un angel del cielo y á un sacerdote juntos, doblaría primero la rodilla delante del sacerdote, y luego delante del angel.»

Al oír esto no puede uno menos de esclamar: ¡O magníficos actos de fe! ¡O dulces ilusiones (si se quiere), mas magníficas todavía! Porque siempre, en la religion católica, escluyendo un prodigio, se halla otro mayor.

¹ *Angelos judicabimus.* I Corinth. 6.

² *O veneranda sacerdotum dignitas, in quorum manibus Dei filius veluti in utero Virginis incarnatur.* San AGUSTIN, Salmo 37.

³ *Excedit sacerdotalis potestas virginis potestatem.* San BERNARDO, San BERNARDINO, etc. — *Beata virgo solum semel aperuit calum, sacerdos qualibet missa.* S. VIC. FERRER.

⁴ *Sacerdotes vicarii Christi.* S. CHRISOST., in Math. — *Sacerdotes vice Christi fungitur.* S. CIPRIANO, Epist. 65.

⁵ *Debent formam visibilem Christi in seipsis ostendere.* S. BUENAVENTURA.

⁶ El que os escucha me escucha, el que os desprecia me desprecia. S. LUCAS. — Si el Redentor, dice Liguori, bajase á una iglesia para administrar en ella el sacramento de la penitencia, y fuese un sacerdote á sentarse en otro confesionario, Jesucristo diria: *Ego te absolvo*, y el sacerdote pronunciaria del mismo modo: *Ego te absolvo*, é igual efecto producirian ambas absoluciones.

dido, muerto¹; — Jesucristo vivo²; — el pariente de Jesucristo³; — el padre de Jesucristo⁴; — creador con él⁵; — su cuerpo, una iglesia donde Dios reside⁶; — la pupila misma de los ojos, la parte mas luminosa de Dios⁷; — el mismo Dios, (el primer sacerdote⁸) visible⁹.

Y, si es licito repetirlo, mas que Dios en un sentido, (como San Pedro haciendo milagros que el mismo Jesucristo no habia hecho) pues que Dios se ha puesto á sus órdenes¹⁰.

Y el todo, aun cuando fuera indiferente, infiel, falso, hipócrita¹¹, criminal enfin, ó nulo, como hombre.

De modo que si el sacerdote hiciere algun daño,

¹ El yo de los sacerdotes debe convertirse en J. C., que les hace decir en el altar: *Este es mi cuerpo.* S. PROSPERO.

² DIONISIO AREOPAGITA.

³ *Sacerdotes parentes sunt Christi.* S. BERN., Ad Pastor.

⁴ *Per evangelium ego vos genui.* S. PABLO.

⁵ OLIER.

⁶ *Specialissima Dei tabernacula.* LEON, etc. — *Habitante in nobis Christo erit omnino vobiscum genitor.* CIRILO, in Joan.

⁷ *Hi sunt pupilla ipsa Dei oculorum.* S. CARL. BORROMEIO.

⁸ OLIER.

⁹ *Solo Deo et creatori tuo inferior es.* CASIANO. — *Post Deum terrenus Deus.* S. CLEM. — *Sacerdos est quasi Deus visibilis.* JORGE VENET, De harmon. mundi.

¹⁰ *Obediente Deo voci hominis.* — ¡Oh venerable santidad de la manos, exclamó S. Agustín, el que me ha creado me ha dado la facultad de crearle.

¹¹ *Et si pravi sint sacerdotes, Deus omnia per eos perficiet.* S. CRIS., Hom. 85, S. JUAN, cap. 20.

nunca se le haria mas que á él , y A EL SOLO....

Sin remontarnos á un órden de ideas tan complicado, el sacerdote es el hombre perfecto, el hombre excelente, el hombre elevado á sumas alta potencia, como que solo depende (porque el soberano pontífice no es otra cosa mas que un sacerdote) inmediatamente del que no depende mas que de sí propio.

Al pie de la pila bautismal, llama á los tiernos niños para hacer de ellos grandes hombres. En el púlpito, tiene derecho para decir la verdad á los reyes y á los pueblos: sentado en el tribunal, depositario de las llaves del cielo, juzga, dice San Gerónimo, antes del Juicio por decirlo así: en el altar, casi parece que es mas que el mismo Dios, porque hace á Dios, como Dios hizo la luz, con una sola palabra. Y luego, cuando el tiempo falta al fiel, testigo del acto milagroso, le da la eternidad en cambio: dice al último de los mortales como al mas augusto *hijo de San Luis*¹, al verdugo como al martir: *Subid al cielo!* El sacerdote dicta la sentencia, dice Pedro Damien, y Dios la confirma.

Pero es bueno, es necesario saber qué es en el fondo la religion.

La religion es Dios, ó no es nada.

Y Dios es la razon, el medio y el fin (es decir

¹ Alusion á las palabras que dijo el sacerdote M. Edgeworth á Luis XVI, en el patibulo. — N. del T.

los tres elementos) del hombre y por consiguiente de la sociedad y del mundo.

Decimos la *razon* (y por consiguiente lo demas), porque ¿cómo se esplica sin Dios todo lo que no es él?

¿Y principalmente los deberes de todas clases?

Si no creemos que el mismo Dios ha prescrito los deberes, y que los ha prescrito eficazmente ¿qué razon tendremos para practicarlos? ¿La conciencia? Esta acaba siempre por ser esclava del interés, que es siempre el contrario del deber. — ¿El interés? Muchísimo talento se necesita para ver que, en último resultado, siempre está de acuerdo con el deber, por este acuerdo se manifiesta muy á la larga, en toda una vida dada, y este talento lo da ó lo suple la religion. — ¿El honor? — El honor manda, entre otras cosas, el desafio, que el deber y aun el interés prohiben. — ¿El temor á la justicia? Este es el honor de los pícaros y de los cobardes, que no impide que siempre estén estos en mayoría.

De modo que la religion es Dios, Dios solo, y si nos es licito decirlo así, Dios todo entero, el Dios de la creacion *ad libitum* del mundo, de su preservacion *ad libitum*: el Dios del mandamiento de los deberes y de su venganza: el Dios del tiempo y de la eternidad: el Dios enfin del cristianismo y del catolicismo: el Dios de San Pablo, de San Gerónimo, de San Basilio, de Santo Tomas de Aquino, de Bossuet; el Dios, sobre todo, de San Luis, de San Vicente de Paul, de Fenelon, de todos nuestros

grandes hombres y de todos nuestros monumentos sublimes : el Dios de nuestros niños y de nuestros catecismos.

Es decir el Dios del único sacerdote cuyo caracter, deberes y destino estamos bosquejando en grande.

¿Y qué sería, en el fondo, un Dios que no fuera este Dios?

Un ser infinitamente impotente, infinitamente dudoso, infinitamente insensible.

Un Dios, y este era el pensamiento íntimo de Bosuet¹, que no es.

O mas bien, es el pontífice orgullo, el Dios lujuria, la *Diosa razon*: es nosotros, nosotros solos, nosotros exclusivamente, y he aquí por qué los pueblos se dicen hoy, mas que nunca, *soberanos*, y los sacerdotes son tratados como *subditos*.

Así, pues, la religion es el sacerdote².

Por eso dice Liguori:— Jesucristo murió para hacer un sacerdote, á fin de edificar toda la Iglesia y por consiguiente toda la tierra.

Y en efecto, digásenos en qué país, en qué época del mundo, se vió jamás un solo instante, una religion sin altares, sin culto, sin enseñanza, sin

¹ El deísmo, dice, es un ateísmo disfrazado, y el ateísmo es la religion menos el sacerdote.

² Y un papa, *el siervo de los siervos de Dios*, es quien lo ha proclamado: *Penes illos et religionis summa*. HORMISD, Epist. 25.— *Sacerdotes in ecclesiá, bases in templo*. SAN GREG., Hom. 17.

palabra, sin órgano, sin hombres, sin sacerdotes en fin.

¿Y qué! La filosofia tiene sus adeptos: la literatura, sus literatos; todas las artes y todas las ciencias, sus cultivadores: la familia tiene un padre, la universidad un rector: la administracion, sus agentes; la justicia, sus magistrados; la monarquía, su rey; y la religion, cimiento de todas las artes, de todas las ciencias, de todos los gobiernos, de todo el bien que se hace en el mundo ¿habia de ser la única abandonada á sí misma, es decir á la usurpacion del primer ocupante?

¿No, no, mil veces no!

El Sacerdote (y por consiguiente un número de Sacerdotes y un clero proporcionado al número de los fieles y á la estension de los territorios) el Sacerdote, destinado á conservar, á enseñar á los hombres los dogmas y los deberes exclusivamente conservadores del hombre y de la sociedad, ha existido, puede decirse con la historia universal en la mano, en todos los pueblos y en todas las épocas, y en todas partes, y siempre no ha sido destruido sino para renacer cada vez mas poderoso. Cuanto mas grandes han sido los pueblos, aun segun las ideas mundanas, mas lo han sido sus sacerdocios: tales fueron los de Egipto, de la India, de Grecia, de Roma y de todo el Oriente, y es esto tan cierto que uno de los sabios mas insignes y menos sospechosos de este siglo, Benjamin Constant, parece no haber compuesto su voluminosa y principal obra

De la Religión², mas que para renovar las pruebas de esta gran verdad histórica.

Entre los Judios, la mas pequeña y al mismo tiempo la mas fuerte sociedad que ha existido jamás en la tierra, el Sacerdocio fué mas sabio, mas poderoso y mas propietario² que en ninguna otra sociedad: el cristianismo solo estaba destinado á sobrepujarle aboliéndole para siempre. El Sacerdocio ó el clero católico se ha hallado casi desde luego, sin solicitarlo, sin pensar en ello, por la sola fuerza de las cosas, siendo la razon constituyente, la sociedad modelo, el orden verdaderamente fenoménico del mundo. A él se han debido notoriamente todas las demas corporaciones religiosas, políticas, civiles, y aun las que algunas veces se han puesto momentáneamente en su lugar y han intentado destruirle.

¿Y en efecto, qué se han hecho en las sociedades cristianas ó civilizadas en que se han manifestado los cismáticos y los intrusos de toda especie? ¿Qué papel hacen, qué rechiflas y qué odios no escitan los *augures* así antiguos como modernos; el *papa* ruso, el *eclesiástico* aleman, el *ministro* anglicano,

¹ « El sacerdocio, dice, ha ejercido una autoridad sin limites en todos los climas. » Lib. III, cap. II, p. 44.

² Montesquieu ha observado, en el *Espiritu de las Leyes*, que el clero de Francia ha sido, en tres ocasiones, el mayor propietario del reino. Si hubiera conocido la *razon de las leyes*, hubiera sabido: 1º que esto mismo ha sucedido en todas partes; 2º que la propiedad va naturalmente, legalmente, y siempre, á la fuerza moral.

el *pastor* de Ginebra, el *brama* ó el *alfaquí* de la India, el *mufti* y los *jeques* de Constantinopla, etc.?

Podemos, pues, decir del sacerdote lo que Massillon dijo de Dios: ¡Solo el sacerdote es grande!

Pero si engrandecemos y si casi divinizamos al sacerdote, no es ciertamente (librenos Dios), para multiplicar y estender sus privilegios, sino, por el contrario, para estender y multiplicar sus deberes. El mayor poder no es mas que el mayor deber y la mayor responsabilidad.

Es preciso (*terrible es preciso*, dice Bossuet), que el sacerdote sea ilustrado, caritativo, perfecto, santo, si un hombre debe ser esto en el mundo; porque todas las luces, todos los beneficios, todas las perfecciones, todas las santidades, directa ó indirectamente, de lejos ó de cerca, han dependido siempre de él, como el efecto depende de la causa, ó participa del medio.

De él es principalmente de quien está escrito: « Sé santo, como yo soy santo. » (LEVIT.) — « Debe ser tal que no pueda ser reprendido. » (S. PABLO.) *Vos estis lux mundi.* MAT. 5. IV. — *Nihil scientiæ, nihil in eis sapientiæ, nihil desit industriæ.* ORIGEN. homil. 6 in Levit.

¿Las luces? Es una verdad sabida por todos que los pueblos antiguos no fueron adquiriendo conocimientos sino á medida que iban estableciendo y estrechando sus relaciones con el pueblo de Moises, y que los pueblos nuevos debieron toda su civilización á los Frailes, á los Eclesiásticos y á los Ponti-

fices, aun durante aquella edad media en la que se ha dicho que *era de noche en la sociedad*. Recordamos la lista de nuestros grandes hombres, de los autores de todos los grandes descubrimientos, de los organizadores y de los reorganizadores de las ciencias generales ó particulares, y en donde quiera hallaremos un sacerdote, un fiel, cuando no hallemos un *Padre* ó un *Santo* de la Iglesia. Y para no citar mas que un rasgo entre mil, si se pudiera ver todo un siglo en un hombre, este hombre seria un sacerdote que eclipsa, absorbe ó por lo menos refleja hasta el infinito cuanto le rodea. Este hombre es en el siglo III, Origenes ó Tertuliano; en el siglo de Constantino, Atanasio ó Basilio; en el V, Agustín ó Leon; en el VI, Benito ó Gregorio; en el VII, Isidoro, el primero de los enciclopedistas de primer orden: Beda, en tiempo de Carlomagno, en el VIII: el prodigioso S. Benito, abad de Aniaría y aun el sabio patriarca Focio, en el IX: el admirable Silvestre II (Gerberto) Papa, en el X: Gregorio VII ó Anselmo, en el XI: San Bruno ó San Bernardo, en el XII: Santo Domingo ó Santo Tomás de Aquino, en el XIII: Rogerio Bacon ó Gerson, en el XIV: el Tostado ó Savonarola, en el XV: el cardenal Jimenez ó San Francisco Javier, Leon X ó el canónigo Copérnico, en el XVI: Bellarmin ó Richelieu, á principios del XVII: Kircher ó Bourdaloue, Petau ó Bossuet á fines del mismo.

El mismo siglo XVIII^o no será grande algun dia en las ciencias, sino merced á lo que hubo de sa-

cerdotal en el triunvirato: La Caille¹, Boscovich, Spallanzani. En filosofia ha producido tres grandes ingenios que cada dia van pareciendo mas grandes al paso que sus adversarios van pareciendo mas pequeños: Liguori, Gerdil y Bergier².

Hoy, si hay en la Europa civilizada un personage eminente por su noble cuna, sus sacrificios voluntarios, su sabiduria teológica, politica, moral y aun literaria³, sus dones mejor y mas universalmente reconocidos de milagro y aun de profecía: si hay un sacerdote de primer orden que pueda considerarse como el dechado de la doble fidelidad, espiritual y temporal, y tambien como el refutador vivo del abate Lamennais, es el principe abad de Hohenlohe.

Antes del cristianismo, aquellos hombres eran Séneca, Ciceron, Platon, Sócrates, Pitágoras, especies de sacerdotes, de Pontífices griegos ó romanos,

¹ Su émulo era tambien un sacerdote, pero anglicano, Bradley.

² Citaria con preferencia al presbítero Para du Fanjas, si fuera permitido clasificar entre los hombre célebres al mas digno de serlo. Los filósofos, como los libros, tienen su buena y su mala suerte: *Et habent sua fata libelli*. No conozco ningun libro, antiguo ni moderno, comparable á la *Teoria de los Seres sensibles*, á la *Teoria de los Seres insensibles*, y á la *Filosofia de la Religión*, de este grande hombre desconocido.

³ Ha compuesto, ademas de dos bellisimos libros de *Horas* y de *Dias católicos*, varios escritos superiores titulados: *De la dignidad y de los deberes del sacerdote: Qué especie de vínculo une al católico con la santa Sede*, etc.

quienes lo veian todo en el Dios de Israel, mejor acaso que el padre Malebranche en el Dios cristiano.

La cuestion de los beneficios del mundo se resuelve, aun mejor que la de las luces, por la consideracion del sacerdote. Bastarianme, para prueba de la superioridad del sacerdocio en punto á doctrinas ó costumbres, los errores, los vicios ó los crímenes individuales de que se le ha acusado alguna vez ó de que se le acusa todavia. Antes del cristianismo, se notaban las virtudes, las de Platon, por ejemplo, porque salian de la linea comun de los vicios; luego, se notaron los vicios por la razon de que las virtudes llegaron á ser el derecho comun. El observador superficial busca lunares en la Biblia, y el observador habil, bellezas en el Coran. Suele verse tal vez de cuando en cuando, en un siglo, en una sociedad, en un pais, un avaro, un jugador, un libertino, un APÓSTATA¹, en quien se repara, entre trece, á veces entre cien eclesiásticos honrados de quienes no se hace caso ó á quienes se tiene envidia.

¹ Esta sola circunstancia de la apostasía es lo que ha hecho la fortuna de las *Palabras de un creyente* (de Lamennais). Todos querian ver hasta qué punto el mas humilde de los fieles de ayer era habil para hacerse relapso al dia siguiente: el crimen ó, si se quiere, la singularidad es lo que picó la curiosidad. «Dejemos que pasen algunas semanas el momento de las refutaciones y de las escomuniones, dijimos el mismo dia en la *Lógica de un fiel*, cuya edicion se ha agotado, y jamás libro alguno habrá caido en mayor desprecio: *Quasi plumbum in profundo.*»

El clero católico de las ciudades, y sobre todo de la capital, en Francia, está aun mas en armonia con la severidad de sus principios, por la sencilla razon de que es mas selecto y de que está mas fácilmente vigilado por sus gefes naturales: en la milicia eclesiástica, los estados mayores son los que forman los soldados.

En el fondo, al clero le contienen y deben contenerle siempre su educacion clerical¹, y el cono-

¹ Nadie se imaginaria, sin leerlo, y aun sin verlo en accion, las máximas fundamentales de la ordenacion, los desvelos, los rigores que emplea la iglesia en formar á los jóvenes levitas y á los clérigos para hacerlos sacerdotes: este es el punto esencial, la *clave del edificio* para ella. Y cuando ni aun exigimos un certificado de buena conducta para hacer un diputado, un ministro, un par de Francia, etc., la iglesia enseña á sus funcionarios que, así en la antigua ley, el sacerdote ofrecia primeramente por sus pecados, luego por los del pueblo: *Prius pro suis delictis, deinde pro populi*; el sacerdote de la ley nueva debe, si es posible, no tener nada que satisfacer por sí.—Que debe estar contento con ser pobre: *Elegi abjectus esse in domo Dei mei*. Salmo 85.—Que á aquel á quien Dios ha hecho rico, nadie le hace pobre: *Quem Deus divitem fecerit, nemo pauperem faciet*. S. CIPR., *Ad Donat.*—Que es preciso que camine de virtud en virtud: *De virtute in virtutem*. Salmo 85.—Que su vida debe ser celestial: *Professio clericorum vita celestis*. CASIOD., lib. II.

Y para esto, todo está previsto, todo está hecho, dado, impuesto al sacerdote: la *corona real* de su tonsura (mas grande si es obispo), segun este pensamiento de S. Gerónimo: *Sunt reges, id est, se et alios in virtutibus regentes, et illa in Deo regnum habent*; y esta otra: *Quia servire Deo regnare est...*—La sotana negra en el mundo, especie de sudario en que está sepultado á ejemplo de Jesucristo: *Christo occiso omnes ministri debent conformari*; y tambien segun esta hermosa espresion de S. Pablo: *Semper mortificationem Jesu*

cimiento cada día mayor que va adquiriendo, sin pensar en ello, involuntariamente, de la gran razón, del gran motor de los deberes, el dogma^e, ó si se quiere, el temor de Dios.

Si la mentira misma se convierte en sinceridad, en la mente de su autor que la repite, con mucha más razón la verdad; y si, al fin y al cabo, hay una verdad en el mundo, es la verdad cristiana. Cuando un sacerdote engaña ó se engaña, sale de su error antes y más fácilmente que otro: todo es para él *Memorial católico*, y mas que nada las faltas: *Pecca-*

in corpore nostro circumferentes, rodeados en todo nuestro cuerpo de la misma muerte de Jesucristo. — La sobrepelliz blanca, signo de inocencia, de purificación, de bautismo, de alegría, en el reino del cielo sobre la tierra (la iglesia): *Vestes candidas magis gloriam maiorem antiquitus designasse*. PETRUS CLUNI. *Ad Bernard*. Todo le está impuesto, principalmente sus discursos y aun su conversación: *Os tuum os Christi est*. S. AMBR., *De Isaac*⁴. *Quasi sermones Dei*. I PEDRO, 4. *Spiritus Patris vestri qui loquitur in vobis*. MATEO, 40. — Toda su fisonomía en fin, representativa de Jesús: *Christi habitus et forma undique fulgeat et representetur in nobis*. S. ANSELMO, *Ad Rom*.

⁴ Y por esto entiendo, para el clero de segundo orden, menos el dogma que la disciplina, menos la adhesión al soberano pontífice que al episcopado. La autoridad, es decir la persona real, es lo que constituye el cristianismo bien entendido, porque es lo único que no degenera en ilusión.

⁵ Más bella es aun una imagen de San Ambrosio, *De Voc. Gent.*, Si se reconoce la presencia de Dios en el admirable orden del firmamento, todavía se ve mejor en un alma que él gobierna. *Cælis consono ordinatio- nis concentu, protestatur gloriam Dei, et prædicatione perpetuâ majestatem sui loquentur auctoris*.

tum meum contra me est semper. Pero lo que mas impresión debe producir en él es el natural espíritu de consecuencia. Cuando un hombre recomienda habitualmente, por profesión, la teoría de la abnegación, no podría sin reírse de sí mismo, entregarse al egoísmo en la práctica. El orgullo y la lujuria, las dos únicas llagas radicales de la humanidad, se avergonzarían de pasar por hipócritas: el crimen, cuando en efecto le hay, quiere estar á sus anchas.

Pero, si está probado, si es evidente que el sacerdote, en circunstancias ordinarias, es hombre de fe y de buena fe, mas seguramente que el lego, está probado, por lo mismo, que es naturalmente la regla de las buenas costumbres de este, porque nunca hacemos nada sin regla, esplicita ó implícita. El primer movimiento del ojo mas independiente es mirar en derredor de sí: la primera necesidad del corazón mas activo es apearse á las superioridades, seguir las, ó envidiar las, que es tambien seguir las.

La juventud, es decir la fuerza del mundo, está aun mucho mas fuertemente penetrada de la disposición á imitar.

De donde se infiere que el sacerdote, tal cual, es, en un sitio y por consiguiente en todos los sitios, y en todo el mundo, el mas grande ejemplo de buenas costumbres y el mas eficaz que puede haber.

El sacerdote tiene por apoyo la Biblia, el libro mas antiguo, mas completo, mas moral, mas magnífico, mas venerado y el único que está penetrado

de todos estos caracteres, pues que todos los otros libros que no tienen por objeto demostrarle, tienen los caracteres contrarios, especialmente el Coran y las obras de Voltaire.

¡ Cosa grande, admirable precedente es la fe!

¡ Aun cuando no tuviera el sacerdote, para hacerse notable, mas que el latin misterioso de Roma! ¡ el poético campanario de la aldea! ¡ el sagra- do púlpito, de donde cae la palabra casi como del cielo!

Y ¿cual no será su imperio, si á las ventajas de caracter y de posicion, une las calidades persona- es! La Iglesia le instituye como ejemplo mas aun que como oráculo; la misma lengua del Espiritu Santo no es tan elocuente como una virtud. Inti- mamente convencido de esta superioridad, llamaba un concilio de Tours á la vida de los clérigos el li- bro de los legos: *Liber laicorum est vita cleri- corum.*

Los mas sencillos efectos del sacerdocio en una sociedad, y por consiguiente en el mundo, son la razon, la consagracion y por consiguiente la exis- tencia misma del imperio; y por él, de todas las especies de órdenes y de prosperidades públicas y privadas.

Gran parte de esta obra hemos consagrado á de- mostrarlo.

Muchos otros y mas grandes *objetos*, muchas mas importantes misiones tiene el sacerdote, y admira- blemente lo expresa Olier cuando dice: « El Padre,

dándose á su hijo, se da á todos los que están uni- dos á él; y el hijo, dándose al Padre, le da tam- bien todos los que están unidos á él: asi se efectua una comunion perfecta y una entera sociedad de Dios con los hombres y de los hombres con Dios por medio de este adorable sacramento¹. Y todo esto se efectua por el ministerio de los sacerdotes y por la virtud del sacerdocio².

¿ Quien podria explicar la estension de esta gra- cia? ¿ Quien podria comprender hasta donde llega este privilegio? ¿ Qué dignidad, qué honor, qué pre- rogativa para un sacerdote! ¿ Quien hubiera conce- bido jamás que un Dios habia de dar tanto poder á sus criaturas, y que habia de querer, desde la tierra, investir á hombres groseros, terrestres, carnales y pecadores con una dignidad tan sublime y tan santa³?

Ahora se concibe esta proposicion del gran Bour- doise en su *Idea de un buen Eclesiástico*: « Yo apruebo en un todo lo que un santo personage, pe- nitenciario de Loreto, decia hace tiempo, á saber: Que no veia mas que un remedio para restablecer la Iglesia, que era *restablecer las parroquias*, y

¹ *Sicut substantia panis (in Eucharistia) transformatur in sub- stantiam corporis Christi, ita anima nostra transformatur in Deum.* S. BERNARDINO.

² *Ego sum in patre meo, et vos in me, et ego in vobis.* S. JUAN.

³ *O potestas ineffabilis! O quam magnam in se continet profun- ditatem formidabile et admirabile sacerdotum!* S. EPHREM., *De Sa- cerd.*

que para hacerlo eficazmente, si algun consejo hubiera de dar al Papa, seria el de sacar de todos los monasterios los religiosos mas santos y mas sabios, para hacerlos curas párrocos. Si se supiese lo que es ser cura párroco, el honor, la utilidad y la necesidad de estos cargos, se renunciaria á todo por ellos.»

Se concibe sobre todo esta otra *idea* de Bourdoise: « Es pregunta que casi nunca dejan de hacer aquellos á quienes se ofrece un curato: ¿Cuanta renta? Y la respuesta que no puede menos de hacerseles es: *que podria muy bien rentar el infierno* á los que hacen semejantes preguntas, que prueban mas avaricia que celo por el bien de las almas del curato.»

Ahora que conocemos en abstracto la dignidad, el poder, los deberes y la beneficencia del sacerdocio, podemos medir sus privilegios y su responsabilidad.

Es imposible leer sin espanto y sin consuelo todo lo que los sacerdotes por excelencia¹, los Padres y

¹ *Grave onus et ponderosum.* S. CRISOST. — *Sacra moles.* S. PAULINO. — *Onus onerum.* PEDRO DAM. — *Onus angelis humeris formidandum.* CONC. DE TRENTO.

Pero es menester ver tratado este argumento por manos maestras y por manos no sospechosas, en el *Tratado de las sagradas órdenes*, por Olier; en la *Idea de un buen eclesiástico*, por Adriano Bourdoise; en el *Perfecto eclesiástico*, por el célebre presbítero Carron; en el *Sacerdote citado ante el tribunal de Dios en el momento de su muerte*, por un director de San-Sulpicio.

San Bernardo respondió á un celoso cristiano que le pedia entrar en su amado Clairvaux: *Si, hijo mio, traed á Dios un corazon va-*

los Santos han dicho de la grandeza de estos deberes, de la recompensa de su cumplimiento, del castigo de su infraccion. « Ven á Dios » todos los dias en el altar. Salmo 83. — « Un solo dia de permanencia en la Iglesia vale mas que mil otros dias. » (*Id.*) — « He preferido ser de los últimos en la casa de mi Dios á habitar los palacios de los pecadores. » (*Id.*¹) — « Yo vivo; no, yo no vivo; Jesucristo es quien vive en mi. » SAN PABLO. — « Si por todos los trabajos y todas las penas imaginables de toda mi vida, tuviese la recompensa de celebrar dignamente una sola misa, seria demasiado dichoso », dice san Agustín; y san Buenaventura, mas seráfico, en su *Preparación para la misa*, dice: Mil años de lágrimas no bastarian á hacer al hombre digno de recibir este noble sacramento: *Mille lacrymarum anni non sufficerent, ad tam nobile sacramentum semel, dignè accipiendum.....*

« Santa Teresa, dice san Liguori, leyendo la vida de los santos mártires y la de los santos jornale-

cio y ofreciéndosele sin cesar á fin de que le llene... *Intrate solus, manete totus, exite alius.* — Y luego, el santo sacerdote, en una meditacion sobre el *Infierno de los sacerdotes*, les recuerda que S. Juan Crisóstomo decia que, despues de haberlo reflexionado maduramente, estaba convencido de que son muy pocos los sacerdotes que se salvan y que la mayor parte se condenan: *Non temere dico, sed ut affectus et sentio: non arbitros inter sacerdotes multos esse qui salvi sunt, sed multo plures qui pereant.*

² Todo el salmo 85 es magnifico en este sentido, y la iglesia le ha aplicado siempre, como parece haberle consagrado David, al sacerdote.

ros evangélicos, decía que envidiaba mas la suerte de los últimos, á causa de la gran gloria que proporciona á Dios el celo de los que trabajan por la conversion de los pecadores. Santa Catalina de Siena besaba la tierra que habian pisado los pies de los sacerdotes, cuyos trabajos todos estaban consagrados á la salvacion de las almas. Tal era el celo de esta Santa por la salvacion de los pecadores, que hubiera querido poder ponerse á las puertas del infierno para impedir que se precipitasen en él nuevas almas. Y nosotros, nosotros sacerdotes del Señor, ¿qué decimos? ¿qué hacemos? A la vista de tantas almas que se pierden ¿seremos espectadores inútiles? — Y, añade Liguori, « San Pablo decía que por labrar la salvacion del prójimo, hubiera consentido hasta en verse separado de Jesucristo (por cierto tiempo, segun la esplicacion de los comentadores): *Optabam enim ego ipse anathema esse à Christo pro fratribus meis.* (Rom. 9, 8.) San Juan Crisóstomo deseaba quedarse ciego con tal de que á costa de este sacrificio le concediese el cielo la felicidad de salvar las almas que le estaban confiadas: *Millies optarem ipse cæcus, si per hoc liceret animas vestras convertere.* (Rom. 3. in Act. Apost.) San Buenaventura protesta que hubiera aceptado de buena gana tantas muertes cuantos pecados hay en el mundo, con tal de que todos los hombres pudiesen salvarse (*stim. dio. am.*, p. 2, cap. xi). San Francisco de Sales, hallándose en un pais de hereges, en un invierno riguroso, no temió

cruzar un rio pasándole con gravísimo peligro sobre una tabla cubierta de hielo, para ir á llevar la palabra del Evangelio á aquella desventurada nacion. San Gaetano se hallaba en Nápoles durante la terrible revolucion de 1647, y fué tanto lo que le afligió el ver las muchas almas cuya ruina causó aquella espantosa catástrofe, que se murió de pena. San Ignacio de Loyola decía que aun cuando muriendo actualmente estuviera seguro de salvarse, no titubearia en continuar en la tierra, á riesgo de su salvacion eterna; á fin de poder seguir trabajando por el bien de las almas.

« Rarisima vez acontece que haga una mala muerte el sacerdote que ha empleado su vida en salvar las almas: *Cum effuderis escorienti animam tuam, et animam afflictam repleveris, orietur in tenebris lux tua... et requiem tibi dabit Dominus, et implebit splendoribus animam tuam; et ossa tua liberabit.* (ISAÍ. 58, 10.) Esto es tambien lo que nos enseña san Agustín; *Animam salvasti, animam tuam prædestinasti*; — y antes que él, el Apostol Santiago: *Qui converti fecerit peccatorem, ab errore viæ suæ salvabit animam ejus* (el alma del que convierte, segun el testo griego) *à morte et operiet multitudinem peccatorum* (Epist. v, 20.) Un Sacerdote de la compañía de Jesus que habia consagrado su vida toda á la conversion de los pecadores (véase el menologio de la sociedad), *manifesta-*

ba en el momento de su muerte tanta alegría y una confianza tal en su salvacion, que aquel contento pareció escésivo, y los que le rodeaban creyeron deber advertirle que en la hora de la muerte convenia tener confianza, es cierto, pero una confianza mezclada de temor. — « ¡Cómo! replicó el moribundo, ¿he servido á un Mahoma? He consagrado toda mi vida á un Dios tan agradecido como fiel: ¿qué tengo pues que temer? — Habiendo declarado san Ignacio de Loyola, como vimos mas arriba, que por consagrarse á la salvacion de las almas, se quedaria con gusto en la tierra, incierto de su propia salvacion, aun cuando estuviera seguro de salvarse muriendo actualmente, hizole uno esta observacion. Pero, padre mio, ¿es accion cuerda aventurar la propia salvacion por la de los demas? — ¿Y creéis por ventura que Dios es un tirano? respondió el Santo, — ¿y habia de querer entregarme al infierno cuando espongo mi salvacion por ganarle almas? »

Pero la grandeza de la responsabilidad, la enormidad de la culpa, la gravedad del castigo, están aqui en proporcion con las de las recompensas. Cuanto es alta la dignidad que se ha recibido de Dios, tanto será profunda la caida. *Ab altiori fit casus gravior*. El que cae de bajo, rara vez se hace gran daño, pero el que cae de un sitio elevado se precipita en una caida mortal: *Et ut levius est de plano corruere, sic gravius est, qui de sublimi ceciderit dignitate: quia ruina quæ de alto est, gra-*

viori casu colliditur. S. AMB. de dign. sacer... El pecado del sacerdote crucifica segunda vez al Salvador, dicen los Padres; mata al mismo Dios, dice san Crisóstomo: — « es irremisible, porque su autor sabe lo que hace, » dice Liguori. — Empezad por el santuario, dice tambien el Dios vivo en el desastre descrito por Ezequiel.

He aqui otras tantas espadas de Damocles suspendidas perpetuamente sobre la cabeza del sacerdote, para llamarle á sus deberes.

Preciso es que á los ojos y en la opinion de todos los hombres y de todos los pueblos del universo, haya muchas grandezas y muchas magnificencias en el sacerdocio; las mas ilustres familias, las mas célebres dinastias ¹ han tenido casi tantos sacerdotes y religiosos como hombres de estado,

¹ Los hombres mas grandes, los miembros mas célebres de las mas ilustres familias, han entrado en las sagradas órdenes, en medio y aun en la cúspide de su elevacion.

Este modo de ver de la nobleza era sobre todo comun en los primeros siglos de la iglesia, cuyos padres y doctores pertenecian por lo general á las familias patricias de Roma ó de Constantinopla, y pueden citarse, entre otros mil, S. Ambrosio, S. Crisóstomo, S. Agustin, etc.

Los mas grandes fundadores de órdenes salian entonces de las mas altas familias. S. Benito de Aniana, que desmontó y civilizó todo el norte, como S. Benito de Moncassin, el mediodia; S. Romualdo, fundador de las Camaldulenses; S. Ignacio, S. Juan de Dios, el abad de Rancé, el cardenal del Luxemburgo, obispo de Metz, etc.

Los príncipes, los ministros, los capitanes hallaban en el sacerdocio los consuelos ó la felicidad que en vano habian buscado en

capitanes ó reyes; y los principes temporales no han hallado mas que esta profesion posible para ellos,

las cortes ó entre las pompas mundanas. Las tres razas por escelencia de Francia, los Merovingios, los Carlovingios y los Capetos eran casi tanto sacerdotales ó monásticas como reales. La hermana de Clovis murió en olor de santidad en un claustro: nuera de aquel rey fueron Santa Teodechilda, fundadora del convento de San-Pedro-el-Vivo, en Sens, y Santa Radegunda, fundadora del de Santa-Cruz, en Poitiers: fueron nietos suyos el obispo de Metz y S. Gontran. — S. Arnul, obispo, era el último descendiente de Meroveo, y S. Cloud, su inmediato sucesor en la misma silla episcopal, fué el primer Carlovingio. — S. Folcuin, obispo de Teruana, fué sobrino de Pepino: S. Remi y S. Hugo, obispos sucesivos de Ruan, fueron el uno hijo, y sobrino el otro de Carlos Martel, superior á la corona que rehusó por dejársela á su hijo. — Gisela, hermana de Carlomagno, y Teodrade, su hija, religiosas en el convento de Argenteuil; Eginhard, su yerno y su primer ministro, haciéndose sacerdote cuando murió su muger; el ilustre abad Adalarð, su primo hermano; S. Luis, obispo de Marsella, de la familia de los Capetos; los cardenales de Borbon, los numerosos abades ó cardenales de Lorena ó de Guisa; el sabio y virtuosísimo abad Luis de Orleans, hijo de un regente corruptor (el duque de Orleans), y en fin, aquel admirable y último Estuardo que, bajo el nombre de cardenal de York, desempeñó las primeras dignidades romanas y los mas rigurosos deberes de un obispo (en Frascati) y sobrellevó la adversa como la próspera fortuna, (vendió hasta las joyas de su familia por socorrer á Pio VI) con un celo y una magnanimidad que solo puede inspirar la sangre real, cuando conserva su pureza.

No son menos numerosos los principes y los grandes que se han elevado al sacerdocio en otros países: el rey Don Ramiro de Aragón, S. Francisco de Borja y Carlos V, en España; los Farnesios los Gonzagas, los de Este y sobre todo los Medicis, en Italia; los Amedeos, en Saboya; Alfonso III, duque de Módena; los Jagellon en Polonia; los archiduques de Austria; en Inglaterra los Plantagenetos, cuya sangre corría en las venas del cardenal Polo.

sin sufrir desdoro. A muchos se ha visto, y á los mas grandes, san Luis, Carlos Quinto, Casimiro de Polonia, entre otros, desde la cúspide de las grandezas humanas, aspirar, ó mas bien no atreverse á aspirar á descender á las sagradas órdenes !!

Los emperadores de Constantinopla dejaban fácilmente el palacio por la celda.

Y ascendiendo á los primeros siglos del mundo, los reyes eran al mismo tiempo pontífices.

En las familias nobles hallariamos ejemplos innumerables de lo que vamos probando, sacados de todos los países y de todos los tiempos, hasta fines del siglo pasado.

El ritual llama tambien á los sacerdotes: *Reyes. Ut nomen congruat actioni, actio respondeat nomini, ne sit nomen inane, crimen immane.* S. AMBR.

Los mismos reyes doblan la cerviz ante la dignidad del sacerdote.

« Se lee en la vida del célebre abad Joaquín, muerto por los años de 1200, que habiendo sido llamado al palacio por la emperatriz Constanza, acudió inmediatamente y la halló en la iglesia sentada en su acostumbrado sitial: el abad se sentó junto á ella en un taburete, pero cuando supo que le habia llamado para confesarse con él: Señora, dijo con tono de autoridad, yo hago aquí las veces de nuestro Señor Jesucristo y vos los de la Magdalena penitente; bajad, sentaos en el suelo, y confesaos de esa suerte: sino, yo no podria oiros. » *Historia de S. Luis*, por el marqués de VILLENEUVE.

Balzac cuenta muy bien un hecho análogo en su *Sócrates cristiano*:

« El confesor del difunto rey de España conocia muy bien la grandeza de su cargo y la soberanía de la jurisdiccion que ejercia. Un dia el duque de Lerma quiso tratarle como á persona de poco valer y hablarle con desprecio. — ¿ Con quien pensais que os las habeis? le respondió: vuestra privanza es mucho menor que la mia. Sabed que os las habeis con un hombre que tiene á Dios todos los

Quisieramos poder extractar aquí, pero conocemos que es preciso leerla toda entera, para ver toda la dignidad de un sacerdote (verdadera moral,

dias en las manos y una vez por semana al rey á sus pies. — Lo que nos hace saber el tono del confesor en su choque con el privado y la devoción del rey que se confesaba todas las semanas. »

Otro sacerdote hombre de estado, que siempre nos ha parecido admirable, y de quien se tiene en Francia poca noticia, es el cardenal de Espinosa, « que tenia, dice un historiador de las cosas de España, *el entendimiento tan vasto como la monarquía que gobernaba.* Cuando este cardenal escribía al rey sobre los negocios que habia pendientes, en vez de decir: *Me parece que convendría hacer tal ó cual cosa,* decía imperiosamente: *Haced ó no hagais esto,* como si él hubiera sido el rey, y el rey su ministro. »

« A aquel cardenal fué á quien Felipe II quitó la vida con una palabra de reprimenda: — *Cardenal,* le dijo, *advertid que soy el presidente.* Tratóbase de la presidencia del consejo de Castilla, la primera dignidad secular de la monarquía de España, muy superior á la de canciller de Francia. Dicen que Espinosa murió de pesadumbre á los pocos dias; pero todo es inaudito en la muerte como en la vida y en el nacimiento de este grande hombre. Cuando abrieron su cuerpo para embalsamarle, dirigió la mano al cirujano y su corazón palpitó despues de la abertura del estómago. Refiere este hecho Luis Cabrera, historiador que vivia en la corte de Felipe II.

« Su madre le parió en la hora de su entierro, mientras los curas estaban rezando por ella el oficio de difuntos, y aun vivió catorce años despues de aquella aparente resurreccion, de modo que es exacto decir que *la muerte sirvió de partera á la madre, y la iglesia de cuna al niño,* como para feliz presagio de las dignidades eclesiásticas á que debía llegar, porque despues de haber llenado altos cargos civiles, fué nombrado obispo de Sigüenza, inquisidor general de España, cardenal y primer ministro. Realzaban su autoridad, añade el almirante, una hermosa presencia y el lujo de sus vestidos: llevaba sotanas de terciopelo carmesi, sortijas preciosas en los dedos y bordados de oro en las muñecas: hablaba con altivez y soste-

ó mas bien sacrificio en accion), la *Relacion* ó por mejor decir la historia del prolongado heroismo de Belsunce durante los largos años de la peste de Marsella, y aquella serie de soberbias ceremonias, aquellos inmensos memoriales católicos de la consagracion de la ciudad al *Sagrado-corazon* del Señor del universo. Entonces fué cuando el nuevo Carlos Borromeo, despues de haber visto caer á su lado á muchos individuos de su clero, á su capellan limosnero, á su secretario, sus criados y gran parte de su grey, salió de la catedral llevando en sus manos el Santísimo Sacramento, saludado con repetidas descargas de toda la artilleria del puerto, se adelantó entre el estruendo de las salvas en medio

nia una numerosa servidumbre en la que habia personas de no vulgar condicion.

« Pasando un dia Felipe II por Martimuñoz de las posadas, patria de Espinosa, detúvose en aquel pueblo espresamente para oír misa en la capilla donde yace enterrado, y mandó al celebrante que la dijese por el descanso del alma del difunto. Luego dijo: *Aquí yace el mejor ministro que he tenido en mis reinos.* Elogio, añade un historiador, que valia mas que cien oraciones fúnebres. »

Otros reyes han temblado de otro modo en presencia de los pontífices:

Soberbio momento fué el de la entrevista de Canossa, cerca de Reggio, en 1077, cuando Gregorio VII, teniendo la Encaristía en las manos, se volvió al emperador y le intimó que jurase como él juraba, *sobre su eterna salvacion, de no haber hecho nunca nada que no fuese dirigido con perfecta pureza á la gloria de Dios y á la felicidad de los hombres,* sin que el emperador, oprimido por su conciencia y por el ascendiente del pontífice, se atreviese á repetir la fórmula ni á recibir la comunión.

de una muchedumbre á cada paso mayor ; atravesó, si es licito decirlo así, llenas de la presencia real de Jesucristo, aquellas mismas calles donde tantos mártires eclesiásticos habian dejado sus cuerpos en su nombre, hasta el sitio llamado el *Cours* (el corso) donde estaba erigido el mas magnífico altar espia-torio, decorado con infinita y riquísima argenteria; y de allí, alzándose como á un primer cielo, dió, desde lo alto del mas alto campanario, en un dia hermosísimo, la bendición á toda la ciudad representativa de su diócesi, viéndolo y aun oyéndolo el mas inmenso concurso que acaso se ha visto jamás prosternado y vertiendo lágrimas de júbilo para proclamar y adorar al Dios del cielo, aplacado despues de la mas tremenda cólera.

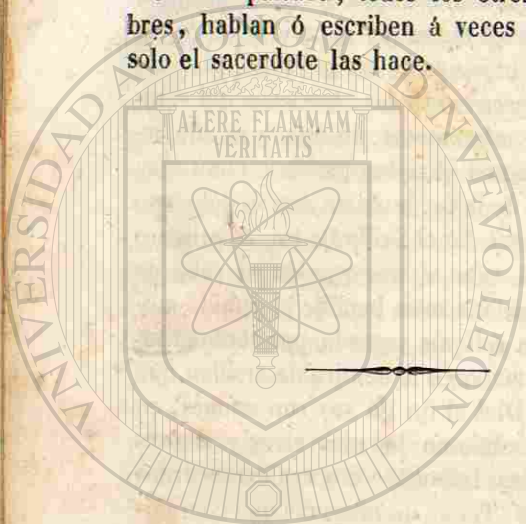
Veamos otra reciente procesion del Corpus inaudita y saludable, en la que el sacerdote es á la vez el instrumento y el heroe. « En Felipeville, dice el elocuente obispo de Argel, bendije un cementerio y tambien la ciudad al fin de una magnífica ceremonia, en medio de un campamento rodeado de una muchedumbre de Arabes, al estruendo de las músicas militares y de las salvas de artillería. Despues de haber celebrado la santa misa en un altar de flores, de cesped y de trofeos, diriji algunas palabras espresivas á nuestros soldados llenos de entusiasmo y á sus dignos gefes, y di la bendición pontifical que fué recibida con piadoso respeto. ¡ Ah !

ojalá pudiera describiros ahora mi romeria á Hipona, á las ruinas del sepulcro de san Agustin! A ellas fui acompañado de las hermanas que conducia á Constantina, á quienes comulgué allí mismo, sobre las ruinas tan admirables todavia del hospital fundado hace quince siglos por la caridad de Agustin: dije la misa bajo una de las galerias, bastante bien conservada para cubrirnos: las flores del campo nos servian de ornamentos, de altar y de alfombra: encima de aquel altar tan gracioso y tan magnífico á los ojos de la fe, puse un hueso del santo pontífice, el que me dió el Santo Padre, el primero que ha vuelto á esta tierra querida al cabo de 1410 años. Acabada la misa bendije al pueblo apiñado con aquella reliquia sagrada por tantos títulos: en seguida recitamos la admirable oracion que el Santo dirige á Dios al fin de sus *confesiones*, en la que exhala su alma en las mas vivas y tiernas acciones de gracias. Imposible nos era arrancarnos de aquellas ruinas. Tengo un proyecto que comunicaré á vm. y que ejecutaré apenas puedan ayudarme. Aquel dia, en el momento de la consagración, me detuve.... estaba como fuera de mí: el cielo me habia inspirado un pensamiento; desde lo mas profundo de mi alma pedi á Dios por la sociedad de la propagacion de la Fe, que irresistiblemente me sentí impulsado á recomendar á san Agustin. »

¡ Pónganse en parangon con tales hechos las mas brillantes victorias!...

El episcopado eclipsa, bajo todos conceptos, la conquista y el gobierno; ¡y tales son su naturaleza y su omnipotencia, que haría perdonar hasta la usurpación!

En una palabra, todos los otros grandes hombres, hablan ó escriben á veces cosas *sublimes*: solo el sacerdote las hace.



SEGUNDA PARTE.

LA MAGNIFICENCIA DEL SISTEMA DE FILOSOFÍA Y DE ENSEÑANZA DEL SACERDOTE.

« Una verdad, aquí solamente, es todas las verdades. »

La verdad en materia de religión, es decir la verdad de los derechos y de los deberes, y de los seres morales ó materiales dogmáticos que son su base, no puede ser y no es en efecto otra cosa, para un hombre y por consiguiente para todos los hombres, mas que el medio de ser feliz en la vida presente y en la vida ulterior.

Debe ser fácil de conocer;

Debe tener un caracter;

Visible,

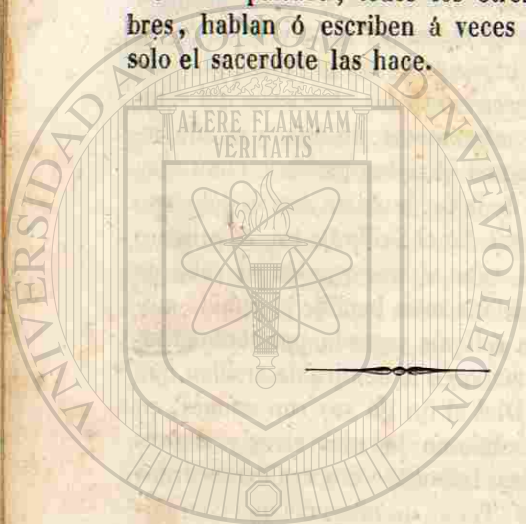
Irresistible,

Perpetuo;

Sin lo cual Dios, que es el principio de la ver-

El episcopado eclipsa, bajo todos conceptos, la conquista y el gobierno; ¡y tales son su naturaleza y su omnipotencia, que haría perdonar hasta la usurpación!

En una palabra, todos los otros grandes hombres, hablan ó escriben á veces cosas *sublimes*: solo el sacerdote las hace.



SEGUNDA PARTE.

LA MAGNIFICENCIA DEL SISTEMA DE FILOSOFÍA Y DE ENSEÑANZA DEL SACERDOTE.

« Una verdad, aquí solamente, es todas las verdades. »

La verdad en materia de religión, es decir la verdad de los derechos y de los deberes, y de los seres morales ó materiales dogmáticos que son su base, no puede ser y no es en efecto otra cosa, para un hombre y por consiguiente para todos los hombres, mas que el medio de ser feliz en la vida presente y en la vida ulterior.

Debe ser fácil de conocer;

Debe tener un caracter;

Visible,

Irresistible,

Perpetuo;

Sin lo cual Dios, que es el principio de la ver-

dad y del hombre que tiene necesidad de la verdad, sería injusto, es decir no existiría. Es menester repetirlo una y mil veces, porque nada puede decirse mas capaz de hacer temblar el entendimiento humano, no hay error que, en un último análisis, y en una cabeza consecuente, no remate en ateísmo ó en demencia, como no hay verdad que no conduzca en línea recta al cristianismo organizado, aplicado, perfeccionado, ó, en otros términos, al catolicismo.

Así es que la facilidad de la prueba de las verdades, bajo el imperio de un Dios esencialmente bueno, está siempre en razón de su importancia para los hombres; de modo que si nos preguntan porque vamos á ventilar, en tan pocas palabras¹, la enciclopedia é infinitamente grande cuestión de la triple verdad del dogma, de los derechos, y de los

¹ Los mas grandes hombres usuales que han tratado mejor en volúmenes del magnífico y enciclopédico asunto que nosotros demostramos en pocas páginas y á veces en pocas líneas, gracias á ellos tal vez, son sucesivamente, y los últimos siempre los mas útiles, pero no los mas grandes: — los padres y los doctores de los primeros siglos, y sobre todo del cuarto, que puede llamarse el *grande*, analizados por el juicioso Tricalet. — En la edad media, el eternamente admirable Santo Tomás de Aquino; — y en los tiempos modernos, Luis de Lesclache, la Chetardie, Para du Fanja, inmortal triunvirato de genios olvidados ó desconocidos. Fenelon, de cuyo *Cristianismo* ha hecho una esposicion tan habil el presbítero Dupanioup. — Liguori y Muzzarelli, y sobre todo tal vez, porque es mas irrecusable, habiendo sido protestante, Leibnitz, cuya última, mas perfecta y acaso única obra perfecta es la *esposicion de la doctrina católica*.

deberes, solo una cosa podemos responder: ¡porque es grande!

En un siglo en que los libros se multiplican de un modo espantoso, el escritor verdaderamente útil no es el que hace libros sino el que dispensa de tenerlos; y nunca nos ha sido tan necesario un corto número de obritas como desde que tenemos muchísimas obras muy voluminosas.

Los principios de verdad han de ser necesariamente ó cosas ó personas.

Pero una tabla ó un libro escrito (las *Tablas Moisaicas* ó la *Biblia*), las solas cosas materialmente susceptibles de mostrar la verdad, suponen necesariamente uno ó muchos escritores, es decir personas. En segundo lugar, no pudiendo estas tablas ó este libro (aun cuando no sea mas que á causa de la variación inevitable del lenguaje y de la escritura) estar al alcance de todas las inteligencias y servir para el uso de todos los tiempos, suponen intérpretes actuales, es decir personas; de modo que no puede haber en rigor mas que PERSONAS, hombres en fin, por principio de la verdad con respecto á los hombres.

Resta saber si podemos hallar la verdad que nos es necesaria en nosotros mismos, ó si por el contrario solo otro puede enseñárnosla.

El agua se evapora en el vaso destinado á contenerla: la planta se seca, privada de la tierra encar-

gada de hacerla crecer y desarrollarse : el *cuerpo*, en vez de ser generador, es impotente cuando se repliega en sí mismo : el ojo que no se ve á sí propio, ve todas las demas cosas¹ : el *corazon*, separado de la *inteligencia* que le manifiesta sus deberes de caridad para con sus semejantes, cae en el egoismo como en un sepulcro. Y lo que es cierto aplicado á la materia, lo que es cierto aplicado al corazon del hombre ; no ha de serlo aplicado á su espíritu ! ; Y qué ! los elementos de la materia no tienen que temer mas que de parte de los elementos materiales como ellos, y sin embargo, todos lo reconocen, necesitan apoyo, ; y rehusaremos una regla al espíritu humano, que de cualquier cosa se admira, y que tiene por adversario un corazon mas vasto para anhelar satisfacciones que capaz es él, por ilimitada que sea su capacidad, para concebirlas !

Así, pues, no en nosotros mismos, sino en los otros, es donde podemos hallar el principio de la verdad; y mas necesidad tenemos de un hinca pie para levantarnos á nosotros mismos que Arquímedes para levantar al mundo :

Dic ubi consistam : cælum terramque movebo.

Si se le presenta á un hombre, para convencerle de la verdad en materia de religion, la autoridad de

¹ *Ut oculus, sic animus, se non videns, alia cernit. CICERON.*

un hombre, dirá : ¿ Qué mas es ese hombre que otro que la niega ? ¿ que yo, que no creo en ella ?

¿ La autoridad de un grande hombre ? Pero la grandeza no está definida. Y por eso dirá : A ese grande hombre opongo otro grande hombre.

¿ La autoridad de un pueblo ? Esto es presentar, bajo otra forma, las razones anteriores, porque ¿ qué es un pueblo sino una coleccion de grandes hombres y de hombres vulgares ?

¿ La razon del número, el juicio de la mayoría, la opinion pública, la soberanía del pueblo, la autoridad universal en fin ? porque todas estas espressiones ó no significan nada, ó significan la misma cosa.

Pero ¿ es tan facil calcular en esta materia ? Seria preciso no solo contar todos los hombres, que son innumerables, mas tambien contar sus opiniones, que no siempre conocen ellos mismos y que no es posible deducir de sus acciones.

Ahora bien, lo que es tan difícil de hacer no se puede intentar, y sobre todo aun cuando se hiciera, el resultado no satisfaria á todos.

Pero admitimos que sea posible exhumar al género humano y hacerle deliberar y votar, aun cuando no sea mas que sobre las verdades fundamentales (como la inmortalidad del alma, el juicio universal, las recompensas y los castigos de la vida futura, y la existencia de Dios), los que no temen

esperar la prueba de estas verdades religiosas ¿estarían bien seguros del resultado? El hombre á quien quieren convencer ¿no podría decirle? «Yo no puedo juzgar del número de los que profesan tal ó cual doctrina, en tal sociedad ó en tal tiempo, sino por el corto número de los hombres que la historia me hace conocer ó que han dejado sus opiniones escritas, ó por el corto número de contemporáneos que yo conozco. Ahora bien, de cada dos hombres ó dos libros históricos, en general, creo que puede hallarse uno, por lo menos, si no que niegue, cuando menos que dude.

La autoridad de un hombre, la autoridad de un grande hombre, la autoridad de un pueblo, mas diremos, la autoridad universal se pueden recusar, ó por lo menos, se recusan. ¿Será por ventura mas feliz la autoridad de los gobiernos políticos? pero siempre se han visto y hoy se ven mas que nunca, unos gobiernos de una opinion y otros gobiernos de otra.

Mas diremos : los que profesan, como Religion del Estado ó de la mayoría, la Religion católica, son menos en número, con mucho, que los que no la profesan.

Resta la autoridad del gobierno religioso, la autoridad única de la Iglesia única, la autoridad del Papa, la autoridad del obispo; y ó esta autoridad

es nada ó es la autoridad de un sacerdote. El soberano pontífice no existe, han dicho sucesivamente Bellarmin, Bossuet, Liguori y el conde de Maistre, mas que para instituir é inmortalizar el simple sacerdocio.

Cuando consideramos en la historia bien leida y bien entendida, el origen y el fundamento único de esta magnífica autoridad, la única que arranca desde los patriarcas y desde Adán, para llegar hasta nosotros, sin interrupcion :

Cuando la consideramos con la gerarquia única de sus concilios, de sus doctores, de sus cardenales, de sus arzobispos, de sus obispos, de sus sacerdotes, de sus órdenes, de sus seminarios, de sus fieles, obrando, todos juntos, como un solo hombre :

Cuando la consideramos, sola con toda la pompa de sus ornamentos, con el esplendor de su palabra, con el prodigioso número de sus libros, con las solemnidades de su culto, con la elegancia, la elevacion y la magnitud de sus templos, en las mas pequeñas aldeas como en las mas grandes ciudades de la tierra :

Cuando la consideramos, sola, con su sede, en la mas ilustrada definitivamente y en la mas célebre de las partes del mundo, en la ciudad capital que se halla como rodeada de todas las otras ciudades capitales, en Roma en fin, y como en el centro¹, es decir, en el sitio mas visible de todo el

¹ «Dios es, en materia de religion, el intérprete natural de todos

universo, que la mira y que ella atrae hácia sí;

Cuando consideramos en fin la autoridad de la unidad;

Sola, con todos los atributos del esplendor:

Sola, enseñando la verdad por medio de sus órganos indignos igualmente que por medio de sus órganos mas virtuosos:

Sola, entre todas las autoridades y todas las instituciones humanas, siempre atacada y siempre victoriosa:

Sola, obedecida por las mas grandes naciones y por los hombres mas grandes de todas las épocas:

Quedamos estáticos de admiracion, y la miramos como el único principio visible y por consiguiente como una demostracion de la verdad del dogma, de la verdad de los derechos y de la verdad de los deberes en punto á religion.

¿Y qué otra autoridad que no fuese una autoridad única podia hallarse en armonia con una fé, con una ley, con un bien, con una verdad, con un espíritu y un corazón humanos, con una sociedad, cosas todas esencialmente únicas? La verdad, en

los hombres, habiendo escogido de intento, el *Medio de la tierra*, PARA DICTAR DESDE ÉL SUS ORACULOS. » (SOCRATES, República de PLATON, lib. IV). ¿Y qué vengan á decirnos, en vista de tales instintos griegos ó romanos, que hasta la misma religion pagana, bien entendida, no era una verdadera preparacion evangélica! No está distante el dia en que se escribirá un libro titulado: *El catolicismo del paganismo, ó la iglesia romana probada con las ideas de los filósofos antiguos mas ilustres.*

efecto, es única: el error solo es multiforme, así como desde un punto á otro puede haber una infinidad de líneas curvas y una sola recta. Si se pudieran imaginar mil millones de católicos, todos ellos no tendrían mas que un pensamiento, como no tendrían mas que un corazón y un alma; y en los quinientos millones de disidentes que hay, á lo que parece, parece también que hay quinientos millones de pensamientos diferentes. Y nada tiene de extraño: los unos beben la luz en su fuente: los otros la buscan en sí mismos, es decir, donde no puede estar, y cada uno de ellos dice, como el Romano de Corneille:

En Roma no está ya Roma,
Toda está donde yo estoy.

Y además ¿qué otra autoridad que no fuese una autoridad única podia ser visible? Es propiedad de las cosas semejantes y que abundan, no ser notadas, como lo es de las cosas únicas, es decir extraordinarias, el saltar á los ojos.

Pero, dicen ¿por qué Dios no ha hecho un milagro para mostrar la verdad? Porque la autoridad única, la sola que es siempre visible y siempre subsistente, es verdaderamente un milagro y aun el mayor de todos los milagros.

Esa autoridad, nos dicen también, la componen hombres y los que la han hecho, son hombres. Sin duda; pero en el sistema dado de la humanidad (y

ciertamente no podemos salir de él), ¿podía Dios emplear mejor ni aun otro ningún medio que los hombres para hablar á los hombres?

La autoridad de la unidad, cuya evidencia actual no es posible negar, no ha existido, añaden, en todos los tiempos; aun hoy día no existe para todo el mundo. Es una temeridad, mas diremos, es una impiedad creerlo: porque, si Dios existe, existe para todos los hombres, y siempre ha sido justo y bueno con todos. Si no hemos hallado la unidad ó su equivalente en todos los tiempos, si no la hallamos hoy en ciertos países del mundo, es porque no la hemos buscado bien ó porque Dios no ha creído que nos sería útil descubrirla. Lo único que nos importa, y que nos debía Dios, es tener, durante nuestra vida, para nosotros mismos, una señal actual y evidente, y esta señal la tenemos¹.

No podría haber mas que un caso en que la voz del pueblo sería verdaderamente la voz de Dios, en que la autoridad universal sería en fin una autori-

¹ La existencia y la unidad del cristianismo, es decir de Jesucristo y de sus sucesores, desde el primer siglo de la era nueva hasta nuestros días, no han cesado de ser predicadas y han podido ser creídas hasta en las mas apartadas regiones del globo. Los apóstoles, sus sucesores, y los antiguos misioneros, como los nuevos, que han llevado la palabra en nombre del cabeza visible de la iglesia no se han detenido (la historia lo comprueba) sino donde cesaba el universo, y así como antiguamente parecia que faltaba tierra para la ambicion de Alejandro, así ha faltado para la caridad de

dad: este caso sería aquel en que, por el prodigioso efecto de un poder prodigioso tambien, la autoridad única hubiera producido la armonía que le constituye; pero entonces, la autoridad universal, en vez de destruir la autoridad única, la comprueba, porque la supone ya existente, y digámoslo así, porque la refleja.

Por lo demas, nunca se debe contar los votos, sino pesarlos: la razon del número es una monstruosidad en lógica: ni aun en el campo de batalla se concibe siempre.

Todos los atributos de la autoridad única emanan de su esencia misma ó de su unidad.

Es infalible en sus decisiones generales, y sobre todo en sus decisiones particulares en el tribunal de la penitencia.

Es intolerante en su voluntad.

aquellos. Si esto no obstante hubiese habido ó hubiese hoy *un solo* salvaje para quien no haya sido ó no sea visible la unidad de la iglesia, sería menester, una de dos, ó que este hombre hubiese tenido otro medio de reconocer la verdad, ó bien que la haya perdido de resultas de los crímenes que forman, como nadie ignora, el derecho comun de las tribus salvajes y cuyo primer castigo es el embrutecimiento de la inteligencia. No hay arbitrio: ó Dios no existe, ó haría en caso de necesidad que bajara del cielo un angel para manifestar á un solo hombre la verdad. Cuanto mas se discurre sobre las objeciones hechas á los dogmas de la iglesia católica, mas se convence uno de que se dirigen menos, en el fondo, á sus propios derechos ó á los atributos que reconoce en Dios que á la existencia misma de Dios.

Si una sola vez fuera falible, la verdad sería un momento incierta, y ya hemos visto que, bajo un Dios esencialmente bueno, debía ser siempre evidente.

Si tolerase voluntades estrañas, voluntades diferentes de las suyas, y sobre todo voluntades que les son contrarias, dejaría de ser la autoridad única: habría tantas opiniones como voluntades, y los hombres no sabrían donde buscar la verdad.

Pero este doble caracter de infalibilidad y de intolerancia, que atribuimos á la autoridad única, debe entenderse con cordura.

Aun cuando falla sobre los derechos, sobre los deberes y sobre las creencias dogmáticas que son su cimiento, la autoridad única no es infalible sino con respecto á los hombres; es falible y responsable, en su cualidad de hombre (porque ha podido engañarse ó engañar, aunque no sea mas que en los *motivos* interiores de sus decisiones) con respecto á su propio autor, con respecto á Dios, y esta es la razon porque ha empezado por someterse á un director para prescribir á los otros la misma sumision.

Es intolerante, pero con los errores de los hombres, jamás con su conducta: ruega, enseña, estimula, avisa, reprende: declara que se la ha desobedecido, que el inobediente no forma ya parte de su familia; en una palabra, escomulga. Aquí

acaban su mision y su poder, porque aquí empiezan la mision y el poder de la autoridad política. Bajo el yugo eminentemente suave de la Iglesia, la voluntad, la accion del hombre es libre, su espíritu solo no lo es.

Y preciso es, en último análisis, que este doble caracter de infalibilidad y de intolerancia en la autoridad única sea muy legitimo: es necesario y, digámoslo así, inevitable. Nunca un hombre podrá disputársele sin atribuirsele á si propio. El súbdito que dice á la autoridad: « Me engañas ¹, » dice en este mero hecho: « Yo no me engaño » y cuando imputa como un crimen su intolerancia á la autoridad, es por lo mismo esclusivo, y en mas alto grado, pues que es esclusivo de la autoridad. Nunca el poder es mas intolerante con el error (hartas veces lo es menos) que sus enemigos con la verdad.

En una palabra, todos somos, y debemos ser esclusivos de nuestros adversarios; ¡y querriamos que solo la autoridad aceptase los suyos!

De modo que la oposicion, que es á veces un de-

¹ M. de Lamennais se sobrepone al Papa y le trata de ese modo en su *Miscelanea tercera*: « Acusan á la Polonia de haber tomado las armas y la exhortan á la sumision. ¿Ignora el Papa por ventura que la sumision es el destierro, las minas, el patibulo? » — No; el Papa lo sabe. ¿Ignora M. de Lamennais que la *sumision* fué para el Señor (autoridad que no ha recusado), en efecto, *la cruz*, es decir el *patibulo* de entonces?

ber en política, no puede menos de ser siempre, en religión, un crimen.

Hemos demostrado los atributos espirituales de la autoridad única: vamos ahora á hacer sensibles sus pretensiones políticas y las de sus ministros.

Hablamos de sus pretensiones de ser propietarios, de ir á buscar ó de recibir á los grandes, (que son naturalmente los modelos de los pequeños) y á veces de ser grandes ellos también. El Soberano Pontífice de la Iglesia universal es al mismo tiempo rey de Roma, y ha habido y aun podría haber todavía obispos, duques y pares de Francia. Como esta ambición ha llegado á ser, con el tiempo y con nuestras costumbres, un gran medio de proselitismo y de caridad, sería muy extraño que la ley de Dios la reprobese en sí misma, y que al paso que pueden usurparla los súbditos para intereses particulares, le estuviere vedada á la autoridad para el orden y el bien públicos!

De intento dejamos á un lado la ambición que se ha atribuido á la autoridad católica de elevar, de manejar y de humillar á los príncipes, pues se prueba, con la historia de sus mismos enemigos en la mano¹, que si alguna vez ha tenido esta pretensión sobre los reyes, solo la ha manifestado con respecto á los tiranos. Esta pretensión que pudo

¹ Véase el § titulado los *Papas*, en la tercera parte de esta obra.

tener en la infancia social del cristianismo, sería, á sus propios ojos, un crimen hoy, y no conoce error mas imprudente ó calumnia mas páfida que atribuirse.

Véasela, desde 1830, tolerar, reconocer las nuevas dinastías, *concordar* con ellas, dejar á los fieles en libertad de llenar, y aun recordarles su deber de sumisión política, y decir á los franceses de Luis Felipe lo que san Pablo escribía á los Romanos de Neron: «¿Quereis no tener nada que temer de la potestad? Obrad bien.» — *¿Vis autem non timere potestatem? bonum fac.* XIII, 3.

¿Cómo había de pensar la autoridad religiosa en usurpar las prerogativas de la otra autoridad? Esta tiene los atributos de la fuerza y el inexorable derecho de la espada: tiene las cargas, los rigores y por consiguiente los odios del gobierno de los hombres; el poder espiritual no tiene mas que la blandura.

La mas general de las consecuencias de la autoridad única y de su caracter esencial de infalibilidad, es digna de admiración, y bastaría, ella sola, en caso de necesidad, para demostrar su verdad, y si nos es lícito decirlo así, su divinidad. Cómo lleva en sí la demostración de todas las otras verdades morales que pueden de esta suerte considerarse como verdades secundarias, dispensa al escritor político, y por consiguiente á todo el mundo, de esta demostración, con lo que simplifica, en el mas alto grado, el sistema de la inteligencia y de la fe

humanas, porque simplifica su objeto y su dominio. El hombre, para creer en un atributo de Dios, en una de sus leyes, en una de sus voluntades, en una de las causas porque ha creado el mundo, ó en uno de los medios que ha empleado para crearle, conservarle, desarrollarle y repararle; para creer en un derecho ó en un deber, por extraordinario é incomprensible que le parezca, el hombre no necesita saber mas que una cosa y la mas facil de todas: si la autoridad, que es á sus ojos el órgano de Dios, y aun Dios en persona, lo ha dicho ¹.

Hemos demostrado la verdad de la autoridad única por la necesidad, su evidencia y su esplendor, á lo menos actuales, y, si podemos decirlo así, por su *Presencia real*, irresistible, en medio de nosotros.

Esta especie de lógica es mas que suficiente á los ojos del hombre superior, y sobre todo á los ojos del hombre de buena fe.

Y con todo no es la sola.

Otra existe que, bien entendida, y reunida á la primera, parece suficiente para no dejar mas refugio que la convicción á nuestros enemigos.

¹ Tal es la regla dada á una sociedad célebre, por un grande hombre, en estos términos sublimes como el pensamiento que expresan: *Singuli subditorum in duce Christum veluti presentem agnoscant.*

Como la verdad de la autoridad única se demuestra por su propio caracter de evidencia, esta autoridad se prueba por el caracter igualmente visible, admirable, irresistible de la verdad práctica de que es juez, razon y órgano.

Este caracter de la verdad que puede considerarse como el mas infalible ó, si se quiere, el menos disputable de sus *Criterios*, consiste en sus beneficios. La verdad, como el error, su adversario, se conocen por sus consecuencias, como los hombres, y por la misma razon, se conocen por sus obras ¹.

La autoridad única empieza por suscitar, reconocer, establecer, conservar las autoridades múltiples ó las sociedades, ó, como dice ella muy bien, las órdenes religiosas. Todo, en la religion, y hasta su nombre, (*religare*) es union, y por eso en ella todo es fuerza.

Los órdenes políticos, y aun civiles, van despues de las órdenes religiosas fuera de las cuales no hay mas que individuos, es decir, enemigos, ó, para hacernos entender mejor por medio de una enérgica comparacion sacada del orden fisico, (donde todo es orden tambien, porque todo viene de la unidad y vive por la unidad)... *granos de arena* y un *huracan*.

¿Cuales son en efecto, en resumidas cuentas, los preceptos y los rigores, en general, de esa autori-

¹ *A fructibus eorum cognoscetis eos.* S. MATEO, cap. VII, 16.

dad única, de esa Iglesia romana que parece el único objeto de nuestros resentimientos?

Esa Iglesia nos prescribe la *Fe*, la *Esperanza* y la *Caridad*; es decir, que en un solo precepto, ha atendido á los intereses de Dios, á los intereses de nuestro prójimo, y sobre todo á los nuestros propios, porque, aun para el mas descontentadizo, *esperar* es mucho mas que *gozar*.

En punto á dogmas, todas las enseñanzas de sus libros y de sus oradores se reducen á la enseñanza de una creacion, de una conservacion¹, de un fin, todos milagrosos, de un mundo fisico y temporal *secundario*, en la espectacion de un mundo *principal*, espiritual y sin fin: — es decir que, en el fondo, todas las enseñanzas de la autoridad católica se reducen á la de un Dios, que no puede concebirse sin misterios², sin milagros, sin atributos, sin accion estra ordinaria, en fin, sin omnipotencia.

— En punto á moral, todas las enseñanzas de la Iglesia católica se limitan, para todos nosotros, á hacernos entender, ó mas bien á recordarnos, que estamos perpetuamente, de dia como de noche, á la vista y bajo la mano de la Providencia.

¹ El inventor de la historia de la creacion (el *Genesis*) y el inventor de la historia de la reparacion (el *Evangelio*) serian mas grandes que los heroes de ambas.

² Sencilla y brillante proposicion de Tertuliano: El hijo de

Cuando estamos varios juntos, á contar siempre á Dios por uno¹.

Y á hacer de esta suerte todo lo que queramos².

Es decir:

I. A sufrir todos los bienes y todos los males, aun la muerte, que no hemos podido impedir sin mal, y que recibimos de nuestros semejantes, de nuestros superiores, ó de la naturaleza como enviados por el mismo Dios que pudiendo impedirlos en sus agentes ó paralizarlos en sus súbditos, los ha tolerado no obstante; porque Dios, por una especie de evolucion divina, hace redundar la accion de los malos en castigo, es decir, en el interés de los buenos, y bajo su imperio es una ley constante que el mal nunca daña mas que á su autor, pero le daña de seguro tarde ó temprano.

II. Abstenernos de pensar, desear, querer, decir³

Dios ha muerto; esto es creible, porque es ridículo; despues de enterrado, resucitó; esto es cierto, porque es imposible.

¹ « Los jóvenes necesitan que se les hable á los sentidos », y por eso multiplicaré alrededor de mi hijo los signos significativos de la presencia divina. Si hubiese, por ejemplo, reunion en mi casa, yo señalaría un sitio para Dios y acostumbraría á mi hijo á decir: « Eramos cuatro, Dios, mi amigo, mi ayo y yo. » DIDEROT, *Reflexiones filosóficas*.

² *Ama Deum, et fac quod vis*. S. AGUSTIN.

³ El error, es, bajo ciertos conceptos, mas culpable que el cri-

⁴ Y por consiguiente los hombres provecos y los ancianos, y sobre todo los filósofos, mas *sensuales*, ó si se quiere mas *sensatos* que los jóvenes.

y hacer nada á los demas ó á nosotros mismos que hiera física ó moralmente su existencia¹ y sus libertades legítimas ó las nuestras, sea cual fuere el

men, porque es su semilla. Un error ha bastado y basta todavía para engendrar todos los crímenes.

¹ La ley del *domingo*, la de la *abstinencia hebdomadaria*, la del *ayuno cuaresmal*, etc., son leyes cuya violación daña física y moralmente la salud y aun la existencia del hombre. La primera, que Laplace, Delambre y Lalande hallan en todos los países y en todos tiempos, sin hallar su origen en ninguna parte, se funda en la naturaleza limitada de las fuerzas humanas. Si todos los días sentimos la necesidad de una hora de descanso, todos los años la de uno ó varios meses de vacaciones, y en los últimos de la vida la de un retiro absoluto, natural es que sintamos la necesidad relativa de un día de descanso entre siete.

La *abstinencia* en día y el *ayuno* en año fijos, serian *recetas* de primer orden de la Facultad de medicina si dejasen de ser mandamientos de la iglesia. Los fisiólogos mas hábiles, así antiguos como modernos, han reconocido unánimemente que los hombres mas sedudos pecan cuotidianamente contra la sobriedad, y que los nueve décimos de las enfermedades crónicas son el efecto del *pecado* que la iglesia ha declarado *capital*, como ha proclamado *capital* y *sacramental* el ayuno que es su medicina.

La prohibición de los teatros y aun de los bailes mundanos está fundada en razones análogas. Está probado, y seria menester negar la evidencia para no reconocerlo, que aun suponiendo, cosa que nunca se ha visto, que haya pudor entre los actores y, cosa que de día en día va siendo mas rara, que tengan moral los autores, el hábito de asistir al teatro (y por consiguiente asistir á él *una sola vez*), escita toda especie de pasiones en el teatro mismo: — el orgullo y la envidia por las desigualdades y los contrastes; la lujuria, ó á lo menos el desorden de los sentidos, por el lujo y la reunion de los sexos; y, en la caso, la tristeza y la cólera.

La ley del matrimonio *sacramental*, la de la *educacion*, la de la paternidad sobre todo, son leyes que preservan y conservan todas las existencias. En el día especialmente, se violan con frecuencia y

daño que temamos de parte de ellos ó que creamos que nos han hecho; á mirar el alma de nuestro prójimo como el arbol del bien y del mal, al que nos está vedado tocar só pena de muerte (lo que escluye la plaga de la maledicencia); á abstenernos, en fin, del orgullo y de la lujuria, las dos únicas causas de todos nuestros crímenes y de todos nuestros males, aun físicos, que casi podrian reducirse á una; porque la lujuria es el orgullo de los sentidos, como el orgullo es la lujuria de la inteligencia.

III. A pensar, á desear, á querer, á decir, á hacer, en el interés de Dios, en nuestro interés y en el de los demas (empezando por los mas dignos, cualquiera que sea el daño que temamos de parte

esta es la razon porque son tan profundos el mal social y el mal individual.

La ley moral que prohibe el suicidio (el desafio es un doble suicidio), es, mas visiblemente todavía, una ley de esta naturaleza, profundamente *humana*. El hombre no podria tener el derecho de destruirse sino en cuanto tuviera el poder de crearse á sí mismo, y carece hasta de la facultad de hacer ó de aniquilar un átomo. Por la sola razon de que existe, de que vive en sociedad, está rodeado de *derechos adquiridos*, aun sin contar el de Dios. Mirabeau respondió superiormente, prescindiendo del orgullo de su respuesta, al constituyente que le envió un cartel de desafio: *Yo no quiero esponer la vida de un hombre de talento, como yo, contra la de un necio, como vm.: el partido no es igual*. Y mejor aun respondió Turenne en una ocasion análoga: *Yo peleo por la gloria y no por el honor*.

En último análisis, el poder que no castiga estos crímenes, aun sobre los cadáveres, los ordena, y tarde ó temprano, los espía.

de ellos ó que creamos que nos han hecho), todo el bien que podamos, temerosos de que aquel contra quien faltásemos á la caridad, no sea el mismo Jesucristo en persona ¹;

Y para particularizar un deber de accion ó algunos deberes de inteligencia fundamentales;

A adoptar, con preferencia á todas las otras profesiones, la mas necesaria á nuestros semejantes, y la mas facil á nuestra posicion y nuestra familia sociales, y ejercerla lo mas cerca posible del punto en que nos ha hecho nacer la Providencia.

Cuando la Providencia, ó, si se quiere, la naturaleza nos ha hecho nacer súbditos, á sufrir los rigores y aun las iniquidades del poder mas duro, como el único medio y el medio seguro de prevenir ó de reparar sus iniquidades contra nosotros, y, sobre todo, como el único medio de existencia para el poder, fuera del cual no hay ni unidad, ni orden, ni justicia, ni prosperidad posibles.

Y cuando nos ha hecho nacer y nos deja ser rey, para no citar mas que el mas grande de los grandes deberes, y el mas grande de los pequeños, á fortalecer, ó mas bien á dejar que se fortalezcan naturalmente por sí mismos los curas por la mas rigurosa eleccion de los obispos, electores de los curas; á no descontentar ó desesperar, á proteger, á

¹ *Date omnibus, ne cui non dederitis ipse sil' Christus. S. ACUSTIN.* El mismo padre ha dicho de un modo mas general: *Omnis christianus, Christus.*

engrandecer sin inconveniente á los ciudadanos, no llamando á los empleos y á los honores públicos mas que á los mas dignos, es decir á los mas desinteresados y á los mas capaces, y no dando nunca un segundo empleo al que ya tiene uno, cualquiera que sea, porque un hombre dividido es un hombre que se aniquila.

A prever el suceso mas terrible; á estar preparado á él constantemente, de modo que nunca le sorprenda, siendo la *sorpresa* el mas comun y el mas funesto⁷ de nuestros males.

A *hacer bien* el bien que hacemos *actualmente*, siendo la desgracia mas comun y mas funesta, no tanto el negar ó no amar la virtud, como el dejarla para mas adelante.

A vivir, en cuanto sea posible, constantemente como si nuestro espíritu estuviera en el cielo, y nuestro cuerpo en la tumba.

Y esto (porque esto solo constituye en sí la virtud católica) no porque lo creamos util á los demas ó á nosotros mismos, sino por espíritu de obediencia, porque Dios nos lo ha mandado, en su nombre y para su mayor gloria posible.

De todas las cosas que enseña la Iglesia, nunca

⁷ La *sorpresa*, propia del no cristiano, es la causa inmediata: 4°

se ha atacado ni se ataca todavía seriamente¹ mas

de su cólera contra sus semejantes, pecado capital, y generador de las violencias materiales, de las enemistades y por consiguiente de los nueve décimos de los disgustos y de las desgracias de la vida; 2° de su impaciencia contra la Providencia, de sus enojos, de sus tristezas, de sus enfermedades y á veces de su desesperacion.

¹ No tenemos ahora tiempo ni precision de justificar, con arreglo á la razon comun, las grandes circunstancias dogmáticas de la creacion ó de la conservacion del doble mundo físico y moral: ya lo hemos hecho en una obra inédita, en la que demostramos, por medio de analogías ó de razones nuevas:

I. Que si hay una historia, una moral, una filosofía y aun una literatura* y una enciclopedia en el mundo, en el Viejo Testamento se encierran: — que si hay un perfeccionamiento** de este, proporcionado á los progresos del bien y del mal, en el Nuevo se encierra: — que si fuera posible hacer abstraccion de ambos por un solo momento en el mundo, cual lo conciben los filósofos mas intrépidos, el mundo no seria posible ni concebible un solo instante: — que los hombres mas sabios y mas populares, igualmente que todos los demas, deben á estos dos libros, ó por mejor decir, á este único libro, á esta Biblia por excelencia, sus mas grandes y aun todas sus bellezas: — que le deben, de cerca ó de lejos, todas sus acciones nobles y todos sus goces puros: — que la sociedad le debe la religion y el sacerdote, á quien se lo debe todo, inclusa su propia existencia: — que le debe, en particular, entre otros 40.000, 400.000, aquel sublime patriarca de la ley escrita, aquel primer ministro de los Faraones,

* He aquí dos rasgos poco notados entre un millon que pudiéramos citar, uno de literatura política, otro de literatura moral, sin salir de los Salmos. « Pon, Señor, legisladores sobre ellos, para que sepan que son hombres: *Constitu, Domine, legislatorem super eos; ut sciant gentes quoniam homines sunt.* Salmo 9. No venga á mí el *pie* del orgullo: no me toque la mano del pecador: *Non veniat mihi pes superbia: et manus peccatoris non moveat me.* Salmo 53. » Y es porque en efecto el orgullo anda y el crimen toma ó toca.

** Esta voz no se halla en el Diccionario de la Academia, pero es una de las que al fin tendremos que adoptar, porque hace falta, á menos que se invente otra para expresar el *perfectionnement* de los franceses, que no equivale en todos los casos á nuestra *perfeccion*. — N. del T.

que el dogma de la presencia de Dios y del libre al-

triuñante de sus hermanos y de sí mismo, cuyo *yo soy José* hacia estremecerse á Voltaire; — y aquel sublime apologista de la ley de gracia, aquel apóstol vencedor de las naciones y de sí mismo, y que triunfaba en particular del rey Agripa, en aquel colequio que eclipsa todas las elocuciones que conocemos y que pasmaba al mismo D'Alembert: « Poco falta para que me persuadas á que me haga cristiano. » « ¡Ojalá no faltase nada y que llegaseis á ser, vosotros todos los que me ois, semejantes á mí, con exclusion de estos tazos, » y señalo sus cadenas!!! Y despues de leer cien veces esta magnífica respuesta, creo siempre leerla por la primera vez.

II. Que la Trinidad, por ejemplo, que la iglesia enseña en Dios, está, sin advertirlo nosotros, tan rigurosamente, como elemento, en cada uno de todos los seres físicos y espirituales de la naturaleza, hecha á semejanza de su autor.

III. Que la encarnacion del hijo único de un Dios único, por el medio de una virgen, es decir de una muger única, es una cosa tan natural, mil veces mas natural, cuando lo pensamos maduramente, que la encarnacion comun de un hijo del hombre.

IV. Que su vida y su muerte humanas, modelos de vida y de muerte humanas, eran, para el Criador del mundo humano, la primera condicion natural de la sabiduría y del deber, si puede suponerse un deber para el Criador de los deberes.

Que la vida de una Santa Virgen, es decir de una muger fuerte y hermosa juntamente, era una condicion de esta especie.

Regla general. Dios opera (¿no operamos nosotros?) por medio de causas segundas, y así quiso poner un medio entre él y María (Jesus), un medio entre Jesus y el hombre (María), uno entre el hombre y los santos (el sacerdote), y, en fin, uno entre el hombre y el sacerdote (sus semejantes).

Y de aquí proviene:

1° Que los hombres mas grandes de todas las comuniones han tenido una fe especial en María, un amor único á aquella cuyo nombre mismo es casi el anagrama de amar.

2° Y que han, en cierto modo, como lo pide el discípulo queri-

* En frances el anagrama es perfecto: *Marie, aimer.* — N. del T.

bedrio del hombre; el de la imposibilidad de sal-

do, amado mas á sus semejantes y sobre todo al sacerdote *que ven* que á *Dios á quien no ven* (I. Epist. IV, 20).

V. (Hemos demostrado separadamente, con una dicha por la que todos los dias damos gracias á la Providencia de la literatura, que la *presencia real* no es mas que un punto de la *presencia perpetua* de Dios; y que la misma transubstanciacion no es mas que un ejemplo, entre mil, de la accion de la naturaleza ordinaria, que no es otra cosa mas que una perpetua transformacion.)

Era natural, era preciso que Dios pareciese y aun estuviese presente en todos los sitios, en todos los hombres y aun en todos los tiempos, único en el fondo, aunque dividido hasta el infinito en apariencia, á fin de recordar y aun de realizar la unidad, y, por consiguiente, los deberes de caridad reciproca de todos los hombres, sin excepcion.)

VI. Que el fin del mundo es la ley de todos los seres temporales ó creados, la consecuencia rigurosa de su principio; que es el *objeto* y, digámoslo así, el *fin* del mundo, en el que toda criatura *gime*, como dice el apostol S. Pablo, como el mismo Dios, en miras accidentales; no nace, es decir, no sale de su eterno reposo, de su vida eterna, mas que para volver á ella para siempre; que el fin por medio del fuego, es la doble consecuencia de la naturaleza del mundo y de la naturaleza del fuego, el uno perpetuamente destructible, el otro perpetuamente destructor.

VII. Que la *resurreccion* física ó la *reparacion* de los cuerpos, que es tambien una especie de ley general de los seres, fenix sin fin que renacen de sus cenizas y que la razon admite aun mejor que su *creacion*, quedaria perentoriamente justificada, aun cuando no fuese mas que como medio del juicio universal y último, que es por su parte un medio de felicidad para los elegidos y de glorificacion para Dios.

VIII. Que la inmortalidad del alma, en fin, no es tambien mas que una aplicacion de la ley de la naturaleza, reconocida en último análisis, por el físico mas grande del siglo, Berzelio, en virtud de la cual *nada*, absolutamente *nada*, ni aun siquiera un átomo, puede perecer y sí solo trasformarse y aun perfeccionarse, ¡es decir, espiritualizarse tal vez!

vase fuera del gremio de la Iglesia; el del corto

IX. Que la recompensa ó el castigo, aun temporales, de la virtud mas olvidada ó mas perseguida y del mas enorme crimen impune al parecer por poco ó por mucho tiempo, es la consecuencia mas rigurosa de la justicia y de la omnipotencia de Dios, y de la naturaleza íntima del hombre. Y en efecto, el autor de una virtud, el culpado de un crimen, su víctima y aun su testigo, experimentan la necesidad de la esperanza ó del temor (y la sola irresolucion es aquí temor, y todos tienen este temor, solo que mas ó menos) para detenerse delante del crimen.

Y hasta un *Mardoqueo* en el reino de Aman, el *campanario de San Dionisio* á las puertas de la capital de Luis XIV, un *grano de arena en la uretra de Cromwell*, una gota de agua, una mosca, un pensamiento secreto, la sola idea de la muerte, un remordimiento ó un minuto (y Dios tiene toda la naturaleza, todas las pasiones y todas las acciones, todo el hombre y todos los hombres, y, si es preciso, todos los pueblos) para castigar suficientemente, antes ó despues de cometido el pecado (sin lo cual la inocencia seria forzada y el *mérito* imposible), á un súbdito ó á un rey cualquiera.

La facilidad y los medios de recompensar visible ó invisiblemente en la tierra las mas grandes virtudes y los mas grandes méritos, son aun mas evidentes. Dios ha puesto en las mas humildes, en las mas miserables condiciones sociales, en las minas de hornaguera, en los presidios, en la agonía y aun, y sobre todo tal vez, en los cadalsos, delicias y gracias de que no tenemos idea...

La eternidad toda entera, terrible ó deliciosa, puede acaso no tener que castigar mas que la *última* prevaricacion, el ateísmo, es decir todos los crímenes reunidos, ó que recompensar mas que la fe final del moribundo.

Y tal es en efecto la opinion unánime de los antiguos y de los modernos. Testigos las *Demoras de la justicia divina*, de Plutarco; los *Tratados de la Providencia*, de Séneca, de S. Crisóstomo, de Salviano, de Teodoro. etc., (S. Crisóstomo tituló primitivamente el suyo: *A los que se escandalizan de su destierro*); la *Muerte de los perseguidores*, de Lactancio; y, en nuestros tiempos, la *Continuacion de los imperios*, de Bossuet; la *Mano de Dios sobre los incrédulos*, de Touron; la *Némesis divina*, de Lineo; las *Noches*

número de sus elegidos¹; en fin, el dogma de la eternidad de los castigos.

de San Petersburgo, del conde de Maistre, etc., etc., y hasta el Sistema de las compensaciones, de M. Azais.

X. Que todos los misterios, en fin, y todos los milagros que nos parecen tan singulares en la religion, son para nosotros evidencias y cosas ordinarias en la naturaleza; ó, si se quiere, que las verdades físicas, que nos parecen mas evidentes, nada tienen de evidencia. Apenas se ha nombrado á la naturaleza, ya no hay problema, sino misterio; ya no se trata de explicar, sino de esponer. Newton en el siglo XVIII, Cauchy y Poisson en el dia no hacen otra cosa; conocen, cuando mas, ocasiones, medios y efectos presentes, pero causas primeras ó razones suficientes, jamás.

XI. Que los instrumentos, aun los mas viles al parecer, de la creación ó de la reparacion del mundo, la serpiente, el asno, el cordero, la cruz, son, bien examinados, como el pan y el vino (en la Demostracion Eucaristica lo hemos manifestado) maravillas, es decir cosas puramente racionales, muy sencillas y al alcance de la inteligencia humana.

XII. Que hay algunos elementos de la naturaleza, como el número, el círculo, el fuego, el iman, cuya historia natural y cuyos fenómenos pueden representar la historia entera del Cristianismo.

XIII. Que la mas pequeña idea, la mas pequeña verdad, el mas pequeño elemento, prueban las mas grandes ideas, las mas grandes verdades, los mas grandes elementos, hasta la pluralidad de los mundos y Dios.

La mas pequeña causa prueba: la mas grande: — el hombre: Dios y el diablo: — la tierra: el cielo y los infernos: — el minuto de tiempo: la eternidad y lo infinito de un minuto; — el mas pequeño movimiento: el infinito giro de los astros: — la mas pe-

¹ La verdad del corto número de los elegidos en el gran número de los humanos (y sea dicho de paso), bastaria ella sola para hacer conocer al escritor católico, que está obligado á admitirla, la falsedad de un sistema que presenta el testimonio del mayor número como el principio y la prueba de la verdad.

Y sin embargo la prescencia de Dios es la consecuencia rigurosa de la existencia de Dios, que, habiendo creado las causas, debe ver sus efectos, esto es, la accion desde antes de haber sucedido¹.

queña oposicion y la mas pequeña victoria: las luchas entre Dios y el demonio, el bueno y el malo, el bien y el mal; — el más pequeño atributo del hombre: los mas grandes de Dios: — la mas sencilla prevision: todas las profecias y todas las predestinaciones: — la mas sencilla libertad: el libre albedrio: — la mas pequeña fuerza: la del milagro: — el mas pequeño mérito: el del martirio: — el corto número de los buenos: el de los elegidos: — la mas pequeña belleza: la de Dios: — la mas pequeña scaldad: la del diablo: — el mas pequeño placer: el del cielo: — el mas pequeño dolor: el del infierno: — el mas pequeño juicio: el final!!!...

Y, descendiendo, la unidad numérica prueba: el infinito matemático: — el mas sencillo derecho: la potestad real, etc.: — la infalibilidad relativa del juez: la del papa: — la facultad individual de matar: la espada de la justicia y la guerra: — un oficio: el sacerdocio: — una ceremonia civil: todo el culto católico: — una sociedad mercantil: las órdenes religiosas: — la declaracion honrosa: la confesion gloriosa: — el mas pequeño padecimiento: la Pasion de Jesucristo.

Y esto porque el principio de una cosa implica su último fin; y porque no se concibe la mas pequeña parte sin el todo absoluto.

Y en fin y sobre todo, como dijimos pocas páginas mas arriba, esto es cierto, porque la autoridad suprema, Dios, lo ha dicho. Añadir pruebas seria superfluo en virtud de este argumento.

¹ ¿No nos sucede, todos los dias, á cada instante, dadas tales causas, prever las consecuencias sin contribuir en nada á producir las? El soberano que, con el objeto de atraer viajeros á su capital, hace construir caminos, puentes, calzadas, etc., dirige la eleccion del viajero sin tiranizarla, la conoce sin preverla. El hombre posee la facultad habitual de la prescencia; la posee en tanto mas grado, cuanto es mas ilustrado y tiene mas talento, y

El libre albedrío humano es, á su vez, la consecuencia de la justicia de Dios, que no le permitiría prescribir á los hombres, bajo penas severas, deberes que no les fuera posible y aun fácil desempeñar. Pero, cuando dos hechos son incontestables, ¿tenemos derecho para exigir su conciliación?

Y sin embargo la verdad de la imposibilidad de salvarse fuera del gremio de la Iglesia católica es la consecuencia inevitable de su intolerancia, ¡intolerancia que hemos reconocido inevitable!

Y sin embargo la verdad del corto número de los elegidos, que no tiene por lo demás nada que ofenda á nadie, pues todos están llamados á formar parte de este corto número¹, y pueden conseguirlo; como la hemos de desconocer á la vista del corto número que hallamos en todas las clases de la sociedad, y hasta en la comunión católica, de hombres verdaderamente ilustrados, buenos, caritativos, obedientes con sus superiores, pacientes con sus iguales²?

nuestro gran Dios que no posee solamente el saber y el talento por excelencia sino que ha creado todos los saberes y todos los talentos, ¿no había de tener una facultad que tienen los humanos!

¹ Dios quiere salvar á todos los hombres. (1. Tim. 2.)

² Nada decimos de los niños de las comuniones disidentes, y aun de la comunión católica, muertos antes del bautismo. Si fuera cierto como se cree comunmente en la Iglesia, que su destino es menos feliz que el de los otros niños, siempre sería, á sus propios ojos, muy preferible al no ser. Y la Providencia, que seguramente se lleva en esto, como en todo, miras de justicia que no contradicen á la razón, pero que no están á su alcance, hubiera siempre sido generosa con aquellos niños.

Y sin embargo la verdad de la eternidad de los castigos es la consecuencia rigurosa de la eternidad del crimen, la cual es también la consecuencia rigurosa de la impenitencia final del culpado, que no cesa entonces en efecto de perpetuar su crimen sino en virtud de un hecho independiente de su voluntad, la muerte.

De todos los deberes que nos impone la autoridad católica, nunca sus adversarios han podido ni podrán jamás atacar mas que los deberes del culto, que les parecen demasiado nimios, y sobre todo demasiado numerosos y severos, y, como tales, inferiores á la dignidad del hombre y á la grandeza de Dios.

Y sin embargo preciso es que tomemos al hombre como él es, y nadie ignora que es una disposición natural de su débil entendimiento olvidar lo que le está oculto, y conservar solo lo que le recuerdan. El culto, con su lengua propia, única juntamente y universal, clásica y sagrada, clara y misteriosa, muerta y viva, inalterable é inmortal, con sus numerosos elementos, sus numerosas ceremonias y sus numerosos deberes, no es otra cosa

¹ Y hasta la comunión. La filosofía da vueltas alrededor del corazón; solo el cristianismo podía introducirse en él. Supongamos un hombre que crea en la Eucaristía (suposición poco difícil) y que acabando de recibirla se halla delante de un crimen; ¿qué poder en la naturaleza le detendrá si su creencia no le detiene? (Véase la *Demost. Eucar.*)

mas que un perpetuo despertador de recuerdos y numerosos memoriales católicos de Dios, de sus atributos, de su accion, de los deberes que prescribe, de las recompensas que promete, y de los castigos con que amenaza. Bajo este punto de vista, es fundamental y necesario; se identifica con la existencia de Dios, con su palabra, con el dogma, en fin; pues es, para el hombre, el único medio de conservarlos: de esta suerte se confunde con la felicidad y la salvacion humanas⁷.

En el fondo, todos los demas deberes del culto,

¹ Los mas célebres protestantes, en Inglaterra, en Alemania y en todas partes, han conocido la eficacia y por consiguiente la necesidad del culto católico. Su belleza es lo que ha subyugado á casi todos los que han vue to al gremio de la verdadera iglesia.

« Bolingbroke (ojigamos á Mme Necker y á M. Barere) que nunca habia oido misa, quedó tan entusiasmado de la belleza de esta ceremonia, que en el momento en que el arzobispo alzó la hostia y en que todo el pueblo cayó de rodillas, dijo en alta voz al que tenia á su lado: *Si yo fuera rey, no confiaría á otro ese cargo.* »

Un filósofo, que fué rey, hizo una observacion análoga, saliendo de una solemnidad católica, en Breslau: « Los calvinistas, dijo Federico el Grande, tratan á Dios como á su criado, los luteranos como á su igual: solo los católicos le tratan como á un Dios. »

O testimonium animæ naturaliter CATHOLICÆ!

Yo creo que para gozar uno de los mas bellos espectáculos, acaso el mas bello de la tierra, basta representarse en un grande y hermoso dia de fiesta católica, el dia de Navidad, de Pascua, ó de Todos los Santos, en el momento, en los cantos ó en el silencio del alzar, todas las iglesias del mundo, todos sus sacrificios, todos sus fieles y todo su dios.

sin exceptuar el mas augusto, parecen no tener mas objeto que el de conducirnos al mas necesario de todos¹, al de la confesion de nuestras culpas, á un deber que supone la humildad mas profunda, el arrepentimiento mas absoluto, los mas firmes propósitos de virtud para lo sucesivo; á un deber que no puede hacer mas que ennoblecer al que le desempeña á los ojos del Hombre-Dios (nada decimos de mas) encargado de recibirle y de guardarle bajo el sello de una fidelidad tal, que, por efecto de una fuerza verdaderamente milagrosa, ni aun la mas absoluta apostasia ha ocasionado una sola vez su violacion; á un deber, en fin, sin el cual no podemos ni aun concebir nuestra felicidad íntima y la conciencia de nuestra salvacion.

En cuanto á este deber, dicen que es *arduo*, y lo es en efecto para el padre de todos nuestros crímenes, para el orgullo: esto mismo es su demostracion².

¹ Dos ministros protestantes se pusieron, en una tertulia, á hablar contra la religion católica y á *chasquearse* sobre varios de sus usos. Una señora católica que hasta entonces no habia desplegado sus labios, les dijo riendo: « es menester confesar, señores, que han hecho vms. una reforma admirable: han suprimido vms. la cuaresma, la misa, la confesion, el purgatorio... supriman vms. tambien el infierno y soy de los suyos. »

² Como la sola humildad de la confesion prueba la confesion, la confesion, á su vez, bastaría ella sola para probar la verdad de la comunión católica que la exige, y la falsedad de todas las otras comuniones que la proscriben. Admiten, es cierto, la confesion del hombre á Dios directamente; pero esta confesion, no humillando

La destrucción del orgullo, la paz, la salvación del hombre, en fin, ¿serán por ventura cosas inferiores á su propia dignidad y á la grandeza del Dios que no se ha desdeñado de crearle?

La Iglesia católica, que se ha mostrado tan escelentemente maternal en las precauciones que ha tomado para detenernos al borde del abismo, parece serlo mas todavía en las que emplea para sacarnos de él, si hemos tenido la desgracia de caer. « Cuando hemos cometido una culpa (nos dice confundiendo con nosotros), es preciso humillarnos delante de Dios, recobrarnos al punto, y no volver á pensar en ella mas que para confesarla⁷. »

¿Podríamos, cuando hemos cometido una culpa, cuando hemos sido verdugos de los demas ó de nosotros mismos, considerar como un castigo su reconocimiento? Confesar un pecado á Dios, al Hombre-Dios, ó, si se quiere, al Hombre de Dios que sin duda la sabe ya, es simplemente confesar al mismo Dios, en una palabra, no ser ateo. ¿Podría Dios pedirnos menos? ¿podríamos sobre todo hacer menos por él?

Pero, dicen los disidentes, volviendo á la cuestion general de la enseñanza católica del sacerdote, los

al hombre, no ennobleciendo y no haciendo respetar y amar al sacerdote, sin el cual no se puede amar al hombre, es esteril y, por consiguiente, falsa.

⁷ Máximas de San Francisco de Sales.

apóstoles, y el mismo Jesucristo, vestían con suma sencillez, vivían del trabajo de sus manos, habitaban bajo techos de paja, y dormían sobre las piedras; soportaban el peso y el calor del día; no se los veía ni en las cortes ni en el Estado; todos parecían iguales entre si; enseñaban la religion donde quiera que se hallasen, y sin aparato; la mayor parte de los elementos del culto católico de hoy no se practicaban ó eran diferentes, y aun algunos de sus preceptos no existían, eran mucho menos rigurosos, ó no pasaban de ser meros consejos, etc.

Seguramente⁷. Es una ley universal del mundo que ninguna cosa grande tiene grandes principios. El árbol inmenso que acaba por cubrir con su sombra la casa del Señor, empieza por ser un granito de mostaza; y la Iglesia católica, que se alza hoy sobre las mas grandes monarquías conocidas, y ciñe con sus brazos el universo, la Iglesia, que es la

⁷ Habiéndose encontrado un día Luis XI á Millod de Illiers, obispo de Chartres, montado en una mula que tenía el freno dorado: « Los obispos de los tiempos pasados, le dijo el príncipe, se contentaban con un asno por cabalgadura y con un simple roncal por freno. » — « Es verdad, respondió el prelado, pero entonces los reyes no eran mas que pastores, y ellos mismos guardaban sus ganados. » — El nuncio Alejandro, respondiendo á los que le oponían los ejemplos de la primitiva iglesia, decía tambien que por esa regla se les podría proponer á los hombres que volviesen á sustentarse de bellotas. — Y Pallavicino que llama á los primeros tiempos de la iglesia, tiempos de persecucion, de padecimiento, de infancia, preguntó á los reformadores si seria razonable volver á la arquitectura gótica y á la música antigua en las iglesias. — Otros tiempos, otras costumbres.

cosa mas grande que existe, no debia sin duda estar exceptuada de la ley comun.

Los medios de gobierno son mas ó menos rigurosos, segun que son mas ó menos graves las pasiones y las necesidades de los hombres. La autoridad, en fin, muda, por la sencillísima razon de que el hombre muda tambien.

¿Y quien osará negar aqui la mudanza?

Hemos hablado de obediencia. La obediencia indigna á nuestros adversarios y aun á nosotros mismos tambien con harta frecuencia: creemos que ofende nuestra dignidad y sin embargo la constituye. La creemos una servidumbre, y sin embargo es la libertad; la consideramos como una desgracia y sin embargo ella sola puede labrar, ella sola labra nuestra luz, nuestra fuerza, nuestra felicidad.

Cuando practicamos nuestros deberes, á quien obedecemos no es á la Iglesia, no es á la autoridad única, no es sobre todo, á nuestro director individual, sino á Dios en persona; y uno de los mas célebres adversarios de la autoridad única, fué quien dijo que nunca el hombre era mas grande que cuando se humillaba delante de su criador¹.

Y al fin y al cabo, la persona revestida de esta autoridad única, por muy elevada y poderosa que nos parezca, al mismo tiempo que dicta los deberes no se somete á ellos como el último de los fieles

¹ J. J. Rousseau.

y aun muchas mas rigurosamente, pues tiene que bajar desde mas alto?

Si entre el que manda y el que obedece hubiera un esclavo, ciertamente seria el primero. Todos debemos saberlo (porque todos estamos condenados tambien, por humilde que sea nuestra condicion, á mandar alguna vez), los cuidados son para el amo, la libertad es solo para el subordinado. El poder religioso ó político, como todos los privilegios de la sociedad ó de la naturaleza, la hermosura, el caudal, la gloria están destinados mas bien para el sosiego de los que no los tienen ó el castigo del orgullo de los que los codician, que para la felicidad de los que los poseen. Y es una verdad que solo los niños serian capaces de negar, que los hijos son mas felices que los padres, los criados mas felices que los amos, los pobres mas felices que los ricos, los labradores mas felices que los ministros, y los vasallos mas felices que los reyes.

La obediencia es el principio de la ciencia como el de la felicidad y la salvacion. Los santos, los doctores, los obispos, los grandes reyes y los ministros hábiles, las naciones de la Iglesia católica, tuvieron, nadie podrá negarlo, bastante talento, y no vivieron sin gloria, y en todo tiempo tambien los verdaderos fieles no se han mostrado ni se han creído mas felices entre las grandezas que en los patibulos.

Examinense por su parte nuestros enemigos, en cualquiera posicion social en que se encuentren: podrán en buen hora decir que son felices, pasar por

tales, pero serlo, pero imaginarse siquiera verdaderamente que lo son, ¡eso no!

Y además, esos bienes del mundo, que son el objeto querido de nuestros deseos y de nuestros esfuerzos, las riquezas, los honores, la gloria, y aun el ingenio y los placeres de las artes y de la industria¹, la tiara, el trono mismo, son bienes que la Iglesia católica no prohíbe; nos los permite, mas diré, á veces nos impone como un deber el adquirirlos y aun nos los anuncia como *la añadidura del reino de los cielos*: el último de los fieles puede llegar á ser candidato á la santa Sede, un usurpador puede serlo al trono, bajo la sola condicion de recibirlos de la sabiduría de los que los departen, como el precio y la consecuencia de nuestra propia caridad para con ellos; de hacerlos redundar en beneficio de una caridad mas grande, y, como á Dios solo se los debemos, de no consagrarlos á nadie sino á él. La Iglesia en fin, cuando somos ricos ó poderosos á los ojos de los demas, no nos pide mas que una cosa y es que seamos *pobres en espíritu* y pequeños á nuestros propios ojos.

¹ La España no tiene, es cierto, este último ingenio, pero consiste en que es el último. El hombre que conoce su celeste origen, sus grandes deberes y su gran destino, propende naturalmente á desdeñar la especie de inteligencia que no conduce mas que á placeres esencialmente limitados, pues que son sensuales, y de que es tan difícil no abusar. El Español no pide á Dios mas que su *pan cotidiano*; se duerme, como las *aves del cielo*, fiado en la Providencia; es perezoso, porque tiene dignidad: — tiene el defecto de una virtud.

Pero, nos dirán, porque ya no queda mas que esto que decir, los que ejercen esa autoridad única, ese sacerdocio omnipotente que nos presentais como el legislador de los deberes, los que se declaran sus súbditos, los católicos en fin, han violado muchas veces esos deberes y los violan todos los días, al paso que sus adversarios los cumplen con mucha frecuencia. Sin duda, y he aquí la razon: los hombres mejores tienen algo de malo y los mas malos tienen algo de bueno: solamente que la inconsecuencia de los buenos no es necesaria, y lo de los otros si, porque no nos es dado ser enteramente malos sin morir. Hay muchos católicos que son protestantes y acaso algo peor. No puede haber un solo disidente ni aun un solo ateo que no sea hasta cierto punto católico, y esto es lo que hace tan facil y tan comun su retorno á la unidad.

Cuando el católico profesa un error ó comete una culpa, olvida la autoridad que le prohíbe la culpa ó le enseña la verdad, y cuando el disidente ó el filósofo dice la verdad ó practica la virtud, olvida su independencia que le abandona al error ó le permite la mala acción. Ambos son inconsecuentes.

Pero lo malo de los unos no debe imputarse á la autoridad católica, asi como lo bueno de los otros no debe atribuirse á su independencia. La verdad y la virtud, donde quiera que se encuentren, son propias de la autoridad única: el error y el crimen no pertenecen mas que á su rival. En otros términos, la *autoridad* es virtuosa, el *hombre* solo es criminal;

y querer una autoridad humana sin crimen individual posible y aun ocurrido alguna vez, es no querer autoridad alguna.

La autoridad católica, como el poder monárquico, la potestad paternal, la municipal y aun la federativa, es por su naturaleza mas preventiva que reparativa: no basta ver los errores y los crímenes que no previene, es menester tomar en cuenta los que logra prevenir. Los unos se cuentan, los otros son innumerables, y como, á diferencia de los primeros, no existen, no es de admirar que los pasemos por alto¹.

Reasumiendo:

Dios es esencialmente bueno con todos los hombres.

Ha querido darles un medio, siempre visible, siempre subsistente, de conocer sus deberes.

Este medio no puede ser otro sino el poder católico ó el sacerdote, con sus atributos y sus deberes esenciales porque no hay mas que él, en este mo-

¹ Hay una última especie de pruebas de la existencia de Dios, de la importancia de los deberes y de la inmortalidad del alma, cuya única sancion posible es el sacerdote católico, que es la prueba por la autoridad de los grandes hombres de todas las épocas y de todos los países. Mas puede hacerse, y mas se hará, que es dar esta prueba por el género humano.

Y la obra, terminada hace mucho tiempo, y que saldrá á luz apenas lo permitan las ocupaciones actuales del autor, se titula: *El Sacerdote en presencia de todos los siglos.*

mento, lo mismo y mejor que nunca, en el universo, cuyas existencia, unidad, gerarquía, acción é influencia son visibles, saltan á la vista de todos, son irresistibles.

Esta autoridad, porque es única y perpetuamente necesaria á la salvacion y aun á la vida del hombre, es esencialmente infalible, cuando le enseña sus derechos y sus deberes, asi como su fundamento.

La legitimidad de su existencia y de sus atributos, que se prueba por su necesidad y por su esplendor, se demuestra tambien por los beneficios, tan grandes como irrecusables, de su accion sobre el hombre y la sociedad.

Una sola autoridad, infalible y espiritualmente exclusiva, porque no hay mas que una sola fe.

Una sola fe, porque no hay mas que una sola ley.

Una sola ley, porque no hay mas que un solo bien.

Un solo bien porque no hay mas que una sola verdad, un mismo espíritu, un mismo hombre, una misma sociedad, un papa único para todos, un sacerdote único para un hombre, un mismo sacerdote en el fondo para todos, en todo el universo.

Una sola verdad, un mismo espíritu, un mismo hombre, una misma sociedad, un papa y un sacer-

dote exclusivos, porque no hay mas que un solo Dios¹.

Con toda confianza lo decimos; en esta serie no interrumpida de proposiciones hay, para el lector que la medita con todo detenimiento sin dejar pasar una sola idea, una demostracion de la autoridad única (que ni aun seria posible intentar en favor del sistema de la autoridad universal ó de la autoridad individual que combatimos), exclusiva de toda otra objecion que no sea el ateismo, y ya es llegado el momento en que no puede haber opcion, para un hombre, mas que entre la doctrina de la infalibilidad de una autoridad única y el ateismo, es decir entre la cordura y la insensatez.

Si por ventura esta discusion no pareciese perentoria á las personas, y especialmente á los jóvenes instruidos y á los hombres superiores, á quienes nos hemos atrevido á someterla; si sucediese sobre todo, lo que Dios no permita, que los dejase en la indiferencia con respecto á la Iglesia que mas que nunca desearia atraerlos á costa de su sangre, bajo su proteccion maternal, nos sentiriamos inclinados á creer que nuestra debilidad y acaso nuestro orgullo son la causa de tan triste resultado. Creemos, hoy mas que nunca, que el medio infalible de hacer

¹ Véanse los versículos 4, 5, 6 y 7 del cap. IV de S. Pablo á los Efesios, donde se halla el principio de esta argumentacion.

á los otros ilustrados y virtuosos, es serlo uno mismo; que cuando la verdad encuentra contradictores, la culpa es del que la ha manifestado, y que cuando el hombre tiene enemigos siempre es por culpa suya.

Pero en vano buscarian nuestros enemigos una disculpa para su incredulidad en nuestra insuficiencia ó en su buena fe. ¡No hay que alucinarse! nuestra insuficiencia respectiva solo nos seria imputable á nosotros mismos y no justificaria á nuestros lectores. Para esto, como para todo, nuestra lógica será siempre la misma. Si Dios existe, es justo: si es justo, es bueno; si es bueno, lejos de hacer que el error sea invencible, hace facil su reconocimiento. Aun admitiendo errores actualmente invencibles, deberia decirse que han llegado á ser tales por efecto de culpas primeras, es decir, por nuestra voluntad, y en derecho y aun en opinion, siempre seriamos responsables de ellos.

El legislador, el juez, la víctima, nunca han aceptado la excusa de la ignorancia del hombre borracho que ha cometido el crimen y causado el perjuicio, y proverbialmente decimos: *Non culpa vini, sed culpa bibentis*. El vicio habitual (y comunmente es habitual) se comete tambien en una embriaguez, la de las pasiones, cuyo vino bebemos anteriormente, con mas ó menos mala fe y mala voluntad: y esta es la razon sin duda porque el Espiritu Santo, que ciertamente entiende de analogias ó identidades, dice que el hombre en estado de infidelidad acaba por *tragar el crimen como el agua*.

Volver á la unidad católica, es decir, al sacerdote, es el único deber que nos importa en la tierra; el medio de nuestra vida y de nuestra salvación: en fin, *la sola cosa necesaria*:

Porque ES EL MEDIO DE TODAS LAS DEMAS.

¿A qué hora debemos ejecutarle? á la única que nos pertenece y en que todavía tenemos el infierno cerrado bajo nuestros pies y abierto el cielo sobre nuestra cabeza; á la hora en fin que está dando¹, no sea que la siguiente, á la que podríamos remitir este gran deber, sea aquella en que, puestos en presencia de Dios, tengamos que darle cuenta de no haberle cumplido.

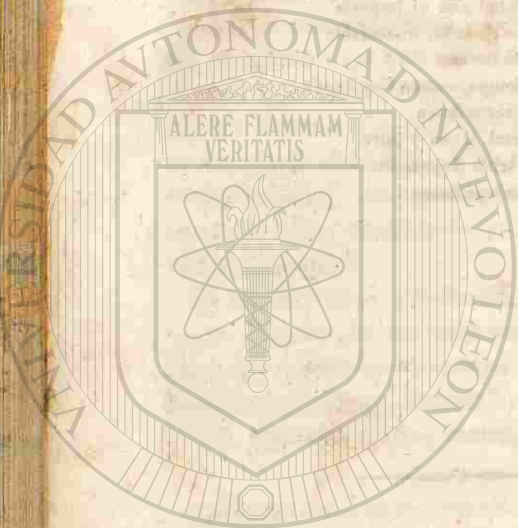
El hombre sano y robusto, aun á veinte años (¿qué diremos del anciano con un pie en la sepultura, del militar en el campo del honor ó del duelista en el de la ignominia?) no puede contar con el día siguiente; cree menos en la vida que está

¹ Hay sobre este punto un hecho decisivo, una mecánica elocuente, el reloj *que da los segundos*, cuya rapidez * sobrecoje á todos involuntariamente. — En una sociedad bien gobernada debería verse el reloj de *movimiento perpetuo* en todos los tribunales, en todos los consejos y aun en los sitios públicos, al lado de la lámpara inextinguible, en el coro de todas las iglesias, como se ve en el sitio principal de muchas comunidades religiosas.

* Los planetas, el mismo sol, la naturaleza entera, son un giro infinito de celeridades mas infinitas todavía. Y sin ir tan lejos, el cuerpo humano es el foco de una *circulación sangrienta*, la única capaz de hacer temblar al hombre á la vista de la inmensa rapidez de su breve vida, y sobre todo á la idea de la *inmensa rapidez de las consecuencias del bien y del mal* que ha hecho.

sintiendo que en la que desea, aun cuando la teme, y si es preciso, se hace gran poeta para proclamarlo:

¡Sí! de la eternidad allí el imperio
Empezará. En su piélago insondable
Que todo lo devora
Se hundirá el tiempo, como fragil caña:
Pero de él vencedora
Mi ánima inmortal, ilesa y pura,
Hollará de los orbes derruidos
La inmensa sepultura!



PARTE TERCERA.

LA GRANDEZA HISTORICA DEL SACERDOTE EN PARTICULAR.

§ I.

EXAMEN DE LA GRANDEZA Y DE LA ESPECIE DE DIVINIDAD DE
LOS APOSTOLES.

Doce Sacerdotes tan divinos y cuyos *Hechos* son tan prodigiosos, tan decisivos, tan imposibles de espresar que, de buena gana haríamos como Leonardo de Vinci que, no sintiéndose capaz de pintar la cabeza del Salvador en su *Cena*, no hizo mas que bosquejarla :

Los Apóstoles son otros tantos Cristos, dice san Agustín. Dios les dió, en un sentido, mas poder que á su hijo : y de su historia, sobre todo, fué de la que decia J. J. Rousseau : « Que su inventor sería mas grande que su heroe. »

Casi todos eran del mismo pais (Betsaida, en Galilea) y de la misma familia, como á fin de en-

señarnos que una familia es solidaria, y que basta uno de sus miembros para santificarla toda. San Pedro y san Andrés, san Juan y Santiago el Mayor, Santiago el Menor y san Judas eran hermanos: san Judas y Santiago eran sobrinos de la Santa Virgen.

San Pedro, el primer sacerdote y el príncipe de los Apóstoles, era pescador: hallábase con Andrés en la orilla del mar, cansado de haber pescado en vano toda la noche, cuando el Salvador que los encontró, ó, mas bien, que iba hácia ellos, les dijo que echasen sus redes al mar y al instante se llenaron: entonces, los pescadores lo abandonaron todo por consagrarse esclusivamente hasta su muerte á Jesucristo. Simon que era el que mas le queria y al que él mas amaba, despues de san Juan, fué tambien, por él, constituido cabeza de los otros y llamado *Pedro*, nombre juntamente impresivo y misterioso.

Véase la admirable serie de sus privilegios. Su madre estaba enferma en Cafarnaum, y el Salvador fué á sanarla: hizole asistir á su primer milagro en las bodas de Cana, se mostró á él en Tabor, le lavó los pies el primero en la Cena, y le confortó en el huerto de las Olivas. El príncipe de los Apóstoles, por su parte, no pensó mas que en vengar, ante todas cosas, á su maestro cuando le prendieron los soldados en el Calvario. Su vacilacion en las olas del mar y sus tres negaciones no fueron para él mas que un último medio de profundo arrepentimiento,

de amargo llanto, de valor, de magnanimidad y de santidad mas grandes que hasta entonces. Asistió á la Ascension del Salvador, y luego esperó y recibió con sus compañeros el *Espiritu* y el *Verbo* con los que debian crear de nuevo el mundo.

El dia mismo de las *lenguas de fuego*¹, predicó con tanta autoridad la resurreccion que sus tres mil oyentes pidieron el bautismo; parecia que la fuerza del cielo aumentaba en él á proporcion de sus victorias: su tacto, su palabra, su sombra sola volvia la salud á los enfermos y la vida á los muertos. Tantos prodigios, unidos á tanta humildad excitaron el furor de los Judios, que hicieron azotar y encarcelar á los Apóstoles. Un angel, ó si se quiere, un hombre, les abrió la puerta de su prision y de nuevo volvieron á predicar al templo, por lo que, despechados los Judios los hubieran condenado á muerte, á no haber tomado su defensa uno de ellos, llamado Gamaliel. Desde Jerusalem, Pedro pasa á los pueblos inmediatos, á Lidda, á Joppe, donde sana á Eneas y resucita á Tabita: por él se alza en Antioquia la primera iglesia cristiana. Recorre el Asia Menor y llega en fin al lugar de su destino, á Roma, en el año 42 de la era cristiana, que es la data de los veinticinco años de su pontificado. Bien se concibe, en la economía de la Providencia, que la ciudad adonde se habian refugiado

¹ V. Hechos de los Apóstoles, cap. II, 3 y siguientes hasta el 41. — N. del T.

todos los errores y todas las corrupciones de la tierra, llegase á ser la *Ciudad* donde debian eternamente reunirse, enseñarse y manifestarse todas las verdades y todas las virtudes.

La Sede de la cristiandad estuvo desde entonces visiblemente en Roma, como hasta entonces habia estado en Antioquia. San Pedro, sin embargo, no abandonó á su amada Jerusalem, adonde fué á celebrar la Pascua el año 44, y donde le prendió Herodes Agripa que acababa de dar muerte á Santiago el Mayor. Libre de su prision segunda vez por mediacion de un angel, vuelve á Roma, donde escribe su primera *Epistola*: espulsado por Claudio, vuelve á Jerusalem á abrir el primer concilio; pero en Roma era donde debia morir, á fin de sellar con su sangre la religion que habia promulgado. Allí escribió su segunda *Epistola* y fué condenado á morir en una cruz: con él fué condenado y ajusticiado san Pablo, como si hubiera sido preciso que la primera autoridad personal, y la primera autoridad sabia del mundo, el apóstol de los Judios y el de los Gentiles, muriesen, como habian vivido, juntos! Murieron en el año 66 de Jesucristo y en el 13 del reinado de Nerón. Pidiósan Pedro á este una merced que, á pesar de ser quien era, le concedió el feroz tirano, inspirado, sin saberlo él mismo, por el Dios de los verdugos y de los mártires: la merced de ser crucificado cabeza abajo « de miedo, dice un Santo Padre, de que no creyesen que afectaba la gloria de

Jesucristo, si le hubieran crucificado como á él.»

La escritura y aun la tradicion, acaso á fin de distinguir en todo al principal de los Apóstoles, casi nada dicen de los demas; pero este casi nada es precioso y vamos á esponerle. San Andrés, hermano de san Pedro, tiene el mérito de haberse unido á san Juan Bautista, y de haber conocido, servido y amado á Jesucristo antes que su hermano, á quien fué á buscar para llevarsele: esto podria bastar para su gloria: nada mas se sabe de su vida ni de su muerte; solamente los primeros Padres y la tradicion dan motivo para creer que la Cólquide y la Grecia fueron el principal teatro de su apostolado, y que fué condenado á muerte y crucificado en Patras, pueblo de la Acaya. — Santiago y san Juan, pescadores tambien, fueron igualmente llamados por Jesucristo, cuando estaban componiendo sus redes, en Betsaida, su patria. « Venid, les dijo, os haré pescadores de hombres.» Siempre se halla un fondo de verdad en las alegorias del Señor; nada se parece mas á los abismos del mundo que las pasiones de la mar. Los dos Apóstoles á quienes Jesucristo llamaba *hijos del trueno* (hombres nuevos necesitan nombres nuevos), acaso porque un dia querian indiscretamente que cayese un rayo sobre los Samaritanos que rehusaban recibir á Jesucristo, aquellos dos Apóstoles estaban con Pedro en la transfiguracion del Tabor y en la bajada del Espiritu Santo. Cuenta la tradicion que Santiago fué el primer Apóstol que salió de la Judea para ir á

anunciar la palabra de Dios y el primero que padeció el martirio en Jerusalem, en tiempo de Herodes, el año 44 de Jesucristo. La España se gloria de haberle tenido por apostol especial, y le ha erigido una de las iglesias mas hermosas de Jerusalem, á trescientos pasos de la puerta de Sion.

Santiago el Menor mereció el renombre de el *Justo*, á causa de sus extraordinarias virtudes. Jesucristo se le apareció en particular, y sus compañeros le eligieron despues de la ascension, para regir la iglesia de Jerusalem y para ser el primer obispo del cristianismo: — en el concilio de dicha ciudad, fué el primero que tomó la palabra, despues de san Pedro. San Pablo, que lo entendia, lo llama una de las columnas de la Iglesia. Condenado por el principe de los Sacerdotes, Ananias, fué entregado al pueblo que lo precipitó sobre las gradas del templo, donde acabó de matarle un batanero con una palanca, el año 62 de Jesucristo: una Epistola que ha dejado á la Iglesia, la primera entre las *canónicas*, muestra la superioridad de las obras sobre la fe: contiene todo el cristianismo. — Lo único que se sabe de san Judas, hermano de Santiago el Menor y primo de Jesucristo, segun la carne, es que fué á predicar la palabra del Salvador á Mesopotamia, á Arabia, á Siria, á Idumea y á la Libia: se cree comunmente que recibió la corona del martirio en Berita, en el año 80 de la nueva era. La *Carta* que ha dejado y que se dirige á los Judios convertidos, despues de la toma de Jerusalem,

insiste, como la de su hermano, sobre la necesidad de las buenas obras. « Está, segun Origenes, llena de la fuerza y de la gracia del cielo. » — San Felipe fué llamado por Jesucristo el dia siguiente de la vocacion de san Pedro: fué á decir á Natanael (acaso san Bartolomé) que habia hallado al Mesías, y asistió al milagro de Cana. Se cree que murió hácia el año 80, en Hieraplea, en Frigia, adonde habia ido á llevar la *buena nueva*. — Santo Tomas, célebre por su crédula incredulidad, parece tambien que no fué llamado á seguir al Señor sino despues que los otros; pero, en cambio, parece que fué el que quiso llevar mas lejos la gloria de su maestro: predicó su vida, su muerte y su resurreccion entre los Partos, los Persas, los Medos y hasta en las Indias, donde sufrió el martirio, en Calamina, y donde le halló san Francisco Javier, quince siglos despues. — Uno de los Apóstoles que parece haberle seguido ó acompañado hasta los confines del universo, es san Bartolomé, quien desde ellos volvió á Frigia, donde encontró á san Felipe, pasando enfin á Licaonia: se cree que fué crucificado en Albonápolis: sus reliquias fueron sucesivamente trasladadas á Duras, á Mesopotamia, á Sicilia y finalmente á Roma. San Eduardo, el mas ilustre de los reyes de Inglaterra, consiguió obtener un brazo del Santo, de que hizo donacion á la iglesia de Cantorbery. — San Mateo, de recaudador de contribuciones que era pasó á ser discipulo de Jesucristo, al primer llamamiento de este:

es tambien el primero y el mas circunstanciado de sus evangelistas. Llevó á su casa al Salvador y le agasajó singularmente; y sin embargo el hombre que cuidó de escribir, desde el año 36, la historia de Jesucristo y de los otros apóstoles con tanto esmero y puntualidad, fué personalmente uno de los mas olvidados: todo lo que de él se sabe es que no se sustentaba mas que de yerbas y de raices, y que fué á llevar la palabra de Dios á Persia y al pais de los Partos, donde halló el martirio, como todos sus compañeros. Los apóstoles menos conocidos son Simon y Matias, el primero llamado el *cananeo* ó el *celoso*, y el otro designado, con José, por sobrenombre el *Justo*, despues de la muerte de Judas, para reemplazarle, y que la suerte, es decir el Espíritu Santo, prefirió á José.

Resta el último apostol, el mas grande despues de san Pedro, mas fiel que él, y sobre todo mas amado del Salvador: fué tambien el mas joven de todos los apóstoles, y el que alcanzó una edad mas avanzada: murió el último, mucho tiempo despues que los demas: hablamos de san Juan. Hermano segundo de Santiago el Mayor, estaba pescando con él cuando Jesucristo, que pasaba á la sazón, lo llamó. Su principal virtud era la que el Salvador preferia, la pureza virginal: á causa de ella sin duda le llamaba Jesucristo, y se llamaba él á sí mismo, el *discipulo amado*, y le hizo su maestro testigo de la mayor parte de sus milagros. Durante la cena, le dejó descansar sobre su

pecho; hasta en la cruz, le trató como á otro él, y le recomendó su madre, que iba á quedar sola. San Juan pagaba á Jesus amor con amor: fué el único discipulo que le acompañó hasta el pie de la cruz. Despues de la resurreccion fué el primero que le reconoció, y que comió con él. Asistió tambien al primer concilio de Jerusalem, y fué, segun san Pablo, una de las columnas de la Iglesia. Pronto fué el Asia el teatro de su apostolado: estableció su residencia en Efeso, desde donde gobernaba la mayor parte de las iglesias nacientes. Hacia el año 95, durante la persecucion de Domiciano, fué llevado á Roma, y salió salvo del aceite hirviendo para ser confinado en la isla de Patmos, donde escribió bajo el nombre de *Apocalipsis*, aquella verdadera *Historia universal*, de la que todas las demas no son mas que meros bosquejos, y que es ademas el suplemento inaccesible y fundamental de todas: aquella historia de los tiempos futuros, que, en todos los siglos, ha hecho temblar las almas de los santos y las inteligencias de los grandes hombres; que atormentaba juntamente á Newton y á Lutero, á san Agustin y á Bossuet. Cesaba entretanto la persecucion, y Nerva sucedia á Domiciano: á favor del sosiego que sucedió á esta mudanza, san Juan volvió á Efeso, donde acabó, lleno de gloria y de santidad, una larga vida, á los noventa y cuatro de su edad (edad á que no llegó ningun otro apostol), bajo el reinado de Trajano, el año 100 de Jesucristo, legando á la Iglesia un Evangelio,

que brilla singularmente entre los otros Evangelios, que muestra la *divinidad* de Jesucristo, como los otros habian mostrado su *potestad real*, su *sacerdocio* ó su *humanidad*⁴, y que los Padres llaman unánimemente el *Evangelio espiritual*.

San Marcos y san Lucas, evangelistas, no figuran entre los apóstoles, pero fueron sus discípulos, y acaso sus colaboradores. Es de creer que san Marcos no se convirtió hasta despues de la resurreccion: fué discípulo de san Pedro, y tal vez el mismo á quien llama su *hijo espiritual*: le acompañó en su segundo viage de Jerusalem á Roma. Cuando Claudio espulsó de esta ciudad á los Judios, pasó á Egipto, donde fundó la Iglesia de Alejandria, que llegó á ser tan floreciente, y murió el año 68, víctima de los malos tratamientos que le hicieron sufrir los idólatras de aquella ciudad, un dia en que celebraban su dios Serapis.

San Lucas era natural de Antioquia, y médico de profesion: desde el año 5 fué compañero de san Pablo, como san Marcos lo era de san Pedro. Se cree que predicó el Evangelio en Macedonia, en Dalmacia, en Italia y hasta en las Galias. Sabio en las letras, sus eseritos tienen una gracia y una uncion que la literatura profana nunca ha podido desconocer ni igualar. Escribió su Evangelio en

⁴ Es en efecto cosa muy notable que S. Mateo habla principalmente del *rey*, S. Lucas del *pontífice*, y S. Marcos del *Hombre-Dios*. Faltaba mostrar el *Dios-Hombre*; esto es lo que S. Juan tenia que hacer y lo que hizo.

Roma, sobre las memorias de los apóstoles, y luego los *hechos* de estos, es decir, su historia por espacio de sobre treinta años. Se cree que el Evangelio de san Lucas es el que san Pablo llama *suyo* en la *Epistola á los Romanos*. Segun dice san Jerónimo, san Lucas se conservó siempre célibe, vivió hasta la edad de ochenta y tres años, y murió tranquilamente en Acaya.

Un hombre hay, notable por un caracter especial. No es un apostol propiamente tal, no es tampoco evangelista, y sin embargo es mas grande en un concepto que todos los apóstoles y que todos los evangelistas. Hablamos de san Pablo: como natural de Tarso en Cilicia, era ciudadano romano: su padre era fariseo, es decir, de la casta de los judios que habiendo condenado á Jesucristo, eran los que mas aborrecian, y con mas esmero perseguian á los predicadores de Jesucristo. San Pablo fué enviado por su padre á aprender aquel odio en la escuela de Gamaliel, en Jerusalem, en la que, al cabo de poco tiempo, llegó á ser maestro. Cuando lapidaron á san Esteban, fué elegido para guardar los vestidos de sus verdugos. Ciego de furor contra los cristianos, obtuvo cartas del principe de los sacerdotes para ir en persona, en calidad de proconsul, á prenderlos y llevarlos cargados de cadenas á Jerusalem. Nadie ignora lo que le aconteció en el camino. — *Pablo, ¿por qué me persigues?* — ¿Quien eres, Señor? (¡ sencillez católica!) — *Soy Jesus á quien persigues.* — Señor, le responde el santo (porque de

aquel momento data su santidad) ¿qué quieres que haga?—Desde entonces estuvo san Pablo en el mismo caso en que desde el primer momento los otros apóstoles:—Ve á Damasco. Y san Pablo va á Damasco, donde le bautiza Ananias, y de donde, lleno del Espíritu Santo, vuelve contra los Judios la espada que se habia ceñido en su favor, va á predicar el Evangelio, que no habia aprendido, á Arabia, á Jerusalem, á Cesarea, á Tarso, donde habia mamado con la leche el odio á los cristianos. Allí se le reunió san Bernabé, el compañero de sus trabajos; juntos van, el año 38, á Antioquia, donde alcanzan un número tan considerable de prosélitos, que reciben por primera vez el nombre de *cristianos*.

Encargado por los apóstoles de Antioquia de llevar limosnas á los hermanos de Jerusalem (porque entonces las limosnas no se pedían), vuelve á ponerse en camino, y convierte en Pafos al proconsul Sergio Pablo, su homónimo. En Iconia, unos le siguen, otros quieren lapidarlo: la curacion de Eneas en Listra los hace ser adorados (porque iba con Bernabé) como dioses. Unos judios, que llegaron entonces de Iconia, sublevaron contra ellos al populacho que los dejó por muertos fuera de la ciudad. Desde allí, sacudiéndose el polvo de las sandalias, van sucesivamente ambos apóstoles á Iconia, á Antioquia de Pisidia, á Panfilia, á Perges y á Atalia: embárcanse para Antioquia de Siria, donde los fieles los enviaron en diputacion á Jerusalem, á fin de consultar á los apóstoles sobre la

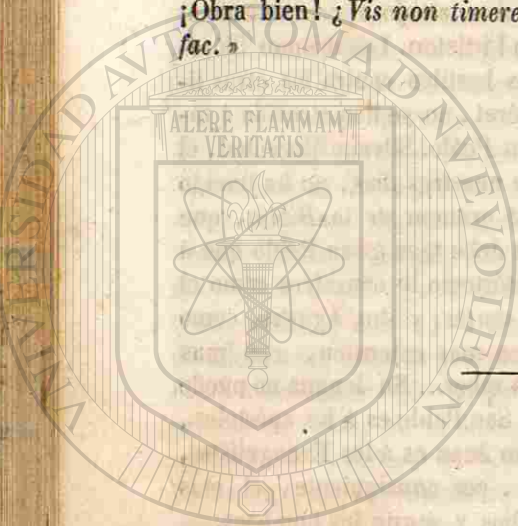
cuestion de la alianza de la ley antigua con la nueva: sobre este punto falló el primer concilio, en el que san Pedro habló el primero. Pablo, de vuelta de su mision, recorrió con Silas, su segundo discipulo, la Siria, la Cilicia, la Licaonia, la Frigia, la Galatia, la Macedonia, etc. Atenas, que durante muchos siglos no habia oido mas que la elocuencia de las palabras ó la del crimen, oyó por primera vez la de la virtud y la verdad. Dionisio, el Areopagita, fué la mas célebre de las conquistas de un simple particular, y tan desvalido que no tenia donde apoyar la cabeza. De vuelta en Jerusalem, Pablo es preso por el tribuno Lisias, y llevado á presencia de Felix, gobernador romano de la Judea, quien, no atreviéndose á juzgarle, le tuvo dos años preso en Cesarea. Festo, sucesor de Felix, el mismo Agripa y su esposa, ante cuya presencia compareció, no atreviéndose tampoco á juzgar al grande hombre, *desconocido* como el Dios de Atenas, estuvieron tentados de implorarlo en vez de absolverle, y le remitieron al juicio de Jerusalem. Pablo, que adivinaba la sentencia de los Judios, apeló á Cesar, y en consecuencia le llevaron á Roma. Todos sus viages eran otros tantos triunfos: la isla de Malta, donde paró durante su travesia, le recibió como un angel bajado del cielo. En Roma, en fin, pareció tan poco criminal, que tuvo, por espacio de dos años, libertad para predicar la palabra de Dios, custodiado solamente por un guardia que no era mas que un cristiano mas.

Entonces fué sin duda cuando le oyeron algunos Romanos célebres, y en especial Séneca, que reprodujeron en sus obras mas de un pensamiento que solo á él pudieron deberle. La *convertidora* palabra del apostol de los gentiles penetró hasta la corte imperial: convirtió al cristianismo al copero de Neron y á una de las damas de su palacio: inutil es decir que no pasó adelante la acusacion judáica. El ilustre acusado recorrió la Italia, desde donde escribió su *Epistola á los Hebreos*. De vuelta en Asia, coloca á Timoteo en la silla episcopal de Efeso, y á Tito en la de Creta; y luego, pasando por Nicópolis, la Troade, Efeso y Mileto, vuelve á la ciudad de Roma, hácia donde todo el mundo empezaba á sentirse atraído, y donde, en aquella ocasion, en vez de tolerancia, halló la prision, y luego el martirio, como todos saben. Su cuerpo fué enterrado en el camino de Ostia, en el sitio en que se construyó, andando los tiempos, en honra suya, la soberbia basilica que todavia subsiste. Pero la sangre de los mártires no corria nunca, como la de Jesucristo, sino para fecundizar la tierra: el martirio de san Pablo fué lo que dió fuerza de ley á su palabra de un género hasta entonces inaudito. Las *Epistolas* que escribió alternativamente desde Corinto, desde Efeso y desde su carcel de Roma, agotaron en tales términos las demostraciones del cristianismo y de los deberes, al uso de los grandes hombres, que los Padres de la Iglesia y los mas insignes apologistas del cristianismo no han hecho, de mil novecientos años

á esta parte, mas que estudiarlas, admirarlas, repetir las, satisfechos con poder entenderlas. En todos los siglos, con aquellas sublimes epistolas, san Pablo ha suscitado muchos *santos* dignos de él. La sola relacion de su *conversion* y de su *apostolado*, tal cual la hace en los *hechos*, atrajo al cristianismo al célebre filósofo inglés Littleton. Los mismos filósofos franceses, los mas hostiles contra los otros libros santos, como Fréret, no se han atrevido á tocar las *Epistolas de san Pablo*. Silvano Marechal, el escritor mas audaz de nuestros dias, no ha temido decir, en su informe examen de la *Biblia*, que « la religion cristiana debe mas á san Pablo que á su fundador. » San Crisóstomo le considera como el *primero de todos los santos*; y san Agustin, como el que ha escrito con mas estension, con mas profundidad, con mas saber... Su lengua no puede bastar á su corazon. » San Pablo es á los apóstoles, en general, lo que san Juan es á los Evangelistas, *el mas espiritual*, y, por consiguiente, el mas demostrativo segun Dios y segun los hombres.

No elejiremos mas que un ejemplo, entre mil, de uno y de otro; en la sola *Epistola á los antiguos Romanos* que fué, es y será eternamente la *Epistola á los últimos Romanos*. Entonces, como hoy, algunos hombres arrogantes preguntaban: ¿Por qué se queja Dios del que peca? « ¡Oh hombre! respondió el apostol, ¿quién eres tú para altercar con Dios? Por ventura dirá el vaso de barro al que lo labró: ¿por qué me hiciste así? Entonces, como

hoy, los hombres impacientes y secretamente ambiciosos, se quejaban de la tiranía : San Pablo les da, en dos palabras, terribles y consoladoras juntamente, la receta de la felicidad política : « Quieres, dice, no tener nada que temer de la potestad? ;Obra bien! ; *Vis non timere potestatem? bonum fac.* »



§ II.

EXAMEN DE LA GRANDEZA Y DE LA BENEFICENCIA HISTÓRICAS DE LOS SOBERANOS PONTIFICES.

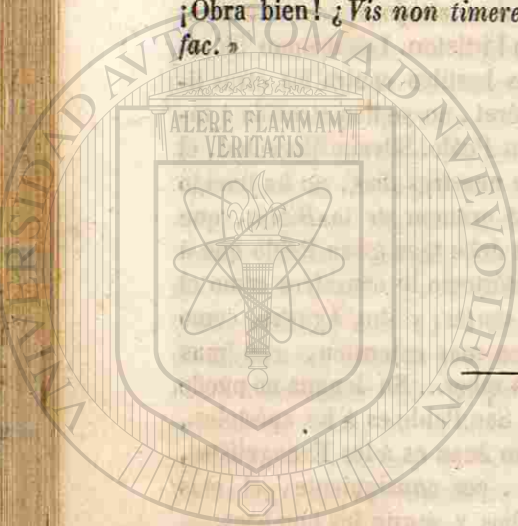
El Papa es, en el orden de las inteligencias, lo que es la *clave* en el orden de las *pedras de la bóveda*, la única razón de la unión, y por consiguiente de la fuerza, de la verdad, de la vida.

Creemos haber hecho sensibles, simplificándolas, la necesidad, y aun la *inevitabilidad* de la unidad del poder en la sociedad eclesiástica, como en todas las demas sociedades; es decir, que hemos demostrado la soberanía pontificia, y que la hemos considerado como principio único de verdad, de sabiduría, de virtudes, de orden, de salvación y de gloria aun política.

Y, por su parte, la historia universal menos religiosa, la mas política, la mas protestante, da fe de esta inmensa justicia, de la verdad fundamental.

Sin el Papa, no se concibe el Sacerdote, (ni aun se concibe el rey y si solo el tirano), y sin el Sa-

hoy, los hombres impacientes y secretamente ambiciosos, se quejaban de la tiranía : San Pablo les da, en dos palabras, terribles y consoladoras juntamente, la receta de la felicidad política : « Quieres, dice, no tener nada que temer de la potestad? ;Obra bien! ;*Vis non timere potestatem? bonum fac.* »



§ II.

EXAMEN DE LA GRANDEZA Y DE LA BENEFICENCIA HISTÓRICAS DE LOS SOBERANOS PONTIFICES.

El Papa es, en el orden de las inteligencias, lo que es la *clave* en el orden de las *piedras de la bóveda*, la única razón de la unión, y por consiguiente de la fuerza, de la verdad, de la vida.

Creemos haber hecho sensibles, simplificándolas, la necesidad, y aun la *inevitabilidad* de la unidad del poder en la sociedad eclesiástica, como en todas las demas sociedades; es decir, que hemos demostrado la soberanía pontificia, y que la hemos considerado como principio único de verdad, de sabiduría, de virtudes, de orden, de salvación y de gloria aun política.

Y, por su parte, la historia universal menos religiosa, la mas política, la mas protestante, da fe de esta inmensa justicia, de la verdad fundamental.

Sin el Papa, no se concibe el Sacerdote, (ni aun se concibe el rey y si solo el tirano), y sin el Sa-

cerdote no se conciben ni la sabiduria ni la moral, ni la virtud; no se concibe la sociedad, no se concibe siquiera la humanidad.

Y si solamente el estado salvaje y la antropofagia.

Así se ve que los mas célebres protestantes de Alemania y de Inglaterra, y los mas famosos filósofos franceses han aprobado y defendido hasta los privilegios políticos de los Papas, casi tan enérgicamente como los católicos Bellarmin ó el conde de Maistre. He aquí algunas páginas de los magníficos sentimientos de Leibnitz sobre este punto :

LA PRIMACIA DEL PAPA.

«Pues que Dios es el Dios del orden y que el cuerpo de la Iglesia una, católica y apostólica, bajo un gobierno que sea uno con una gerarquía, que comprenda todos los miembros, es de derecho divino, claro está que hay tambien de derecho divino en el mismo cuerpo un soberano magistrado espiritual; conteniéndose en justos limites, armado de un poder directoral y de la facultad de hacer todo lo que es necesario para desempeñar su cargo en lo relativo al bien de la Iglesia, aunque solo por consideraciones humanas el centro y la sede de este poder han sido establecidos en Roma, metrópoli del mundo cristiano.... Efectivamente, es de derecho que haya en toda república y por consiguiente en la *Iglesia cristiana*, un soberano magistrado, ya

resida toda su autoridad en una sola persona, ya esté dividida entre muchas. Y, aun en este último caso, es natural que uno de los miembros del colegio tenga el derecho de director, ó, lo que es lo mismo, de soberano magistrado, aunque con una autoridad limitada.»

CONSTITUCION DE LA REPUBLICA CRISTIANA.

«Yo creo que la dignidad de emperador es un poco mas alta de lo que comunmente se cree; que el emperador es el procurador, ó mas bien el gefe, ó si se quiere, el brazo secular de la Iglesia universal; que toda la cristiandad forma una especie de república, en la que el emperador tiene alguna autoridad, de donde proviene el nombre de Sacro Imperio, que debe en cierto modo estenderse tanto como la Iglesia católica; que el emperador es el gefe (*imperator*), es decir el caudillo nato de los cristianos contra los infieles; que á él es á quien compete principalmente sofocar los cismas, facilitar la celebracion de los concilios, mantener en ellos el buen orden: en una palabra, emplear toda su autoridad para que no padezcan menoscabo la iglesia y la república cristiana. Es constante que muchos principes son feudatarios ó vasallos del imperio romano, ó á lo menos, de la iglesia romana; que una parte de los reyes y de los duques han sido creados tales por el emperador ó por el papa, y que

los otros no son consagrados reyes sin rendir al mismo tiempo homenaje á Jesucristo, á cuya iglesia prometen fidelidad, cuando reciben la unción por mano del obispo. Y así se verifica esta fórmula: *Christus regnat, vincit, imperat*; pues todas las historias dan testimonio de que casi todos los pueblos de Occidente se han sometido á la iglesia con tanto anhelo como piedad.

« No me meto á examinar si todas estas cosas son de derecho divino: lo que es innegable es que se hicieron con un *consentimiento unánime*, que han podido realizarse perfectamente y que no se han opuesto al bien comun de la cristiandad, porque muchas veces la salvacion de las almas y el bien público son objeto del mismo cuidado. Y no sé si, con su conciencia, los cetros de los reyes no están tambien sometidos á la Iglesia universal, no para menoscabar la consideracion que les es debida, y atar á los principes manos que siempre deben estar sueltas para administrar la justicia y gobernar felizmente á los pueblos, sino para contener, por medio de una autoridad mayor, á aquellos hombres turbulentos que, sin considerar lo que es licito y lo que no lo es, están dispuestos á sacrificar á su ambicion particular la sangre de los inocentes y arrastran muchas veces á los principes á acciones criminales; para contenerlos, digo, con aquella autoridad que reside en cierto modo, á lo que creo, en la Iglesia universal ó en el Sacro Imperio y sus dos gefes, el emperador y un Papa legitimo, usan-

do legitimamente de su poder. De modo que, considerando el derecho, no se le puede rehusar al emperador alguna autoridad en una gran parte de Europa, y una especie de primacia análoga á la primacia eclesiástica. Y así como en nuestro imperio hay reglamentos generales relativos á la conservacion de la paz pública, la recoleccion de subsidios contra los infieles, la administracion de la justicia entre los mismos principes, sabemos tambien que la Iglesia universal ha juzgado muchas veces las causas de los principes, que estos han apelado á los concilios, que en ellos se ha fallado sobre su clase y pretensiones; que los concilios han, en nombre de toda la cristiandad, declarado la guerra á los enemigos del nombre cristiano. Y si el concilio era cristiano, ó si existia un senado general de cristianos establecido por su autoridad, lo que hoy se hace por medio de los tratados ó, como se dice generalmente, de las mediaciones y de las garantías, se terminaria entonces con la interposicion de la autoridad pública, emanada de los gefes de la cristiandad, el Papa y el emperador, por composicion amistosa, es cierto, pero con mucha mas solidez que la que tienen hoy todos los tratados y todas las garantías. »

AUTORIDAD DEL PAPA EN LA REPUBLICA CRISTIANA.

Nuestros abuelos consideraban la Iglesia universal como formando una especie de república gober-

nada por el Papa, vicario de Dios en la parte espiritual, y el emperador, vicario de Dios en la temporal. El emperador se llama con efecto, en la bula de oro, el gefe temporal de la Iglesia; y nada es mas conocido ni mas frecuentemente supuesto en los instrumentos públicos y en las historias que su calidad de procurador de la Iglesia romana, es decir de la Iglesia universal. Nada hay tampoco en esta cualidad que deba repugnar ni causar recelo á los protestantes, porque el procurador de la Iglesia no debe su proteccion mas que para cosas justas y regulares, y si por casualidad se han deslizado algunos abusos siempre se pueden remediar. Por el contrario, es deber suyo impedir con todas sus fuerzas que sufra el menor desdoro la Iglesia católica, por lo cual los que se afanan por quitarle al emperador una prerogativa tan hermosa destruyen lo mas importante del poder imperial. Y los sabios que hacen consistir el poder del emperador de los Romanos en el derecho que tiene sobre la ciudad de Roma y sobre algunas pequeñas soberanias antiguas, se engañan sin duda. El derecho temporal del emperador se estiende, por el contrario, tanto como el derecho espiritual del obispo de Roma, es decir, tanto como toda la Iglesia, en lo cual hasta los antiguos han reconocido que el Papa tiene alguna primacia, no solo de clase, mas, en cierto modo, de jurisdiccion. Poco importa aquí que el Papa tenga esta primacia de derecho divino ó de derecho humano, con tal que sea constante que por espacio

de muchos siglos ha ejercido en el Occidente, con consentimiento y aplauso universales, un poderio seguramente muy estenso. Hasta ha habido muchos hombres célebres entre los protestantes que han creído que se podia dejar este derecho al Papa, y que era útil á la Iglesia si se quitaban algunos abusos. Aun hay mas: Felipe Melancton, hombre de una prudencia y de una moderacion reconocidas por todos los partidos, cuando suscribió á los artículos de Esmalcalda, no titubeó en unir á ellos una protesta en la que declaraba que era de opinion de que se podria volver á los obispos su jurisdiccion, si querian poner remedio á los otros males de la Iglesia. Tal fué tambien el sentir de Jorge Calisto, hombre escelente, cuyo saber y cuya sensatez son superiores á todo elogio. Seguramente no se puede negar que la Iglesia ha sido considerada mucho tiempo en Occidente como la Señora de las otras Iglesias, lo que es tanto menos de admirar cuanto realmente ha sido su madre, porque sabido es que hombres apostólicos enviados de Roma á Irlanda, á Inglaterra, á la Galia y á la Germania fueron los que llevaron la fe á dichas regiones, y con ella el respeto á la Iglesia romana. A esta Iglesia fué á la que los Lombardos y los Sajones, los Franceses, ó para hablar con san Remi, los Sicambros, se sometieron; y los obispos y los frailes reconocieron con tanto mas gusto la jurisdiccion del Papa cuanto los libertaba de la opresion de los principes y de los reyes que aun conservaban algo de su primitiva fe-

rocidad, y los hacia sagrados é inviolables á los ojos de los bárbaros. Así, pues, habiendo estos recibido de ellos la fe, que les era tan ventajosa, no es de estrañar que el poder de la Iglesia romana haya sido reconocido al mismo tiempo, y el obispo de Roma considerado como el obispo ecuménico. Sucedió en fin por efecto de la íntima conexion que tienen entre sí las cosas sagradas y las profanas, que se creyó que el Papa habia recibido alguna autoridad sobre los mismos reyes. Y puede juzgarse cual era aquella autoridad, y hasta donde se estendia ya en los primeros tiempos, por el fallo del Papa Zacarías, quien, consultado por la asamblea general de la nacion francesa, decidió que el rey Childerico era indigno de la corona, y mandó que pasase á las sienes de Pepino, con aplauso de todos los órdenes del Estado.

(Sigue una multitud de ejemplos para probar la autoridad de que gozaba el Papa.)

«Los Papas oian las quejas de los súbditos contra sus soberanos. Inocencio III prohibió al conde de Tolosa que abrumase á sus vasallos con impuestos demasiado crecidos. Inocencio IV dió un curador á Juan, rey de Portugal. Urbano V legitimó á Enrique-el-Bastardo, rey de Castilla, que luego, con auxilio de los Franceses, arrebató á su hermano Pedro la corona y la vida. Hay ademas dos artículos de suma importancia y que antes ni aun se dudaba que fuesen de la competencia del tribunal del Papa: hablo de las causas de juramentos y de las de matri-

monios. ¿No pidió Enrique IV al Papa y no obtuvo la anulacion de su casamiento con Margarita de Valois? Aun no hace mucho tiempo que una reina de Portugal hizo tambien declarar nulo su casamiento por la autoridad del cardenal de Vendoma, legado á *latere*. Pero ¿tiene poder el Papa para desposeer á los reyes y absolver á sus vasallos del juramento de fidelidad? Punto es este que muchas veces se ha discutido, y los argumentos de Bellarmin que, de la suposicion de que los Papas tienen la jurisdiccion sobre lo espiritual, infiere que tienen tambien una jurisdiccion, indirecta cuando menos, sobre lo temporal, no han parecido despreciables ni aun al mismo Hobbes. Efectivamente, *es seguro que el que ha recibido un pleno poder de Dios para procurar la salvacion de las almas, tiene la facultad de reprimir la tirania y la ambicion de los grandes que hacen perecer tan gran número de almas.* Confieso que puede dudarse si el Papa ha recibido de Dios semejante poder; pero nadie duda, á lo menos entre los católicos, que este poder reside en la Iglesia universal, á la que están sometidas todas las conciencias. De ello parecia estar persuadido Felipe el Hermoso, rey de Francia, cuando apeló de la sentencia de Bonifaz VIII, que le escomulgaba y le privaba de su reino, al concilio general, apelacion á que muchas veces han recurrido reyes y emperadores en circunstancias semejantes y á que se proponian recurrir los Venecianos á principios de este siglo.»

UTILIDAD DE RESTABLECER LA ANTIGUA AUTORIDAD DEL PAPA.

«Algo he visto del proyecto de Mr. de Saint-Pierre para conservar una paz perpetua en Europa. Me acuerdo de la divisa de un cementerio, que decia: *Pax perpetua*, porque los muertos no se baten; pero los vivos son de otro temple y los mas poderosos no respetan tribunales. Seria menester que todos esos Señores presentasen buenos fiadores, ó que depositasen en el banco del tribunal, un rey de Francia, por ejemplo, cien millones de escudos, y un rey de la Gran Bretaña, á proporcion, á fin de que las sentencias del tribunal pudiesen ejecutarse sobre su dinero, en caso de que fuesen refractarios.... Me acuerdo de que un sabio príncipe, conocido mio, escribió un discurso proponiendo algo por este estilo, y quiso que Lucerna, en Suiza, fuese el punto donde se estableciese el tribunal.... Yo por mí, seria de dictamen de establecerle en la misma Roma y de que el Papa fuese su presidente, como en efecto era antiguamente juez entre los príncipes cristianos: pero seria menester al mismo tiempo que los eclesiásticos recobrasen su antigua autoridad, y que un entredicho y una excomunion hiciesen temblar á los reyes y á los pueblos, como en tiempo de Nicolas I ó de Gregorio VII. Proyecto es este que tendrá la misma suerte que el de Mr. de

Saint-Pierre, pero una vez que es permitido hacer castillos en el aire ¿por que nos ha de parecer mala la ficcion que nos traeria el siglo de oro?»

LOS ABUSOS DE LA AUTORIDAD PAPAL.

«..... Por lo demas, seria una injusticia prevalecerse de los crímenes de Alejandro VI¹ para atacar la autoridad papal, á menos, tal vez, de que se hiciese por via de recriminacion, via de que prefiero que nunca se haga uso. Los mas celosos sectarios de la Iglesia romana convienen en que Alejandro era un hombre malo; y hasta puede decirse que el honor de los Papas está interesado en que se vea cuanto se diferencia el aspecto que ofrece actualmente su corte del que presentaba hace doscientos años. Porque debe decirse, para gloria de la sede de Roma, que ya no ascienden á ella mas que hombres de grandísimo mérito y que á su vez eligen cardenales no menos estimables que ellos en lo general. Pero mientras haya hombres, habrá vicios,

¹ Es notable y aun admirable y concluyente que ese papa criminal, ese *infame Borja*, como se le llama, era un celoso protector de las letras (V. Berington el anglicano); que supo conservar en paz la Italia y la iglesia, sin ningun cisma, y que en fin se lee en el sublime testamento de Cristóbal Colon: «Habiéndome regalado el Santísimo Padre unas *Horas de la Virgen*, que me han dado grandes consuelos en mis tribulaciones, etc., las lego á la república de Génova, mi querida patria.»

y sin embargo, aun los menos amigos de los Papas felicitarán á nuestro siglo de haber visto reinar en un puesto tan eminente, en vez de crímenes, las mas relevantes virtudes. »

El inglés Hume, presbiteriano y filósofo juntamente, no es menos decisivo : « *La política de la corte de Roma ha sido por mucho tiempo un objeto de admiración.* Los que juzgan de las cosas por el resultado han prodigado los mayores elogios á su rara prudencia que, sin el auxilio de las armas, llevó á una potencia, tan debil en sus principios, á establecer una monarquía universal y casi absoluta sobre toda Europa : pero una prudencia hereditaria en tantos hombres de edad, temperamento é intereses diferentes como rodeaba la sede pontificia, no sería comprensible y parecería preternatural. » — « La union de todas las Iglesias Occidentales bajo un pontífice soberano facilitaba el comercio de las naciones y tendia á hacer de la Europa una gran república. La pompa y el esplendor del culto que correspondia á un establecimiento tan rico contribuian, en cierto modo, al estímulo de las bellas artes, y empezaban á difundir una general elegancia de gusto, reconciliándola con la religion ¹. »

¹ En el siglo XIX, la defensa de los papas, aun considerados como potestad política, es el pensamiento comun de los principales historiadores ó escritores protestantes de Alemania, de Inglaterra y aun de Francia : — Enrique Luden, Federico de Raumer, Harter (*Historia de Inocencio III*), Voigt (*Historia de Gregorio VII*), Stentzel, Leo, Mentzel, Ancillon (*Cuadro de las revoluciones de*

Los mismos reformadores han tributado voluntaria ó involuntariamente homenaje al grande hombre, único y universal, contra quien se habian sublevado orgullosamente ¹. Lutero esclama en uno de sus sermones : « Los hombres son hoy mas vengativos, mas avaros, mas inhumanos, mas inmodestos, mas incorregibles, en una palabra, *mucho peores que cuando estaban bajo el dominio de los Papas* ². »

Europa), Cobbett (*Cartas sobre la reforma*), Roscoe (*Historia de Leon X, etc.*), Berington, Walter Scott : — En Francia, Michelet, y aun Sismonde de Sismondi y todos los apasionados de la *edad media*. « Los primeros papas fueron virtuosos, » dice M. Guizot, en *Roma y sus papas*. Hace el elogio de un gran número de papas, y dice de Pio VI que « Roma, en todo tiempo, le deberá estar agradecida ; » — de Pio VII, « que un día será canonizado ; » — de Leon XII, « que estaba animado de un *escelente espíritu* y que era *buen administrador* ; » — de todos los papas, « que lo único que les sobra es el *poder político*. » Y sin embargo, dice en su *conclusion* que « si se considera á los papas bajo el solo punto de vista político, se hallarán muchos que fueron y que serán en todo tiempo *justamente famosos*... »

Los mas hábiles y, sobre todo, los mas ilustres entre los otros protestantes lo han entendido mejor ; — se han hecho *Romanos* personalmente.

¹ No es extraño, atendido esto, que sea tan bello el libro *del Papa*, por el conde José de Maistre, y sobre todo que haya obtenido tanto aplauso.

² *Sunt homines magis vindictæ cupidi, magis avari, magis ab omni misericordia remoti, magis immodesti et indisciplinati, multoque deteriores quàm fuerant in papatu.* (LUTHERUS, in *postilla super I. Dominicam Adventus*). — Calvino, en su explicacion sobre el primer capítulo de Daniel, dice que « en el corto número de los que se han separado de la idolatría del papa, los mas están llenos

Hemos ya dicho algo sobre el *derecho*.... romano; bueno será ahora que añadamos algo del *hecho* :

Empezando á contar desde que la dignidad papal fué crucificada, entronizada, coronada en Roma,— en Roma, que es ya definitivamente la *ciudad* omnipotente y *eterna*, es donde todo se piensa, donde todo se hace; de allí es donde todo arranca para los cuatro extremos del mundo, y adonde todo vuelve :
¡ *Italiam!* ¡ *Italiam!* !

Y adonde todo vuelve espontáneamente :
Sin exceptuar las coronas.

Y, como los antiguos Romanos hacian hasta á los reyes instrumentos de su tiranía : *Habebant instrumenta servitutis et reges* (TACIT.), los nuevos veían á los principes temporales constituirse órganos de la sabiduria y de la generosidad de la Iglesia cristiana.

El debil (no era mas que santo) Papa Silvestre I veía á Constantino el Grande, en particular, cederle hasta aquella Roma que tan interesado estaba en habitar, para regir el mundo nuevo de que era el centro visible; y Adriano I, otro pontifice que no se distinguió mas que por su caridad y su

de perfidia y de artificio; *aparentan un gran celo, pero si se los sondea un poco, se los hallará llenos de bellaqueria.* » Y Enrique VIII declaró en pleno parlamento que « las consecuencias inmediatas de la reforma fueron la corrupcion de las costumbres y el TOTAL OLVIDO DE LA JUSTICIA. » (Véanse las *Cartas de Atico*, de lord Fitz-William).

humildad, vió al mismo Carlo Magno, el poseedor y casi el vencedor de la Europa, deponer á sus pies la corona universal, y fundarle un pequeño estado temporal, que tan fácilmente hubieran podido ensanchar sus sucesores y que ni aun han intentado hacerlo en los mil años que han trascurrido desde entonces!

¡ Ejemplo de moderacion, único, del *sacerdocio*, en los anales de todos los Imperios !

¡ Bien les está, despues de esto, á algunos protestantes ó filósofos echar en cara á algunos papas el *nepotismo* mas natural, como si la providencia, al ensalzar á un hombre, le quitase el parentesco y aun la humanidad !

Otro grande hecho de la historia de los papas, y que no se halla en la historia de los reyes, de los cónsules ó de los presidentes de repúblicas profanas, es la eleccion comun del mas noble mérito, sacado á veces del sitio mas bajo¹.

¹ Sabido es que Clemente XIV era hijo de un médico de aldea; — Gregorio XVI, de un simple ciudadano de Beluna; — Gregorio VII, de un carpintero; — Adriano de Utrecht, de un pobre pescador; — que Sixto-Quinto fué pastor, etc. — Los otros, en general, pasaron por todos los grados y aun por todas las profesiones : « Uno de los mas célebres eclesiásticos, honrados con la particular amistad de S. Luis, fué Gui Fulcodi (Gui-el-Gordo, Fulcoli ó Foulguoie). Nacido por los años de 1199, en S. Gil, en Languedoc, Fulcodi se hizo cartujo despues de la muerte de su muger, en la que tuvo varios hijos. Antes de tomar los hábitos, se dedicó al estudio de las leyes, llegó á ser abogado, y el célebre juriscónsul Durand le proclamó « la antorcha del derecho. » Gui, suce-

Ademas, no hay virtudes ó méritos superiores, no hay genio alguno científico de que no presente brillantes testimonios la historia cronológica de los papas.

Nace la Iglesia, y no se ven grandes hombres mas que en los pontífices, en los cabezas de órdenes, en los misioneros, en los obispos, en los padres, en los doctores y en los fieles de la Iglesia á cuyo solo favor es posible saber hoy los nombres y las obras de un corto número de filósofos ó de soberanos disidentes.

Los pontífices aparecen los primeros, y no se puede negar, exclusivamente¹, todos llenos de ta-

sivamente militar, jurisconsulto, casado, padre de familia, viudo, secretario del rey de Francia, cura, canónigo, arcediano de Puy-en-Velay, obispo de esta ciudad, arzobispo de Narbona, cardenal de Santa-Sabina (diciembre de 1264), legado en Inglaterra, y en fin papa, bajo el nombre de Clemente IV, fué felicitado con motivo de su eleccion por todos los príncipes cristianos y especialmente por el rey y la reina de Navarra. Muchos fueron entonces los que solicitaron en matrimonio á sus hijas, pero el discreto pontífice respondió á aquellas interesadas proposiciones: — ¡No son hijas de Clemente IV, sino de Gui Fulcodi! »

« Este pontífice murió el 29 de noviembre de 1268, en Viterbo, con la reputacion de un papa dotado de la mas alta sabiduría. Varios historiadores han lavado su memoria del cargo de haber contribuido á la sentencia de Coradino. » (*Historia de S. Luis*, por el marqués de Villeneuve-Trans).

¹ « Los primeros tiempos del soberano pontificado, dice Juan de Muller en su *Historia del linage humano*, son tan poco conocidos como los de la república. Vemos trece pontífices, como nuevos Decios, sacrificarse por la fe; vemos su beneficencia, su devocion, la gravedad de sus costumbres. Un magestuoso roble, bajo el cual

lento, de virtudes y de gloria, en el seno de la decadencia universal.

Citaremos apenas, *para memoria*, los treinta y tres papas mártires y los treinta y seis que la voz europea canonizó antes que la Iglesia, y no nos prevaleceremos verdaderamente mas que de los pontífices profanos ó políticos:

San Leon, contemporáneo de Meroveo, obligando, con solo el prestigio de su presencia, al feroz Atila á detenerse en su marcha anti-cristiana, y libertando, con sus súplicas, la capital del nuevo mundo de las teas de Genserico:

San Gregorio el grande, cuyos abuelos eran pontífices y que tuvo tres tias santas, creador de la interpretacion moral de los libros santos y, ademas, de la armonia á que debimos mas adelante la de Allegri, Scarlati y Mozart: el primero que se llamó y se hizo el *Siervo de los siervos* de Dios y á cuya voz cesaba el cólera de repente en Roma: — Adriano, defendido, dotado y llorado por Carlomagno, despues de un reinado único de veinticuatro años: — Silvestre II, francés de origen, que bajo el nombre de Gerbert, publicó la primera aritmética occidental y organizó las ciencias seiscientos años antes que Bacon.

irán á reposar todos los pueblos del occidente, se alza delante de nosotros, y va á esconder su copa en los cielos: sus raices penetran tan profundamente en la tierra que nuestros ojos no pueden seguirla. »

Con este grande hombre eclesiástico acaba el primer milenario cristiano : con otro hombre del mismo temple empieza el segundo : — Gregorio VII , á quien la ignorancia y la ingratitud han presentado algunas veces como un tirano, y á quien aun los mas célebres protestantes⁵ han defendido como al tutor nato de los reyes ambiciosos y batalladores⁵, y al verdadero Salvador de todas las libertades europeas. Hijo de un carpintero, como su divino maestro, llegó á ser el árbitro, es decir, el padre de los tiranos de su siglo, y realizó aquellas palabras del salmista

⁴ El mismo Juan de Muller, el mas grande historiador de la Alemania, juzga de este modo á aquel grande hombre en sus *Viages de los papas* (última edicion, Aquisgran, 1854) : « Gregorio VII reúne la grandeza de un heroe, la habilidad de un senador y el celo de un profeta á la mas estrecha austeridad de costumbres. Él es el fundador de la gerarquía y de la libertad del imperio. Él reunió al clero disperso en todos los paises, con un vínculo comun ; él levantó del polvo á una alta é inviolable dignidad á muchos millares de hombres que no poseian ningun derecho, salvo el de la palabra. Hizo mas leve el yugo que los Francos habian impuesto á las provincias alemanas : quebrantó el poder que se funda sobre la fuerza hereditaria de las armas, fuerza que parece irresistible, valiéndose de otro poder que tiene su base en la fuerza y el valor del espíritu... »

⁵ He aquí un hecho entre mil : « En virtud de un uso antiguamente establecido, cuando habia guerra entre Inglaterra y Francia, los naturales de los dos paises no debían insultarse, ni batirse en cuanto alcanza la vista por mar desde las islas, pero á veces la codicia y el rencor violaban este uso. A instancias de Eduardo IV, que no vió otro medio de remediar el mal, Gregorio VII, en el décimo año de su reinado, espidió una bula que escomulgaba *ipso facto* á los infractores. »

que se dice que escribió con pedazos de madera en el taller de su padre : *Dominabitur á mari usque ad mare.*

Pronto á Gregorio VII, siguió Inocencio III, autor de un sublime tratado del *Desprecio del mundo*¹, é institutor de las dos órdenes religiosas que, con la de los jesuitas, honraron mas á la Iglesia y á la humanidad, los dominicos y los franciscanos.

Luego Alejandro III, de generosa memoria, á quien el mismo Voltaire considera como el *libertador de la Italia* contra las pretensiones (*ultramontanas*) del emperador Barbarroja, y por rebote, como el libertador de los esclavos del térruño, un siglo antes que San Luis.

Sigue Inocencio IV, apellidado el *padre del derecho*, como Gregorio lo habia sido de la moral. La Francia le acogió, perseguido por el tirano Federico II.

Cuando reinaban Constantino paleólogo en Constantinopla, y Carlos VII en Francia, con tan poco honor, un papa, Nicolao, célebre por su política pacificadora, hizo florecer las ciencias, las letras y las artes, dió asilo á los sabios fugitivos de los bárbaros de Constantinopla, é hizo de Roma una academia, mucho tiempo antes de que los Medicis hiciesen una de Florencia.

¹ Este papa es tambien el autor de la prosa poética del *Stabat* que Corneille llamaba *la obra maestra de los poemas épicos*, y que proporcionó á otro arte la obra maestra de Pergolese.

Julio II, que así sabía fulminar los rayos del Vaticano como mandar ejércitos, que tenía, en el mas alto grado, el arte europeo de restablecer, con la Navarra, el equilibrio entre la Francia y la España, y que espiaba su doble habilidad diplomática y militar (bastante justificada por la insolencia de nuestro buen Luis XII¹), ideando y construyendo el templo mas bello que han erigido nunca los hombres al Eterno.

Un papa puso en combustion la Italia: otro papa la pacificó y la embelleció; este papa fué Leon X, que dió su nombre á su siglo, mejor que Augusto y antes que Luis XIV.

Mucha fuerza de alma debia tener aquel Adriano de Utrecht, que empezando por ser un pobre tejedor, llegó á ser el comentador del *Libro de las sentencias*, primer ministro de España, y papa.

Siempre las necesidades del mundo son la medida de la nueva grandeza romana. Los pontífices se suceden, cada vez mas capaces, cuando se manifiestan el espíritu falsamente reformador y el espíritu conquistador: los tres Paulos, fundadores de órdenes nuevas, y verdaderos reformadores de los abusos eclesiásticos: — Pio V, vencedor de los dos implacables enemigos de la cristiandad, los Turcos y los protestantes, heroe de Lepanto y ejecutor del concilio de Trento: — Gregorio XIII, reformador

¹ Aquel rey tan bonachon hizo acuñar moneda con este lema en el reverso: *Perdam Babylonis nomen.*

del calendario, base de la historia antigua y moderna, y padre del derecho canónico, como otros papas lo habían sido de la moral y del derecho civil: — Sixto Quinto, en fin, que de pastor en los campos de Ancona, llegó á ser, como rey de Roma, el mas grande administrador, y como pontífice, una de las mas grandes lumbreras que han edificado jamás al mundo cristiano.

Aun en el siglo XVIII, el famoso Lalande, juez irrevocable en esta ocasion, decia en su *Viage á Italia*:

« Inocencio XIII pasa por haber sido el mejor soberano de este siglo. » — « Benedicto XIII, de quien dijo Voltaire, en la *Enriada*:

« Merecedor de que le erijan templos
« Los Ursinos del dia. »

tenia una piedad enteramente monástica » — « Benedicto XIV era suelto en sus palabras, pero de costumbres muy puras y muy regular en su conducta, semejante en esto al célebre cardenal Le Camus, obispo de Grenoble¹. » — « Clemente XIII (á quien Duclos llama *un santo*), electo en 1758,

¹ Lalande que no queria mas que justificar á este papa, no le alaba en proporcion de su mérito: Benedicto XIV, á quien Isabel la Grande, de Rusia, llamaba *el sabio*, sabía á fondo la historia civil y eclesiástica, los derechos civil y canónico, la liturgia y la teología, ciencias sobre las cuales publicó obras clásicas. Voltaire aspiró al honor de dedicarle su *Mahoma*.

era de un caracter en que nada hubiera hallado que tildar la critica mas atenta y mas severa: sus costumbres han sido siempre purisimas, su piedad edificante, su dulzura superior á todos los contratiempos: las lágrimas eran el único desahogo que daba á su dolor, cuando llegaban hasta él las desgracias de la Iglesia y del Estado. He admirado, verdaderamente enternecido, su celo, su afan, su vigilancia sobre todo lo que interesaba á este ó aquella, y sobre todo la moderacion ejemplar con que aquel padre comun de los fieles hablaba de lo que menos merecia sus miramientos: la amabilidad con que recibia á los estrangeros revelaba la bondad de su corazon, y las distinciones que prodigaba á aquellos cuyo saber ó cuya reputacion le eran notorios hacian honor á su talento. Su piedad le habia hecho suprimir en Roma, no solo los abusos sino hasta los placeres: los *Festini*, ó asambleas de danzas y diversiones, que se usaban entre la nobleza, las veladas de la plaza Navona y aun el carnaval, todo fué suprimido en 1767.

« Tenia la sangre tan sujeta á la rarefaccion, que su médico le hacia sangrar á cada instante y aun así apenas podia evitar los accidentes. El 19 de agosto de 1765 le creyeron muerto; recomendaronle su alma mientras le estaban sangrando, y se observó con edificacion que *la primera palabra que pronunció al volver en si, fué el nombre de la santa Virgen*. Aprovechó aquellos primeros instantes para llamar á sus sobrinos, á quienes dirigió el discurso

mas afectuoso y patético. Llamó tambien á varios cardenales para recomendarles que no atendiesen en el conclave mas que á reparar, decia, los males que él habia causado á la Iglesia. Disponiase, en fin, á morir del modo mas edificante, pero salió de aquel accidente, y pocos dias despues se restableció del todo. »

El mismo Clemente XIV, que por un momento pareció ser personalmente victima de la filosofia francesa, estaba muy distante de ser un hombre y aun un papa vulgar. Su pontificado es memorable por la abolicion de la compañía de Jesus, que por mucho tiempo negó á las potencias de la tierra y que no concedió, á lo que parece, sino reconociendo su desgracia. « Yo soy, escribió, el padre de los fieles y sobre todo de los religiosos: no puedo destruir una orden célebre, sin tener razones que me justifiquen á los ojos de Dios y de la posteridad. » Cuando instado con mas empeño que nunca, espidió en julio de 1773, el famoso breve de abolicion, hizole preceder de un preámbulo apologético: « Nos hemos convencido de que la orden regular de la compañía de Jesus fué instituida por su *santo fundador* para el *bien de las almas*, para la *conversion de los hereges* y sobre todo de los infieles: en fin para la propagacion y el acrecentamiento de la piedad y de la religion; y que para obtener mas facil y seguramente este fin tan apeteçible, se ha consagrado á Dios y sugetado estrechamente con el voto de la pobreza evangélica, en virtud del cual renun-

ciaba á toda propiedad comun ó particular, exceptuando los colegios y casas de estudio, que podian tener las rentas necesarias para su subsistencia, pero con prohibicion de poder emplear esas rentas en utilidad y uso de las casas profesas de la orden. Esta compañía de Jesus, que tiene estas y otras leyes muy santas fué aprobada, primeramente por nuestro predecesor de feliz recordacion, Paulo III, etc. etc. Tales declaraciones manifestaban que Clemente XIV, que condenaba la orden de su tiempo, no juzgaba ni de la orden primitiva, ni de la orden ulterior, y aun el éxito ha dado ocasion á creer que se arrepintió como hombre de la sentencia que habia dictado como pontifice. Siempre vivió en lo sucesivo serio y triste, él que tenia un caracter amable y alegre, y murió en el año mismo que siguió á su fallo! Cuando le hablaban de las producciones á la moda contra el cristianismo, solia decir: *Cuantas mas vean salir á luz, mas se convencerán de la necesidad de su existencia.* Observaba « que todos los escritores opuestos á la religion cristiana sabian únicamente abrir una zanja, pero no sabian qué hacer de la tierra que sacaban de ella ni del terreno que dejaban vacante. » — « Ese Voltaire (decia) no atacaba tanto á la religion sino por vengarse de las inquietudes que le causaba; y J. J. Rousseau era un pintor que, no sabiendo nunca hacer las cabezas, era solo excelente en los paños. »

Y en nuestros dias, en fin, cuando parecia agotada la fuerza en la Iglesia romana, al punto apa-

recen dos Papas, Pio VI y Pio VII, para dar á los pueblos y á los reyes un ejemplo mas benéfico que todos los preceptos, el de la dignidad en la desgracia moral, y el de la protesta en la obediencia politica.

El primero de estos Papas, que murió precisamente en el último año del siglo XVIII, tuvo el mas largo reinado pontifical que, desde san Pedro hasta nuestros dias, ha sostenido y glorificado la Iglesia romana, cuya inmortalidad recordó proféticamente en la mas grande y oportuna circunstancia. Cuando los Franceses se apoderaron de Roma, le anunciaron que *el pueblo romano habia recuperado su soberania*, y no le reconocia ya por su gefe temporal, y el general Cervoni le presentó la escarapela nacional: « Yo no conozco otro uniforme para mi, respondió, mas que este con que me ha honrado la Iglesia. Teneis pleno poder sobre mi cuerpo, pero mi alma no está en vuestras manos. No necesito pension ninguna: un cayado y un hábito de sayal bastan al que debe espirar bajo el cilicio y sobre la ceniza. Adoro la mano del Omnipotente que castiga al pastor y al rebaño: podeis incendiar las habitaciones de los vivos y las sepulturas de los muertos; pero la religion es eterna: *existirá despues que murais como existia antes de que nacierais*, y su reinado se perpetuará hasta la consumacion de los siglos. »

El inmediato sucesor de este magnánimo pontifice no lo fué menos, y acaso lo fué mas, — y mereció el dechado histórico de este siglo, su *historia*,

por M. Artaud, y la siguiente alocucion del secretario perpetuo de la Academia francesa¹, que todos cubrieron de aplausos en presencia nuestra: « Le ha parecido (á la Academia) que *uno de los espectáculos eternamente memorables que ha ofrecido nuestro siglo*, mas rico acaso en grandes acontecimientos que en grandes caracteres, es la obstinada lucha del pontífice de Roma contra el dominador de la Europa.

« No se trataba ya en efecto de las ambiciosas pretensiones del poder espiritual sobre los imperios de la tierra; no se trataba siquiera de toda la supremacia pontificia, sino de la libertad religiosa, de la libertad del sacerdote y del hombre: — era la lucha de la conciencia contra la fuerza duplicada del genio; — era, bajo una forma sagrada, el último combate que sostenia la inteligencia contra un poder material sin contrapeso y sin barrera, que no derribaba ó transferia los tronos mas que para subjugar mejor todos los pensamientos y todas las voluntades.

« El hombre que no cedió á aquel prodigioso poder, ó que á lo menos no le cedió sino en limites convenidos, y para resistirle luego con inflexible dulzura, el anciano que, sin soldados, sin defensa, sin oceano y sin desiertos entre la Francia y él, se atrevió á decir *no* al emperador, y opuso las *bulas* de la Iglesia al conquistador que habia rasgado las

¹ M. Villemain. — N. del T.

constituciones de los pueblos, es uno de los mas bellos caracteres que pueden ofrecerse por ejemplo á la humanidad, para fomentar en ella el sentimiento de su propia grandeza y de su libertad moral.

« Este caracter aparece y se sostiene en toda la vida de Pio VII, suave, tímido, indulgente, pero invencible en su paciencia. Pio VII vino á Paris á consagrar al ilustre y feliz guerrero que habia honrado los restos mortales del último pontífice, tratado bien á la Italia conquistada, pacificado á la Francia victoriosa, y restablecido el orden y la religion. Cediendo á la victoria, como á una voluntad visible de Dios, vino á coronar emperador á aquel nuevo Carlo Magno, mas extraordinario que el primero, pues carecia de abuelos; pero el pontífice romano no pasa de ahí, aunque ya la ambicion del conquistador pide mas. De aquel consagrador llamado con tanta pompa, Napoleon hubiera querido hacer únicamente el primer obispo de su imperio: su plan era tomar á Roma para sí, y darle al Papa la catedral de Paris.

« Apenas cesan las solemnidades y los agasajos de la coronación, cuando ya se susurra este proyecto, y se le insinua al pontífice, apremiándole cada vez mas, y dilatando de intento su partida. « Todo está previsto, » responde entonces Pio VII: « antes de salir de nuestra ciudad de Roma, hemos firmado una abdicacion en forma, que será válida desde el momento mismo en que se nos retenga

cautivo. Esa abdicacion está fuera de vuestro poder, al otro lado del mar, en Palermo, confiada á un depositario pronto á publicarla; y, cuando nos hayan notificado lo que se medita contra nosotros, no os quedará entre las manos mas que un miserable fraile, que se llamará Bernabé Chiaramonti.»

« En vista de esta sublime humildad, no insistió el emperador, y el pontifice volvió libre á Roma; pero no le dejará en paz mucho tiempo su inquieto y poderoso neófito. Esta segunda lucha va á durar cuatro años, hasta el momento en que, vencedor en nuevos campos de batalla, rey de Italia, dictador de la Alemania, Napoleon, en virtud de un decreto, reúne á Roma á la Francia, y hace que roben al Papa unos cuantos soldados, la noche misma del día en que, mas noblemente ocupado, ganaba en persona la batalla de Wagram.

« Aquí acaba el gran cuadro de la vida de Pio VII con su constancia, no ya contra el poder y la seducción, sino contra la desgracia; con su firmeza en el aislamiento y la prision; con su confianza inalterable cuando todo le abandona en la tierra, cuando sus mismos cardenales pasan al lado de Cesar, y cuando no le quedan ya mas defensores declarados delante del conquistador que un modesto consejero de la Universidad, el sabio Eymery, y un miembro del Instituto, el grande artista Canova. Entonces arrastrado en cautiverio de Roma á Alejandria, á Grenoble, á Savona, á Fontainebleau, Pio VII retracta noblemente en este punto su amenaza de

1805 : — el peligro es demasiado inminente, el adversario es demasiado formidable para que quiera oponerse abdicando. Demasiadas almas han flaqueado para que Pio VII quiera esponer su Iglesia al azar de una sucesion. Queda, soberano pontifice, preso.»

¿ Y qué es esta elocuencia académica comparada con aquella sublime y lacónica respuesta de Pio VII al general *Miolis*, que le pedia la cesion del estado temporal que le dió la cristiandad toda entera victoriosa y propietaria, mucho antes que el hombre fuerte y la muger fuerte por escelencia, reunidos *ad hoc*, Carlo Magno y la condesa Matilde? « ¡ No puedo, no debo, no quiero !!! »

Sentado todo esto (¿ y qué es esto al lado de lo que pudiera añadirse?) se concibe y se admira la literal prevision de Lalande, que hemos citado : « A pesar de esto, un pontifice habil podrá siempre hacer un papel importantísimo en Europa por muchos titulos ; su calidad siempre pacífica ; la exacta neutralidad que se supone que observa entre todos los principes, cuyo padre comun es ; su mismo brillo, como principe temporal de un estado considerable, y *que puede llegar á serlo mucho mas* con el auxilio de una buena administracion, la preeminencia que nadie le disputa, y que, en las negociaciones, corta todas las dificultades sobre clase y ceremonial, que entorpecen y aun malogran los negocios graves ; en fin, el respeto hereditario que profesan las naciones á su nombre, y de que podria usar mas seguramente ahora que ya no está en el

caso de abusar de él, *todos estos títulos hacen que la corte del Papa debería ser el verdadero tribunal anfictionico de Europa*, el juzgado general de los negociadores, el centro comun en que se ajustarian todos los intereses de las potencias bajo su mediacion y su autoridad. Nadie la recusaria, si el pontífice fuera hábil é imparcial, nadie, ni aun tal vez los mismos principes protestantes, que no le aborrecen hoy como hace dos siglos : de modo que lo que ha perdido por un lado lo ha ganado por otro, siguiendo sus propios intereses, que consisten en avenir á todo el mundo, en evitar las guerras, y en mantener á los principes en paz. Una vez declarada la guerra, ya el Papa no puede influir en nada, no pudiendo, por su estado, tomar partido por ninguno, ni estando en posicion de alejar de su país las calamidades : es imposible que sobrevengan disturbios en el centro de la Italia, sin que padezcan sus estados, á pesar de su neutralidad : asi se vió en 1744. Por eso el Papa no ha intentado siquiera sostener con las armas sus pretensiones al ducado de Parma; siempre tenderá á conservar la paz en sus Estados y en los de sus vecinos, y, para esto, es para lo que podrian servir de un modo utilísimo para la Europa su caracter pontificio y su habilidad diplomática. »

El soberano pontífice reinante, Gregorio XVI, que, humilde y sabio camandulense, se abrió, sin saberlo, el camino para el solio pontificio, cuando publicó, treinta años antes de su eleccion, el año

mismo de la muerte de Pio VI, el último del siglo XVIII, siglo enemigo de la Iglesia, su libro tan bien ejecutado como titulado : *El triunfo de la santa Sede contra los ataques de los innovadores batidos con sus propias armas*, en 4º, en 8º, etc. Gregorio XVI, en fin, acaba de realizar la profecía filosófica de Lalande, en su *alocucion* de los idus de julio de 1839 : « El serenísimo rey de Prusia, como dotado de un alma muy elevada, comprenderá ademas sin dificultad cuan peligroso seria, aun para el orden civil, que los católicos de sus Estados fuesen escitados en gran número á menospreciar las reglas de la Iglesia, su madre, en una materia tan grave; porque, *acostumbrándose asi á la desobediencia, infringirian luego con mas facilidad las leyes civiles*. Por lo demas, en lo relativo á las cosas civiles, aunque nadie ha podido, á menos de una injusticia palmaria, dudar de nuestras intenciones, declaramos no obstante y protestamos nuevamente y en alta voz, que en este acto solemne no nos hemos propuesto otra cosa mas que defender los derechos de la religion y de la Iglesia, *sin querer entremeternos en lo mas minimo en los negocios civiles que son de competencia real*. Advertimos, pues, en virtud de nuestra autoridad apostólica, á todos los hijos de la Iglesia en el reino de la Prusia, y los conjuramos encarecidamente en el Señor que, en cuanto hemos dicho arriba sobre el matrimonio y sobre los deberes de los casados, y generalmente en cuanto respecta á la fe y á las

buenas costumbres y á cuanto dispone la disciplina de los sacros cánones, se mantengan con sumision obedientes á la Iglesia, su madre, *que no se dejen arrastrar fuera de su comunión y de la fidelidad que le deben, por la esperanza de ninguna ventaja temporal ni por el temor de ningun perjuicio*; pero que, en las demas cosas que pertenecen á lo civil, obedezcan fielmente las órdenes del serenísimo rey, y *cierren completamente sus oídos á las falsas sugeriones de los hombres turbulentos que predicán la sedicion, y que vivan sumisos á Su Magestad, con arreglo á lo que dice el apostol san Pablo, no solo á causa de la cólera, mas tambien á causa de la conciencia*. De esta suerte cumplirán los preceptos del divino príncipe de los pastores, que ha enseñado que se debe dar á Cesar lo que es de Cesar, y á Dios lo que es de Dios, y taparán la boca á los que osan dudar de la fidelidad de los católicos á la magestad real. »

§ III.

EXAMEN DE LA GRANDEZA Y DE LA BENEFICENCIA HISTORICAS DE LOS
CARDENALES DE LA IGLESIA ROMANA.

Son los cardenales las mas ilustres dignidades y los que ejercen mas altas funciones en la gerarquía eclesiástica, pues que son los únicos que tienen el privilegio inaudito de elegir los primeros soberanos del mundo, los soberanos pontífices, y de serlo.

La Historia demuestra que los cardenales, en general, fueron siempre, aun en los tiempos mas arduos y peores, entre todos los eclesiásticos y por consiguiente entre todos los individuos, los mas sabios, los mas virtuosos y los mas célebres juntamente de todos los hombres. No citaremos aqui, como hacemos siempre, mas que las grandes pruebas de esta triple verdad, porque estas pruebas suplen á todas las demas que envuelven y suponen esencialmente.

Obsérvese en primer lugar que la gran mayoría de los Papas, que todos fueron primeramente (bajo uno ó bajo otro nombre) cardenales, fueron todos

buenas costumbres y á cuanto dispone la disciplina de los sacros cánones, se mantengan con sumision obedientes á la Iglesia, su madre, *que no se dejen arrastrar fuera de su comunión y de la fidelidad que le deben, por la esperanza de ninguna ventaja temporal ni por el temor de ningun perjuicio*; pero que, en las demas cosas que pertenecen á lo civil, obedezcan fielmente las órdenes del serenísimo rey, y *cierren completamente sus oídos á las falsas sugeriones de los hombres turbulentos que predicán la sedicion, y que vivan sumisos á Su Magestad, con arreglo á lo que dice el apostol san Pablo, no solo á causa de la cólera, mas tambien á causa de la conciencia*. De esta suerte cumplirán los preceptos del divino príncipe de los pastores, que ha enseñado que se debe dar á Cesar lo que es de Cesar, y á Dios lo que es de Dios, y taparán la boca á los que osan dudar de la fidelidad de los católicos á la magestad real. »

§ III.

EXAMEN DE LA GRANDEZA Y DE LA BENEFICENCIA HISTORICAS DE LOS
CARDENALES DE LA IGLESIA ROMANA.

Son los cardenales las mas ilustres dignidades y los que ejercen mas altas funciones en la gerarquía eclesiástica, pues que son los únicos que tienen el privilegio inaudito de elegir los primeros soberanos del mundo, los soberanos pontífices, y de serlo.

La Historia demuestra que los cardenales, en general, fueron siempre, aun en los tiempos mas arduos y peores, entre todos los eclesiásticos y por consiguiente entre todos los individuos, los mas sabios, los mas virtuosos y los mas célebres juntamente de todos los hombres. No citaremos aqui, como hacemos siempre, mas que las grandes pruebas de esta triple verdad, porque estas pruebas suplen á todas las demas que envuelven y suponen esencialmente.

Obsérvese en primer lugar que la gran mayoría de los Papas, que todos fueron primeramente (bajo uno ó bajo otro nombre) cardenales, fueron todos

dignos de su autoridad, de su supremacia, de su omnipotencia.

Los cardenales son además, como serán siempre en general, lo más selecto del clero, en las clases medias, tan frecuentemente ó más aun que en las clases altas ¹. — Pedro Damien, harto poco conocido; — el cardenal Le Noir, contemporáneo y rival de Roger Bacon: — Buenaventura, *el doctor seráfico*; — Bessarion, en el cual parecen confundirse todos los Mecenas y todos los restauradores de las letras en el siglo XV; — D'Ailly, apellidado *el águila de la Francia*, y *el martillo de los hereges*, maestro de Gerson, etc.; — el cardenal de Brogny, que nombraba Papas y rehusaba serlo: — Cusa, que recorría las capitales y las cortes, pidiendo á la Europa defensores contra los Turcos: — el cardenal Julian, el alma de Roma, á quien Bossuet llamó *el hombre más grande del mismo siglo*; — Mendoza, titulado por excelencia *el cardenal de España*: — el cardenal de Talleyrand (el amigo de Petrarca): — los cardenales de Carvajal, de Moron, Commendon, d'Ossat, Nuncios y Legados por excelencia (el cardenal Carvajal lo fué hasta veintidos ve-

¹ Y es notable, 1.º que la virtud y la autoridad personales ó de posición fueron siempre un título á la elección de la iglesia más bien que el esplendor de la sabiduría, de la palabra ó de la celebridad humanas: — por eso Bossuet y Fenelon no obtuvieron el capelo, que merecieron varios obispos casi desconocidos: 2.º que los eclesiásticos elevados á la primera dignidad romana han justificado su elección con acciones ó trabajos más meritorios que los que la habían precedido.

ces); — d'Amboise, el hábil ministro, por sobrenombre *el fiel*: — Jimenez, el más grande hombre de estado del reino más grande del mundo, y el orientalista de la más magnífica *Biblia* poliglota de la literatura; — el cardenal de Trento y el cardenal de Leon, que abrieron á Carlos V el camino para el Imperio; — Gatinara, el primero de sus ministros; — Granvela, el de Felipe II; — Panorma, Cajetan, Contarin, Compége, Luca, Lugo, etc., canonistas profundos, es decir, publicistas, juriconsultos, legisladores por excelencia; — Morton, primer ministro de Enrique VII, el *Salomon* de la Inglaterra, de quien Moro se gloriaba de ser discípulo; — Polus, el ministro más grande, el sabio más profundo y acaso el más grande hombre de Inglaterra; — el cardenal de Lorena, omnipotente bajo cinco reyes de Francia; — Sirlet, apellidado *el Ciceron eclesiástico*, restitutor de la *Vulgata*, redactor del excelente *Catecismo del concilio de Trento* y del *Misal romano*: — Tolet, el más profundo acaso de todos los teólogos; — Carlos Borromeo, el gran maestro de los obispos; — Du Perron, vencedor de Mornay; — el cardenal de La Rochefoucault, gran reformador de las órdenes religiosas; — Berulle, el fundador del Oratorio, y el colaborador de San Vicente de Paul; — Richelieu, uno de los hombres más brillantes y de los nombres más grandes de la historia de Francia; — Mazarino, el maestro de la sagacidad administrativa; — Joyeuse, el diplomático universal; — Bellarmin, el más gran-

de orador y el mas profundo dialéctico del siglo de Luis el Grande; — Fleury, el único buen ministro del siglo de la Regencia.

La Luzerne, el mas sabio de los últimos *apolo-gistas* franceses; — Baronio, Quirini, Orsi, Gerdil, Fontana, Lucchi (tres amigos muertos en el mismo año 1802); — Antonelli, Zurla, Giustiniani, Pacca, los mas sabios de los siglos XVII, XVIII y XIX; — Consalvi, á cuyo voto debieron, toda la cristiandad su inmortal Pio VII, la Francia el concordato, los Estados Romanos sus códigos modernos; — Spina, partícipe de la gloria de Consalvi; — Cheverus, tan edificante y tan querido en los Dos Mundos; — Lambruschini, el mas sesudo de los políticos; — Micara, el mas arrebatador de los oradores, y acaso el mas influyente de los prelados romanos; — los cardenales de Medicis, perpetuos *Mecenas*, fundadores ó patronos de las Academias; — uno de los cardenales de Gonzaga, protector y promotor del Taso; — el cardenal de Jagellon, que envió á su inmortal compatriota Copérnico, en su juventud, á estudiar la astronomia en Roma, en 1497; — Bembo, Bentivoglio, Palavicino, el cardenal de Retz, Polignac, Bausset, y aun Maury, célebres por su habilidad en el arte de escribir, de hablar ó de conmover pueblos y asambleas; — en fin, el cardenal de York, último de los Estuardos, modelo juntamente de celo sacerdotal, de grandeza, y de dignidad real, en la caída y en la expectativa de un trono.

§ IV.

EXÁMEN DE LA GRANDEZA Y DE LA BENEFICENCIA HISTÓRICAS DEL
EPISCOPADO.

Es el episcopado el primero y el mas grande beneficio social de la autoridad papal, exclusivamente, y aquel por medio del cual produce, á mayor ó menor *distancia*, todos los demas beneficios.

Los obispos, en efecto, comparados á todos los otros hombres de Estado ó de Inteligencia, fueron sin la menor duda, en igualdad de circunstancias, los hombres mas grandes en todos los países y en todas las épocas del mundo. Considerados como *corporacion*, á ellos debe la Europa la *Cristiandad*, es decir, la mas bella porcion, la única bella porcion del universo; la *Cristiandad*, es decir, las ciencias sagradas y aun profanas, las virtudes cuyo único medio son y que todas tienen por objeto único; y ademas, la libertad, la propiedad, la prosperidad, la fuerza, la gloria y la felicidad, aun temporales. Todo esto es en efecto don exclusivo de la cristiandad exclusivamente, y data precisamente de la entrada de los primeros misioneros romanos, es

de orador y el mas profundo dialéctico del siglo de Luis el Grande; — Fleury, el único buen ministro del siglo de la Regencia.

La Luzerne, el mas sabio de los últimos *apolo-gistas* franceses; — Baronio, Quirini, Orsi, Gerdil, Fontana, Lucchi (tres amigos muertos en el mismo año 1802); — Antonelli, Zurla, Giustiniani, Pacca, los mas sabios de los siglos XVII, XVIII y XIX; — Consalvi, á cuyo voto debieron, toda la cristiandad su inmortal Pio VII, la Francia el concordato, los Estados Romanos sus códigos modernos; — Spina, partícipe de la gloria de Consalvi; — Cheverus, tan edificante y tan querido en los Dos Mundos; — Lambruschini, el mas sesudo de los políticos; — Micara, el mas arrebatador de los oradores, y acaso el mas influyente de los prelados romanos; — los cardenales de Medicis, perpetuos *Mecenas*, fundadores ó patronos de las Academias; — uno de los cardenales de Gonzaga, protector y promotor del Taso; — el cardenal de Jagellon, que envió á su inmortal compatriota Copérnico, en su juventud, á estudiar la astronomia en Roma, en 1497; — Bembo, Bentivoglio, Palavicino, el cardenal de Retz, Polignac, Bausset, y aun Maury, célebres por su habilidad en el arte de escribir, de hablar ó de conmover pueblos y asambleas; — en fin, el cardenal de York, último de los Estuardos, modelo juntamente de celo sacerdotal, de grandeza, y de dignidad real, en la caída y en la expectativa de un trono.

§ IV.

EXÁMEN DE LA GRANDEZA Y DE LA BENEFICENCIA HISTÓRICAS DEL
EPISCOPADO.

Es el episcopado el primero y el mas grande beneficio social de la autoridad papal, exclusivamente, y aquel por medio del cual produce, á mayor ó menor *distancia*, todos los demas beneficios.

Los obispos, en efecto, comparados á todos los otros hombres de Estado ó de Inteligencia, fueron sin la menor duda, en igualdad de circunstancias, los hombres mas grandes en todos los países y en todas las épocas del mundo. Considerados como *corporacion*, á ellos debe la Europa la *Cristiandad*, es decir, la mas bella porcion, la única bella porcion del universo; la *Cristiandad*, es decir, las ciencias sagradas y aun profanas, las virtudes cuyo único medio son y que todas tienen por objeto único; y ademas, la libertad, la propiedad, la prosperidad, la fuerza, la gloria y la felicidad, aun temporales. Todo esto es en efecto don exclusivo de la cristiandad exclusivamente, y data precisamente de la entrada de los primeros misioneros romanos, es

decir, de los primeros obispos, en España, en las Galias, en Inglaterra, en Alemania y en todos los países del Norte.

No citaremos aquí hechos ni autoridades, porque habria que citarlos todos.

Considerados como *individuos*, los obispos no son menos admirables que como *orden*: no hay ninguna virtud, no hay talento ninguno de que ellos no hayan dado los primeros y los mas magníficos ejemplos. Y así debe ser en efecto. De la *nobleza* ¹ del sacerdocio sobre todo es de la que puede decirse que realza el mérito: — rara vez la Iglesia y aun el Estado, en sus malos dias, se han engañado en la eleccion de sus primeros ministros, de aquellos de quienes dependen de cerca ó de lejos todos los demas, y mas raro ha sido siempre todavia que los primeros ministros, una vez consagrados, se hayan mostrado inferiores á su dignidad: muchos, por el contrario, se han mostrado admirablemente superiores á si mismos. ¡Tan cierto es que el hombre se adapta á su posicion y sobre todo á su caracter!

Por la razon de que los obispos son naturalmente poderes de primer orden, la Iglesia y el Estado, de acuerdo en esto, han puesto empeño en multiplicar su número: en el orden eclesiástico puede de-

¹ El sacerdocio, nobleza por excelencia, ha precedido y acompaña y confirma casi siempre la nobleza propiamente tal. Las mas grandes familias políticas, militares y aun reales, son precisamente las que han suministrado un mas amplio contingente á la religion.

cirse que *las planas mayores hacen los soldados*. Donde quiera que hay un obispo, ha habido grandes establecimientos religiosos y aun civiles: y la accion del gobierno, de la justicia y aun de la policia políticos ha resultado mas facil y menos gravosa. Tales son las saludables y profundas influencias de una antigua sede apostólica que todavia hoy se advierte, al cabo de mas de mil años, la bondad, la sencillez de costumbres y la elevacion de la inteligencia de sus habitantes.

Toda la cristiandad ha abundado siempre de ilustres obispos, superiores á todo elogio; y como seria imposible citarlos á todos, nos contentáremos con recordar algunos cuantos nombres inmortales que admira la historia civil y política no menos que la *Vida de los Santos*, apóstoles continuados, Hombres-Dios en pequeña escala, á imagen del Salvador. (Mas adelante hablaremos, en el bosquejo del genio eclesiástico, de aquella serie no interrumpida de obispos latinos y griegos que llevaban de frente la ciencia y la administracion):

San Dionisio el Areopagita, convertido por San Pablo, primer obispo de Atenas (cuyas reliquias se hallan en la catedral de San Dionisio, cerca de Paris) autor de los preciosos tratados: de la *Gerarquia celeste*, de la *Gerarquia eclesiástica*, de los *Nombres divinos*, etc.; — San Ireneo, griego de nacion, que murió martir en Leon de Francia, el primero y el cabeza de los obispos de las Galias, primer apolo- gista de la Iglesia, autor de un inmortal *Tratado*

contra los *Hereges* de todos los siglos; — San Dionisio, el *Apostol de las Galias* medio bárbaras, fundador de una capilla á la virgen, sobre un templo de Ceres, en la calle Notre-Dame-des-Champs, en Paris: — San Atanasio, el admirable vencedor de Arrio, y el súbdito mas admirable todavía de los tiranos Constancio y Juliano el apóstata; — el húngaro San Martin, San Martin, la maravilla de su siglo, ante el cual rendia su espada el mismo Diocleciano, cuya vida escribian á porfia los obispos y los arzobispos como la historia de toda la cristiandad, y cuya muerte fué mucho tiempo una Era como la de Jesucristo: — los tres grandes Santos German, de Auxerre, de Paris y de Constantinopla; el primero, gobernador romano de la provincia en que llegó á ser obispo; — un Avito, de Auvernia, digno de un grande historiador moderno, descendiente de un emperador romano, habil general de ejército, consejero de Clovis y enfin obispo de Viena, apellidado el *Apostol de la Borgoña*; — San Remi, el segundo apostol de las Galias y de los gentiles, á cuya voz los pueblos se hacian bautizar como antiguamente á la de San Pablo; — San Agustin segundo, el *Apostol de la Inglaterra*; — San Malaquias, admirado, celebrado y casi adorado por San Bernardo; — Santo Tomás Becket, prodigio de sabiduría, de capacidad, de dignidad y de heroismo.

En tiempos posteriores, hállanse igualmente grandes obispos en todo el occidente, y uno ó dos

siglos¹ de su grandeza van á bastar para confundir nuestra ignorancia y agotar nuestra admiracion. No hay un ministro mas histórico ni mas célebre, en opinion de los sabios, que aquel Brogny que, simple Savoyano, se elevó á presidir los concilios y los conclaves, y á ser en Génova, como el precursor de la gloria y de los trabajos de San Francisco de Sales: — Sauli, en Córcega, cuya brillante historia escribió el cardenal Gerdil; — de La Mark, en Lieja; — Precipiano, en Brujas; — el cardenal Olesniki, en Polonia; — los hermanos Magnus y Stenon, en Suecia; — d'Aranton de Alex, en Ginebra; — y en el siglo XVIII, Wellens, en Amberes, etc.

Pero he aquí un hecho capaz por su naturaleza de hacer apreciar á la vez los dos mas ilustres obispos *cita* ó ultramontanos, San Francisco de Sales y San Carlos Borromeo.

Oigamos al primero hablando del segundo:

« Quiero que considereis al cardenal Borromeo á

¹ Los mil años intermedios están llenos de prelados, como este: S. Engelberto, á quien M. Daunou no admira, en la *Historia literaria de la Francia*, sino porque desconoce á todos los demas: « Cesareo, en su *De Vita S. Engelberti, libri tres*, Colonia, 1635, nos pinta al arzobispo de Colonia armado de dos espadas, escomulgando ó esterminando á los rebeldes, asegurando de esta suerte el reinado de la justicia, recuperando los dominios y los feudos usurpados á su metrópoli, enriqueciéndola con otros muchos bienes, construyendo caminos, castillos, grandes edificios, levantando impuestos sobre el pueblo, porque no era posible conservar la paz sino á fuerza de dinero; comprando, durante el hambre de 1224,

quien van á canonizar dentro de pocos dias, dice San Francisco de Sales en sus *Avisos espirituales*, y que era la inteligencia mas ilustrada y mas austera que se puede imaginar. No bebia mas que agua, ni comia mas que pan: era tan escrupuloso en el cumplimiento de los deberes de su alto cargo, que desde que fué cardenal y arzobispo de Milan (y casi papa), no fué mas que dos veces á casa de su hermano, que estaba enfermo, y dos á su jardin. » — ; Este es el mismo San Carlos Borromeo, que recibiendo en el altar un tiro de arcabuz, prosiguió su oracion!... El mismo de cuyos recuerdos estan llenos todavia el Milanesado y la Italia entera, y que hacia decir á Lalande atónito: « Es preciso confesar que jamás rey alguno, muerto á los cuarenta y seis años, ha hecho á su pueblo servicios tan considerables. »

El siglo XVII, el siglo del gran rey no es menos rico de grandes obispos. Viéronse entonces simultáneamente muchos prelados que casi todos tuvieron *biógrafos* particulares, cuyo interesante compendio ha publicado un sabio lego de nuestros dias, bajo el título de *Ensayo sobre la influencia de la religion en el siglo XVII*: los Gondy y los Harlay, en Paris; de Montchal, de Bonzi, de Nesmond, en Tolosa; Fremiot de Chantal, en Bourges; los hermanos

trigo que distribuía á los pobres, y sobre todo á los monasterios; favoreciendo las dos nuevas órdenes de hermanos predicadores y menores, y protegiéndolas en caso de necesidad contra las resistencias y las quejas del clero secular.

Gaut, en Marsella; Danes, Choin y Chaluset, en Tolon; Fenouillet (admirable en su conducta con los protestantes); Colbert, en Montpellier; Vialard de Herse, en Chalons; de Lionne, en Gap, que prefirió á un arzobispado; de Barrillon, en Luzon; de La Fayette, en Limoges; Sponde, en Pamiers y en Tolosa, emprendiendo misiones en las que atraía hasta mil cuatrocientos calvinistas á la Iglesia; Solminiac, en Cahors, adonde otro grande obispo (Barrault, arzobispo de Arles), iba á verle, *para aprender*, decia, *á gobernar las almas*: Le Camus, en Grenoble, elevado al cardenalato sin previa presentacion del rey.

Veamos otro obispo admirable, *prelado de corte* sin embargo, de quien se habla en los *Aguinaldos (Etrennes) de la virtud*, del año mismo de la revolucion, 1789: « Godet des Marets, uno de los primeros teólogos de Francia, despues de Bossuet, debió su elevacion no menos á sus virtudes que al favor de madama de Maintenon, cuyo director era. El que le llevó la noticia de su exaltacion al obispado de Chartres, le halló arrodillado delante de un crucifijo, en un cuartito en que no habia mas muebles que una silla y una mesa, ni mas tapices en las paredes que un mapa de la Tierra-Santa: al recibir aquella nueva, el presbitero des Marets se echó á llorar y solo cedió á las instancias de madama de Maintenon y de sus superiores. En 1693 hizo cesion de las rentas de su obispado á los pobres de su diócesi, que padecian mucho de resultas de la esca-

sez de granos. Toda su vajilla de plata consistia en una cuchara y un tenedor, y la vendió.

« La siguiente anécdota caracteriza la hermosa alma de su sucesor. En 1739, fué tal el hambre, que los vecinos de Perche estaban reducidos á paecer la yerba. M. de Merinville los socorre, y para poder hacerlo mas eficazmente, empeña su plata, vuela á la corte y vuelve con abundantes limosnas. Acompañado de un solo criado, monta á caballo, á pesar de su inesperienza: por cuantas partes pasa le ruegan que se apée, pues temen por su vida: le hacen presentes los peligros del viaje, los tropiezos del camino, los rigores de la estacion (era en invierno): nada le detiene: « *Moriré á lo menos por ellos, si no pueden vivir para mi.* » Llega á Illiers en mitad de la noche y no quieren abrirle las puertas del presbiterio¹, pero acude el cura, le reconoce y cae de rodillas á sus pies... »

Considerado mas generalmente, el cuerpo episcopal ofrece todos los géneros de mérito en el grado mas eminente, y este es sobre todo el caso de elegir grandes hombres entre grandes hombres. Sin salir de los últimos tiempos ¿queremos ingenio y amabilidad, acompañados de sabiduria y de celo? Nadie es mas grande bajo este concepto que San Francisco de Sales. ¿Actividad, mortificacion y grandeza? Nada es comparable á la vida de San

¹ Llamase así en Francia la habitacion del cura párroco, que está contigua á la iglesia. — N. del T.

Carlos Borromeo. ¿La dulzura unida á la sumision evangélica, amabilidad en el mundo y sabiduria en la Academia? Fenelon es para nosotros un tipo al que nada iguala. La humildad de este *hombre* que puede llamarse *tipo*, está bastante probada en su *Carta á Bossuet* de 28[de julio de 1694: « No os cuideis de mi: Yo estoy en vuestras manos *como un niño*.... Aun cuando lo que creo haber leído me pareciera mas claro que dos y dos son cuatro, todavia lo creeria menos claro que mi obligacion de desconfiarme de mis luces y de preferir á ellas las de un obispo como vos. No tomeis esto por un cumplido; es una cosa tan seria y tan verdadera al pie de la letra como un juramento, etc... »

Cuando los mismos filósofos quieren apurar el arte de alabar, para que los alaben á ellos, no hallan hombres verdaderamente modelos mas que en el episcopado: los mas brillantes *elogios* que pronunció d'Alambert en la Academia fueron los de Bossuet, Fenelon, Flechier y Massillon!

El siglo XVIII, relajado en todos los otros órdenes sociales, parecia fortalecido en este. D'Orléans de Lamotte llevó el amor á su grey y á su estado hasta el punto de no presentarse una sola vez en la corte durante los cuarenta años que duró su episcopado. — M. de Choin, obispo involuntario de Tolon, ajustaba las costumbres á los tiempos de la primitiva Iglesia. — Tal era la humildad de M. de Beaumont, arzobispo de Paris, para refutar, sola, toda la filosofia de J. J. Rousseau, que fué preciso

que Luis XV, despues de haberle escrito hasta dos veces la súplica, le diese en fin la orden de aceptar el arzobispado de Paris. — Tales fueron el celo y la caridad del obispo de Nimes, M. de Bec-de-Lievre, de Nantes, [muerto en 1789, que no quiso, en cincuenta y dos años, salir una sola vez de su diócesis, que cubrió á mayor abundamiento, de caminos, de manufacturas, etc.

Los obispos mas comunes de aquella época, aquellos cuyo nombre nos es mas desconocido, merecerian suma celebridad. He aquí uno entre ciento : « El obispo de Gap, volviendo de su quinta de Marence, se encontró un labrador que le pareció muy triste : — ¿ Adónde va vm. ? amigo, le preguntó el prelado ; parece que está vm. desazonado. — ¡ Ah, Señor ! he perdido una vaca ; mañana hay feria, es preciso reemplazarla y no tengo un cuarto ; mis vecinos no han podido ó no han querido prestarme dos luises (media onza) y voy á una legua de aquí á ver á un antiguo amigo que puede que me haga ese servicio... — ¿ Para qué ir tan lejos ? ¿ No sabia vm. que tenia un amigo que no le dejaria desairado ? Dos luises no le bastarán á vm. : ahí van tres. Adios : que vaya bien en la feria. Y el obispo prosigue su camino. Echa el labrador á correr detrás de él, gritando : — ¡ Señor ! ¡ Señor ! no tendria V. S. ilustrisima una cuartilla de papel y un tintero... — No, amigo mio, ninguna falta hace eso : lleve vm. el recibo en su corazon, como yo le llevo en el mio. »

Lo sublime en virtud, lo sublime hasta en elocuencia de accion son por decirlo la propiedad esclusiva de los primeros Pastores en nuestros tiempos de egoismo y de decadencia. En 1720 y en 1721 se vió á M. de Belsunce correr de calle en calle, durante la terrible peste de Marsella, llevando á los apestados socorros temporales y espirituales. Admirar su heroismo era entonces moda en Europa, aun en los países protestantes : cantándole preguntaba Pope sin atreverse á responder :

« ¿ Por qué un prelado
Por su grey esponiéndose á la muerte
Cien cadáveres pisa y no la encuentra ? »

¿ Por que ? ¡ porque el prelado pisaba los muertos en nombre del Dios de la vida !... — A la vista de dos niños que iban á perecer en un incendio, ofrece un hombre primero cien luises y luego doscientos al que los salve, y como nadie se presenta, coje una escalera de manos, entra por la ventana, va á buscar á las dos criaturas atravesando las llamas, las saca en sus brazos un momento antes de que se desplomase el tejado y dice á los que estaban presentes : — « Creo que nadie me disputará que he ganado la suma que habia prometido... ¡ Pues bien ! dispongo de ella á favor de estos dos niños. » — Aquel hombre, doblemente heroico, era d'Apchon, obispo de Dijon, y luego arzobispo de Auch.

El valor político, mas raro y mas difícil que el ci-

vil, es no menos familiar al episcopado, el cual se ha sometido, en todas las épocas y á todo trance, aun á las mismas potestades que le perseguian.

Tal ha sido la causa del martirio de la mayor parte de los prelados. He aqui un ejemplo antiguo entre mil:

« Queriendo la faccion de los Arrianos alejar de la Siria á Eusebio, obispo de Samosata, le hizo desterrar hasta el pais del Danubio: el oficial encargado de la ejecucion de la sentencia, llegó á la caída de la tarde á Samosata y anunció al prelado el objeto de su mision. Sabia Eusebio cuan querido era de su pueblo, y dijo al oficial: — Obedeceré, como es mi deber, á la orden que me habeis traído, pero guardaos bien de publicar el motivo de vuestro viaje; si el pueblo llegase á saberle, os tiraria al Enfrates. » — Púsose en camino con gran secreto, acompañado de un solo criado, y fué con toda prontitud á la ciudad de Zeugma, situada á unas veinticuatro leguas en la direccion del rio. No tardó este en cubrirse de lanchas en que acudian en gran número los habitantes de Samosata, instruidos de la desgracia de su obispo: llegado que hubieron adonde él estaba, le conjuraron con lágrimas que no los abandonase, ofreciendo llevarle en triunfo. Por toda respuesta Eusebio les leyó el testo de San Pablo, que nos manda obedecer á las potestades: y habiéndolos exhortado en seguida á persistir en la pureza de la fé, pero á imitar su sumision, prosiguió su camino. »

Pero importa observar aquí que la sumision realista, aun á las potestades *Discolas*, en nada menoscaba, antes bien realza la dignidad y el valor populares. Cuando Luis XV entró en Malinas, el cardenal de Alsacia, arzobispo, prelado amigo de la paz, porque era el amigo de los hombres, le dirigió el siguiente discurso:

« Señor, el Dios de los ejércitos es tambien el Dios de la misericordia. Mientras vuestra Magestad le tributa acciones de gracias por sus victorias, nosotros le dirigimos votos porque las haga cesar felizmente con una paz pronta y duradera. La sangre de Jesucristo es la única que corre sobre nuestros altares; todas las demas nos afligen. Un principe de la Iglesia debe tener valor para confesar este miedo delante de un rey cristianísimo... » — « Señor arzobispo, respondió Luis XV, vuestros votos son conformes á mis deseos, que solo aspiran á dar la paz á mis enemigos. Tal es el único objeto de mis afanes y el resultado que aguardo de mis esfuerzos. »

Pero tambien los obispos saben, cuando llega el caso, resistir á las potestades mas absolutas, cuando están en estado visible de tiranía: testigo la inmortal conducta del inmortal Hennuyer. Hela aquí proclamada por la voz de un Manuel, algunos años antes del de 1789: « Aquel preceptor de Enrique el Grande, sustrayéndose á los honores y á las recompensas que su empleo supone y exige, habia querido esconderse á los ojos del mundo en la orden de Santo

Domingo, pero el mundo, que tenia necesidad de sus virtudes, se le reclamó al claustro, y pronto la corte se le disputó el mundo. Enrique II le obligó á ser su confesor....

« Hennuyer llegó á ser obispo. Doce años hacia que gobernaba la diócesis de Lisieux, como los apóstoles, cuando fué el comandante de la ciudad á comunicarle órdenes del rey para degollar á todos los protestantes. » — No, exclamó el prelado, en nombre de la religion y de la humanidad no ejecutareis vuestras órdenes ó empezareis por mí, porque jamás consentiré en ello. Yo soy el pastor de la Iglesia y los que quereis degollar son mis ovejas : verdad es que están estraviadas, pero no desespero de hacerlas volver algun día al aprisco de Jesucristo. No he visto en el Evangelio que el pastor deba tolerar que se derrame la sangre de sus ovejas, antes bien leo en él que está obligado á derramar la suya propia y á perder la vida por ellas. Volveos con vuestra orden que jamás se ejecutará mientras me conserve Dios la vida que no me ha dado sino para que la emplee en el bien espiritual de mi rebaño. Decid á los ministros del rey que la humanidad tiene derechos inviolables.... »

« Admirado y edificado el comandante en vista de aquella heróica firmeza, le pidió para su descargo que estendiese por escrito las causas de su resistencia al cumplimiento de aquella orden. El prelado escribió que estaba seguro de la bondad del príncipe y de que por fuerza le habian sorpren-

dido para arrancarle aquella cruel disposicion....

« Enrique, conmovido por aquel noble proceder, revocó para su diócesis órdenes que en todas partes se ejecutaban. La valerosa piedad del *decano de la Universidad*, mas eficaz que los sermones y los soldados, mudó el corazon de muchos calvinistas que abjuraron entre sus manos. Su ejemplo hallo imitadores aun en tiempos mas revueltos. »

Los obispos y el clero, á quienes se ha acusado en estos últimos é ingratos tiempos, de favorecer la servidumbre, fueron personalmente sus constantes adversarios.

A ellos debe la Europa *la emancipacion de los siervos*. « En las Galias, en particular, se hablaba de la caridad de San Exupero, obispo de Tolosa, que vendió hasta los vasos sagrados para satisfacer al rescate de los esclavos. Habiase visto en fin, y aun los mismos paganos debieron prorumpir al verlo en un grito de admiracion, habiase visto á discípulos del Evangelio, despues de haberse despojado de todo para formar el rescate de sus hermanos, llevar á un santo exceso el heroismo de la caridad, venderse á sí mismos y darse en pago de la libertad de los otros. San Paulino de Nole, cargándose así voluntariamente con las cadenas de la esclavitud, inspiraba acaso el ferviente amor á los desgraciados atribuido algunos siglos despues á San Vicente de Paul. Se ve que el mismo principio que, en la edad media, creó la hermosa institucion de los *Hermanos de la Merced*, habia ya inspirado, desde

los primeros tiempos del cristianismo, actos de la misma naturaleza¹.

A algunos obispos del Mediodía se debe la mas interesante institucion militar de la edad media: «La tregua de Dios, dicen los sabios Ryan y Boulard, cuyo restablecimiento seria una felicidad para el género humano, fué predicada por primera vez, en el año 1033, por los obispos de Arles y de Leon, y por la misma época se introdujo en Italia, segun dice Sismonde Sismondi en el tomo primero, pág. 130 de la *Historia de las repúblicas italianas de la edad media*. Véase tambien el *Glosario* de Ducange, en la palabra *Tregua*. La grande enciclopedia en folio dice, en el artículo *Tregua de Dios*, que el primer reglamento hecho sobre este particular data de un sínodo celebrado en 1027, en la diócesis de Elna, situada en el Rosellon.»

En estos términos se halla una aplicacion de la *Tregua de Dios* en la *Historia de Duguesclin*: — «Ya se habia dicho la oracion y ya los capitanes de los dos ejércitos habian escitado á los suyos á la pelea, cuando los obispos que, en ambos bandos, veian con dolor á sus compatriotas á punto de destruirse, salieron al trecho que separaba los dos campamentos, é hicieron suspender la arremetida.»

Tales son la dignidad, el valor y los beneficios del episcopado en la guerra: he aquí sus desvelos, su celo y sus triunfos pacíficos: — Fulberto, uno de

¹ *Anales de filosof. crist.*

los mas grandes hombres del siglo XI, muerto en Chartres, en 1029, discipulo de Gerbert, luego papa bajo el nombre de Silvestre II, canciller de Francia, obispo de Chartres, fundador de la magnífica catedral de esta ciudad, «Fulberto, dice un historiador de nuestros dias, revolvió cielo y tierra por reparar el desastre de su Iglesia: la devocion, la caridad, la emulacion, todo se reunió en auxilio de su celo. Fué á Hamar á la puerta de las grandes señoras, de los grandes magnates, de los plebeyos, de los villanos y en todas partes recogió abundantes limosnas: todos contribuyeron cada cual por su parte, y se vió á los reyes de Francia, de Inglaterra, de Dinamarca; á Ricardo, duque de Normandia; á Guillermo, duque de Aquitania, en la lista de los donadores. Fué tan prodigioso el impulso dado, fué tan universal el entusiasmo que grandes personajes y damas de la mas alta distincion no se desdénaron de tirar de las carretas y de acarrear piedras para la obra: todavía se ven en las vidrieras iluminadas las imágenes, los emblemas y los atributos de los que concurrieron á la reedificacion.» Pero, dirán algunos, los obispos abrumaban á los pueblos, empobrecian á las familias, favorecian la injusticia en su celo arquitectónico: he aquí la prueba de que esto seria una calumnia: «Mauricio de Sully estaba haciendo reedificar la catedral de Paris, cuando formó el proyecto un usurero de emplear una parte de su mal adquirido caudal en la construccion de la metrópoli.» Remordiéndole sin embargo su conciencia, fué á

consultar á un santo hombre llamado Pedro el Chantre, quien lejos de aprobar que el usurero volviese á Dios lo que habia quitado á los hombres, le instó mucho á que restituyese á sus deudores su ilícito lucro. Obedeció el usurero y volvió en seguida á decir al doctor que, efectuadas sus restituciones, todavía le quedaba una suma muy crecida; entonces Pedro le respondió: « Ahora, hermano, podeis con toda seguridad ofrecer vuestras limosnas á la Iglesia. » (*Historia de Paris*, por Felibien).

Uno de los menores servicios que han hecho á la Francia los obispos, ha sido el de facilitar sus conquistas, sin costarle siquiera dinero: « El pueblo, por su parte, deseaba mucho que su delfin' se pusiese de acuerdo con el conde de Saboya, y cediéndole sus estados hiciese cesar la causa de una guerra que los atormentaba hacia mucho tiempo, y les daba ocasion de temer un funesto porvenir, si no caian en las manos de un príncipe poderoso; pero la nobleza, mas acreditada é influyente en la corte del delfin, prevaleció sobre el pueblo, y viendo á este príncipe resuelto á abandonar el mundo, le decidió á elejirse un sucesor en la casa real de Francia, pues mas ventajas podia ella esperar por este lado, teniendo el rey de Francia á su disposicion mayor número de empleos y altos cargos. Enrique de

* Título del heredero de la corona en Francia, antes de la revolución de julio en 1850. En el dia se le ha sustituido el de *príncipe real*. — N. del T.

Villars, arzobispo de Leon, en quien el delfin tenia mucha confianza, y Juan de Chisi, obispo de Grenoble, contribuyeron eficazmente á determinar á aquel príncipe á favor de la Francia. » (*Historia de los Delfines de Francia*).

Aun las mismas ciencias, en su conjunto y en sus divisiones, son el patrimonio de los obispos, las mas de las veces antes de su episcopado, al cual las sacrificaron casi siempre. La primera de las ciencias, la del gobierno, aun político, les fué familiar en todas épocas, como lo prueba el hecho de haber salido de su orden los Papas mas grandes, los mas hábiles diplomáticos, y los mas sabios ministros, y tambien el que si no han fundado ellos mismos las mas grandes órdenes religiosas, casi siempre las han suscitado. Hugo de Grenoble y Antelmo de Belley son los fundadores de la gran cartuja, tanto como San Bruno. — Todos los grandes ministros de Estado fueron primeramente obispos; en Francia, San Arnoul, Mateo de Vandoma, en tiempo de San Luis: — Guerin, obispo de Senlis, en tiempo de Felipe Augusto; — Poncher, reinando Luis XII; — el cardenal de Lorena, du Vair, Richelieu, Fleury; — en Inglaterra, los Santos Tomás de Cantorbery y de Chanteloup, Morton (de quien Moro se gloriaba de ser discípulo) Wicham (legislador de las Universidades), Arondel, etc.; — en Alemania y en el Norte, Bruno el Grande, Absalon (legislador de Dinamarca) Vilesel, Olaho, etc....; — en España, Mendoza, Jimenez,

Granvela, etc.; — en América y en las Indias, la mayor parte de los Gobernadores y Virreyes.

La Teología que puede decirse que fué fundada por los primeros obispos, todos Padres y Doctores de la Iglesia, no ha cesado de hallar maestros y grandes maestros en sus sucesores. Y, para no remontarnos á tiempos demasiado antiguos ni hacer inútiles enumeraciones, las *Obras de Francisco de Sales* y de *Richelieu*, de *Bossuet* y de *Fenelon*, de *Flequier* y de *Huet*, de *Choin* y de *Liguori* y aun las del mismo *Pompignan* no son menos ilustres que su administración. — Aun en nuestros días, los obispos son los que han conservado la supremacía de las ciencias eclesiásticas: MM. de *Pressy* y *Asseline*, obispos de *Bolonia*, al primero de los cuales llama *M. Emery* « el mas habil teólogo de su orden »; — *Duvoisin* y la *Luzerne*, en Francia; — de la *Palme*, en Saboya; — *Vittmann*, el *Vicente de Paul* de la Baviera; — *Sailer*, en *Ratisbona*, etc.; — *Weld*, *Challoner*, *Milner*, *Pointer*, *Gillis*, en *Inglaterra*, etc.

Los obispos, aun los de los últimos siglos, han llevado á su apogeo la elocuencia del púlpito: testigos *Bossuet* y *Flequier*, *Mascaron* y *Massillon*; *M. de Beauvais*, el último obispo de *Senez*, que hizo temblar al liviano *Luis XV*, cuya muerte valicínó en el púlpito....; y en fin, *M. de Boulogne*, cuyos sermones rivalizan con los de *Massillon*. — Existe hoy día á las puertas de Francia, un orador

acaso mas grande todavía, que es el obispo de *Anney*, etc. — *M. Rey*.

Los obispos menos célebres se han mostrado con frecuencia superiores á todo, á todos y aun á si mismos en este género.

Un dia en que *Phelippeaux*, arzobispo de *Bourges*, estaba predicando á los católicos en una ciudad de su diócesis, vió en medio de ellos una multitud de protestantes, y dirigiendo hábilmente su discurso á sus inesperados oyentes, apodérase al punto de sus ánimos y luego de sus corazones. « Las cenizas de vuestros padres, exclamó en fin, reposan en este templo en que estais reunidos; ellas acusan vuestro error y se alzan contra vuestro cisma. Todas esas sepulturas hablan.... ois sus voces... os gritan, etc., etc. »; Y los calvinistas se prosternan aterrados!

La *Moral* y el *Derecho* que son las ciencias á que mas estrechamente están enlazadas la paz y la felicidad de los pueblos, despues de la teología y de la elocuencia del púlpito, han debido grandísimos adelantos al Episcopado. *San Carlos Borromeo* y *San Francisco de Sales* son moralistas; *Guillermo Durand*, *Antonio Agustin*, los *Compege*, *Juan Faber* (obispo de *Viena* y confesor del emperador) los *Covarrubias*, *José Stéfano*, *Marca*, son canonicistas, publicistas, juriconsultos á quienes no ha igualado ningun lego.

La erudicion, la historia y la literatura mismas han tenido, en diferentes tiempos, en los obispos,

hombres superiores; — Eusebio, Gregorio de Tours, Du Tillet, Osorio (*el Ciceron portugues*), Sponde, Plantavit de la Pause, los hermanos de Vallenbourg, Lafitau, Huet, d'Argentré (obispo de Tulles), el cardenal Lucchi; y en nuestros días, el príncipe de d'Alberg, y Monseñor de Bovet, antiguo arzobispo de Tolosa.

La poesía misma, la alta poesía, y aun la ingeniosa y la amena han hallado ocasion de admirables dechados en los solaces de un prelado. La *Cristiada* del obispo de Cremona, que el mismo Pope llamaba *inmortales*, para quien la entiende bien, superior, no solo en pensamiento, mas tambien en concepcion y en estilo á la *Mesiada* de Klopstock, como su *Arte poética* es superior tambien á la de Boileau¹.

Aun las mismas ciencias exactas² fueron no solo

¹ Tambien hubiera podido citar el autor la *Cristiada* del P. Hojeda, y el *Bernardo* de nuestro Balbuena, obispo de Puerto-Rico, tratándose de poesía *ingeniosa y amena*. — N. del T.

² Esta especie de ciencia, la mas esteril y la mas indiferente de todas, á lo menos en cuanto no entra en el uso comun, ha llegado á ser, con la poesía, la novela y la política periodística, el patrimonio casi esclusivo de los legos mas ó menos ambiciosos, y de los abates ó de los sacerdotes mas equívocos.

La mayor parte de los apóstatas del siglo XVIII, que nos abstenemos de nombrar por consideracion á su arrepentimiento mas ó menos tardío, tenian la mania de ser *literatos* ó *naturalistas*.

Los obispos anglicanos, suecos, etc., que no aspiran á ser otra cosa mejor, son tan endeble, tan estériles, tan desconocidos cuanto son fuertes, poderosos y célebres los obispos católicos. Los mas notables son mas bien filósofos y sabios que teólogos; mas bien eco-

protejidas mas tambien poseidas por los obispos. El cardenal d'Ailly, obispo de Puy y de Cambrai, publicó una magnífica *Concordancia de la Teología y de la Astronomía*; el ilustre Regiomontano (Juan de Muller), cuya prematura muerte fué una *pérdida irreparable*, dice Delambre, abrió el camino á Copérnico, cerca de un siglo antes que este floreciera, y era obispo de Ratisbona. — Copérnico era sobrino y discípulo del obispo de Frauenburgo. —

nomistas que publicistas; mas bien poetas y aun naturalistas que otra cosa: testigos Atterbury, poeta; Wilkins, geómetra; Ray, fisico; Berkeley, Watson, químicos; y en nuestros días, Mateo Young, arquitecto, etc. — En los tiempos anteriores á la reforma, los obispos son en Inglaterra como en Francia, todos los grandes hombres, todos los fundadores, todos los legisladores del reino. « Si exceptuamos, dice Berington, los establecimientos de Cambridge, algunos de los cuales se debieron á la beneficencia de las personas revestidas de la dignidad real, que acabamos de nombrar, los de Oxford no fueron fundados, como hemos visto, mas que por eclesiásticos, hecho que habla altamente en favor del celibato de los miembros de esta orden, celibato que, en aquella época, prevalecia universalmente. Los príncipes y las otras personas ricas hubieran podido hacer lo que hicieron Wikeham, Chicheley y Waynflete; pero ¿es de creer que hubieran efectuado semejantes actos de generosidad cuando tantos otros gravámenes podian pesar sobre sus propiedades? Si aquellos prebendados hubieran estado cargados de familia, ¿es verosímil que hubieran empleado sus riquezas en aquellos desinteresados actos de beneficencia y de patriotismo? Los sentimientos de justicia ordinaria y la voz de la naturaleza hubieran sido una barrera poderosa que los hubiera contenido. Pero los eclesiásticos de aquella época, los únicos que entonces sabian algo, estaban llamados, como hombres de estado y como ministros, á ocupar los primeros puestos del gobierno, al paso que les estaba abierta la entrada á las dignidades de la Iglesia. »

Mas adelante veremos que Francisco de la Pallu, obispo de Heliópolis y admirable misionero, fué el primero que, en un fragil barco, dió la vuelta al mundo.

En todas partes y de todos modos presidieron los obispos á la restauracion de todos los estudios. Antes de la invencion de la imprenta, los fomentaron multiplicando los manuscritos y las bibliotecas: Bouchard, obispo de Worms en el siglo XI, pasa por el formador de la primera biblioteca. — El arzobispo de Maguncia, preveyendo la omnipotencia y los beneficios de la imprenta en sí misma, y de su uso aun contra sus abusos, dió inmediatamente *ejecutoria de nobleza* á su inventor, á quien habia llamado á su palacio: « Nos, Adolfo II, elector y arzobispo de Maguncia, etc., habiendo reconocido y tomado en consideracion los servicios agradables y voluntarios que nos ha hecho como igualmente á nuestro cabildo (ó arzobispado) nuestro caro y *fiel* Juan Gutenberg, por esto y por merced especial, le hemos nombrado y recibido nuestro servidor y criado en la corte, cargo que ocupará de por vida; y á fin de que pueda disfrutar tanto mas útilmente del dicho cargo, queremos que sea ataviado y vestido como nuestros nobles todos los años y á nuestras espensas, cuando hagamos vestir á todos los individuos de nuestra corte. Igualmente es nuestra voluntad que todos los años pueda introducir en nuestra ciudad de Maguncia, libre y gratuitamente, sin derecho de aduana ni pago de portazgo, veinte

matters (moyos⁴) de trigo y dos pipas de vino para el consumo de su casa, bajo la condicion precisa de que no podrá venderlas ni darlas, como tampoco aquellos. Queda igualmente exento y de por vida del servicio de milicias, de toda contribucion y otras cargas públicas, á cuyos privilegios y beneficios creemos que nos quedará agradecido *nuestro fiel* Juan Gutenberg. Dado en Etwil, el jueves dia de San Antonio del año 1465. »

Hasta los servicios secundarios provinciales y municipales eran obra de los obispos aun en el siglo XVIII. En estos términos lo reconoce el calvinista Necker en su *Informe (Compte-rendu)*: « Así se han debido los rápidos progresos de la administracion provincial de la alta Guyena á los particulares desvelos de M. de Cicé, obispo de Rodez á la sazón, hoy arzobispo de Burdeos; pero es raro reunir á un tan vivo amor al bien, tan grande actividad para hacerle, y tantas miras juiciosas á aquel fino práctico sin el cual no se logra mas que aumentar la lista de aquellas vanas teorías que jamas han puesto en movimiento una sola de las mas pequeñas ruedas de la administracion. »

En vista de todas las virtudes y de todos los beneficios del alto clero, dijo el mismo Voltaire: « Casi todos los obispos de Francia han sido respe-

⁴ Cada moyo contiene treinta tres fanegas. Es medida imaginaria para cereales y solo usada para líquidos: en este caso consta de ciento treinta y tres azumbres. — N. del T.

tables por su conducta, y sus limosnas han debido grangearles el amor de sus pueblos. En general, el cuerpo de los obispos y de los curas ha hecho tanto bien en Inglaterra y en Francia cuanto mal causaron antiguamente las contiendas religiosas. » (*Miscelanea histórica*, tomo III, pág. 139, edicion de Ginebra.) — El inglés Hume, á quien nuestros filósofos han apellidado *el Justo*, y que no por eso deja de ser uno de los mas fanáticos enemigos de la Iglesia romana, nos dice, por su parte, « que no hay clero mas acreditado por su vida y *costumbres ejemplares* que el clero secular de Francia y en particular los rectores ó curas de París. » (*Ensayos sobre el entendimiento humano*, art. *Milagros*.)

Cuando llegó la revolucion de 1789 que tan bien y con tanta anticipacion habian vaticinado los obispos en sus pastorales, en los púlpitos y en los consejos del rey, fueron los primeros, por mas que se haya dicho lo contrario, en sacrificarle, en cuanto dependia de ellos, bienes de que no tenian mas que el usufruto; y los primeros tambien en vaticinar la vanidad y los desastres de su desposesion: « El clero, exclamaba M. de Boisgelin, arzobispo de Aix, debe dar todo lo que puede dar; determinelo la Asamblea y él se someterá á ello por el bien del Estado (decia el prelado en su candor, como si sus adversarios hubieran pensado en el bien del Estado.) Si nuestros bienes se sacasen á pública subasta, como confiscaciones nacionales, ¿no menoscabarian estas ventas su valor? En el momento, seis mil

tierras piden compradores, y la ruina de los particulares sería el resultado de la del clero. ¿Sostendrá la confianza pública á esos nuevos propietarios? Los acreedores del Estado no comprarán, ó bien harán especulaciones que no producirán mas que una circulacion de papel. Así se disiparán por grados esas inmensas evaluaciones.

« *Los impuestos aumentarán; subsistirán constantemente, y la religion será para el pueblo un gravamen de que hubieran querido aliviarse los buenos ciudadanos.* »

Cuando el episcopado francés cesó de poder dar á la Francia el episcopado estrangero le dió á su vez. El cardenal Weld, personage opulento, fué quien, de acuerdo con lord Arundel, albergó á los Trapenses en su palacio, les construyó un monasterio en Luneworth, con aprobacion y con la proteccion del obispo anglicano de Bath, y fué uno de los mas generosos patronos de los emigrados franceses.

El obispo de Orense y el arzobispo de Toledo hicieron, por su parte, prodigios de caridad que acaban de ser recordados para escitar la gratitud de la Francia política, y que nosotros recordaremos mas adelante para escitar la admiracion de la Europa religiosa hácia el sacerdote católico.

Cuando al sacrificio de los bienes, fué preciso añadir el de la vida, los obispos fueron, desde luego y en todas partes, los primeros. He aquí un sencillísimo extracto de su *profesion de fe* y de su

martirio : « Resonaban hasta en el fondo de la sala alaridos de muerte : ¡A la linterna¹ los obispos y los sacerdotes que no presten juramento! Advertido por esta señal de que ya es tiempo de empezar el ataque, pónese en pie el presidente, y coge la lista de los eclesiásticos no juramentados. El primero á quien intima que jure² es M. de Bonac, obispo de Agen : « Señores, responde el prelado, los sacrificios de dinero y hacienda se me resisten poco, pero hay uno que no puedo resolverme á hacer, que es el de vuestra estimacion y mi fe. Estaria demasiado seguro de perder una y otra si prestase el juramento que se me exige. » Esta respuesta, pronunciada en tono grave y decoroso, cauliya por un momento la admiracion, ó mas bien reprime y coarta

¹ Es decir á la horca. Sabido es que en tiempo de la revolucion tomó el populacho la atroz costumbre de ahorcar á sus enemigos colgándolos de las cuerdas de que estan suspendidos en las calles los faroles, en francés *lanternes* (linternas). De ahí viene el tremendo y ya histórico grito ¡á la linterna! — N. del T.

² Este juramento, de que tantas veces se hace mencion en el curso de esta obra, es el de la constitucion, decretado por la asamblea constituyente de 1790. « El clero quiso siempre distinguir la constitucion eclesiástica de la civil y nadie se habia parado en ello; pero en aquella circunstancia (de resultas del campamento federativo formado en Jalés, en los primeros dias de setiembre, para formar un centro de oposicion á las medidas de la asamblea) resolvió la asamblea exigir á los eclesiásticos un juramento rigoroso que los pusiese en la necesidad de retirarse si no le prestaban, ó en caso contrario, de cumplir fielmente con sus funciones. » (*Hist. de la Rev. franc.*, de Thiers, traducida por Miñano, tomo II, pág. 48.) — N. del T.

los primeros efectos del despecho de la izquierda¹.

« Llama en seguida el presidente á M. Fournet, de la diócesis de este mismo prelado : « Señores, dice á su vez aquel digno cura, habeis querido reportarnos á los primeros tiempos del cristianismo... ¡Pues bien! con toda la sencillez de aquella feliz edad de la Iglesia, os diré que tengo á mucha gloria seguir el ejemplo que acaba de darme mi obispo. Seguiré sus huellas como el diácono Lorenzo siguió las de Sixto, su obispo; le seguiré hasta el martirio. » Al oír esta respuesta, empiezan á arrepentirse de haber puesto al clero en ocasion de dar un testimonio tan público y tan brillante de su constancia en la fe; mas sin embargo, esperando no hallar la misma entereza en todos los sacerdotes, llama el presidente á M. Leclerc, cura de Combe, diócesis de Seez. Levántase M. Leclerc, y dice : « He nacido católico, apostólico y romano, quiero morir en esta fe, y no podria hacerlo prestando el juramento que pedis. »

« Furiosa la izquierda al oír aquellas profesiones de fe tan firmes, pide, para hacerlas cesar, que se suspendan aquellos llamamientos nominales. M. Beaupoil de Saint-Aulaire, obispo de Poitiers, que estaba en frente del presidente, pide la palabra : « Señores, dice, setenta años tengo, y llevo

¹ Es decir, de los *exaltados*. Sabido es que todavía se conservan en la cámara francesa las tres clasificaciones de *izquierda, derecha y centro*, republicanos, realistas y conservadores. — N. del T.

treinta y cinco de episcopado.... No mancillaré mis canas jurando vuestros decretos : no juraré. » Todo el clero de la derecha se levanta , aplaude y anuncia que está unánimemente en la misma disposicion.

« Apenas M. de Bonneval , obispo de Senez , tuvo noticia del proyecto que habia de arrebatarle sus ovejas para entregarlas á los falsos pastores , cuando se levantó , intrépido apostol , contra el futuro invasor con que le amenazaban , y no temió decir en una pastoral , digna de un Crisóstomo , de un Hilario ó de un Ambrosio : « Mi cabeza pertenece á los hombres , mi alma sola pertenece á Dios. Si el Señor quiere probar á sus siervos , el siglo décimo octavo tendrá sus mártires como el primero. » Todos los gritos de rabia no alteraron la serenidad del prelado. « Déjelos , vm. , dijo al capitán , déjelos vm. , amigo mio ; no se enoje vm. con ellos : lo que me aflige es que ofenden á Dios. Por lo que á mi me toca , he nacido para sufrir , y estoy preparado á todo. »

« Poco despues fué llevado el respetable obispo , en mitad del dia , y atravesando gran parte de su diócesis , á la prision del castillo de Seyne...

« Lo que proporcionó gran consuelo á M. de Bonneval fué la conversion del cura y del vicario de una de las parroquias de su diócesis que habian tenido la desgracia de pronunciar el juramento del cisma y de la heregia. Mientras que , despues de un largo y penoso camino , empezaba el prelado , rendido de cansancio , á tomar algun descanso , ob-

tuvo del comandante de la guardia el cura penitente permiso para entrar. Ansioso de recibir su absolucion , esclama : « Señor , aun soy digno de V. Ilma. : me he retractado solemnemente. » Jamás palabras mas dulces habian llegado á los oidos de M. de Bonneval , que se pone en pie y se echa en los brazos del buen cura llorando de júbilo : « ¡ Que al fin , amado pastor , le dijo , tengo la dicha de abrazaros y de abrazaros en una fe comun ! Regocijémonos juntos , amigo mio , de vuestro regreso al gremio de la Iglesia : mis dolores han desaparecido : no , ya no sufro ; todo lo olvido , y doy mil veces gracias á Dios de que mis padecimientos hayan podido seros provechosos. »

« Llegado que hubo á Castelane , compareció ante sus jueces : « Llamado , dijo , como escribió luego á la Asamblea nacional , llamado por la divina voluntad á dirigir las almas que me han tocado en suerte , he creido no poder rehusar á los levitas la ordenacion , á los meros fieles la administracion de los sacramentos , á los niños , que me llamaban padre , el pan de la palabra , los auxilios y los consuelos de su creencia. Mientras estén en libertad mi lengua y mi brazo derecho , la una me servirá para predicar el Evangelio á mi pueblo , el otro para bendecirle. » Los diocesanos , que habian acudido de todas partes , aplaudieron con entusiasmo aquellas palabras dignas de un apostol ; pero el virtuoso obispo fué condenado á destierro , y , cuando le notificaron su sentencia , no respondió mas que estas

palabras : *Gracias sean dadas al Señor.* Sin embargo, como debían confirmar la sentencia los jueces de Barcelonette, de nuevo fué entregado el obispo de Senez á su guardia, para que le condujera á dicho punto. Parte del pueblo y todo su clero le acompañaron hasta las puertas de Castelane, donde aquel buen padre, abrazando á sus hijos con toda la efusión de la ternura, dijo al separarse de ellos : « Adios, amigos míos : la fuerza separa por algun tiempo mi cuerpo de los vuestros, pero no está en el poder del hombre separar nuestras almas ni las ovejas del pastor. He sido, soy y seré vuestro obispo hasta el último suspiro : seamos todos igualmente de la verdad, de la Iglesia de Jesucristo. »

« Después de haberse despedido tan tiernamente de su pueblo, que no pudo responder á sus palabras mas que con lágrimas, M. de Bonneval, siempre escoltado por los nacionales, cruzó de nuevo las mas altas montañas para pasar á Barcelonette. La amnistía que sobrevino poco despues hizo que se sobreseyese á su causa, pero no por eso se le persiguió menos. La imposibilidad de volver á su diócesis le hizo elegir un retiro en Nisa, desde donde escribió estas notables palabras : « El impio no lo cree, pero el infortunio tiene sus encantos : de todo me han despojado, pero me quedan el honor y la religion... »

« Mientras el Ilmo. señor arzobispo de Arles estaba en la iglesia de los Carmelitas con otros ciento veinte eclesiásticos, presos en ella aguardando á que los asesinaran, propusieronle muchas veces

que se valiese de sus amigos, ó que alegase á lo menos sus muchos achaques para obtener que le trasladasen á su casa. *No, no,* respondió, *estoy aquí muy bien y en muy buena compañía.*

Entraron los revolucionarios á degollar á los presos en momento en que estaba en el jardin del convento, junto á un oratorio, con el presbitero de la Pannonie, quien le dijo, viendo brillar los sables y las bayonetas : « Lo que es de esta hecha, señor Ilmo, creo que nos asesinan. » — « Pues bien, amigo mio, respondió el arzobispo, si es llegado el momento de nuestro sacrificio, sometámonos, y demos gracias á Dios, que nos pone en ocasion de ofrecerle nuestra sangre por tan buena causa. » — Mientras estaba diciendo estas palabras, entran los asesinos gritando : « ¿Donde está el arzobispo de Arles? » Quedóse este en el mismo sitio en que estaba sin dar la menor señal de sobresalto; y llegado que hubieron los malvados junto al grupo á cuya cabeza estaba con M. de la Pannonie, preguntan á este : « ¿Eres tú el arzobispo de Arles? » M. de la Pannonie cruza las manos, baja los ojos y no responde. « ¿Luego tú eres, infame, el arzobispo de Arles? » dijeron volviéndose hácia M. Dulau. — Si, señores, yo soy. — ¿Con que tú eres, bribon, el que ha hecho derramar tanta sangre en la ciudad de Arles? — Yo no creo, señores, haber hecho daño á nadie. — ¿No? pues yo te le haré á ti, responde uno de los asesinos, y esto diciendo descarga un sablazo en la cabeza del venerable arzobispo. » En seguida murie-

ron con no menos gloria y serenidad, los obispos de Saintes, de Beauvais, etc., etc. Eran aquellos dos obispos dos hermanos, dos La Rochefoucauld, uno de los cuales rehusó salvarse sin el otro.

Algunos años despues, otros dos ilustres é inmortales hermanos, obispos tambien ambos, quisieron morir como los La Rochefoucauld, despues de haber vivido como ellos. « En Quiberon, el obispo de Dol, miembro de la asamblea de los Notables, fué inmolado igualmente que todos los dignos sacerdotes de su séquito: todos murieron con la serenidad de una conciencia pura, y la entereza propia de unos verdaderos soldados de Jesucristo. Cuando la traicion entregó el castillo de Penthièvre á los republicanos y perdió enteramente al ejército, el venerable prelado podia volver á bordo de la escuadra, como se le propuso varias veces, y con empeño; pero todas las instancias fueron vanas: No, jamás, respondió, jamás abandonaré á mis compañeros de infortunio, á mis buenos sacerdotes, á mis fieles amigos; no abandonaré á nuestros enfermos, y hasta mi postrer suspiro les daré los consuelos de la Iglesia y los auxilios espirituales. » De esta suerte, impulsado por aquella santa intrepidez de los antiguos confesores de la fe, aquel ministro de Dios se resignó á recibir el martirio. Su digno hermano, el presbítero d'Hercé, su vicario general, murió á su lado, como tambien el presbítero Dulargez, rector de Leon, dechado de la caridad y de la mansedumbre evangélicas. Allí fué tambien donde el pres-

bitero Rolando de Klourk, canónigo lectoral de Tréguier, dió el mas raro ejemplo de amistad, dejándose asesinar junto á la cabecera de la cama de su amigo moribundo, por no dejarle solo en sus últimos momentos en manos de los soldados enemigos. »

Si el siglo XIX tiene glorias reales y positivas, en el episcopado es adonde ha de ir á buscarlas. — M. de Aviau era un hombre de los antiguos tiempos. — MM. Dubourg y de Cheverus pasmaron ambos mundos con su caridad y su elocuencia irresistibles; M. de Quélen¹ fué un segundo Belsunce durante el cólera morbo, y todavia goza la Francia de las altas virtudes y del poder puramente espiritual de MM. Donnet, en Burdeos; de Miolan, en Amiens; de La Croix, en Gap, etc.: d'Astros, en Tolosa; Mathieu, en Besançon; de Bonald, en Puy; de Prilly, en Chalons, etc.

He aquí un rasgo, referido por los periódicos de la época, de la vida episcopal de este último: — « El día de su instalacion ha sido un día de fiesta y de triunfo para los vecinos de Chalons. Por mucho tiempo habia estado vacante la silla episcopal de Chalons. M. de Prilly, rodeado de su clero y seguido de todas las autoridades administrativas y militares, se dirigia en procesion á la catedral; llegado que hubo á la puerta principal, se detiene, llama al cura y allí, en presencia de todos los asistentes, le

¹ El último arzobispo de París — N. del T.

declara que no entrará en la nave sin haber hecho antes pública retractacion de una irreverencia que se acordaba de haber cometido hacia muchos años en aquella misma Iglesia, siendo militar; entonces se hinca de rodillas y pide, en alta voz, perdon á Dios y á su clero.»

¡Y aquel admirable cardenal de Cheverus, que llevaba la inteligencia y la virtud hasta el punto de creerse personalmente responsable de los pecados de su pueblo y de proclamarlo en los excelentes *Estatutos* que compuso para su diócesis! — « ¡Ah! ¡si los males de la tierra son tan graves; si la nave de la Iglesia está tan violentamente agitada, si tantas ciegas pasiones revuelven la sociedad, *acaso la escrutadora justicia de Dios no nos absuelve enteramente de estas desgracias*; acaso no hemos trabajado con bastante celo, acaso no hemos orado, instruido, edificado bastante! »

¡Y ese joven Dupuch, primer obispo de Argel, el apeadero, el punto de partida del catolicismo moderno y decisivo para los confines del Africa y del Asia, escribiendo á la *Sociedad de la propagacion de la fé* aquel admirable informe cuya peroracion citamos en una de las páginas anteriores.

Los obispos de ultra-mar, los obispos americanos, los vicarios apostólicos de las Indias, etc. parecen mas grandes todavia porque tienen mas obstáculos que superar: casi todos se confunden con los após-

toles y los misioneros. Si hubiéramos de citar nombres, tendríamos que llenar muchas páginas; pero para juzgar, con un ejemplo, de la influencia en la India de un obispo que empezó por salir, joven misionero extranjero, de un seminario de Paris, leamos el siguiente extracto de los *Anales de la Fé*, de 1831:

« Nguyen-Arch, queriendo hacer conocer á la familia del señor obispo de Adran, el aprecio y el afecto que le profesaba, encargó á uno de los misioneros que le enviase el diploma que habia destinado al prelado, del que vamos á dar un extracto. »

« Yo poseia un sabio, el intimo confidente de todos mis secretos, que, á pesar de la distancia de mil y mil leguas, vino á mis estados, y nunca me abandonó, aun cuando la fortuna me volvia las espaldas. ¿Porque ahora... que ha vuelto bajo mis banderas, y en el momento en que estábamos mas unidos, ha de haber venido á separarnos de repente una muerte prematura? Hablo de Pedro Pigneau, honrado con la dignidad episcopal y con el glorioso titulo de plenipotenciario del rey de Francia. Siempre tengo presente en la memoria el recuerdo de sus antiguas virtudes, y quiero darle aquí un nuevo testimonio de mi aprecio, debido á sus raros méritos.

« Aumentaban de día en día mi aprecio y mi afecto hácia él. En los tiempos calamitosos, nos suministraba medios que solo él podia hallar. La sabiduria de sus consejos, y su virtud que brillaba

hasta en el desenfado de su conversacion, nos unian mas y mas : éramos tan amigos y viviamos en tanta familiaridad , que cuando mis negocios me llamaban fuera de mi palacio , nuestros caballos iban siempre uno al lado de otro. Siempre he mas tenido un mismo corazon. Desde el dia en que, por la mas feliz de las casualidades, nos encontramos, nada ha podido entibiar nuestra amistad, ni causarnos un momento de enojo. Yo esperaba que aquella robusta salud me permitiera gozar todavía mucho tiempo los dulces frutos de una union estrecha, y la tierra acaba de cubrir aquel lozano y precioso arbol. ¡ Oh ! ¡ cuánto le echo de menos !

« Para manifestar á todo el mundo los grandes méritos de aquel ilustre extranjero y difundir en fin el aroma de sus virtudes que siempre ocultó, le doy este diploma de ayo y maestro del príncipe hereditario, como la primera dignidad, despues de la real, y el título de *perfecto*. ¡ Ah ! cuando el cuerpo ha caído y el alma echa á volar al cielo ¿ quien podria detenerla ? Acabo este breve elogio, pero la pesadumbre de la corte no acabará jamás.... ¡ Oh bella alma del maestro ! recibe este favor. »

§ V.

EXAMEN DE LA GRANDEZA Y DE LA BENEFICENCIA HISTORICAS DE LOS FUNDADORES DE ORDENES Y DE ESTABLECIMIENTOS RELIGIOSOS.

La razon concibe las órdenes religiosas lo mismo y con mas motivo que las sociedades civiles, administrativas, judiciales y militares, es decir, conjuntos, uniones de personas análogas individualmente débiles é impotentes, por lo mismo y solo porque se concibe la utilidad y la necesidad de la fuerza, de la beneficencia y aun de la enseñanza mutuas.

Admiramos , admitimos las órdenes religiosas , como medio de buena conducta, de paz y de felicidad privadas; como medio subsidiario y aun principal de gobierno y de *orden público*.

Las admitimos , las admiramos igualmente, pobres verdaderas , viviendo *al dia*, abandonándose como las aves del cielo á la fe de la Providencia ; ó bien simples propietarias, como el vulgo de los ciudadanos. Admirábaselas tambien, admirábaselas sobre todo antiguamente *pobres de espíritu*, y aun pobres y humildes como individuos¹; generosas,

¹ Su divisa general era : *Non præesse, sed prodesse.*

hasta en el desenfado de su conversacion, nos unian mas y mas : éramos tan amigos y viviamos en tanta familiaridad , que cuando mis negocios me llamaban fuera de mi palacio , nuestros caballos iban siempre uno al lado de otro. Siempre he mas tenido un mismo corazon. Desde el dia en que, por la mas feliz de las casualidades, nos encontramos, nada ha podido entibiar nuestra amistad, ni causarnos un momento de enojo. Yo esperaba que aquella robusta salud me permitiera gozar todavía mucho tiempo los dulces frutos de una union estrecha, y la tierra acaba de cubrir aquel lozano y precioso arbol. ¡ Oh ! ¡ cuánto le echo de menos !

« Para manifestar á todo el mundo los grandes méritos de aquel ilustre extranjero y difundir en fin el aroma de sus virtudes que siempre ocultó, le doy este diploma de ayo y maestro del príncipe hereditario, como la primera dignidad, despues de la real, y el título de *perfecto*. ¡ Ah ! cuando el cuerpo ha caído y el alma echa á volar al cielo ¿ quien podria detenerla ? Acabo este breve elogio, pero la pesadumbre de la corte no acabará jamás.... ¡ Oh bella alma del maestro ! recibe este favor. »

§ V.

EXAMEN DE LA GRANDEZA Y DE LA BENEFICENCIA HISTORICAS DE LOS FUNDADORES DE ORDENES Y DE ESTABLECIMIENTOS RELIGIOSOS.

La razon concibe las órdenes religiosas lo mismo y con mas motivo que las sociedades civiles, administrativas, judiciales y militares, es decir, conjuntos, uniones de personas análogas individualmente débiles é impotentes, por lo mismo y solo porque se concibe la utilidad y la necesidad de la fuerza, de la beneficencia y aun de la enseñanza mutuas.

Admiramos , admitimos las órdenes religiosas , como medio de buena conducta, de paz y de felicidad privadas; como medio subsidiario y aun principal de gobierno y de *orden público*.

Las admitimos , las admiramos igualmente, pobres verdaderas , viviendo *al dia*, abandonándose como las aves del cielo á la fe de la Providencia ; ó bien simples propietarias, como el vulgo de los ciudadanos. Admirábaselas tambien, admirábaselas sobre todo antiguamente *pobres de espiritu*, y aun pobres y humildes como individuos¹; generosas,

¹ Su divisa general era : *Non præesse, sed prodesse.*

opulentas y soberbias solamente como corporacion, á tal punto que sus ruinas libertadas de los furios revolucionarios y del espíritu especulador de la época, son aun hoy las maravillas de nuestras provincias, empobrecidas desde que la injusticia desposeyó á aquellas.

La Iglesia, y aun la filosofía admiran, bajo otros muchos títulos, las órdenes religiosas: « Los ángeles, por su condicion, dice el ilustre Olier, en su *Tratado de las sacras órdenes* precisamente, parece como que tienen alguna parte de Dios que honrar especialmente y algun atributo al cual, en cada orden, están esencialmente consagrados. Los serafines honran particularmente su amor: los querubines, su luz: los tronos, su sosiego y su paz: las dominaciones, su soberanía y sus dominios: las potencias, su poderio y su fuerza, etc¹.

« Los religiosos en la Iglesia son sobre la tierra con respecto á nuestro señor Jesucristo, lo que son los ángeles con respecto á Dios en el cielo, porque tienen en cada orden, segun la doctrina de santo Tomás, alguna particular virtud del Salvador que honrar. Por esta razon dice que no se deben instituir nuevas órdenes de religiosos en la Iglesia de Dios, si no conciernen á algunas virtudes ó algunas prácticas de virtud distintas de las que respetan las otras órdenes ya establecidas.

« Un religioso de San Francisco con este santo

¹ S. Dionisio, *De Cælest. hierarch.*

patriarca y toda su orden, está destinado á honrar la pobreza de Jesucristo, que siempre debe tener delante de los ojos. Santo Domingo y toda su orden deben tener el celo de la predicacion: los Agustinos deben revelar su caridad; los Cartujos, su soledad: los Carmelitas, su oracion; en fin, cada orden en particular rinde homenaje á alguna particular virtud de Jesucristo, de manera que son propiamente los religiosos de Jesucristo, como los ángeles son los religiosos de Dios¹.

Casi todos los fundadores de órdenes religiosas fueron religiosos, es decir sacerdotes, obispos, papas: — algunos fueron legos, pero legos superiores en cierto modo al sacerdocio, que temieron: todos sobre todo, fueron célebres por sus virtudes, su conocimiento de los hombres y su habilidad en el gobierno. Nadie puede imaginar todo el arte y todos los sacrificios que se necesitan para determinar un hombre á sus contemporáneos á los sacrificios de los bienes, de los honores y de las libertades del mundo; ni toda la inteligencia y aun toda la ciencia que hay en las masas de las primeras edades y sobre todo en las del cristianismo. Entonces salia el mundo de la mas brillante luz del paganismo (el siglo de Augusto), y estaba inundado de la mas espléndida de la Iglesia.

Lo que mas que nada caracteriza á los fundadores y cabezas de órdenes es su dominio sobre sus siglos:

¹ *Vita religiosa, vita angelica vocatur à SS. Bern. et Basil.*

hasta podemos decir que se los ve superiores á los siglos ulteriores, como si los hubieran adivinado. En la primera edad, antes de que estuviese fundada la Iglesia, y para contribuir á fundarla, fueron sobre todo, santos y hombres; en la segunda, fueron sobre todo sabios, obispos, misioneros. Primero individuales, aislados, monjes⁴, solitarios; luego sociales, reunidos en comunidades. Vémoslos sucesivamente en las catacumbas, en los desiertos de la Tebaida, del Africa, y al fin en los mas altos y en los mas hermosos sitios de Italia, de España, de Francia, de Inglaterra: en el monte Casino, en el monte San Bernardo de los Alpes, en la Gran Cartuja, como para llamar y atraer mejor á toda la Cristiandad.

Los fundadores de las órdenes de Oriente, San Pablo (primer ermitaño), San Antonio, San Pacomio, San Macario, Arsenio, fueron hombres prodigiosos, hombres por escelencia, *hombres dioses* de segunda magestad. Todos ricos, segun el mundo (Arsenio era Senador romano): todos sabios (San Macario ha dejado elocuentes *Homilias* y *Reglas*, etc.); todos llevando la abnegacion hasta el punto de arrostrar el martirio y la muerte perpetua, lo que no los impedia vivir siglos.

Los mas grandes Obispos, los mas sabios Padres de la Iglesia; San Atanasio, escribia la *Historia*

⁴ De *monachus*, solitario. Todavía conservan el nombre de *monjes* los religiosos.

de *San Antonio el Grande*, como una especie de historia de la Iglesia: — Constantino el Grande le llamaba su *padre* y en vano Teodosio queria atraer á Arsenio á su corte.

Ya entonces se hacia del Occidente un desierto y del Oriente una tumba. Los discipulos de Antonio fueron los primeros *Cruzados*.

Cuando en el siglo V, se formaron los monasterios en Italia, en España, en Francia, etc., sus reglas fueron las de la Tebaida, adonde, Juan Cassin, de Marsella, habia ido á estudiarlas y á escribirlas. Sabido es que sus *Instituciones monásticas* son la fuente de todas las *Reglas*. San Benito, á quien puede considerarse como el *San Antonio de Occidente*, es el padre de la mayor parte de las comunidades contemporáneas ó inmediatas siguientes: los antiguos *Benedictinos* (propio nombre de religiosos destinados á obrar bien y á *bien decir*), los antiguos Benedictinos, tan superiores á los modernos, los monjes del *Cister*, etc., de *Vallumbrosa*, los *Trapenses*, los *Fuldenses*, etc. Su regla escrita y sobre todo su regla aplicada tienen por objeto preservar y conservar el *fuego sagrado* de las letras griegas, latinas, paganas y cristianas, que pronto y por mucho tiempo iban á amenazar la invasion de los bárbaros y las conquistas del Norte sobre el Mediodía. El éxito justificó plenamente la prevision de San Benito: todos los historiadores, todos los hechos, todos los descubrimientos, aun hoy en el siglo XIX, demuestran que el Monte Ca-

sino y las montañas accesorias fueron el arca que salvó la civilización del diluvio de la barbarie. — San Columbano, discípulo de San Benito, en la otra estremidad de la Europa, en Irlanda, llamado á Francia por el rey Gontran, va civilizando al paso la Borgoña, la Suiza y aun una porción de aquella Italia donde acababa de morir Benito y de franquear la senda á un segundo Benito, cuya misión era hacer en toda la Francia y en toda la Alemania, lo que el primero había hecho en Italia y en el Mediodía.

Hablamos de San Benito, abad de Aniana, en Provenza, primero conde de Magalona y gran capitán, y en fin, sacerdote prodigioso, que hizo de Luis el Bueno¹, cuyo brazo eclesiástico era, es decir, mas que el primer ministro, un rey superior, en el fondo, al mismo Carlo Magno.

Iba á efectuarse en Occidente y en Oriente un doble é inmenso movimiento, el de las Cruzadas, movimiento que por sí solo iba á cimentar solidamente la Cristiandad y á asegurar para siempre su preponderancia sobre la anti-cristiandad. Varios grandes hombres le preveen y le preparan, si puede decirse que no le efectúan; tales son los fundadores del Cister, de Cluny, de Clairvaux, de Fontevrault, del Premonstrato: el abad Bernon en el siglo X, especie de San Bernardo anticipado; Roberto, abad de Molesma; Roberto de Arbrissesles, el mismo

¹ Luis le Debonnaire.

San Bernardo; y en fin San Norberto; este era pariente del emperador Enrique V. — Necesitaban los cruzados un camino en los Alpes, al pie de los cuales había retrocedido Anibal antiguamente; otro San Bernardo, habil ingeniero espiritual y material, le abre, fundando un monasterio de una orden nueva. — Necesitaban un Hospicio propiamente tal, luego una centinela, y en fin una marina permanente y osada: el bienaventurado Gerardo de Provenza, y Raimundo de Puy en el Delfinado son, sin saberlo ellos mismos, los primeros grandes maestros de la Orden de San Juan de Jerusalem y de Malta, cuyos caballeros por escelerencia, sacerdotes de segunda magestad, no tardaron en tomar por divisa: *Non æs, sed Fides*, é hicieron temblar á aquellos Mahomet II y Soliman que hacían temblar á todo el Occidente.

Las Cruzadas, á pesar de la pureza de su principio y de los sacrificios de que habían dado el ejemplo, iban á ser ocasión de una relajación en la disciplina política y en las costumbres privadas. San Romualdo, duque de Ravena, cuya *Historia* compuso San Pedro Damien, y San Juan Goalberto de Florencia, ambos nobles, ricos, mundanos en sus principios, fundaron la Camándula y Vallumbrosa, los mas perfectos de todos los Benedictinos.

Mas austeros, mas heróicos, mas sobre humanos, San Bruno, San Hugo de Grenoble y San Anselmo de Saboya instituyeron los Cartujos, á quienes algunos han llamado los *Espartanos de la Religión*.

Un siglo despues, y con la misma intencion, un conde del Perche, Rotrou, instituye á su imagen los *Trapenses*, que hicieron un dia la gloria de los abates de Rancé y de Geramb, ex-grandes señores del mundo desengañados.

Otros dos grandes movimientos sociales iban á efectuarse, uno que debia escitar la codicia y el lujo, y otro el orgullo y la relajacion universales: hablamos del descubrimiento, de la conquista y de la ocupacion del Nuevo Mundo, y de la Reforma. — Compatriota de Cristobal Colon y de Américo Vesputio, San Francisco de Asis, hijo único de un rico comerciante de Ombria, aunque muerto en la flor de su edad, funda los innumerables religiosos de su orden que debian llevar á todas partes el ejemplo de la mas humilde pobreza, despues de haber dado anteriormente el de la mas grande propiedad.

La navegacion iba á acarrear reveses, infortunios y acaso apostasias; un noble provenzal, San Juan de Mata, ayudado por Feliz de Valois y Gaucher de Châtillon, que les dió su hacienda de Cerfroy junto á Meaux, fundó la Orden de la *Trinidad* ó de los *Maturinos* para la redencion de cautivos.

Fieles tambien, de otro modo, á aquella revolucion de América que reclamaba predicadores, sabios, apóstoles, sacerdotes, obispos, gobernadores y metrópolis cristianos, brotan, casi simultáneamente, y en el país mas católico y mas poderoso de Europa (la España), dos hombres tan santos como sabios, uno mas bien teólogo, lógico y pre-

dicador, el otro mas bien administrador, Santo Domingo y San Ignacio.

Fundaron despues de ellos, en Francia, Roberto de Sorbon, (en Champaña), la *Sorbana*: — en Oriente y en todas partes, Almerico, legado de Roma, los Carmelitas: — en Italia, San Felipe Beniti, noble florentino, los *Servitos*: — San Juan Colombini, gonfalonier de la república de Siena los *Jesuitas* (del nombre de *Jesus* que debian tener continuamente en los labios): — San Francisco de Paul, caro á la Francia, donde murió, los *Minimos*; — el cardenal Morigia, de Milan, los *Barnabitas*; — San Gerónimo Emiliani, los *Somascos*; — el cardenal Caraffa, luego Paulo IV, los *Teatinos*; — San Felipe de Neri, noble de Florencia, el Oratorio de Italia.

La España y el Portugal que poseian dos mundos, y tenian mas que hacer, y mas eficazmente, veian nacer *Institutores* mas poderosos; — San Juan de Dios funda los *Hermanos de la Caridad*; — San Juan de la Cruz, grande orador y profundo moralista⁴, ademas, reforma los Carmelitas con Santa Teresa; — de Bretigny (de Quintana Dueñas), grande hombre digno de ser mas conocido, instituye los Carmelitas en Francia y en el Nuevo Mundo; — José de Calasanz, Aragonés, las *Escuelas pias* de Roma, al ver tantos niños viciosos, etc., etc.

⁴ Y gran poeta hubiera podido añadir el autor con no menos fundamento. — N. del T.

La Francia, la Saboya, los Países-Bajos tuvieron tambien sus grandes hombres en este género; — Gerardo, llamado *el Grande*, instituye los *Hermanos de la vida comun*, etc.; — Cesar de Bus, del Condado, noble militar, los *Padres de la doctrina cristiana*; — Francisco de Sales, *la Visitacion*, etc.; — el cardenal de Berulle, el *Oratorio de Francia*; — San Fourrier de Mathincourt, los *Canónigos regulares*, etc.; — los hermanos Lamotte-Lambert, misioneros apostólicos en China, las *Misiones extranjeras* de Paris; — el presbítero Desplaces, etc., de Rennes, el *Seminario del Espíritu Santo*; — Olier, hijo de un consejero de Estado, *San Sulpicio*; — San Vicente de Paul, los *Lazaristas*, las *Hermanas de la Caridad*, etc.; — Eudes, hermano de Mezeray, los *Eudistas*, etc.; — Cretenet, ayudado por el marqués de Coligny, las *Misiones de San José*, de Leon.

Los antiguos errores iban á desaparecer, para ser reemplazados por otros mayores. La filosofía, centro de todas las heregias, hacia necesaria una reforma fundamental en la educacion de las masas, ya soberanas; — de aqui el admirable y sublime *Hermano de las escuelas cristianas*, el abad de la Salle. — Otro fundador de este género, suscitado con arreglo al mismo espíritu poco tiempo despues, es Mechitar, célebre misionero y convertidor Armenio, muerto en 1750, en Venecia, donde su casa de los *Mechitaristas de San Lázaro* tiene una magnífica propaganda de *Buenos libros* para el uso del pue-

blo. — Y en fin aquel admirable Liguori á quien la Iglesia acaba de canonizar, institutor de los admirables *Redentoristas*, para acudir en auxilio de los curas, mas debilitados y mas necesarios que nunca.

El mismo siglo XIX no ha carecido de herederos de tantas inteligencias extraordinarias, á despecho, ó mas bien, á favor de las revoluciones; — los curas Legris-Duval y Rauzan, institutores de las *Misiones de Francia*; — el presbítero Coudrin, fundador de los *Piepus*, nuevas *Misiones extranjeras*, y de las *Celadoras del Sagrado Corazon de Jesus*; — el presbítero de Wailly, muerto en 1818, digno hijo de Vicente de Paul, reformador y creador de seminarios y de colegios en las diócesis de Amiens, Arras, etc.; — el presbítero Fournet, muerto en 1833, institutor de las *Hijas de la Cruz*, que ya tienen mas de ochenta casas en Francia; — el canónigo Triest, muerto en 1836, apellidado el *Vicente de Paul Belga*, autor ó promotor de cincuenta instituciones, entre las que se distinguen las *Hermanas de Jesus y de Maria*, las *Damas de la Caridad maternal*, las *Hermanas negras* (guardas nobles enfermas), las *Hilanderas* para los pobres, los *Juanes de Dios* para los dementes, etc.; — el presbítero Vernet, actual vicario mayor de Viviers, institutor de las *Hermanas de la Presentacion*, reformador de su magnífico seminario, etc.; — el Ilustrísimo señor Dupuch, en fin, á quien sus *Niños saboyanos*, sus *salas de asilo*, y sus amados presos

Penitentes han elevado al obispado de Argel, donde le esperan tantas fundaciones para engendrar y sostener la Fe en un país gobernado algún día por San Agustín; — el presbítero de Bervanger, intrépido fundador de los *Niños de San Nicolás*; — el presbítero Charlier, fundador é institutor de la excelente *Penitenciaría* de Rheims; — el presbítero Glorieux, simple vicario de Renaix, fundador de los *Hermanos de las Buenas Obras*, en 1830; — y en Italia, el presbítero Rosmini, fundador de los *Padres de la Caridad* de Milan, admirados y celebrados por Manzoni.

Hay una clase de hombres á quienes se puede poner en la misma línea y acaso á mayor altura que los fundadores de Ordenes: tales son los Reformadores y aun los Propagadores. Rancé, en particular, y el cardenal de La Rochefoucauld, en general, en el siglo XVII, figuran gloriosamente entre los primeros; la mayor parte de los obispos entre los segundos. Así se ha visto, por ejemplo, á un arzobispo de Besançon, Fernando de Rye, fundar hasta cincuenta y cuatro monasterios en su diócesis, durante el medio siglo que duró su episcopado, desde 1586 hasta 1636.

Los fundadores de los Colegios, de las Universidades y por consiguiente de las Escuelas grandes y pequeñas, de toda especie, pertenecen todos á la Iglesia, ó como Obispos, ó como Religiosos ó como Reyes¹. Las primeras escuelas célebres, y, en primer

¹ Lo mismo puede decirse de las universidades y colegios de Es-

lugar, la de Alejandria eran dependencias de los Seminarios, cuando no eran los Seminarios mismos. La mas antigua de las Galias es la del Monasterio de Tours, bajo el episcopado de San Martín, de donde salieron muchos sabios, segun Sulpicio Severo: otra es la del Monasterio de Lerins: de ella salió San Honorato para fundar el del Jura. San German, obispo de Paris, instruía juntamente á los jóvenes y á los ancianos: *Qui regit hinc juvenes, subregit inde senes*, dice Fortunato. — Algunos siglos despues, las escuelas estaban en los palacios de los reyes: *Domus regis, schola*, dice el concilio de Cressi, en 858. — Godofredo de Boloña, obispo de Paris, es el fundador de la primera escuela seglar, la de Santa Genoveva, donde profesaron Guillermo de Champeaux, canónigo de San Victor, Abelardo, Gilberto de la Posée, etc.; — «La institucion de los Colegios que empezaron en el siglo XIII, dice Fleury en su *Discurso sobre la His-*

pañía. Los papas Martino V y Eugenio IV dieron constituciones particulares á la célebre universidad de Salamanca: los cuatro famosos colegios mayores de esta ciudad fueron fundados: el de S. Bartolomé, ó el Viejo, por D. Diego de Anaya, arzobispo de Sevilla; — el de Cuenca, por D. Diego Ramirez de Villaseca, obispo de Cuenca; — el de S. Salvador de Oviedo, por D. Diego de Muros, obispo de Oviedo; — y el del Arzobispo, por D. Alonso de Fonseca, que lo fué de Santiago y de Toledo.

La universidad de Alcalá fué fundada por el cardenal D. Francisco de Jimenez de Cisneros, en 1510. Todas las demas, como todos los colegios mayores han tenido un origen sacerdotal ó han debido al sacerdocio grandes mejoras. — N. del T.

toria eclesiástica, fué un excelente medio para conservar la policía de la Universidad y contener en los límites del deber á los escolares que vivían encerrados en ella: los religiosos fueron los primeros que fundaron aquellas casas para aposentar juntos á sus compañeros estudiantes y separarlos del comercio de los seglares. Así, además de los hermanos predicadores y de los hermanos menores, cuyas primeras casas en París son los colegios de toda la orden, se fundaron para los frailes los de los Bernardinos, de Cluny y de Marmoutier. El de la Sorbona fué uno de los primeros, y luego casi todos los obispos fundaron otros para los estudiantes pobres de sus diócesis. De este modo se descargaban hasta cierto punto de la obligación de instruir y de formar su clero, que es uno de sus principales deberes, atendido que no podían esperar darles en sus casas tan buenos maestros como en las escuelas públicas. Ahora bien, la disciplina de los colegios tendía no solo á la instrucción de los colegiales no porcionistas, á quienes se mantenía en ellos, mas también á regularizar sus costumbres y á formarlos para la vida clerical. Vivían en comunidad, celebraban el oficio divino, tenían sus horas para el estudio y el recreo, y los vigilaban muchos pedagogos ó regentes para dirigirlos y contenerlos en su deber: eran como otros tantos pequeños seminarios. En fin, aquella institución y todo lo restante de la policía de las universidades fué tan generalmente aprobado que todos los países del rito latino si-

guieron el ejemplo de la Francia y de la Italia, y desde el siglo XIII se vieron aparecer de día en día nuevas Universidades. »

En punto á colegios, hay reformadores ó meros principales que son iguales, y á veces superiores, á los fundadores propiamente tales: tal fué Standoncht, en el colegio de *Montagudo* de París, uno de los hombres mas grandes de su siglo, orador y escritor, hombre de estado y sacerdote: fué sucesivamente doctor en la Sorbona, profesor y principal de Montagudo, rector de la Universidad de París, y superior bajo todos conceptos á Gerson. Hasta se le puede considerar como el verdadero fundador de la compañía de Jesús, cuyos estatutos formó cerca de un siglo antes que Ignacio de Loyola. He aquí una página de su historia, sacada del *París antiguo y moderno*: « No menos estremado fué el amor que profesó Standoncht á los pobres, y en particular á los estudiantes desvalidos. El número de los que mantenía durante su vida en este colegio estaba limitado por lo comun á ochenta y cuatro, en honor de los doce apóstoles y de los setenta y dos discípulos de Jesucristo, de que se habla en los Hechos de los Apóstoles, y aun proporcionó suficientes rentas para poder hacer subsistir á aquellos pobres después de su muerte..... En 1501, les hizo estatutos, que fueron admitidos y confirmados por Jorge, cardenal de Amboise, legado en Francia del Papa Alejandro VI. No hay ninguna orden de la Iglesia ni mas severa ni mas rigorosa, así en cuanto á la

disciplina como en cuanto al sustento, y principalmente si se considera que se hicieron para estudiantes : por ellos se les prohíbe comer carne, como no sea en caso de enfermedad..... solo se les está permitido beber un poco de vino, y comer habas, guisantes, ciruelas, pasas, arroz y remolacha; á veces se les da á cada uno un huevo, un arenque ó un poco de bacallao.

« Mientras M. de Standoncht se ocupaba en redactar buenos reglamentos para el modo de vivir y la disciplina de los no porcionistas de este colegio, no trabajaba menos por su establecimiento y por dejarles con qué subsistir despues de su muerte; y, como era singularmente persuasivo, fácilmente obtuvo de Luis Malet, señor de Gravelle y de Marcousis, gobernador á la sazón de Picardia y de Normandia, caballero de San Miguel y almirante de Francia, cuyo director espiritual era, que hiciese á aquel colegio grandes limosnas. En efecto, á persuasión suya, aquel piadoso almirante hizo construir la grande ala donde están las dos capillas, y donó crecidas sumas de dinero para la dotación del colegio, el cual, en reconocimiento de tantos beneficios, hace decir cada semana dos misas por el descanso de su alma, y una todos los meses, por don Manuel, rey de Portugal, apellidado el principe muy afortunado.

« El cabildo de la Iglesia de Paris tenia antiguamente una autoridad suprema en este colegio, que le fué concedida por Luis de Montagudo, obispo de

Evreux; pero cedió voluntariamente este derecho, ó, á lo menos, su mayor parte, á M. Standoncht, á ruego del señor de Gravelle, principal bienhechor; y M. Standoncht traspasó en breve aquel mismo derecho al prior de la Cartuja de Paris, quien le ha disfrutado siempre desde entonces.

« El servicio divino se celebra en este colegio con una exactitud y una regularidad sin iguales. En la capilla baja se celebra con arreglo al oficio del breviario y misal de Paris, y en la otra, según el uso de Roma: todos los días se cantan maitines en ambas capillas, á las cuatro de la mañana en punto; antes se cantaban á las doce de la noche; la misa se dice también á las seis de la mañana; siempre se rezan dos salves despues de mediodia.....

« M. Standoncht murió lleno de años y de méritos, el 7 de febrero del año 1503. Y como toda su vida se habia complacido en ocultarse á sí mismo, por no mostrarse mas que á los ojos de Dios, quiso al morir dar el ejemplo de la mas perfecta humildad que se vió jamás, mandando por único testamento que le enterraran á la entrada del coro de la capilla baja del colegio, á fin que todos pisaran su sepulcro, con esta inscripción, que aun se lee en su losa: *Pauperis mementote Standonis.*

« El colegio, para honrar su memoria, amen del solemne aniversario que celebra por él todos los años, en el día correspondiente al de su fallecimiento, hace además pronunciar públicamente su

elogio, el día 15 de julio de cada año: pronuncia este discurso siempre en latin uno de los discretos, regentes ó maestros de la comunidad. Aquel día está consagrado en la Iglesia á la solemnidad de la division de los doce apóstoles para ir á predicar el Evangelio por el mundo; pero el colegio de Montagudo celebra esta fiesta con tanta pompa quanto es conforme al espíritu de su fundacion; porque, como ya hemos observado, su institucion es de ochenta y cuatro personas, entre las cuales debe haber doce maestros ó discretos, que representan los doce apóstoles, setenta y dos colegiales no porcionistas, que representan otros tantos discípulos de Jesucristo, y un principal, que representa al mismo Jesucristo. »

Las universidades, que suponen colegios y escuelas de todas clases, tienen tambien por fundadores eclesiásticos ó hijos primogénitos de la Iglesia. Roberto de Corceon, legado de la santa Sede, fué, en 1215, el redactor de los primeros estatutos de la universidad de Paris, madre de todas las de Francia: tiene por primera facultad la de teologia, y no era otra cosa mas que una sucursal de la Sorbona. — San Luis, Gregorio IX y Pedro de Foix, arzobispo de Arles y vice-legado de Aviñon, fueron los fundadores de la universidad de Tolosa; — Gaubert, arzobispo de Arles, el cardenal de Talleyrand, fundaron los colegios de Papillon, de Secondat, de l'Esquille, en Tolosa, de San Raimundo, en Narbona, de San Bernardo, en 1327, 1342, 1457, etc.

— La sabia universidad de Montpellier fué instituida, en 1289, por el Papa Nicolao; — la de Angers, en 1398, por el duque de Anjou; y su colegio de Beuil, en 1427, por Gregorio Langlois, obispo de Seez, que habia ya fundado el de Seez, en Paris; — el de Aix, en 1409, por el Papa Alejandro V; — el de Caen, en 1430, por los obispos de Bayeux, de Lisieux, de Coutances; — el de Tournon, en 1560, por el cardenal de este nombre; — el de Douai, en 1563, por Felipe II de España, á instancias de Pio IV; — el de Pont-à-Mousson, en 1573, por el cardenal Carlos de Lorena; — en el siglo XVII, el cardenal de Estrées fundó la academia de Soissons en 1674; y aun, en el siglo XVIII, Condorcet escribia lo siguiente en el *Elogio de Pascal*: — « La primera cátedra de fisica experimental establecida en Francia, se debió en gran parte á los desvelos del señor cardenal de Rochechouart, y solo el aprecio que hace de las ciencias naturales ha impedido que el estudio de la fisica sea abolido en el colegio de su ciudad episcopal. No hay mas que un solo colegio en Francia donde los jóvenes puedan recibir una educacion razonable, donde no aprendan mas que lo que conviene saber, y este colegio es obra del señor obispo de Rhodéz. No era necesario cansarse mucho para probar que los hombres mas grandes de este siglo son enemigos del cristianismo: esto puede ser un buen medio para perjudicarlos, pero ciertamente es una malisima prueba de la verdad de la religion. »

Las escuelas especiales, ó de lujo¹, tuvieron también por fundadores reyes y hombres esencialmente religiosos. El *colegio real de Francia*, único en su género, que sustituyó al de *Cambray* ó de los *Tres Obispos*, debió su incremento al cardenal de Richelieu, y tenía principalmente por objeto el estudio del *hebreo*, de las lenguas orientales y del derecho canónico.

Hasta en las escuelas de derecho y de medicina son sacerdotales la fundación y los progresos, y, para convencerse plenamente de ello, no hay más que leer el *Paris antiguo y moderno*, de Lemaire. En la iglesia misma de San Juan de Latran de Paris, era donde tenían sus asambleas los doctores regentes de la facultad de derecho; en las de San Yves, y luego de Santa Genoveva des-Ardents, los de la facultad de medicina, y en la de San Cosme estaba la escuela de los maestros cirujanos.

Todavía en el siglo XVII, Miguel de Masles, canónigo de Nuestra Señora de Paris, hacia, á sus espensas, grandes construcciones en las escuelas de medicina, en la puerta de las cuales se veían, no ha mucho tiempo, sus *armas* esculpidas.

Es también de notar que los primeros profesores

¹ La Opera misma, cuyo uso en realidad no es imposible, debe su nacimiento, en 1669, al abate Perrin, ex-introductor de embajadores de Gaston de Francia, quien escribió la primera pieza, bajo el título de *Pomona*, y á Lambert, organista de San-Honorato, que compuso la música. El abate Perrin cedió su privilegio á Lully, que abusó de él y se arrepintió en la hora de su muerte.

de aquellas escuelas fueron casi todos, sacerdotes ó abates, y que los mismos legos pronunciaban, el día de Navidad y el martes de la semana santa, arengas sacadas del capítulo de los cánones titulado: *Firmiter credimur de summâ trinitate et fide catholicâ*, y de la decretal de *Pœnitentiâ*.

Es más notable todavía que aquellas escuelas degeneradas y aquella *materia pensadora y reflexiva*, como la llamaba Royer-Collard, más espiritua lista que nunca, empezó y estaba todavía en el siglo XVIII bajo la invocación y el patrocinio de la santa Virgen¹.

El mismo origen religioso y episcopal se halla en las universidades de Inglaterra y de todos los países. — « Ya he hecho observar, dice el sabio Berington, que, á fines del siglo XIII, Oxford no tenía

¹ El primer artículo de los estatutos hechos, para la reforma de la universidad, en 1600, está concebido en estos términos: *Quia sine religionis orthodoxa cultu, nihil rectè ritèque geri posse certum est, virile collegium, statim et consuetis anni diebus, ad divi Joannis Lateranensis ædem, ut sacris intersit, conveniat: nempe quinque solemnibus festis virginis deiparæ, quam et patronam ac tutelarem ordo iste agnoscit; conveniat quoque in eandem ædem quatuor doctorum ecclesiis præscriptis feriis, quorum memoriam piè sanctèque colit ex recepto ac numquam intermisso scholæ usu; atque etiam die ipso divi Mathæi, ut rebus sacris operati doctores statim ad scholas superiores veniant decani et quæstoris instituyendi gratia, ibique eas sive ambitu et favore deligant, quos pro sua religione noverint scholæ dignitati profuturos.* En virtud del artículo 2, el decano y los profesores regentes « deben asistir todos los jueves del año á misa, en la iglesia de S. Juan-de-Latran. »
Quantum mutatus ab illo!...

mas que tres colegios, y Cambridge, uno solo; pero, en los ciento cincuenta años siguientes, recibieron grande incremento aquellos dos seminarios de ciencias. El colegio de Excester fué fundado, en 1315, por Stapleton, obispo; el de Oriel, en 1324, por Eduardo II y de Brom, su capellan limosnero; el de la Reina (que debe su nombre á Filipina, muger de Eduardo III), hácia los años de 1340. Hablemos ahora del *Colegio Nuevo*, brillante monumento de la munificencia de Guillermo de Wykeham.

« El colegio de Lincoln fué fundado en 1427, y el de Todas las Almas, en 1437: — debo observar que el fundador de este último, Enrique Chicheley, arzobispo de Cantorbery, habiendo recibido su educacion en los colegios de Wikeham, y probablemente bajo la inspeccion de este prelado, llegó á ser un ilustre imitador de su ejemplo. Enrique IV, rey de Inglaterra, le empleó en embajadas y negociaciones de grande importancia, y para recompensar sus servicios, le dió el obispado de San David. No menos le apreció y empleó Enrique V, y en 1414 fué colocado en la silla vacante de Cantorbery. En esta eminente dignidad de arzobispo, aunque la prerrogativa de Roma triunfase de toda oposicion, Chicheley se mostró celoso defensor de las leyes como de las libertades de su pais. Habiendo llegado á ser prodigiosamente rico en aquel elevado puesto, todavía imitó, como observa su historiador, las mas bellas acciones de su primer maestro. En Higham-Ferrers, lugar de su nacimiento, fundó y estableció

una iglesia colegiata, á la que agregó un hospital; y en 1437, luego que se hicieron suficientes compras de tierra, puso, con toda solemnidad, la primera piedra de su colegio, edificio que se llevó á cabo con una prontitud increíble, y con gastos que esceden mucho á lo que podria hacer la riqueza moderna. El código de los estatutos que hizo Chicheley para su sociedad fué compuesto evidentemente con arreglo á los del Colegio-Nuevo. Murió en 1443. »

« Otro generoso imitador de Wikeham fué Guillermo Waynfilet, obispo tambien de Winchester, y fundador del colegio de la Magdalena, en Oxford; pero, como esta fundacion no se hizo en el periodo á que me he limitado, bastaráme haber hecho conocer aquí un segundo ejemplo de la felicísima influencia originada del ejemplo de Wikeham. Waynfilet se habia criado en Winchester, y luego, segun la opinion general, en el Colegio Nuevo. »

Pero, á Italia, á Roma, es donde hay que ir para ver en su pais clásico las fundaciones, y, por consiguiente, los fundadores de colegios y de universidades. En la impotencia de recordarlos todos con el caracter religioso y pontifical por cimiento, citaremos solamente los principales *colegios romanos* por escelencia, siguiendo á un historiador nada sospechoso. Dice así el supuesto ateo Lalande: « LA SAPIENZA, célebre colegio, que llaman en Roma *Archiginnasio della Sapienza*, á causa de estas palabras que están grabadas sobre la puerta:

Initium sapientiae timor Domini, es un establecimiento de la misma especie que el del colegio real de Francia, donde profesores elegidos profesan las materias de erudición y de ciencias, á horas señaladas, para los estudiantes que ya han aprendido en los colegios ordinarios los elementos que en ellos se enseñan. — Inocencio IV, de la casa Fieschi, fué el primero que, en 1244, restableció en Roma el estudio de los derechos civil y canónico; Bonifaz VIII, en 1295, estableció escuelas públicas en el sitio de que hablamos; Clemente V, en 1310, fundó en él escuelas de hebreo, griego, árabe y siríaco; Eugenio IV, en 1432, donó á este colegio el impuesto sobre el vino, al cual se añadió mas adelante el del heno. Leon X, célebre protector de las artes, hizo empezar el edificio sobre los dibujos de Miguel Angel; Alejandro VII hizo construir la iglesia, fundó en él un jardín botánico, de que hablaremos mas adelante, y una biblioteca en que hay cincuenta mil volúmenes, y que es pública. En fin, el cardenal camarlengo Silvio Valenti Gonzaga, bajo el pontificado de Benedicto XIV, fundó las cátedras de química y de física experimental: esta la ocupa el P. Jacquier; allí están tambien los profesores de teología, de derecho, de medicina y de matemáticas, y la universidad de Roma, en la que se confiere el doctorado en las tres facultades. El extranjero que lo desea fácilmente puede conseguir el grado de doctor de la Sapienza: todo se reduce á pagar treinta y seis *scudi*, y á sufrir un examen de

media hora: en público se hacen la profesion de fe, el juramento y la accion de gracias.

« Las tesis se sostienen en Roma en las iglesias, sin que siquiera se cubra el altar: tal es la costumbre en Italia, costumbre que parece mas natural que la union de los católicos y de los hugonotes que muchas veces, en Alemania, celebran el servicio en la misma iglesia y en el mismo dia, unos despues de otros.

« Se cree que el colegio de los abogados consistoriales fué establecido en el mismo local en que se halla actualmente por San Gregorio el Grande, en 598, con el titulo de defensores públicos. Forman estos una corporacion muy distinguida en Roma, compuesta de doce personas que tienen el privilegio de entrar en todos los consistorios secretos y que toman en ellos la palabra: tienen á su cargo la administracion de la Sapienza, desde el tiempo de Sixto V, con el privilegio de conferir el doctorado en derecho, en nombre del cardenal camarlengo. Los profesores de teología y de medicina confieren el doctorado respectivamente en estas dos facultades.

« La Academia teológica, fundada por Clemente XI, se reúne en la Sapienza, y está destinada á ejercitar á los jóvenes eclesiásticos. Benedicto XIII le otorgó varios privilegios....

« El célebre *Colegio romano*, del que depende una magnífica iglesia, es un vasto edificio que hizo

construir Gregorio XIII sobre un bello dibujo de Ammanali: el P. Clavio estaba en el colegio romano donde trabajaba en la grande obra de la reforma del calendario, que Gregorio XIII tomó muy á pechos, y sobre el cual nos ha dejado un tomo en folio. El Papa, viendo que estaba aposentado miserablemente, se determinó á hacer construir para el colegio aquel soberbio edificio, que ahora está destinado á seminario para los jóvenes que se destinan al estado eclesiástico.

« Rodea el patio un pórtico de dos pisos, alrededor del cual están dispuestas las clases y las congregaciones. Enséñase en ellas la teología, el hebreo, el griego, las matemáticas y las humanidades; es el más numeroso de todos los colegios de Roma. La biblioteca es considerable: M. Coccino, oidor de la Rota, fué su primer fundador, y desde entonces no ha cesado de aumentar, de modo que ya cuenta setenta mil volúmenes.

Consérvase tambien en una galería de este colegio el gabinete ó museo de historia natural del célebre padre Kircher: á él se ha añadido el del marqués Capponi y una coleccion de piedras singulares dadas por el rey Augusto. Bonanni imprimió la descripción de este gabinete en 1709, y el P. Contucci, en 1765; el P. Ambroggi preparaba la continuación en 1765: existe además una descripción de las piezas de historia natural, por Batarra, en dos tomos en folio, 1773, 1775. Se ha dejado dispersar parte de las curiosidades de este gabinete, pero el

cardenal Zelada, que le dirige, procura, hace algunos años, aumentarle. »

Existe en Roma un colegio mas admirable todavía, y ciertamente *único* en el universo: tal es el colegio Urbano de la Propaganda. Para formarse idea de su importancia, basta leer la simple relación de una de sus últimas solemnidades, del 30 de noviembre de 1837. « Cinco discípulos han sido creados doctores en teología; estos han sido un irlandés, un alemán, un albanés, y otros dos jóvenes de Nueva Escocia y de Kentucky. Han ganado los premios de Sagrada Escritura, Esteban Marcarian, armenio, y Jorge Hamilton del Missouri; de teología dogmática, Nicolas Perpiñan, del colegio de los Griegos, y Esteban Marcarian: de teología moral, Nicolas Perpiñan; de historia eclesiástica, Jacobo Eberle, Suizo, é Ignacio Balse, de Filadelfia; de historia literaria eclesiástica, los mismos Eberle y Hamilton; de derecho canónico, el mismo Hamilton, que ha obtenido la medalla destinada á uno de los alumnos, é Hilarion Tucker, del Misuri; de hebreo, Ambrosio Manahan, de Nueva York, y Patricio Lynch, de Charleston. No hablamos de las otras facultades de lógica, de matemáticas, de lenguas siriaca, árabe, griega, armenia, de humanidades, etc. Hállanse en este colegio alumnos de todas naciones Maronitas, Sirios, Caldeos, Griegos-Melchitas, Armenios, Egipcios, jóvenes de Constantinopla, de Esmirna, de Santorin, de Tina; como tambien Albaneses, Dálmatas, Alemanes,

Polacos, Ingleses, Irlandeses, Escoceses, Holandeses, en fin, de todos los puntos de la América septentrional, y hasta de la California. Hay un Chino, Joaquin Kuo...

« Este magnífico establecimiento, digno de la capital del mundo, abastece de misioneros á todas las naciones; abraza el Oriente y el Occidente, el antiguo y el nuevo mundo, y el círculo de sus estudios es lo mas completo posible.

« Luego ha habido un ejercicio académico de los alumnos del mismo colegio con motivo de la fiesta de la Epifanía, en que se oyeron composiciones en 43 lenguas. Las cuatro partes del mundo han comparecido sucesivamente, alternando las lenguas vivas con las muertas. — Hasta hemos oido lenguas que ni aun de nombre conocíamos: tales fueron la lengua *tairhánica*, hablada por un caldeo, y la lengua *mandarea*, que habló un Maronita. Un diálogo en chino sucedió á una pieza en lengua de las islas Gambiero: el presbítero Caret, misionero de Picpo, que actualmente se halla en Roma, fué el primero que hizo oír á la Propaganda las lenguas de los pueblos donde ha evangelizado. Leyéronse composiciones en copto, en etiope, en lengua californiana, en celta, en armenio literario, en armenio vulgar, en georgiano, en válaco, etc. »

Tantos hechos, tantos beneficios dicen bastante; vamos ahora á hacer hablar, á hacer clamar en favor de todos los fundadores de órdenes religiosas y de las órdenes mismas, aun á los mas famosos ene-

migos de la *única* de estas órdenes que, de tres siglos á esta parte, se afanan por desacreditar!

Bayle: « Es seguro que á todo lo que se ha publicado contra los Jesuitas han dado con corta diferencia el mismo crédito todos sus enemigos, así católicos como protestantes: es cierto tambien que estas acusaciones se renuevan siempre que se presenta ocasion para ello en algun libro nuevo. Sin embargo, los que examinan con alguna equidad las innumerables apologías que han publicado los Jesuitas, hallan en ellas, en lo relativo á ciertos hechos, justificaciones suficientes para que un enemigo razonable abandone la acusacion. (*Dicc. Hist., Art. Loyola.*)

Montesquieu: « El Paraguai puede suministrar-nos otro ejemplo. Hásele querido imputar á crimen su conducta en él á la *sociedad*, que considera el placer de mandar como el único bien de la vida; pero siempre será cosa muy buena y muy honrosa gobernar á los hombres haciéndolos felices.

« Es glorioso para ella haber sido la primera que ha mostrado en aquellas regiones la idea de la religion unida á la de la humanidad. Reparando los desastres de los Españoles, empezó á sanar una de las mas grandes llagas que ha recibido jamás el linage humano.

« El esquisito sentimiento que tiene esta sociedad de todo lo que se llama *honor*, su celo por una religion que humilla mucho mas á los que la escuchan que á los que la predicán, le han hecho em-

prender grandes cosas y llevarlas á cabo. Ha sacado de los bosques pueblos nómades; les ha dado una subsistencia segura: los ha vestido: y aun cuando no hubiera conseguido con esto mas que aumentar la industria entre los hombres, siempre hubiera hecho mucho.» (*Espiritu de las leyes*, lib. IV, cap. 4.)

Voltaire. «Triunfaron en América, enseñando á salvages las artes necesarias: triunfaron en China enseñando las artes mas eminentes á un pueblo ingenioso. — Sin rebozo lo digo: no hay nada mas absurdo, mas inicuo, mas vergonzoso para la humanidad que acusar de relajacion en punto á moral á hombres que pasan en Europa la vida mas dura, y que van á buscar la muerte á los confines de Asia y América. Durante los siete años que he vivido en la casa de los Jesuitas ¿qué he visto? La vida mas laboriosa, mas frugal, mas regular; todas sus horas repartidas entre las horas que nos daban y los ejercicios de sus austeras profesiones, *testigos millares de hombres criados como yo*. — Los Jesuitas que tenian á su favor los papas y los reyes, estaban enteramente desacreditados en el ánimo de los pueblos. Renovábanse contra ellos las antiguas acusaciones del asesinato de Enrique el Grande, el suplicio del P. Guignard, etc., *tentábanse todos los medios posibles para hacerlos odiosos*. Pascal fué mas allá, — los hizo ridiculos: — sus *Cartas Provinciales* que se publican entonces eran un dechado de elocuencia y de sarcasmo. — Verdad es que *todo*

el libro se apoyaba en un cimiento falso, pues atribuia astutamente á toda la sociedad las estravagantes opiniones de algunos Jesuitas españoles y flamencos. Lo mismo hubieran podido desenterrarlas de los escritos de algunos casuistas dominicos ó franciscanos, *pero el rencor se dirigia solo contra los Jesuitas*. Procurábase, en aquellas cartas, probar que tenian formado un plan de corromper las costumbres de los hombres, plan que ninguna secta, ninguna sociedad ha formado ni podido formar jamás: *pero lo importante no era tener razon, sino divertir al público.*» (*Siglo de Luis XIV*, etc., etc.)

El mismo d'Alambert, el gran promotor, y probablemente el verdadero autor del *Pedimento fiscal*, (*Requisitoire*) de La Chalotais, reconoció mas de una vez el mérito de los Jesuitas y la pobreza de sus enemigos. En sus *Elogios* en particular se leen estos pasages: «El joven Crebillon hizo sus estudios con los Jesuitas, que han sido igualmente los maestros de muchos escritores de primer orden, Bossuet, el gran Corneille que siempre los quiso y Voltaire que los quiso mucho tiempo.» — «Houdart de la Motte hizo sus primeros estudios con los Jesuitas, hombres altamente beneméritos de la literatura por sus talentos y por sus obras: ¡feliz sociedad si hubiera sabido contentarse con esta gloria! La Motte conservó siempre con ella relaciones de gratitud ó de politica, porque entonces los Jesuitas eran temibles y el rayo, que por mucho tiempo han desafiado, dormia aun.... Fontenelle y La Motte,

que temian tanto comprometerse resistiendo á los Jesuitas, dieron á los literatos un ejemplo de *pusilanimidad* que no fué imitado por otros. Esta sociedad, siendo todavía poderosa y contando con mucho crédito, ha hallado en nuestros dias, en varios escritores célebres á quienes se atrevió á atacar, intrépidos y formidables adversarios. Pueden verse los pormenores de esta guerra en la obra titulada: *De la Destruccion de los Jesuitas en Francia*, por un autor desinteresado. No era sin embargo ni con mucho (y esta circunstancia es en cierto modo gloriosa, y en cierto modo poco honrosa para los literatos) su ejército igual en número al ejército enemigo. Aunque en apariencia no tenían por adversarios más que tres ó cuatro escritores jesuitas, la sociedad entera era la que los atacaba, por efecto de aquella íntima é inalterable union que *hacia á todos sus individuos concurrir á la defensa de la causa comun*: por el contrario, solo algunos escritores aislados, sin crédito y sin apoyo, rechazaban los tiros disparados contra los Jesuitas. Los otros literatos, ó espectadores indiferentes de aquella lucha, ó enemigos de aquellos á quienes atacaba la sociedad, ó indignamente vendidos al partido Jesuitico, porque le creían *el mas poderoso*, no tomaban parte alguna en la pelea, ó deseaban en secreto que sucumbiesen sus compañeros, ó se mezclaban con el enemigo para escaramuzar cobardemente contra ellos.»

Aun los mismos *Parlamentos*, que los juzgaron

severamente, y acabaron por condenarlos, lo hicieron inconsecuentemente, ó se arrepintieron de ello: testigos los *pedimentos* de Joly de Fleury, y la sentencia del 24 de marzo de 1713, el de Gilbert des Voisins, y la sentencia del 29 de agosto de 1726...

Y hasta *La Chalotais*, en su famoso *Pedimento*, cuyo resultado fué la proscripcion: « Declaro, ante todas cosas, que, lejos de acusar de fanatismo á la orden entera de los jesuitas, es decir, á todos los individuos, los disculpo á casi todos y con especialidad á los jesuitas franceses.

«Sería una injusticia hacer responsables de los vicios que se hallan en las leyes á los que no las han formado, á los que se han sometido á ellas sin conocerlas, y no deben conocerlas hasta que ya les es casi imposible sacudir su yugo.

« No quiera Dios que yo acuse á todos los miembros de una corporacion cristiana, y que hace profesion del cristianismo, de haber fraguado una conspiracion para destruirle y derribar la moral evangélica.

« La sociedad nació en un siglo en que desgarraban la Iglesia por dentro y por fuera enemigos poderosos é hijos rebeldes, que la admiraban por sus errores y por su saber; naciones enteras habian abandonado su gremio. La sociedad de los jesuitas, difundida por todas las naciones, contribuyó á afirmar la vacilante fe de algunas, á atraer á otras al seno de la Iglesia, y á disminuir los progresos de las sectas: sus predicadores y sus controversistas sos-

tuvieron con valor los esfuerzos de los hereges. La sencillez y la regularidad de las costumbres, la habilidad en el manejo de los negocios, el conocimiento de las ciencias y de las artes liberales, conciliaron el favor de los grandes y de los pueblos á los jesuitas, quienes llevaron sus misiones á América, á China, á Abisinia, al Japon, á las Indias. Hiciéronse útiles á los soberanos: fuéronlo sobre todo á los de España y Portugal, en remotos continentes, para la conservación y el engrandecimiento de sus conquistas: formando nuevos cristianos, adquirian nuevos vasallos á aquellos príncipes.

« Si el objeto era útil, si la Iglesia tenia necesidad de hombres sabios que oponer á sus enemigos, de misioneros para propagar la fe en lejanos climas, de personas instruidas ó que pudiesen fácilmente instruirse en los diferentes ramos de las ciencias útiles á la humanidad, en la astronomía, en la medicina y en las lenguas; de hombres prontos á echar á andar á la primera orden del soberano Pontífice, solo podian hallarse en una sociedad únicamente ocupada en el estudio, y cuyos miembros no estuviesen distraídos por un gran número de prácticas y de observancias monásticas, y unidos además á la santa Sede, para las misiones, por un voto especial de obediencia.

« El abate Fleury dice, en el prefacio de su Catecismo histórico, que, cualquiera que sea la ignorancia que existe entre los cristianos, no es comparable á la que reinaba, hace doscientos años, antes

de que san Ignacio y sus discípulos hubiesen restablecido la costumbre de catequizar á los niños.

« Puede, pues, decirse que el establecimiento de la sociedad de los jesuitas fué entonces útil á la Iglesia, que estaba muy en armonía con sus necesidades, y, sobre todo, con los intereses de la corte de Roma.»

Y ¿quien lo creeria?

La *Asamblea constituyente*: « Acababa el marqués de Foucault de presentar á su aprobacion un párrafo adicional dirigido á hacer extensivas á los jesuitas las ventajas concedidas á las otras congregaciones. M. de Montesquieu apoyó acaloradamente aquella proposicion, y terminó así su discurso: — Los jesuitas tienen derechos á vuestra justicia. No se la rehusareis á una congregacion célebre, en la que muchos de entre vosotros han hecho sus estudios, á esos desgraciados cuyas culpas han sido un problema, pero cuyas desgracias no lo son. — Muchos miembros de la izquierda pidieron que se dejase para otro dia la discusion del párrafo adicional, pero Barnave se opuso á ello, exclamando: — El primer acto de la libertad naciente debe ser reparar las injusticias del despotismo. Propongo una redaccion del párrafo adicional en favor de los jesuitas. — Esta redaccion fué adoptada, y se lee en el artículo 2 del decreto de 26 de febrero de 1790: « Será pagado á cada religioso, etc., etc..... Los jesuitas que no posean, sea en beneficios, sea en pensiones sobre el Estado, una suma igual á la señalada á los

religiosos de su clase, recibirán el complemento de la dicha suma. »

Mirabeau, en particular, en sus *Cédulas de prisión (Lettres de cachet)* : « Si alguno dudase, dice el respetable autor de la *Historia del comercio de las dos Indias*, de los felices efectos de la beneficencia y de la humanidad sobre los pueblos salvages, que compare los progresos que han hecho los jesuitas en muy poco tiempo en la América meridional con los que no han podido hacer en dos siglos las armas y las naves de España y de Portugal. Mientras que millares de soldados convertian dos grandes imperios cultos en desiertos de salvages errantes, unos cuantos misioneros convirtieron pequeñas naciones errantes en muchos grandes imperios cultos. »

Y, en nuestros días, *Lalande*, el menos sospechoso de todos (Estracto del folleto titulado el *Bien Informado*, del 14 lluvioso año 8) :

« *El ciudadano Lalande al Bien informado, sobre Sócrates y los jesuitas* :

« En el *Boletín de la Europa* del 20 nivoso, se me acusa de ser ateo, de ser tan feo como Sócrates, de comer arañas, de llamar á la duquesa de Gota mi íntima amiga, de decir que Newton sabia tal cual la geometría, de haber anunciado un cometa que no ha llegado, de haber hecho la corte al Papa, y de haber ayudado á misa á un jesuita. Todo eso no merece la pena de que responda á ello; pero el nombre de jesuita interesa mi corazón, mi inteligencia y mi gratitud. Mucho se ha hablado de su

restablecimiento en el Norte : esto no es mas que una quimera, pero ha despertado todo mi sentimiento por la ceguedad de los gobernantes en 1762. No : la especie humana ha perdido para siempre, y no recobrará jamás aquella preciosa y admirable reunion de veinte mil individuos ocupados, sin respiro y sin interés en la instruccion, en la predicacion, en las misiones, en las conciliaciones, en los socorros á los moribundos, es decir en las cosas mas caras y mas útiles á la humanidad. El retiro, la frugalidad, el renunciamiento á los placeres, hacian de aquella sociedad el mas admirable conjunto de sabiduría y de virtud. Yo los ví de cerca, y puedo decir que eran un pueblo de héroes para la religion y la humanidad. La religion les daba medios que no ofrece la filosofia.

« A los catorce años yo los admiraba y los amaba á tal punto que pedí mi admision, y todavia siento no haber persistido en aquella vocacion que me inspiraron la inocencia y la aficion al estudio. Entre las absurdas calumnias que exhaló contra ellos la rabia de los protestantes y de los jansenistas, me llamó la atencion La Chalotais, que llevó la ignorancia ó la obcecacion hasta el punto de decir en su *Pedimento* que los jesuitas no habian producido matemáticos. Estaba yo haciendo entonces la tabla de mi astronomia, y puse en ella un artículo sobre los jesuitas astrónomos : su número me pasmó. El 20 de octubre de 1773, tuve ocasion de ver á La Chalotais en Saintes, y el gusto de hacerle re-

conocer su injusticia, que le eché en cara. El 20 de julio de 1794, fué asesinado.

« Casi siempre los crímenes son castigados :

*Raro antecedentem scelestum
Deseruit pede pœna claudo.*

« Pero los jesuitas estaban perdidos hacia mucho tiempo.

« Dos ministros execrables en este punto, Carvalho y Choiseul, destruyeron sin remedio la mas bella obra de los hombres, obra á que ni aun se acercará jamás ningun establecimiento sublunar, y que es el eterno objeto de mi admiracion, de mi gratitud y de mis mas vehementes deseos. »

Los mismos extranjeros y los mas célebres protestantes, Bacon, Grocio, Leibnitz, Haller, Robertson y el gran Federico, se han mostrado amigos de los jesuitas.

Bacon (*De los progresos de las ciencias*, pág. 29 y 518) : « Cuando considero su destreza y su habilidad en formar á la juventud para las ciencias y á las buenas costumbres, recuerdo el dicho de Agesilao sobre Farnabaso : — *Siendo lo que sois, ¿ por qué no sois de los nuestros?* » — Y en otra ocasion : « Por lo que hace al artículo de la educacion, todo quedaria dicho en pocas palabras : ved las escuelas de los jesuitas : no hay nada mejor que lo que se hace en ellas. »

Grocio : « Los jesuitas gozan de grande autoridad

en el mundo á causa de la santidad de su vida, y porque instruyen á la juventud en las letras y en las ciencias gratuitamente (*Anales belgas*).

Leibnitz : « Estoy persuadido de que muy frecuentemente se calumnia á los jesuitas, y se les atribuyen opiniones que ni siquiera se les han pasado por la imaginacion. Asi lo ha hecho Tito Oates, quien ha propalado sobre ellos qué sé yo cuantas necedades, como, por ejemplo, que sus generales disponian soberanamente de todos los empleos civiles y militares en Inglaterra. Nada digo de las sandeces que contiene el libro titulado : *El emperador y el imperio vendidos*. Es tambien muy cierto que hay en su sociedad muchos individuos que son la gente mas honrada del mundo : tambien es verdad que hay algunos de un caracter inquieto y fogoso, que, á cualquiera costa, y aun por medios poco licitos, trabajan en el engrandecimiento de su orden; pero este mal es comun á todas las sociedades, y si se ha observado mas particularmente en la de los jesuitas, es porque esta es tambien mas observada que las demas. » — Decia al conde de Merode que « si los padres jesuitas no hubieran hecho mas que solo los *Acta Sanctorum* (de los Bolandistas), merecerian haber venido al mundo, y sér estimados y estimados. »

Haller (*Ensayos sobre varios puntos interesantes de politica y de moral*) : « Los enemigos de la sociedad de los jesuitas disfaman sus mejores instituciones : la acusan de una ambicion desmedida, por-

que trabaja por fundar una especie de imperio en países remotos. Pero ¿qué proyecto puede citarse mas noble, mas provechoso á la humanidad que el de reunir hombres dispersos en los profundos senos de los bosques de América, arrancarlos á su salvaje y miserable vida, poner limite á sus crueles y destructoras guerras, iluminar su mente con las verdades de la religion, y renovar para ellos los felices tiempos de la edad de oro? ¿No es esto ponerse enteramente en el lugar del legislador ocupado en labrar la felicidad de los hombres? La ambicion que tantos bienes produce no puede menos de ser una pasión laudable. Ninguna virtud llega jamás al grado de pureza que exigen los hombres; pero no hay virtud ninguna que puedan desfigurar las pasiones cuando estas contribuyen á estender la felicidad general.»

Robertson, pastor protestante, y protestante en su *Historia de América*: «Después de haber espuesto la peligrosa tendencia de las constituciones y de la indole de la orden de los jesuitas con la libertad que conviene á un historiador, el candor y la imparcialidad que impone este caracter me obligan á añadir una observacion en su favor, y es, que, en la Iglesia romana, ninguna clase del clero regular se ha distinguido por la pureza de sus costumbres mas que esta sociedad en general. Las máximas de su política mañosa, ambiciosa é interesada, podian, sin duda, influir sobre el ánimo de los que gobernaban la sociedad, y aun corromper el corazón y la con-

ducta de algunos individuos; pero la mayor parte de ellos, ocupados en el estudio de las letras, ó empleados en los deberes que impone la religion, no tenían mas norte que los ordinarios principios que apartan á los hombres del vicio, y los conducen á la honradez y á la virtud.

«Pero donde con mas esplendor y utilidad para el linage humano han ejercitado su talento los jesuitas es en el Nuevo Mundo. Los conquistadores de esta desventurada parte del globo no tuvieron otro objeto que el de despojar, oprimir y esterminar á sus habitantes: solo los jesuitas se establecieron en ella con miras de humanidad. Hacia principios del siglo pasado obtuvieron la entrada en la provincia del Paraguay, que cruza el continente meridional de la América, desde el fondo de las cordilleras del Potosí hasta los confines de los establecimientos españoles y portugueses, en las orillas del rio de la Plata. Hallaron á los habitantes de aquel país, en el estado, con corta diferencia, en que se hallan los hombres que empiezan á unirse en sociedad: no practicaban ninguna arte, buscaban una subsistencia precaria en el producto de su caza ó de su pesca, y escasamente conocian los primeros rudimentos de la subordinacion y de la policia. Los jesuitas se encargaron de instruir y de civilizar á aquellos salvajes: enseñáronles á cultivar la tierra, á criar animales domésticos, á edificar casas; los escitaron á reunirse en aldeas; los formaron á las artes y á las manufacturas, y los hicieron en

fin conocer las dulzuras de la sociedad y los beneficios que resultan de la seguridad y del buen orden : de esta suerte llegaron aquellos pueblos á ser vasallos de sus bienhechores, que los gobernaron con una dulzura paternal. Respetados, queridos, casi adorados, unos cuantos jesuitas presidian á millares de Indios.

« Mantenian una igualdad perfecta entre todos los miembros de aquella numerosa comunidad. Cada cual estaba obligado á trabajar, no ya para uno solo, sino para el público : el producto de sus campos y todos los frutos de su industria se depositaban en almacenes comunes, en donde á cada individuo se le distribuía lo que le hacia falta para cubrir sus necesidades : esta forma de institucion destruía radicalmente casi todas las pasiones que turban la paz de la sociedad. Un corto número de magistrados elegidos entre los mismos Indios velaba sobre la tranquilidad pública y aseguraba la obediencia á las leyes. Los castigos sanguinarios, tan frecuentes bajo los otros gobiernos, eran allí desconocidos : una reprimenda dirigida por un Jesuita, una ligera nota de infamia, ó en casos de infamia ó extraordinarios, algunos cuantos azotes bastaban para mantener el orden en aquel pueblo inocente y feliz. »

Federico el Grande. Sabido es que los llamaba los *Guardias de Corps* del Papa, y que les dió un asilo en su desgracia, en 1762. He aquí su opinion sobre ellos, cual la espresa Bourgoing, en sus *Memorias sobre Pio VI.*

« Los protegeré, decia el rey ya desde el año 1775 á uno de ellos que se hallaba en Breslau : ni el Papa ni nadie tienen derecho para prescribirme cosa alguna. He prometido á la corte imperial, en el último tratado, conservar al clero católico en el estado en que le he hallado : cumpliré mi palabra, y si cada cual da en hacer lo que le acomode, yo desterraré á toda la *clericalla* y solo os conservaré á vosotros. » Hacia la misma época escribia á d'A Lambert, despues de una enfermedad en que habia estado á pique de sucumbir : « A fuerza de años, he visto muchas cosas ; he visto á los soldados del papa usar mi uniforme, á los Jesuitas elegirme su general y á Voltaire escribir como una vieja.

« Tengo, decia, entre mis súbditos, un millon y medio de católicos y me importa que se crien cuerda y uniformemente en la religion de sus padres. Los Jesuitas han hecho sus pruebas : por lo que respecta á su talento para la educacion, solo viviendo en comunidad pueden llenar debidamente este cargo, y por lo tanto vivirán así con la sola condicion de someterse, en todo lo demas, á las leyes eclesiásticas que el Papa tenga á bien prescribirles. »

Pero he aquí otras palabras, mas notables y mas decisivas del mismo Federico, verdaderamente *grande* en esta ocasion : A la idea de la destruccion de los Jesuitas en Europa, esclamaba lleno de júbilo : « Se necesita un milagro para salvar la Iglesia ; ella es la que está herida de un ataque de apoplegia terrible..... » Y, en respuesta á las que-

jas que le dirigia Voltaire, se justificaba en estos términos: « He conservado esa orden en cuanto he podido, aunque herege y á mayor abundamiento, incrédulo. No se halla en este país ningun católico instruido, como no sea entre los Jesuitas: no teníamos á nadie capaz de dirigir las clases, no teníamos ni Padres del Oratorio, ni Piaristas: *era preciso, pues, ó conservar los Jesuitas, ó cerrar las escuelas.* Era preciso, pues, que subsistiese la orden para suministrar profesores á medida que fuesen faltando, y la fundacion podia sostener el gasto á sus expensas: NO HUBIERA SIDO SUFICIENTE PARA PAGAR PROFESORES LEGOS. Si se hubiese suprimido la orden, la universidad no subsistiria, y hubiera sido indispensable enviar á los Silesios á Bohemia, á estudiar su teología, etc. »

En fin, elevándose todavía á mas altura, medio á la manera de Voltaire, medio á la de Leibnitz, escribió al primero: « Ya hemos alcanzado una nueva victoria en España: los Jesuitas han sido expulsados de este reino: ademas, las cortes de Versalles, de Viena y de Madrid han pedido la supresion de un considerable número de conventos.... ¡CRUEL REVOLUCION! ¿á qué no debe esperarse el siglo que seguirá al nuestro? Ya está aplicada el hacha á la raíz del arbol.... Este edificio, zapado en sus cimientos, va á derruirse, y las naciones transcribirán en sus anales que VOLTAIRE FUE EL AUTOR DE ESTA REVOLUCION que se efectuó en el siglo décimo nono en el espíritu humano. »

§ VI.

EXAMEN DE LA GRANDEZA Y DE LA BENEFICENCIA HISTÓRICAS DE LOS MISIONEROS.

Puede decirse que los Misioneros son en cierto modo los mas grandes entre los grandes hombres, esto es, los mas animosos, los mas heróicos, los mas útiles, y á mayor abundamiento, los mas sabios y los mas ilustres. El cristianismo y la civilizacion universal, los gobiernos y los pueblos, los reyes y los súbditos se lo deben todo, así como ellos se lo deben todo al cristianismo, del cual son la personificada y viva aplicacion.... Ellos acompañaron, cuando no precedieron, á los conquistadores, á los viajeros, á los navegantes, á los naturalistas¹,

¹ Los menores méritos de los misioneros son los científicos. Sus viajes propiamente tales, las *descripciones*, las *historias*, las *Cartas edificantes* de los jesuitas y de los dominicos son los modelos del género. — Sus descubrimientos astronómicos en la corte de la China, convertida en su *Observatorio*, llamaban la atencion de Hevelius, de Cassini, de Halley; — el *Hortus mundi* del P. Barrelier merecia tener por editor el mas grande de los Jussieu; — sus *rudimentos*, sus *dicionarios*, sus traducciones orientales, prepararon todos los trabajos de los Guignes, de los Guillemos Jones, de los Sacy, anti-

jas que le dirigia Voltaire, se justificaba en estos términos: « He conservado esa orden en cuanto he podido, aunque herege y á mayor abundamiento, incrédulo. No se halla en este país ningun católico instruido, como no sea entre los Jesuitas: no teníamos á nadie capaz de dirigir las clases, no teníamos ni Padres del Oratorio, ni Piaristas: *era preciso, pues, ó conservar los Jesuitas, ó cerrar las escuelas.* Era preciso, pues, que subsistiese la orden para suministrar profesores á medida que fuesen faltando, y la fundacion podia sostener el gasto á sus expensas: NO HUBIERA SIDO SUFICIENTE PARA PAGAR PROFESORES LEGOS. Si se hubiese suprimido la orden, la universidad no subsistiria, y hubiera sido indispensable enviar á los Silesios á Bohemia, á estudiar su teología, etc. »

En fin, elevándose todavía á mas altura, medio á la manera de Voltaire, medio á la de Leibnitz, escribió al primero: « Ya hemos alcanzado una nueva victoria en España: los Jesuitas han sido expulsados de este reino: ademas, las cortes de Versalles, de Viena y de Madrid han pedido la supresion de un considerable número de conventos.... ¡CRUEL REVOLUCION! ¿á qué no debe esperarse el siglo que seguirá al nuestro? Ya está aplicada el hacha á la raíz del arbol.... Este edificio, zapado en sus cimientos, va á derruirse, y las naciones transcribirán en sus anales que VOLTAIRE FUE EL AUTOR DE ESTA REVOLUCION que se efectuó en el siglo décimo nono en el espíritu humano. »

§ VI.

EXAMEN DE LA GRANDEZA Y DE LA BENEFICENCIA HISTÓRICAS DE LOS MISIONEROS.

Puede decirse que los Misioneros son en cierto modo los mas grandes entre los grandes hombres, esto es, los mas animosos, los mas heróicos, los mas útiles, y á mayor abundamiento, los mas sabios y los mas ilustres. El cristianismo y la civilizacion universal, los gobiernos y los pueblos, los reyes y los súbditos se lo deben todo, así como ellos se lo deben todo al cristianismo, del cual son la personificada y viva aplicacion.... Ellos acompañaron, cuando no precedieron, á los conquistadores, á los viajeros, á los navegantes, á los naturalistas¹,

¹ Los menores méritos de los misioneros son los científicos. Sus viajes propiamente tales, las *descripciones*, las *historias*, las *Cartas edificantes* de los jesuitas y de los dominicos son los modelos del género. — Sus descubrimientos astronómicos en la corte de la China, convertida en su *Observatorio*, llamaban la atencion de Hevelius, de Cassini, de Halley; — el *Hortus mundi* del P. Barrelier merecia tener por editor el mas grande de los Jussieu; — sus *rudimentos*, sus *dicionarios*, sus traducciones orientales, prepararon todos los trabajos de los Guignes, de los Guillemos Jones, de los Sacy, anti-

á los descubridores de los *mundos nuevos*. Puede asegurarse tambien que nunca fueron cómplices de la ambicion, de la codicia, de la inhumanidad de muchos de ellos y que antes por el contrario previnieron ó repararon los desastres que aquellos causaron. En igualdad de circunstancias, los *Misioneros* son superiores á los *Oradores*, porque *hacen* aun mas que *hablan*. ¡Admirable favor de la Providencia! Ninguno de ellos ha perecido en las olas, desde cerca de ciento cincuenta años á esta parte.

Así que aun los mismos filósofos, Montesquieu, Voltaire, Rousseau, y últimamente Buffon, no se cansan de ensalzar á los Misioneros modernos, en vista de sus beneficios: « Las Misiones, dice Buffon, han sometido mas hombres en las naciones bárbaras que los ejércitos victoriosos de los príncipes que las han subyugado: por ellas fué conquistado el Paraguay. La mansedumbre, el buen ejemplo, la caridad y el ejercicio de la virtud, constantemente practicada por los Misioneros, hablaban al alma de aquellos salvages, y vencieron su desconfianza y su ferocidad, en términos de que muchas veces iban espontáneamente á pedir que los instru-

guos y modernos; — Mentelle admiraba la geografía del P. Feuillée; — los cuadros de Attiret de Dole, simple converso jesuita, le granjearon la honra de que le ofreciese el emperador de la China el cargo de mandarin; — una multitud de remedios admirables, de plantas ó de animales usuales, la *quina*, la *patata*, el *pavo*, etc., fueron los beneficios pasajeros y como los pasatiempos de las misiones evangélicas.

yesen en la ley que hacia á los hombres tan perfectos, y sometiéndose á aquella ley, se reunian en sociedad. *Nada hace mas honor á la religion que el haber civilizado á las naciones y echado los cimientos de un imperio sin mas armas que las de la virtud.* »

Ahora bien, la sociedad universal debe á los soberanos pontífices, primeramente y aun exclusivamente esta inmensa y magnífica institucion: hasta puede decirse que las Misiones se confunden, en los tiempos primitivos, con el apostolado. El mas ilustre de todos los Misioneros, y aquel cuya memoria es mas cara á la Francia, San Dionisio, primer obispo de Paris, primer *Romano* de caracter, era tambien *Romano* de nacimiento. — San Ireneo, primer martir de las Galias, compuso la primera defensa de la Iglesia romana contra los primeros hereges.

En el siglo IV, es decir en la época del reconocimiento político del cristianismo por los emperadores romanos, se ve á las Misiones salir de la condicion privada y aun perseguida, para entrar en el orden público, de tolerancia ó de favor. Los Papas, haciendo las veces del mismo Dios, dijeron á sus discipulos lo que Jesucristo habia dicho á los suyos: « *Id, instruid á las naciones.* » — Un San Frumencio, de Tiro, va á Etiopia, donde su apostolado halla menos obstáculos, y hace en un momento mas maravillas que las que habia hecho en los paises mas civilizados. — Un San Gregorio, de la estirpe real

de los Arsacidas, primer apóstol y patriarca de Armenia, á cuyo rey Tiridates convirtió, igualmente que á su hijo, á quien él mismo consagró obispo: — Un Nicetas, apóstol de la Valaquia, etc.; — un San Hilarion, de Siria, cuya vida escribió San Antonio el Grande, primer apóstol de los Arabes y de los Sarracenos; — un San Avito, descendiente de los emperadores, coronado por un momento él también, amigo de Clovis, vencedor de Atila, suegro ó cuñado de San Sidonio Apolinar, apellidado el *Apostol de la Borgoña*, fueron los primeros Misioneros; — San Severino, poco tiempo despues, edifica aquella region llamada entonces Nórica, que arruinaron Juan Hus y Gerónimo de Praga, siete ú ocho siglos despues. — Por los mismos tiempos, San German y San Lobo, obispos de Auxerre y de Troyes, San Paladis y San Patricio, en Irlanda y en Escocia, San Columbano, entre los Pictos, abrieron, en Inglaterra, el camino á aquel San Agustin á quien pudiéramos llamar el *San Agustin del Norte*, para diferenciarle del del mediodia: — á aquel San Benito Bishop (obispo), apellidado el *Orfeo* y el *Hermes de Inglaterra*, y á aquel San Wilfrido, su compañero, que cimentaron la fe y la civilizacion en un pais donde ni siquiera era conocido el alfabeto, y donde los padres vendian á sus hijos como esclavos.

Algunos Irlandeses, San Kilian en Franconia, San Amando entre los Flamencos, los Carintios, los Esclavones, etc., hacian, en el siglo VII, oír la palabra y conocer la caridad cristianas. San Wille-

brod y San Swidberto, San Ludger y San Willehad, en el siglo siguiente, salian igualmente de Inglaterra, de cuyo seno rebotaban entonces la vida y la fe¹, para ir á difundirlas por Frisia y Sajonia.

El último y el mas grande de todos, San Bonifaz, fecundizaba todos aquellos sitios con su palabra y aun con su sangre, y merecia recoger, casi él solo, toda la gloria de aquellas admirables con-

¹ La Alemania de nuestros dias hace esta justicia á sus apóstoles de las islas británicas: «De Inglaterra, de Escocia y de Irlanda, dice el habil historiador M. de Kohlrausch, fué de donde vinieron los apóstoles que echaron en medio de la Alemania la dulce semilla de Cristo. Kilian, Emmeran, Ruperto, Willibrod fueron los fervientes cristianos que se hicieron los apóstoles de la Alemania en los siglos VII y VIII, y en fin el Inglés Wenfriend que mas adelante recibió el hermoso nombre de Bonifaz (bienhechor). Trabajó este apóstol por el cristianismo con un valor incontrastable, desde el año 718 hasta el año 755, y llevó sus instrucciones á Franconia, á Turinga, y, en las orillas del Rin, á los paises de los Sajones y de los Frisones, planteando en todas partes las prácticas religiosas y civilizadoras del cristianismo, y fundando, en los pueblos, parroquias que fueron la base de grandes ciudades. Para consolidar la nueva creencia que habia sembrado, establecia algunos obispados, ó reorganizaba los antiguamente establecidos. Él fué también quien fundó la célebre abadía de Fulde, y en Ohrdruf un seminario, cuyos jóvenes alumnos estaban destinados á propagar con el cristianismo el arte de la agricultura. Los seminarios, las iglesias y los conventos que Bonifaz y los otros apóstoles fundaron en Alemania, no solamente fueron la antorcha que derramó sobre aquel pais la luz de la religion y de la civilizacion, mas la mayor parte de aquellos establecimientos llegaron á ser también el principio de las ciudades ó de las aldeas que se fueron formando poco á poco en derredor de ellos. No fueron solos los siervos de aquellas casas religiosas los que se construyeron habitaciones en sus contornos; otros muchos fueron también á buscar proteccion al abrigo de sus tapias.»

quistas, y ser apellidado el *Apostol de la Alemania*.

La fe, las buenas costumbres, las admirables leyes de los Apóstoles de la Inglaterra, fueron las que hicieron de aquel país, por espacio de cerca de trescientos años, la antorcha y la gloria del Occidente todavía sumido en la barbarie. Allí era donde se veía hasta treinta reyes ó reinas bajar del trono á los claustros, es decir, á las sepulturas; allí adonde iba la Francia á buscar sus sabios y la civilización. Vino Enrique VIII, y ¡adios la Inglaterra antigua... y aun la moderna!

Un siglo despues (porque la Fe no sufre intermision) San Sifredo lleva la palabra y la cruz á Suecia: — Anchario de Hamburgo, á los Vándalos y á los Esclavones; — Remberto de Bresma, los hermanos Cirilo y Metodio, á los Búlgaros, á los Chazares, á los Moravitas, á los Bohemios y á la gran familia de los Esclavones. — En el siglo XI, un nuevo inglés, Eskil, se hace, en nombre de Dios, el apostol de la Sudermania; y otro San Bonifaz, noble sajón, religioso camaldulense y arzobispo, suscitado sin duda por el gran Bonifaz, su patrón, es, como él, el apostol y el primer martir de la Rusia. — En el siglo XII, Oton de Suevia, obispo de Bamberg, es el apostol de la Pomerania. — En el siglo XIII, San Jacinto de Silesia continúa en Noruega, en Rusia y hasta en Tartaria, lo que habia comenzado San Bonifaz. Este tenia ademas que lidiar contra dos plagas á la vez, el paganismo

y el cisma de los Griegos, y poco faltó para que las venciese á ambas.

Los Franciscanos parecen otros tantos Misioneros en el siglo XV, y los Jesuitas en el XVI, siguiendo á su San Francisco Javier, apellidado el *Apostol de las Indias* y el *San Pablo de los confines del mundo*, al cual no hay nadie que sea comparable¹. Así como antiguamente parecia estrecha la

¹ ¿Quién podrá leer sin admiracion estas simples cartas de san Francisco Javier, inmortales y fecundizadoras como él?

« El día de S. Miguel fuimos á ver al rey de Cancojima que, habiéndonos recibido muy honoríficamente, nos recomendó que custodiásemos con gran desvelo los libros que llevábamos sobre la ley cristiana, prometiéndonos que si la reconocia por verdadera y buena, se compondria de suerte que tuviese que rabiar el diablo: pocos días despues permitió á todos sus vasallos que abrazasen la religion cristiana. He dejado estas gratas nuevas para el fin de mi carta para que os alegreis mas y deis gracias á Dios. Creo que emplearé este invierno en esplicar largamente en lengua japona los puntos del símbolo para hacerlos luego imprimir, para que por medio de las letras (de que tienen conocimiento la mayor parte de los Japoneses) pueda difundirse la religion cristiana á diferentes lugares.

« Nuestro amado Pablo traducirá fielmente á la lengua patria todo lo necesario para el bien de las almas. Vosotros, pues que se abre tan ancho campo para vuestra virtud, es menester que deis á Dios y á los ángeles claros testimonios de vuestro piadoso celo. Así lo hareis mostrando en vuestra vida y en vuestras obras una profunda sumision de espíritu y abandonando el cuidado de vuestra fama á Dios, que no dejará de daros aprecio y consideracion entre los hombres, si lo conceptua conveniente; y si no lo hace, será sin duda por vuestro bien, preveyendo acaso que podriais envaneceiros....

« Hay otra isla, llamada Ceilan, distante del continente de la India unas cuarenta leguas, adonde fui últimamente con el hermano

tierra para la ambicion de Alejandro, asi lo era verdaderamente para la caridad de aquellos misioneros.

Fr. Mansilla; allí era donde el príncipe, hijo y legítimo heredero del rey, había resuelto hacerse cristiano, pero habiéndolo sabido el rey su padre, le mandó al punto quitar la vida. Los que presenciaron aquel homicidio cuentan que vieron aparecerse en el cielo una cruz de fuego, y que entreabriéndose la tierra en el sitio mismo en que ejecutaron la sentencia de muerte contra el príncipe, vieron en él también la figura de una cruz. Muchos naturales de la isla que han visto estos prodigios quieren hacerse cristianos, y todo esto ha producido tanta impresion en el ánimo de un hermano del príncipe, que ha pedido á un sacerdote que le administre el bautismo, y se ha refugiado junto al virrey para pedirle auxilio contra su padre, asesino de su hermano primogénito: Habiéndole encontrado en el camino hablé con él un buen rato, y la conversacion que tuvimos me ha hecho concebir grandes esperanzas de ver á este reino abrazar la fe de Jesucristo, porque todos estos prodigios han admirado mucho al pueblo, y el príncipe que se ha hecho cristiano es el heredero mas inmediato de la corona.

« Tres señores de cuenta, y otros muchos del reino de Macassar, que dista sobre quinientas leguas del de Travancor, han abrazado hace ocho meses la religion cristiana. Han enviado diputados á Malaca, que es una ciudad sujeta al Portugal, en busca de hombres capaces de instruirlos en la fe, y han asegurado que habiendo vivido hasta ahora como bestias, deseaban vivir en lo sucesivo como hombres, despues de haber adquirido el conocimiento y aprendido el culto del verdadero Dios. El gobernador de la ciudad les ha enviado sacerdotes capaces de instruirlos.

« De todo esto podeis inferir, hermanos carisimos, qué frutos promete y en cuanta abundancia este campo inculto. Yo por mi parte, viendo la disposicion del pais y, por decirlo así, la madurez de la mies, espero hacer este año yo solo hasta cien mil cristianos: rogad, pues, al Señor de los frutos que envíe trabajadores á su viña. Si algunos, bastante celosos de la gloria de Dios y de la propagacion de la fé vienen á este pais, donde los campos estan ya del todo amarillos y la mies pronta para la siega, los Portugueses los reci-

ros, que solo se detuvieron donde les faltó ante los pies, ó donde los detuvo á ellos el martirio, es decir, el mismo Dios.

Entre tanto el P. Paez, de la misma compañía, llevaba el cristianismo á la Abisinia, donde en nuestros días ha hallado sus libros y sus monumentos el animoso y fiel d'Abbadie.

Las cruzadas dieron las primeras ideas, inspiraron el celo y proporcionaron los medios de las Misiones extranjeras¹. El descubrimiento del Nuevo Mundo

birán con toda especie de agasajos, dándoles cuanto puedan necesitar, porque la nacion portuguesa desea con tanto ahinco la propagacion de la fe cristiana, que aun cuando no mediase mas que este solo motivo, ciertamente que un deseo tan santo y el particular apego que tiene aquella á nuestra compañía, deberian atraer aquí á muchos de vosotros. Plegue á Dios haceros con su gracia conocer su santa voluntad y lo que debeis hacer, ahora que veis tantas almas tan bien dispuestas á recibir las semillas del Evangelio, y daros fuerzas y valor para cumplir aquella y vuestro deber. Ruego con toda humildad á la divina Providencia que inspire á muchos la idea de venir *....»

« Las cruzadas mismas fueron el resultado de otra especie de misiones, sublimes en otro concepto, que M. Michelet acaba de recordar con su habitual elocuencia: « Pedro el Ermitaño, S. Bernardo, dos nombres de una celebridad universal, y en el siglo XIII, Bertoldo, cuya gloria es menos brillante porque su vida corresponde á una época menos notable de la historia, al paso que las

¹ Los dos primeros párrafos de esta nota están sacados de la Epistola 5, libro III, del Santo á los Jesuitas de Goa, fecha en Canojima, á 5 de noviembre de 1549, y los siguientes de la Epistola 8, libro I, dirigida á los Jesuitas de Roma. No habiendo podido proporcionarme el texto original, me he guiado por la version latina del jesuita Horacio Tursellino (Maguncia, 1596), que pasa por muy buena. — N. del T.

dió la señal de otras *cruzadas* mas magnificas y, en todo caso, mas felices. En el mundo de Colon y de Amé-

de sus dos ilustres antecesores dominaba la epopeya de las cruzadas, estos son los tres grandes maestros de la elocuencia del misionero.

« Sabido es que Pedro el Ermitaño, de vuelta de una peregrinacion á Jerusalem, imprimió al mundo aquel movimiento que desplomó la Europa sobre el Asia. Diez siglos habian trascurrido desde la venida de Jesucristo, y la opinion general de que ya estaba cercano el fin de los tiempos, contribuía á disponer los ánimos á ceder al impulso de una voz entusiasta. « La gente del pueblo, dice un autor de aquella época, se apasionó de un tal Pedro el Ermitaño y le obedeció como á su Señor. He descubierto que aquel hombre, oriundo, si no me engaño, de la ciudad de Amiens, habia pasado una vida solitaria, bajo el hábito monacal, en no sé qué parte de la Galia superior: cuando salió de su retiro, todos le vimos recorriendo las ciudades y las aldeas y predicando en todas partes. El pueblo le seguía en tropel, le colmaba de presentes, y celebraba su santidad con tales encomios que no me acuerdo de que se le hayan tributado jamás á personage ninguno tamañas honras. Mostrábase sumamente generoso en la distribucion de todas las cosas que le daban: avenía á los mal casados y restablecía la buena inteligencia y la paz entre los que estaban desunidos, con maravillosa autoridad. En cuanto hacia y hablaba, parecía que habia en él algo de divino, de modo que el entusiasmo llegó á punto de que algunos arrancaban hasta las cerdas de su mula para guardarlas como reliquias, cosa que menciono, no como laudable, sino para el vulgo que gusta de las cosas estranias y dinarias. No llevaba mas que una túnica de lana y por encima una capa de buriel que le bajaba hasta los talones; llevaba los brazos desnudos, iba descalzo y su abstinencia de comer y beber era casi perpetua.

« La historia ha conservado la memoria de los resultados de aquella predicacion. Los ricos estaban impacientes por abandonar sus castillos, los padres sus hijos, los maridos sus mugeres; parecia que la humanidad se desprendía por sí sola, atraída á Asia por

rico Vespucio se ve, á los acentos de los modernos *Orfeos*, convertirse las piedras en paredes, las paredes

aquel gran iman de la cruz « Habia, » dice el autor contemporáneo ya citado, « habia hombres que al principio no tenían gana « ninguna de partir, que se burlaban de los que se deshacían de « sus haciendas, les vaticinaban un triste viage y un regreso mas « triste todavía, y que al día siguiente, por efecto de un impulso « repentino, daban todos sus haberes por un poco de dinero, y se « ponían en camino con los mismos de quienes se habían mofado. « ¿Quién podría enumerar los niños, las mugeres ancianas que se « preparaban á la guerra? ¿Quién podría contar las vírgenes, los « ancianos agoviados bajo el peso de los años? Los pobres herraban sus bueyes como caballos y llevaban en carretas sus escasas « provisiones y sus hijos, y estos inocentes, á cada ciudad, ó fortaleza que veían, preguntaban en su candorosa sencillez: « *¿Es esta « la Jerusalem adonde vamos?...* »

« El auditorio que necesita S. Bernardo, es un pueblo entero: la sala donde gusta de hacerse oír tiene por techo el cielo. La vista de aquella naturaleza, obra de las manos de Dios, le exalta y le inspira.

« Creed mi esperiencia, » escribía á un amigo, « mas motivos « de reflexiones hallareis en las selvas que en los libros: los árboles, las rocas os enseñarán lo que no os enseñaría ningun maestro. « ¿No lo sabeis? Las montañas destilan la dulzura, las colinas maman la leche y la miel, y los valles prodigan el trigo. » Magnífico de ver debia estar por cierto cuando se presentaba al pueblo, mas semejante á un espíritu que á un hombre, flaco y debil, consumido por el amor de Dios, con su rostro pálido que matizaba la fiebre de una ligera púrpura hácia la proeminencia de las mejillas, saliendo de la pobre choza hecha de hojosas ramas donde meditaba sobre el cantar de los cantares, en los santos éxtasis de la oracion, gran santo de quien el respeto universal habia hecho un gran político, hombre humilde y poderoso que, desde el fondo de una celda de cuatro pies cuadrados, gobernaba la Europa, hombre de palabra que llegó á ser un hombre de consejo, hombre de oracion á quien sus virtudes convirtieron en hombre de estado que dominaba á los

en monumentos, los salvages en hombres, los hombres en fieles, los fieles en comuniones, en comunida-

gobiernos con la autoridad de su caracter y levantaba á los pueblos con la señal de la cruz.

« Lo que habia sido S. Bernardo en el siglo XII, Bertoldo lo fué en el XIII. Era hermano menor de la casa de Ratisbona, y los anales contemporáneos han conservado la memoria del extraordinario influjo que ejercia su palabra. Recorrió, anunciando las verdades del Evangelio, el Austria y la Moravia, la Turinga y la Bohemia, y las poblaciones se reunian en innumerables muchedumbres en los campos ó en los bosques para escuchar al elocuente misionero: mucho tiempo despues de su muerte enseñaban todavía, cerca de Glatz, en Silesia, el tilo bajo cuya copa erigian un púlpito en el que predicaba Bertoldo: el pueblo habia dado á aquel arbol el nombre del gran orador. Su elocuencia era sencilla, como emanada del corazón, franca y natural sin estudiados ornatos: sus imágenes producian tanto mas efecto cuanto estaban sacadas de la vida de los mismos que le escuchaban. El idioma en que se espresaba era la antigua lengua alemana, el dialecto de los Minnessinger, dialecto lleno de fuego y de poesía que prestaba su pureza y sus vivos colores á aquella elocuencia popular... »

« ¿De qué vale, » exclamaba en su franco lenguaje, « de qué vale ir al otro lado de los mares, si poseéis injustamente? El papa, direis, me ha dado la cruz, y voy á Palestina por las almas cuyo bien me está confiado. Voy en buen hora con esa cruz; pero aun cuando tuvierais aquellas sobre que murieron S. Pedro y S. Andrés; aun cuando hubierais vencido y aniquilado á todos los infieles y reconquistado la Tierra-Santa; aun cuando tuvierais, despues de vuestra muerte, la dicha de entrar en la sepultura de Cristo, con todas vuestras cruces y con la del mismo Redentor sobre el pecho; aun cuando tuvierais á Jesucristo á vuestra cabeza, á la santa Virgen á vuestros pies, á todos los ángeles á vuestra derecha y á todos los santos á vuestra izquierda, ¿le impediria eso al demonio venir, en vuestra hora postrera, á arrancaros el alma del cuerpo y á arrastrarla al fondo de los infernos, para castigarla por las injusticias que habeis cometido? »

des cristianas. Los protestantes, los Ingleses mismos, han celebrado y admirado, como Montesquieu, la sublime república del Paraguay, obra de los jesuitas¹.

Entre tanto un jesuita de España, único en su género, como san Francisco Javier en el suyo, el P. Claver, cuya *Historia* es un dechado de interés, fundaba en el pais de Cartagena, en América, una emancipacion de negros, ¿ á qué hemos sustituido su infame tráfico!...

Otro jesuita de Roma, el P. de Nobilis, celebrado por Voltaire, convertia hasta los bramines de Oriente.

Los inauditos triunfos y la gloria de la orden, allende los mares, provocaron, como sucede siempre, entusiasmos, sacrificios y establecimientos nuevos.

« Me atrevo á vaticinar, » dice el inglés Warburton, « que nunca resultará de las misiones un bien duradero á menos de que se reuna el proyecto de civilizar á los hombres con el de salvar sus almas. Los jesuitas son los únicos que lo han ensayado en el Paraguay, y el éxito ha coronado sus esfuerzos. Este método ha sido constantemente el de todos los legisladores antiguos. Aquellos sabios estaban convencidos de que la religion y la policia civil son inseparables, razon por la cual siempre las han enseñado y establecido á un mismo tiempo. La esperiencia de todos los siglos justifica su conducta, y el principio que les servia de base debe darnos la mas alta idea de la divina providencia que tan estrechamente ha unido nuestro bien presente á nuestro mayor bien futuro. En una palabra, y tal es la conclusion de toda esta obra, todo el que quiera asegurar el gobierno civil, debe sostenerle con la religion, y todo el que quiera estender la religion, debe emplear el auxilio del gobierno civil. »

De aquí, la sociedad que se formó en 1641, en París, bajo los auspicios de san Vicente de Paul y de Ollier, de San Sulpicio: las célebres *Misiones extranjeras* de la calle del Bac. Esta casa, de la que eran individuos¹ los mas ilustres legos y aun algu-

¹M. Bernardo de Santa-Teresa, obispo de Babilonia, es el autor de este establecimiento, cuyo principal objeto es la instruccion de los jóvenes eclesiásticos y legos que tienen vocacion para trabajar, en las misiones, en la conversion de los infieles y principalmente de los de Persia. Dicho obispo dió para este objeto á M. de Barillon, señor de Morangis, y á M. de Garibal, presidente del gran consejo, todas las casas y plazas que le pertenecian en las calles del Bac y de la Frenaye. Encomendaron aquellos señores á dos sacerdotes llamados Armando Poitevin y Miguel Garil, que trabajaban hacia mucho tiempo en las misiones extranjeras, la ejecucion de aquel proyecto. Aquellos dos misioneros obtuvieron del rey, en julio de 1665, una real cédula que fué comunicada al parlamento en 10 de octubre, y á consecuencia del permiso del abad de S. German, fechado en el mismo día, D. Ignacio Philibert, prior de la abadía, los introdujo en el seminario con sus asociados, el 27 del mismo mes. La capilla, que consistia en una gran sala, fué bendecida bajo la advocacion de la sacra familia, y sirvió hasta 1685, en que los directores de aquel seminario hicieron construir la iglesia que subsiste y cuya primera piedra puso el señor arzobispo en nombre de Luis XIV. » (*Historia de San Sulpicio.*)

Luis XIV dice en la real cédula que otorgó á las misiones:

« Desde que le plugo á la divina bondad darnos la paz tan necesaria al culto de la religion y á la tranquilidad pública, nuestras principales miras se han encaminado, por la gratitud que debemos á los desvelos de la Providencia sobre nuestra persona y nuestra real casa, á reprimir, en cuanto nos ha sido posible, los progresos de la herejia que, con harto dolor nuestro, las miserias de los tiempos han hecho tolerar en este reino; impedir la propagacion de los nacientes errores y nueva secta del jansenismo, y estender la religion católica mas allá de sus límites ordinarios, para llevar su luz hasta los confines del mundo. Para esto hemos resuelto, de acuerdo

nos principes, empezó por las misiones del Canadá, que hicieron de todo aquel pais una especie de primer Paraguay.

Entonces fué cuando un simple eclesiástico de Lisieux (¡admiremos la Providencia!), biznieto de un Indio traído á Europa por el viagero Gonneville, concibió la admirable *Propagacion de la Fe*, cuyos prodigios acaban de renovarse en el siglo XIX. Su obra tiene por título: *Memoria relativa al establecimiento de una mision cristiana en el tercer mundo, llamado la Tierra Austral, Meridional, Antártica y Desconocida, dedicada á Alejandro VII, por un eclesiástico oriundo de aquel pais*; 1663, en 8º.

Aquel eclesiástico, digno de gratitud y de celebridad, era el presbítero Paulmier.

Empieza por dar un extracto del *Viaje del capitán Gonneville*, é investiga donde pueden estar las tierras descubiertas por él; pero se ocupa sobre todo en los medios de llevar á ellas el cristianismo, y quiere que la Francia tenga esta gloria. Propone en

con nuestro santo padre el Papa, enviar obispos á nueva Francia, á Persia, al Tonquin, á la China y á la Cochinchina, y contribuir con nuestras reales liberalidades á los gastos de tan arriesgados viages y empresas tan cristianas y generosas para la conversion de las almas; pero como habia la dificultad de hallar personas que reuniesen todas las cualidades necesarias para ir á socorrerlas, y trabajar bajo sus órdenes en empleos tan apostólicos, y de tener para este efecto algun lugar de retiro y hospicio caritativo para darles acogida, la Providencia que nunca falta en estas ocasiones, ha inspirado la idea á nuestro muy amado y muy leal don Bernarde de Santa-Teresa, etc., etc. »

consecuencia que se envíen misioneros á aquel país ; pero, para sostener aquella mision, *seria preciso*, dice, formar una *compañia de hombres de bien*, que se reunieran de cuando en cuando para atender á los medios de sostener la fundacion. — Los hechos, los beneficios, han justificado las previsiones y los medios. Desde entonces los soberanos pontífices, las órdenes religiosas, y principalmente los jesuitas y los dominicos, y en fin los lazaristas y los sulpicianos, pasaron los mares, é hicieron conversiones en masa, ó fundaron sociedades católicas, que fueron, en todas las épocas, la admiración de los viageros, de los hombres de Estado, y aun de los protestantes.

En la *Relacion de la embajada de lord Macartney*, hecha por sir Staunton, su primer secretario, se halla la decisiva siguiente apologia del sacerdocio católico : « Hay en el imperio de la China sobre doscientos mil cristianos, cuyos sacerdotes están sujetos á la mas rigurosa vigilancia : en todas partes, escepto en Pekin, están espuestos los misioneros á persecuciones, y pasan una vida dura, pobre, precaria y sin esperanza de mejoría, á lo menos en este mundo. Reciben de Europa, para su manutencion, la mezquina suma de cien piastras (2000 rs.) por año, y aun suelen repartir este módico estipendio con su grey, á veces mas miserable que ellos. Su principal consuelo emana de los testimonios de afecto y de veneracion que les dan sus discipulos, y aun podria decirse que algunos de aquellos misioneros prefie-

ren la vida independiente de que disfrutaban en aquel país, tal cual ella es, á los rigores de los claustros en que estaban encerrados antes ; pero, en general, su conducta supone necesariamente sentimientos y máximas que rara vez se encuentran, y en cuya existencia apenas creen los mundanos. »

La historia general de los misioneros es, como la de los obispos y del clero, casi imposible : solo se puede dar de ella pálidos resúmenes, y hacer deducir lo desconocido de lo conocido.

Aun hoy día, los mas vulgares misioneros son otros tantos hombres superiores. El presbítero Motet, de la diócesis de Besanzon, que murió en Pondichery, en 1833, fué enviado en 1785, por el seminario de las Misiones estrangeras, en mision á la India, donde vivió cerca de cuarenta y nueve años : era el decano de los misioneros pertenecientes á la corporacion de las Misiones estrangeras. Siempre fué para sus cólegas un verdadero modelo, y ni un momento cesó, durante su larga y laboriosa carrera, de edificarlos por su sabiduria, su ilustrado celo, su piedad, su caridad y las virtudes apostólicas de que estaba adornado en un grado eminente. Muchas veces habia visitado las diferentes provincias de la Mision, y en todas partes su modestia, su celo, su afabilidad y su caracter conciliador le grangearon la confianza de sus neófitos y el respeto aun de los mismos paganos, que nunca hablaban de él sino en los términos mas honoríficos. En todos los sitios por donde pasó dejó señales de su celo y de su caridad,

y puede decirse de él con justicia : *Pertransiit benefaciendo...* La disposición que había tenido para aprender los varios idiomas del país hacia que los hablaba con una facilidad y una pureza que pasaban á los indígenas. Gozaba de una confianza y de una estimación generales, tanto entre los Europeos como entre los naturales del país : todos los misioneros, enviados á la India durante estos últimos años, le tomaron por guía y por modelo. » (*Anales de la Fe.*)

Florens, cuyo hermano era obispo también, Florens, que escribía en 1811, después de su consagración : « Heme aquí reducido á ser el único Europeo en Bang Kok... » escribía desde su lecho de muerte la carta siguiente : « Bang Kok, 10 de enero de 1834. — Señores, antes de morir, quiero por última vez llenar el deber de daros gracias por los auxilios que recibo para mi misión. Muy santo y muy feliz pensamiento, confesémoslo, fué el que inspiró el formar en Francia una obra pia de oraciones y de limosnas, con el fin de propagar la fe entre los infieles. ¡ Qué de almas le deben su salvación ! ¡ Cuántas interceden ya en el cielo por los fervientes católicos que son miembros de la obra pia !

« Si en Europa, lejos de los países sumergidos en las tinieblas de la idolatría, se mueve á piedad el corazón de un cristiano á la sola idea del estado de los infieles en lo relativo á la vida del alma, ¡ qué sentimientos no experimentarían mis amados compatriotas si sus ojos vieran lo que nosotros vemos !

Todo lo que nos hace conocer la historia en punto á los errores, los absurdos, los delirios, las supersticiones y los crímenes que reinaban antiguamente en el Egipto, la Persia, la Grecia, en la misma Roma, y en todo lo restante de Europa, todo se halla aquí bajo diferentes nombres, pero lo mismo en el fondo. Ténganse, pues, por muy dichosos aquellos á quienes ilumina la luz de la verdadera fe, y consideren qué méritos pueden contraer delante de Dios, ayudando, en proporción de sus medios, á propagar el Evangelio de Jesucristo.

« Os envío una carta dirigida á todos los católicos agregados á la obra pia de la propagación de la fe (esta carta no ha llegado) : si lo considerais conveniente, la publicareis. Me recomiendo á vuestras paces, y os ofrezco, con la espresion de mi gratitud, la de los sentimientos con que soy, etc. — *El obispo de Zozópolis*, vicario apostólico de Siam y de Quedah. »

Los misioneros extranjeros á quienes el deber hace regresar á Francia nos interesan de otro modo : « El presbítero Chaumont, dicen los *Anales de la Fe*, salió de China en 1784, y su corazón se desgarró cuando fué preciso separarse de los cristianos que había formado, y que, bañados de lágrimas, le suplicaban que no los abandonase. Casos son estos en que los vínculos espirituales parecen mas estrechos que los de la sangre. « Pero, decía el digno sacerdote, mi puesto no es ya este : la obediencia me llama á otra parte. » Ejemplo admirable, au-

que no sea raro en una sociedad que no tiene ni votos ni juramentos. El presbitero Chaumont, retirado á Inglaterra en 1792, hizo notables servicios á las misiones : murió en Paris, siendo superior del seminario de las Misiones estrangeras, el 25 de agosto de 1819. »

El presbitero de la Bissagère, que regresó tambien para presidir desde lejos al celo de sus antiguos compañeros de ultra-mar, y enviarles auxiliares, dejó en China inmortales recuerdos : « Este misionero, huyendo de la persecucion, pasó siete años, con cuatro de sus discipulos, sobre un peñon inhabitado y muy elevado en medio de las olas, á ocho leguas de la orilla. Unos pescadores cristianos le llevaban de cuando en cuando arroz y pescado. Habiendo sido denunciado aquel retiro, diez y siete lanchas en que iban algunos mandarines y trescientos soldados armados con fusiles, fueron á bloquear el peñon; pero los soldados, despues de haber registrado inútilmente la parte baja, y aun de haber trepado á la mitad de la roca, no viendo rastro ninguno de habitacion, se retiraron persuadidos de que el sitio era inhabitable, y maldiciendo al denunciador, que fué condenado á una crecida multa como culpado de haberse mofado evidentemente de los mandarines. »

David es un nuevo apostol del Nuevo Mundo, desconocido en el antiguo, y á quien hallamos mencionado en estos términos, en una carta del ilustrisimo señor Flaget, de fecha 4 de mayo de 1833 :

« Mi íntimo amigo é inseparable compañero, hace mas de cuarenta años, que, en 1812, reunió algunas piadosas vírgenes en el Kentucki para formarlas á la vida religiosa : esplicóles las reglas de las hermanas de la caridad, y echó los cimientos de aquella familia, que goza hoy en el Kentucki de la reputacion mas universal y mas justamente merecida. »

La orden de los jesuitas no ha cesado de tener, en nuestros dias, una multitud de misioneros como estos, de quienes hallamos los siguientes rasgos en una carta del 29 de abril de 1833 : « El padre Verreydt, misionero ambulante de la sociedad de Jesus, cuyos trabajos se estienden á mas de ciento sesenta millas al sudoeste del Misuri, salió de San Carlos, punto de su residencia, el 20 de mayo de 1832, y volvió á él el 23 de junio siguiente. En este breve espacio de tiempo, dió la vuelta á casi todas las ciudades y aldeas de que está encargado, y juzgad si trabajaria habiendo predicado catorce veces, hecho diez y seis conversiones, bautizado á quince niños, oido cincuenta confesiones, y distribuido el pan de vida á cuarenta personas. »

El padre Quickenborne, otro misionero ambulante de la sociedad de Jesus, recorriendo durante los meses de mayo y junio del año pasado varios condados á las orillas de los rios del Misisipi, bautizó á cuarenta y seis personas, entre las cuales habia once protestantes, distribuyó la comunión á ciento cuarenta y siete personas, predicó en dos

ayuntamientos y casi todos los días en la casa principal del pueblo en que se hallaba. En todas partes nuestros hermanos errantes manifestaron vivo deseo de oírle, y muchos pidieron ser instruidos á fondo en la doctrina católica: también mostraron renunciar á la mayor parte de sus antiguas preocupaciones. En otra misión, desde el 22 de agosto hasta el 29 de diciembre, recorrió varios distritos de los Estados de los Illineses y del Misuri, por los que anduvo mas de mil doscientas millas: en ellos vió á mil ciento ochenta católicos, distribuyó la santa comunión á doscientos setenta, y bautizó á ochenta y ocho personas, entre las cuales habia treinta protestantes y trece adultos. Dijo misa casi todos los días, predicó y catequizó todos los días en presencia de los católicos y muchas veces de nuestros hermanos errantes, y celebró trece matrimonios. »

Podríamos recordar aquí los últimos y los mas magníficos *Hechos de los Apóstoles* nuevos, los trabajos y los martirios de los misioneros Gagelin, Jaccard, Marchand, etc., en 1833; pero preferimos dejarlos para otro punto, donde se reflejarán mejor sobre todas las partes de nuestra obra¹.

¹ Véase juntamente la grandeza política, la grandeza religiosa y hasta la grandeza científica de las misiones de Francia en la mera relación de un viaje de uno de nuestros mas hábiles navegantes modernos, M. de Bougainville, cuyas sabias *Instrucciones* redactó el duque de Clermont Tonnerre, ministro de la marina á la sazón:

« Llegado que hubieron á Macao, M. de Bougainville y su estado

Los misioneros católicos del interior han sido, siempre y en todas partes, tan admirables como los

mayor fueron recibidos del modo mas cordial por el obispo español y por el señor presbítero Barondel, procurador de las misiones francesas. El seminario fué el apeadero de los marinos de la *Tetis*: los jóvenes seminaristas cedían con gusto sus camas y hacían los honores de su mesa, que era muy frugal, pero la buena voluntad con que la brindaban la hacia muy grata á nuestros viajeros.

« A aquel establecimiento es adonde van á parar los jóvenes sacerdotes de las misiones extranjeras de París, destinados para Siam, la China, la Cochinchina y el Tonquin. Durante su residencia en él, se hacen á las costumbres y modo de vivir de los pueblos adonde deben pasar, y aprenden sus idiomas, lo que consiguen á favor de disfraces y á riesgo de la vida. Algunos cristianos del Tonquin, que es el país donde la religión católica ha hecho mas prosélitos, van á aguardarlos á Macao, para servirles de guías. Allí dejó el comandante á los señores Voisin y Masson, destinados para la China y el Tonquin; ya habia dejado en Malacca al señor presbítero Bouchot, que debia pasar para el reino de Siam, y le quedaba á bordo el señor presbítero Regereau, cuyo destino era la Cochinchina.

« En la época en que llegó á aquellos sitios M. de Bougainville, no quedaba de la misión francesa, que tantos servicios habia estado haciendo en China hacia cerca de dos siglos, mas que el P. Lamiot, á quien no se debe confundir con el P. Amyot, que murió en 1795, á la edad de ochenta años. Aquel misionero habia hecho la travesía de Macao á Pekin en uno de los buques de lord Macartney. Habia entonces en esta capital tres antiguos jesuitas, y cinco religiosos de San-Lázaro, pintores, relojeros, astrónomos y profesores de lenguas. La muerte arrebató sucesivamente á M. Lamiot todos sus colegas: en 1816 él era el único que quedaba de su misión. »

« Citado muchas veces ante los tribunales durante las persecuciones suscitadas contra los cristianos desde 1805, siempre habia conseguido quedarse en Pekin; pero en 1818 se vió gravemente comprometido en la causa del P. Cleto, preso en la provincia de Hou-Pé, donde estaba en misión hacia veintiocho años, que salió

otros, por sus dones de proselitismo, de elocuencia y de valor. Algunos se han elevado á la categoría

sentenciado á muerte y á quien ahorcaron por orden del emperador. M. Lamiot fué llevado á aquella provincia para ser confrontado en ella con su colega, que nada reveló de lo que podia comprometerle. Dijeron al P. Cleto: « Has pervertido á demasiada gente: el emperador pide tu vida. » — A lo que respondió: « Con mucho gusto. » Aquel venerable misionero fué ahorcado.

« M. Lamiot, encarcelado y luego puesto en libertad, recibió la orden de salir de China, y le llevaron á Canton para que allí se embarcara. Hizo desde entonces todos sus esfuerzos para eludir aquella orden, alegando los intereses temporales de la mision de Pekin; pero empeñado sobre todo en conservar á la Francia aquel establecimiento central, que puede algun dia recobrar su importancia. Otras veces alegaba la necesidad de aguardar la decision del rey, sin la cual no podia dejar su puesto; y lo decia con tanto mas fundamento, cuanto M. de Chateaubriand, ministro de negocios estrangeros á la sazón, le anunciaba por la *Tetis*, que S. M. hacia dar una educacion especial á algunos jóvenes matemáticos, con la intencion de ofrecer sus servicios al emperador de China. En vista de esta carta, M. de Bougainville le espidió un oficio manifestándole las razones porque no podia recibirle á su bordo.

« Treinta y tres años hacia que el P. Lamiot habitaba la China, cuando llegó M. de Bougainville. Habia adoptado el traje, las costumbres y los modales de los Chinos, tanto que nada se diferenciaba de ellos en lo exterior; así es que no fué poca la admiracion del comandante de la *Tetis* cuando le oyó explicarse en francés. Profundamente versado en las lenguas China y Tartara, habia atravesado diferentes veces todo el Imperio, y recojido una abundante cosecha de documentos. Este digno misionero murió en 1850.

« ¡Qué celo! ¡qué abnegacion! ¡qué valor! ¡qué admirable paciencia! ¡Cuan sublime es este heroismo de la religion, y cuan superior al de los guerreros, pues que solo la ventura los saca de su oscuridad!

« Cuando llegó M. de Bougainville á la Cochinchina no quedaban de todos los misioneros franceses en aquel pais mas que los

de apóstoles de un pais entero y de santos: — el V. Juan de Avila, el *apostol de la Andalucía*; Sauli, cuya vida escribió el cardenal Gerdil, *apostol de la Córcega*. — Los grandes hombres de esta orden son ademas de los citados: — los franciscanos, Antonio de Padua, Bertoldo, Bernardino de Siena, san Juan de Capistran, Brugman, san Pedro de Alcántara, el padre Honorato, admirado por Bourdaloue; — los dominicos, san Vicente Ferrer, Savonarole; — los jesuitas Atanasio Auger, Lingendes, Segneri, Bourdaloue, Brydayne, etc.; — los oratorianos, Lejeune, etc.....; — los simples curas, como este. » De todas las misiones de Veron, la mas célebre es la que hizo á Caen, en agosto de 1628. Habia predicado durante un año en Ruan, cuando pasó á Caen para entablar una conferencia con Samuel Bouchart, ministro protestante en dicha ciudad y uno de los mas acreditados del partido: inmediatamente despues de su llegada retó al ministro, y le dirigió una lista de las falsificaciones de las biblias protes-

señores Tabert y Gagelin que habitaban á ocho leguas de Hué: la *Tetis* les traia un refuerzo en M. Regereau, joven sacerdote á quien habian enviado un guia. Desembarcó, disfrazado de Cochinchino y, pocos dias despues, dió noticias suyas desde una cabaña aislada en medio de las montañas, á tres leguas de Turana. Allí debia esperar acaso meses enteros, y sin mas compañía que la del hombre encargado de proveer á su sustento, una ocasion favorable para reunirse con sus compañeros.

« Luego se ha sabido la triste y gloriosa suerte de aquella mision, relacion con que ha enriquecido su *Diario* M. de Bougainville. »

tantes. Habiendo aceptado Bochart el reto, abrióse la conferencia en presencia del duque de Longueville, de varias autoridades y de los principales vecinos de la ciudad. Las cinco primeras sesiones se emplearon en discutir las versiones de la Escritura, y Bochart no quiso entrar en el fondo de la cuestion hasta la sesta; pasada la novena, rehusó volver alegando que estaba enfermo. Habiéndole intimado Veron que se presentase, Bochart recurrió al parlamento y al consejo del rey para que le prohibiesen continuar. Veron publicó inmediatamente las actas de la conferencia, á las que no respondió el ministro hasta dos años despues. La conducta de este último, en aquella ocasion, manifestó mucha indecision, muchos apuros y muchas variaciones, y se conoció que hizo mucha impresion en los protestantes de la ciudad. En efecto, habiendo vuelto Veron á Caen dos años despues, y predicado allí durante una gran parte del año, sus predicaciones, que giraban principalmente sobre la controversia, atrajeron á los protestantes, muchos de los cuales se convirtieron. Veron creia que, de sobre mil doscientos protestantes que contenia entonces la ciudad de Caen, la mitad habia vuelto al gremio de la Iglesia, y dejó á otro misionero, al padre Esprit, religioso capuchino, para que completara su obra. »

Debemos tambien contar entre los misioneros á San Vicente de Paul, el gran promotor de las dos misiones, francesa y estrangera, y en el siglo XVIII, y aun en nuestros días, un crecido número de gran-

des hombres tan poco conocidos generalmente como dignos de celebridad y de admiracion ¹.

¹ Los mas celosos y sabios misioneros protestantes, anglicanos y holandeses, se eclipsan ante los católicos. — « Ya tenemos, dice Leibnitz en una de sus *Cartas*, abierta á los jesuitas la China, adonde el Papa envia un gran número de misioneros. Nuestra poca union no nos permite emprender esas grandes conversiones. » (Véase la *Bib. imparcial*.)

Y en nuestros días el sabio Balbi en su *Geografia*: « Casi todos los cristianos que hay en China pertenecen á la religion católica. Algunos protestantes han intentado en estos últimos tiempos difundir su religion por el imperio, con la traduccion de la *Biblia*, pero hasta ahora no han hecho ningun progreso en el ánimo de los Chinos... »

« Los misioneros protestantes, americanos é ingleses, acaban de convertir al cristianismo el considerable número de los habitantes de los Archipiélagos de Taiti, de Havaí (Sandwich) y de Cook, pero no ha coronado el mismo éxito sus piadosos esfuerzos en la Tasmania (Nueva Zelandia), y en el Archipiélago de Touza (de los Amigos). Muy diferentes de los misioneros católicos, y sobre todo de los jesuitas, los misioneros protestantes prohíben, en Sandwich, los domingos, encender lumbre, bañarse, ir á caza, y en general toda diversion: segun lord Byron, han arrancado al cultivo de las tierras á los indigenas de los cantones mas distantes para llevarlos á la capital donde los enseñan á leer. No han sido mas tolerantes los misioneros en Taiti, y es de temer que sus neófitos, cansados de tantos rigores, renuncien á una religion cuya sublime moral no pueden apreciar, y que, á lo que parece, no les ha enseñado hasta ahora ninguna cosa util, escepto lo relativo á la moral. Algunos viajeros han notado ya la pérdida de varios ramos de su industria, sin haber observado la substitution ó la práctica de otros artes mas útiles. El capitán Becchey halló ya, en su segunda visita á Sandwich, que los caudillos se habian emancipado de la severa disciplina que les habian impuesto los misioneros. »

Veamos ahora como juzga las misiones bíblicas un joven viajero filósofo, cuya opinion se halla consignada en el *Eco de los Sabios*

(*Echo du Monde savant*) : « Con la franqueza propia de vecinos, dice M. de Jacquemont, nos presentamos en casa del anciano, M. Carey, á quien hallamos leyendo la *Biblia*. Enseñónos su biblioteca que es muy hermosa, algunos curiosos dibujos de insectos y de plantas que hace ejecutar bajo su direccion por pintores indigenas, pero en los que faltan generalmente los pormenores de la organizacion, y luego echamos á andar con él hácia su jardin... Es pequeño, pero está tan bien dispuesto, que hay sitio en él para un gran número de plantas. Treinta jardineros por lo menos son necesarios para su cultivo. Hay en él varias construcciones ingeniosas para modificar el clima en favor de las especies que absolutamente no podrian resistirle. Las del cabo se cultivan sobre un terrado que se alza algunos pies sobre el nivel del suelo entre unas tapias, para guarecerlas de la humedad que las destruiria: un techo las preserva de la lluvia. En otros puntos del jardin se cultivan varias plantas de las Molucas, tan sensibles al frio que no podrian resistir un solo invierno si no las cubriesen con pantallas todas las noches para impedir el enfriamiento por irradiacion. Todo esto debe ser muy dispendioso, y M. Carey no tiene para proveer á sus gastos el admirable recurso de la compañía: — ¡no es mas que un pobre misionero!

« El arbol mas hermoso de su jardin es un *corypha umbraeulifera*, que M. Carey plantó hace veinte años y que ahora va á dar fruto por la primera vez. Este esfuerzo le mata... Un olor inaguantable se difundió de repente por el aire, mientras nos estábamos paseando por el jardin, y se disipó tambien en un momento; era un soplo del oeste que traia las emanaciones de los *jungles*: todos se asustaron y gritaron ¡*jungle smell!* como se grita ¡*fuego!* No se necesitaba mas, dijeron, para coger unas calenturas pútridas...

« Salimos de allí cuando la noche nos echó del jardin: hacia un tiempo delicioso. A la vuelta nos encontramos con dos criados que llevaban del freno dos caballos empapados en sudor, y al mismo tiempo distinguimos dos grandes figuras blancas como la nieve. Nos dijeron que el incógnito era M. Mac, misionero, y que, sin el menor misterio, se iba paseando con su muger, despues de haber corrido toda la tarde á caballo con ella. ¡Y se admiran de no efectuar conversiones! tienen muger, caballos, criados, habitan una casa cómoda y se llaman misioneros!

« Algunos misioneros católicos van por el mundo á pie y descal-

zos para convertir á los infieles, y en efecto han convertido á muchos: siguen en todo las huellas de los apóstoles, y muchas veces logran los mismos resultados que ellos. Los misioneros ingleses y, en general, los misioneros cristianos protestantes, *aguardan con mucha cachaza en sus casas á que se presenten los infieles*. M. Carey, misionero, no sale de su casa para convertir á los Indios.... ¿Qué podria eso producirle? Pero, no obstante su avanzada edad, va todas las semanas á Calcutta para dar, en el castillo Guillermo, una leccion de bengalí á los pupilos de la compañía que le paga generosamente. M. Mac, misionero asistente, predica la palabra de Dios á los pillos que van á su casa á oírle; no se molesta por predicarla, pero por la química, eso es otra cosa: hasta Calcutta va en busca de un auditorio, pero hay que pagar para entrar...

Lo que sigue de esta relacion nos muestra á los misioneros protestantes sedentarios é interesados, lo que el autor explica muy bien por el solo hecho de que son casados y están cargados de familia; y á los misioneros católicos, por el contrario, laboriosos, viajando mucho, y capaces, en lo general, de arrojo y de desprendimiento, porque su objeto, libre de trabas, es vivir como los apóstoles é imitar sus sublimes virtudes.

El célebre capitán Barrow ha publicado tambien en Inglaterra una obra decisiva contra las *Misiones protestantes*: « El aspecto encantador de la isla de Otahiti, dice el anglicano, descubierta por el capitán Wallis y visitada por Cook, ha mudado totalmente, y lo que, sobre todo, no puede verse sin dolor y amargura, es la metamorfosis que se ha efectuado entre los habitantes, bajo la direccion de los misioneros encargados de *convertirlos*. En vez de su antigua sencillez de costumbres no se halla actualmente en ellos mas que depravacion, disimulo y perfidia: el abuso en las bebidas, los vicios, la miseria, y todas las enfermedades que se originan de estos excesos, han disminuido rápidamente la poblacion. Segun el informe de aquellos mismos misioneros, en 1794 ascendia á diez y seis mil habitantes, y segun la nueva estadística hecha en 1830, hállase reducida á cinco mil !!!

« Los deliciosos valles de aquella isla estaban antiguamente cubiertos de risueñas habitaciones y de ricos plantíos pertenecientes entonces á los naturales del país. En el dia todo ha tomado un aspecto desolado y desierto... La poca poblacion que todavia queda ha tenido que irse retirando á una llanura pantanosa y malsana, á

la orilla del mar, y está en un todo sometida á los caprichos de aquellos misioneros que se han apropiado hábilmente (porque los misioneros ingleses son muy HABLES, es menester hacerles esta justicia) el poco comercio y la poca industria que tenían antiguamente los salvages. Aquellos apóstoles son industriosos y comerciantes, tienen almacenes muy aseados, muy cómodos y muy bien abastecidos, y hacen el comercio exclusivo de todo el ganado que hay en la isla. Y para este admirable resultado, añade el capitán Barrow, han llevado á aquellos infelices el protestantismo y aun les han dado. ¿quién lo creyera? ¡UN PARLAMENTO!!! »

§ VII.

EXAMEN DE LOS SERVICIOS Y DE LOS BENEFICIOS DE LOS CURAS.

Los curas, así llamados por su especial mision, — el cuidado (*cura*) de sus parroquias, forman, en un país, la clase mas numerosa y la mas visiblemente útil y necesaria, y por consiguiente la mas popular del clero. Los obispos no están instituidos mas que para *provocar* los curas y hacer su *vocación*. Las *planas mayores*, aquí, crean los *soldados*; los crean segun los tiempos y los lugares, segun las leyes y las costumbres, segun los otros y segun ellos mismos, — mas ó menos inteligentes, mas ó menos celosos, mas ó menos fieles; pero, aun en las peores circunstancias, siempre los curas son, en un país, los hombres mas ilustrados, mas sesudos, mas virtuosos y mas útiles¹. La sola posición de cura es por sí edificante: el sacerdocio em-

¹ Los curas de las aldeas, los mas felices de todos los hombres, los únicos á quienes se aplica el ¡o *fortunatos*..... *agricolas*! de Virgilio, tienen ademas el privilegio de llegar á una edad muy avanzada.

la orilla del mar, y está en un todo sometida á los caprichos de aquellos misioneros que se han apropiado hábilmente (porque los misioneros ingleses son muy HABLES, es menester hacerles esta justicia) el poco comercio y la poca industria que tenían antiguamente los salvages. Aquellos apóstoles son industriosos y comerciantes, tienen almacenes muy aseados, muy cómodos y muy bien abastecidos, y hacen el comercio exclusivo de todo el ganado que hay en la isla. Y para este admirable resultado, añade el capitán Barrow, han llevado á aquellos infelices el protestantismo y aun les han dado. ¿quién lo creyera? ¡UN PARLAMENTO!!! »

§ VII.

EXAMEN DE LOS SERVICIOS Y DE LOS BENEFICIOS DE LOS CURAS.

Los curas, así llamados por su especial mision, — el cuidado (*cura*) de sus parroquias, forman, en un país, la clase mas numerosa y la mas visiblemente útil y necesaria, y por consiguiente la mas popular del clero. Los obispos no están instituidos mas que para *provocar* los curas y hacer su *vocación*. Las *planas mayores*, aquí, crean los *soldados*; los crean segun los tiempos y los lugares, segun las leyes y las costumbres, segun los otros y segun ellos mismos, — mas ó menos inteligentes, mas ó menos celosos, mas ó menos fieles; pero, aun en las peores circunstancias, siempre los curas son, en un país, los hombres mas ilustrados, mas sesudos, mas virtuosos y mas útiles¹. La sola posición de cura es por si edificante: el sacerdocio em-

¹ Los curas de las aldeas, los mas felices de todos los hombres, los únicos á quienes se aplica el ¡o *fortunatos*..... *agricolas*! de Virgilio, tienen ademas el privilegio de llegar á una edad muy avanzada.

peña aun mas que la nobleza¹. A menos que un cura sea absolutamente un intruso ó un apostata, si alguna vez tropieza, pronto se levanta, y esto por la sencilla razon de que todas las miradas están fijas en él y de que él lo sabe. Todos miden y él mismo tambien mas de lo que se cree y mas de lo que cree él mismo, sus acciones por sus palabras y por su profesion. En esta consideracion reciproca, hay una razon de beneficencia infinita: — por ejemplo, si hay en un distrito un hombre que no puede rehusar una limosna y aun un servicio, sobre todo á un disidente, este hombre es el cura. Facil y comunmente se observan los errores y las culpas que cometen los eclesiásticos, sobre todo cuando viven en medio de nosotros ó cuando nosotros vivimos en medio de ellos, como sucede con nuestros curas, pero no se ven fácilmente, no nos gusta ver, no queremos ver los errores y las culpas en que no incurren. Lo mismo sucede con que el pequeño daño que nos causan los mas pequeños entre ellos; para verle bastan los ojos; los daños de que nos precaven son inmensos, pero como no existen, se necesita *espritu*² para verlos.

Nos falta lógica cuando no nos falta agradecimiento.

Hemos dicho ó supuesto que el daño que hace el

¹ Alusion al proverbio francés *noblesse oblige*, la nobleza impone, es decir, á comportarse con decoro. — N. del T.

² El autor juega aquí con el doble sentido que tiene en francés la palabra *esprit*, talento y alma. — N. del T.

cura á su parroquia ó á alguno de sus feligreses, es siempre *pequeño*, atendido el que deja de hacer, ó por mejor decir, atendido el bien que causa su estado; este bien es siempre grande, y el mayor posible, en sí mismo, y relativamente al culpado personalmente. El escándalo mismo, y aun cuando viene de muy arriba, puede ser la ocasion aparente ó el pretesto de nuestra corrupcion ulterior, pero nunca es su causa, que siempre hallamos en nosotros mismos esclusivamente.

Todos han conocido, y hasta los mismos filósofos, estas verdades y las que de ellas se derivan. «No encuentro nada mas bello, dice J. J. Rousseau en su *Emilio*, que ser cura. (Nunca dice pastor, á pesar de ser protestante.) Un buen cura es un ministro de bondad, como un buen magistrado es un ministro de justicia. Un cura nunca tiene que hacer daño; si no siempre puede hacer el bien por sí mismo, siempre parece muy bien que lo solicite, y muchas veces lo obtiene cuando sabe hacerse respetar. ¡Oh! si algun dia tuviera yo en nuestras montañas algun curato que servir, seria feliz, porque me parece que haria la felicidad de mis feligreses. No quisiera que fueran ricos; yo participaria de su pobreza, y apartaria así de ella la humillacion y el desprecio, mas insoportable que la indigencia. Les haria amar la concordia y la igualdad que muchas veces ahuyentan la miseria y muchas la hacen llevadera. Cuando vieran que yo no lo pasaba mejor que ellos y que sin embargo vi-

via contento, aprenderian á consolarse de su suerte y á vivir contentos como yo.»

Pero, dirán algunos, eso no es mas que pura teoría. He aquí hechos: otro protestante famoso, Hume, apellidado *el sabio*, nos dice en su *Ensayo sobre el entendimiento humano* (y esto era en el siglo XVIII, cuando el clero no era ya lo que había sido) que no hay clero alguno mas afamado por una vida y unas costumbres ejemplares que el clero secular de Francia, y en particular los rectores ó curas de París ¹.

Los mas modestos curas, al parecer, los curas de aldea, se han elevado á veces á las primeras filas de los escritores ², de los apologistas, de los misioneros y de los fundadores: — Veron, cura de Cha-

¹ Los filósofos franceses, que podían saberlo mejor, han tributado el mismo homenaje á la verdad. En el primer *Cuadro de París* (*Tableau de Paris*), de Dulaure, leemos el siguiente articulo: «Cincuenta y dos curatos hay en esta ciudad... el cura es el ser mas estimable de la sociedad, es la beneficencia y el consuelo personificados.» — «Tan mansos en el día como eran turbulentos en tiempo de la liga, dice M. Mercier, han adoptado ideas de paz: La dulzura caracteriza sus acciones y la amargura ha huido de sus labios. No tienen la altivez de los obispos, y mas populares que ellos, saben juntamente consolar y socorrer á sus feligreses, derramando el bálsamo sobre muchas llagas que ellos solos conocen.»

² Los mas humildes curas de aldea son los *hombres de estado*, como Alberoni; los sabios, como Pierquin; los historiadores, como Vertot; los clasificadores de la *Biblia*, como Matalène; los literatos de primer orden, como el cura de Sauternes, el presbítero Firminhac; los artistas, como Campani, cura romano, inventor de los excelentes telescopios de Cassini, etc.; y en nuestros días, el

renton, autor de una *Regla de fe* clásica; — Bergier, célebre apologista; — Maleville, el sabio autor de la *Religion revelada*, etc.; — Fourier, cura de Mathincourt, en Lorena, recientemente canonizado; — Bonnefond, cura de Marmande, fundador de la *Misericordia*, de Burdeos, etc., etc.

Pero es menester ver y admirar hechos é historiadores que no son sospechosos. He aquí el compendio de la vida del ilustre cura de San Andrés de las Artes, por el convencional (miembro de la Convencion) Manuel, con este epigrafe: «No conozco hombres que hagan mas honor á la humanidad que los curas de París», decia el honorable Burnet, de vuelta en Londres. Vamos á hablar del presbítero Leger, que nació en Soissons en 1669, y murió en París, en 1774. Entre todas las condiciones de la sociedad no hay una que haya sido constantemente mas benemérita del género humano que la de los curas. Uno de los grandes beneficios de nuestra religion es la institucion de este ministerio, desconocido en las religiones profanas: en las ciudades, ellos son los únicos que tienen el derecho de con-

presbítero Cabias, cuyos órganos admiran los geómetras Francœur, etc.

El célebre y desgraciado presbítero Rozier, restaurador de la agricultura en Francia, era cura de S. Policarpo, en Leon, en cuyo presbiterio fué muerto durante el sitio de esta ciudad en 1795.

En el día los sabios van á ver, á consultar y admirar á su maestro de astronomia antigua y moderna, Van de Cotte, cura de la aldea de Zonneghem, en Flandes.

mover las entrañas del rico, de llevar su piadoso celo mas allá de los límites del tímido bien-parecer, de arrancar algo á las inmensas necesidades del lujo, y de hacer subsistir, sin degradarla, la suma miseria al lado de la suma opulencia. Por eso el duque de Borgoña profesaba el mas cordial aprecio á los curas de Paris, y estaba persuadido de que era menester hacerles la mas favorable acogida en la corte, y concederles, en cuanto fuera posible, los pequeños socorros que pedian para las familias necesitadas, á fin de aumentar la consideracion y la confianza que se grangeaban con el decoro de sus costumbres, su caridad y su beneficencia.

« En las aldeas donde muchos son victimas de aquel desbarajuste del orden y de la justicia que, en casi todas las clases, ha desheredado al trabajo y los talentos, sucede con frecuencia que ellos solos pagan la deuda sagrada de que están gravados todos los bienes de la Iglesia á favor de los pobres. Dan á lo menos sus desvelos y sus consejos: son los amigos de todos los desgraciados y los doctores de los ignorantes. Un distrito entero suele deberles juntamente sus buenas costumbres, sus consue-los y sus prosperidades: en ningun otro estado de la vida se ve tan bien cuan util puede ser un particular. Todo va bien ó mal en una parroquia segun el cura que la dirige.

« Decir lo que puede hacer un cura es decir lo que ha hecho M. Leger. No se encerraba su celo en el recinto del templo y en las solemnes funciones

del ministerio, pues conocia la vigilancia y la actividad continuas que reclaman de un pastor todas las partes de su rebaño. Sin llevar sus investigaciones mas allá de los límites de la discrecion, penetraba, como el ojo de la Providencia, hasta en el secreto de los corazones. Conocia á todas sus ovejas: del artesano mas oscuro, del niño mas pobre conocia el nombre, la conducta, la situacion y hasta las facciones del rostro.

« A pesar de su confianza en sus cooperadores, hubiera querido poder desempeñar él solo todos los cargos pastorales: por lo menos se reservaba el derecho de echar á andar el primero á cualquiera hora de la noche como del dia en auxilio de todos los afligidos, de todos los enfermos, de todos los moribundos.

« El pueblo, el pueblo tan desdeñado por la aparente groseria de sus costumbres, mas estimable que la mayor parte de los ricos con toda su urbanidad, por la sencillez de su fe y la franqueza de su virtud, el pueblo es el primer amigo de los pastores. Al rico, la preferencia de las atenciones: al pobre, la preferencia de los sentimientos. M. Leger iba á visitarle en sus oscuras viviendas. ¡ Con qué paciencia escuchaba las largas relaciones de sus sin sabores y de sus infortunios! Sencillo como aquella buena gente, pobre como ella, porque aun lo estrictamente necesario para su manutencion era el patrimonio de los menesterosos, llevábalos á los pies del Dios que cuenta sus lágrimas, de aquel

Dios, su eterna herencia, que debe vengarlos de su desheredamiento civil, y allí mitigaba las amarguras de la vida presente con la esperanza de la inmortalidad. La fe no tiene desgraciados.

« Con el amor de Dios que lo hace todo posible, y el del prójimo, por el cual todo es fácil, siempre ocupado en hacer bien, hubiera vivido con su puerta abierta: sus paredes le cubrían sin ocultarle. Su vista inspiraba la estimación y la confianza: jamás remitía á mañana al que podía servir hoy. Los beneficios dispensados con mal talante, le parecían pan duro que un hambriento recibe por necesidad y como con disgusto. Sin duda halló ingratos: ¿pero no queda uno consolado cuando halla un hombre de bien entre una multitud de malos? ¿Donde hallaba fondos M. Leger para tantas limosnas? Pero para ser liberal ¿necesita por ventura el hombre generoso ser opulento? Su sencillez, su frugalidad, sus piadosas privaciones eran sus tesoros.

« M. Leger, consagrado sin ostentación al bien público, fué un buen pastor, un sacerdote virtuoso: he aquí todos los acontecimientos de su vida. Esto no impidió que le erigiesen un monumento; el más elocuente de los obispos pronunció su elogio, honor que solo se dispensa á los reyes y á los heroes, y que la vanidad arranca por lo general: pero él fué llorado y bendecido, y las lágrimas y las bendiciones no se arrancan por fuerza. M. Leger eligió por sus herederos á los que tienen hambre, á los que tie-

nen sed y á los desnudos. La *Oración finebre* de este grande hombre fué pronunciada, en París, en 1781, por el elocuente de Beauvais, obispo de Senez, uno de sus discípulos. »

El número de los curas ilustres por su santidad, por su saber, por sus sacrificios que pudiéramos citar, así naturales, como estrangeros, es infinito. Vamos ahora á hacer sensibles las influencias, la capacidad, el poderío ó mas bien, la *omnipotencia* de un cura de parroquia, que posee el arte de espedir decretos del mismo modo y aun mejor que los reyes, porque lleva en sí el arte de raciocinar y aun el de hablar en su tiempo y sazón. En estos términos refiere el hecho M. Chomel en sus *Amenidades*: « Dice Montesquieu que no se debe conducir á los hombres por los extremos, y que antes bien se debe seguir á la naturaleza que ha dado á los hombres la vergüenza como su azote, y que la mayor parte del castigo sea la infamia de sufrirlo. Vease aquí la conducta que observó un cura de la parroquia de Chanteil, en el Bajo-Limosin. Veía aquel buen pastor que sus feligreses, indómitos y brutales, no tenían vicio mayor que el de robar. En vano les habia predicado sobre ello muchas veces y amenazado con la justicia; viendo que no podia conseguir que se enmendaran, se asocia los cuatro menos picaros y más robustos de sus feligreses, y apenas oye hablar de un robo cometido en su parroquia, va en persona á apoderarse del culpado, lo ata, lo lleva á la iglesia, manda tocar las campanas, y cuando ha acudido

todo el pueblo, abre las puertas del templo, y le muestra el ladrón atado en la cátedra de la verdad como en una picota. Todos empiezan al punto á escarnecerle, y pasada la primera barahunda, habló el cura en estos términos: « Fulano robó ayer tal cosa: á su lado está el cuerpo del delito. Yo podría entregarle á la justicia; pero he considerado que, si le ahorcan, no habrá medio de remediar los daños que ha causado y que su familia quedará arruinada: he preferido, pues, avergonzarle delante de todos vosotros, y delante de todos vosotros también le advierto que, si reincide, ya no habrá perdón para él. Ahora que ya le habeis visto, salid todos y no insulteis mas á vuestro hermano, no sea que Dios os abandone y os halleis algun día en una desgracia semejante. » — Dos ó tres escarmientos por este estilo corrigieron á todos los feligreses de la aldea de Chanteil del vicio de robar, ¡tan cierto es que el suplicio de la vergüenza perpetuada contendría mas tal vez al pueblo que el de la horca ó la rueda!»

Sin llegar á este extremo, el cura de una parroquia puede y sabe con el tiempo, preparar, plantear, continuar y, por consiguiente, consumir una verdadera *reforma* del territorio que abarca su jurisdicción. De esto trae un ejemplo, entre mil, el autor de los *Heroes cristianos*: « M. de Castellas, digno pariente del eclesiástico de este nombre á quien la veneración de sus colegas colocó al frente del cabildo de Leon, fué nombrado cura de Saint-

Martin-en-Haut. La aspereza del terreno, la falta absoluta de toda sociedad, y la inmoralidad harto conocida de los vecinos, no fueron motivos suficientes para hacerle rehusar una misión, cuyas dificultades le parecieron, por el contrario, un pábulo mas para su celo en favor de la religion. Habil en sumo grado para separar los obstáculos, sin que pareciese que queria atropellarlos, empezó por admirar á sus feligreses con una paciencia que nada pudo alterar, hizose el árbitro de sus altercados, el mediador de sus riñas domésticas, el maestro de sus hijos que, por su insubordinación, habian hecho hasta entonces la desgracia de sus padres, y llegó en fin, al cabo de pocos años, á obtener no solo el respeto, mas también la confianza general por su mansedumbre, su piedad y sus eminentes virtudes. Sus asiduos y verdaderamente apostólicos desvelos los atrajeron á todos á la senda de la salvación; y cuando despues de haber dirigido aquella parroquia quince años, pasó á la de Nuestra Señora, en Leon, hizolo con la completa certidumbre de no tener una sola oveja descarriada y de que dejaba su grey bajo la custodia de un digno pastor, el presbítero Gardès, su sobrino. Tales fueron los resultados que obtuvieron uno y otro en la dirección de las obras de su sagrado ministerio que *enteramente llegó á mudarse la opinion en favor de los vecinos de Saint-Martin-en-Haut, tan justamente queridos y respetados entonces por su buena fe como antes habian sido despreciados.* Cuando los principios de la revolución

llegaron hasta las más repuestas aldeas, las buenas costumbres de esta estaban fundadas sobre una base demasiado sólida para que pudiese penetrar en ella la seducción.

« En aquella misma época (1791), se les pidió á todos los eclesiásticos el juramento. El presbítero de Castellás, incapaz de titubear sobre la negativa que le dictaba su conciencia, se retiró á casa de su sobrino, no menos firme que él en su sumisión á la autoridad de la Iglesia. Apenas se supo en Saint-Martin-en-Haut la nueva de su llegada, se suspendieron todas las labores del campo y hubo como una fiesta general para todos los habitantes que, con M. Gardès á su frente, salieron procesionalmente á recibirle hasta los confines de la parroquia y le llevaron con palio á su antigua iglesia parroquial, donde cantaron un *Te Deum*. »

— El presbítero Belloc, cura de Brusque, que murió en 1827, después de haber rehusado el Episcopado, desempeñaba superiormente las funciones de médico y de juez de paz, y muchas veces los tribunales le transmitían los negocios más arduos y delicados.

Estos son los curas de los tiempos ordinarios: he aquí los de los tiempos excepcionales. Ya dejamos referida la admirable respuesta del cura M. Fournetz al presidente de la Asamblea Constituyente que le exigía el juramento que acababa de rehusar el obispo de Agen. Dicha respuesta fué una de aquellas que imprimen la vergüenza en el alma de

los perversos, y el aliento en la de los débiles.

Y no menos se manifiesta la impavidez en las iglesias que en las asambleas. Véase lo que pasó en la de San Sulpicio el 9 de enero de 1791.— Rendido de haber pronunciado un largo discurso con que hizo correr las lágrimas de su auditorio, M. de Pancemon acababa apenas de hablar, cuando se oyó el grito mil veces repetido: ¡el juramento ó la muerte! En vano procuraba sosegar al populacho, entre el cual uno de los vicarios vió á Mirabeau. Apenas bajó del púlpito, no pudiendo dar un paso entre el gentío que llenaba la iglesia, siéntese asido por el pelo, le apuntan con una pistola, y cae desmayado en brazos de sus vicarios. Bailly tuvo la desfachatez de presentarse en la sacristía y de decirle: *Vm. se ha atraído todas esas desazones; y si vm. y sus cooperadores hubieran querido conformarse á la ley, todo hubiera pasado sin ningun desorden.* — Mi conciencia y mi honor me lo prohibían, respondió el pastor.— Señor cura, dijo Bailly, la conciencia debe callar cuando *la ley habla* — Si, replica el noble confesor de la fe, *pero cuando la que habla es la ley verdadera*, y ciertamente hay leyes falsas y casos en que es preciso obedecer á Dios antes que á los hombres. »

Los salones mismos eran el teatro de las más nobles escenas. — El *maire* ¹ de París convidó á su casa al cura de Santa Margarita, decano de los de

¹ Empleo correspondiente al de corregidor. Lo era entonces Bailly. — N. del T.

Paris. Despues de una gran comida en que le hizo mil agasajos, le suplicó que pasase á su despacho, donde aquel venerable pastor, habiendo tenido la paciencia de escucharle largo rato, opuso á todo el fuego de sus declamaciones la sangre fria de un anciano que posee su alma. Levantóse al fin muy sosegado, y á todos aquellos vanos argumentos¹, ostentados enfáticamente, no contesta el sacerdote, al retirarse, mas que estas palabras: « Adios, caballero; *vm. olvida que á mi edad no se piensa mas que en el grande interés de la eternidad y en la terrible cuenta que un pastor octogenario tiene que dar de sus ovejas al soberano Juez.* » (*Memorias para servir á la historia de la persecucion*, por el digno presbitero Auribeau.)

Otro cura, cuya vida y cuya muerte fueron sublimes, es el presbitero Royer: « Era cura de San Juan, en Paris, desde el año de 1770, y habia nacido en dicha ciudad en 1720. Terminados sus primeros estudios en el colegio de Plessis-Sorbonne, y á pesar de ser hijo único de un padre muy rico, renunció á las ventajas que le ofrecia el mundo, por consagrarse al servicio de los altares. En el curso de teología llegó por los trámites ordinarios, hasta el grado de doctor. Al cabo de algunos años pasados en el ejercicio del santo ministerio, con los presbiteros de una de las primeras parroquias de la capi-

¹ Para persuadirle sin duda á que prestara el juramento de que tantas veces se ha hecho mencion. — N. del T.

tal, fué nombrado en 1759, para la coadjutoria del curato de los Santos Inocentes. Las prendas pastorales de que se mostró eminentemente dotado en aquella pequeña parroquia, le valieron, en 1770, el importante curato de San Juan. Un virtuoso eclesiástico, testigo de su vida, la bosquejó, en 1796, bajo este titulo: *Tributo histórico á la memoria del venerable M. L. Royer*, etc. Allí es donde debe verse aquella vida tan frugal y tan sencilla, aquellas limosnas tan abundantes, aquellas numerosas fundaciones que hizo de su propio bolsillo para aumentar los socorros espirituales y temporales de su parroquia. De este modo, *por espacio de treinta y tres años*, aquel venerable pastor, honrado con la confianza y la estimacion de los grandes como de los pequeños, siendo el idolo y el modelo de unos y de otros, justificó plenamente la alta consideracion de que gozaba la mayor parte de los curas de la capital. Ya la inocencia de sus costumbres y el mérito de sus trabajos ofrecian una doble recompensa á su fe, cuando vino el martirio á añadir á ella la certidumbre de la corona. » El presbitero Royer rehusó aquel juramento que no fué para los impíos mas que un medio de persecucion contra los sacerdotes católicos. El 1º de setiembre, que era un sábado, y la vispera del día que habia señalado la feroz *commune* para la degollacion de los sacerdotes, el presbitero Royer fué enviado, con gran parte de sus compañeros de prision, á la carcel de la *Abadia*, donde se dió el parabien de verlos dispuestos á ha-

cer á Dios el sacrificio de sus vidas, y pasó lo restante del día recitando con ellos el santo oficio y otras oraciones, y departiendo sobre la vida eterna. Al día siguiente, apenas se hubo despertado, les dijo: « Amados compañeros míos, hoy es el día del Señor. Si estuviéramos en libertad, celebraríamos ú oiríamos todos la misa, pero pues que no podemos tener esa dicha, unámonos al sacrificio ofrecido en este momento por algún ministro de Jesucristo. Es muy probable que esta será nuestra última misa, y que no la diremos ya sino en el cielo: todo nos anuncia que este es nuestro último día. » Hincanse en el mismo instante todos sus compañeros de rodillas, y el presbítero Royer empieza á recitar las oraciones del misal: el fervor y la fe con que todos las repitieron, intimamente persuadidos de que lo hacían por la vez postrera, les suministraban recíprocamente el ejemplo mas eficaz para escitarlos á arrostrar con valor el martirio. Ocuparon lo restante del día en otros santos ejercicios, relativos, casi todos, á las críticas circunstancias en que se hallaban aquellos cautivos de Jesucristo, cuando, á cosa de las tres de la tarde, oyeron el ruido de la matanza que empezaba en un patio inmediato á la sala en que ellos estaban encerrados. Levántase al punto Royer de su silla, y les dice: « Amados hermanos míos, en este instante está dando la hora de nuestra muerte: confesémonos todos mutuamente: ya no hay remedio para nosotros. » Inmediatamente se confiesan unos á otros, y todos ruegan al digno

cura que les dé una absolucion general: de pié en medio de ellos, con su continente patriarcal, alza sus miradas al cielo y les da la bendicion que le piden. Aun estaban todos postrados á sus pies, alzando las manos al cielo y ofreciendo unánimemente sus vidas al Señor, cuando entraron furiosos los asesinos en la estancia en que se hallaban. El venerable cura es el primero á quien arrastran al patio: interpelado por aquellos monstruos para que preste el juramento *cívico* si quiere evitar la muerte, rehúsale con tanta serenidad como heroísmo. Ya tenían levantados los sables para cortarle la cabeza, cuando les dijo: « ¿De qué vais á castigarme, hijos míos? ¿Qué os he hecho? ¿Qué he hecho á la patria, cuyos vengadores os titulais? El juramento que no he podido prestar, nada le costaría á mi conciencia y le prestaría en este mismo momento, si fuera, como suponeis, puramente *civil*. Yo soy tan obediente como vosotros á las leyes, de las que creis ser los ministros. Que me dejen exceptuar del juramento que me proponeis todo lo que respecta á la religion, y le pronunciaré con gran placer y nadie le observará mas fielmente que yo. » Coge entonces el mas feroz de la cuadrilla al santo pastor por el cabello, le derriba sobre un poste y le abre la cabeza de un sablazo: otro en seguida separa del tronco aquella cabeza sagrada. » ... (Los *Mártires de la fe*, por el presbítero Guillon.) Aun los mismos filósofos llamaban al presbítero Royer, *el amigo de Dios y de los hombres*.

Otro compañero del presbítero Royer murió como él: oigamos como refiere este suceso el *Almanaque de las personas honradas*¹, impreso en París, ¿quién lo creyera? en 1793 (le tenemos á la vista): « José Maria Gros, cura de San-Nicolas-du-Chardonnet, diputado de la Asamblea Constituyente, pastor que profesaba á sus feligreses la ternura de un padre hácia sus hijos, habiendo reconocido á uno de aquellos entre sus verdugos, le dijo: « Te conozco, amigo mio. — Ya lo creo, le respondió el antropófago, y yo tambien me acuerdo que me habeis servido en varias ocasiones. — ¡ Buen pago me das! — ¿ Pues y qué he de hacer? repuso el verdugo: la culpa no es mia: la nacion lo quiere así, y la nacion me paga. » Dicho esto, hizo el canibal una seña á sus camaradas, quienes asieron entre todos al venerable sacerdote y le tiraron por la ventana: sus sesos se esparramaron sobre el empedrado, y sus miembros palpitaron algunos minutos. Despues de su muerte se abrió su testamento por el que legaba todos sus bienes á los pobres de su parroquia. »

En el otro extremo de la Francia revolucionaria: « El presbítero Pacquot, cura de la diócesis de Reims, era por sus muchos años el decano de la cristiandad, al paso que la santidad de su vida, generalmente reconocida, le habia grangeado el título de *el santo sacerdote*. Su mas vivo deseo era termi-

¹ *L'Almanach des honnêtes gens.*

nar su carrera derramando su sangre por la fe, y Dios accedió á sus ruegos: — cuando entraron de improviso los asesinos en su oratorio, le hallaron arrodillado, terminando el oficio de los agonizantes. Entregóse á ellos como un discípulo de Jesucristo á sus verdugos; atravesó, bajo su escolta, las calles de la ciudad, rodeado de sus sanguinarias aclamaciones, y recitando muy sosegadamente los salmos de David. Llegado que hubo á la casa del ayuntamiento, iba ya á recibir el golpe mortal, cuando el *maire*, creyendo haber hallado el medio de sustraerle á la muerte, sale gritando á los malvados: — ¿ Qué vais á hacer? Ese anciano no es digno de vuestra cólera: es un infeliz que está loco, á quien el fanatismo ha hecho perder el seso. — No, señor, dijo el venerable decano al oír aquellas palabras, ni estoy loco, ni soy un fanático: hágame vm. el gusto de creer que nunca he tenido mas espedito que en este momento al uso de mi razon. Esos señores me piden un juramento decretado por la asamblea nacional: yo conozco ese juramento: es impio, subversivo de la religion. Esos señores me proponen que escoja entre el juramento y la muerte: yo detesto ese juramento, y escojo la muerte. Paréceme, caballero, que bien demuestro de este modo que estoy en mi juicio, y que sé lo que me hago. — El magistrado, atónito al oír aquella sublime respuesta, tiene que abandonarle á los asesinos; pero M. Pacquot hace una señal con la mano, y todos se detienen. — ¿ Quién de vosotros, les dice, me dará el golpe

mortal? — Yo, responde uno de aquellos malvados. — ¡Ah! repuso M. Pacquot, permita vm. que le abrace y que le manifieste mi gratitud por la ventura que va á proporcionarme. — Abrázale en efecto como á su mas amado bienhechor, y añade : — Permita vm. ahora que me ponga en la postura conveniente para ofrecer á Dios mi sacrificio. — El asesino queda suspenso : M. Pacquot, de rodillas, pide perdón á Dios en alta voz por si y por sus verdugos. El infame á quien habia abrazado descarga el primer hachazo : cae el santo sacerdote; luego los otros verdugos le acribillan á porfia á sablazos y bayonetazos, mostrando con su barbarie lo que puede la rabia de la impiedad, así como M. Pacquot habia mostrado, con su valor y su mansedumbre, á lo que alcanza el heroismo de la virtud sostenido por la religion. »

« En Autun, habiendo sido preso por el populacho el cura del pequeño seminario de Clermont, el *maire*, que queria salvarle, le aconsejó, no que prestase el juramento, sino que permitiese á lo menos que se dijese al pueblo que le habia prestado. — Si lo hace vm., le dijo el cura, yo le desmentiré en presencia del pueblo : no me es licito salvar mi vida á costa de una mentira. El Dios que me prohíbe prestar ese juramento me prohíbe tambien hacer creer que le he prestado. — Calló el *maire*, y el cura fué martir. »

Los mas humildes curas de aldea, magnánimos en aquella época, merecian tambien tener los mas ilus-

tres y valerosos amigos. Digalo, sino, esta página de las escelentes *Memorias de Campenon sobre Ducis*¹ : « Las primeras persecuciones fueron para él un golpe terrible, pues recayeron sobre los objetos mas amados que le quedaban ya en el mundo, sus amigos, y principalmente M. Lemaire, cura de Roquencourt, pueblecillo á media legua de Versalles, que ya, en el verano de 1792, se vió arrebatado á sus feligreses, y poco despues llevado de carcel en carcel por orden de la junta revolucionaria de Versalles. Habia nacido en el mismo pueblo y en el mismo año que M. Ducis, y desde su infancia habian vivido en la mas estrecha é inalterable amistad. A la primera noticia de aquel terrible suceso, M. Ducis olvida sus sesenta años, deja su retiro de Marly, donde ocupaba una casita, va á pie á Versalles, se dirige inmediatamente al cuartel de guardias de corps, que acababan de convertir en carcel, prueba todos los medios de ver á su amigo, que estaba preso en ella, y, viendo la inutilidad de sus instancias y de sus súplicas, pónese en camino, tambien á pie, para Roquencourt; llama á la puerta del presbiterio², donde halla á una criada anciana anegada en llanto; se apodera de ella, hace que le siga el perro del buen cura; lleva á aquellos dos fieles servidores á

¹ El poeta lírico y dramático, refundidor de Shakespeare. — N. del T.

² Ya hemos dicho en una nota anterior que así se llama en Francia la casa habitacion del párroco, comunmente contigua á la iglesia. — N. del T.

Marly, y no los deja hasta despues de haberlos instalado en su casa; desde allí vuelve, siempre á pie, á Roquencourt, se pone de acuerdo con algunos aldeanos, cuyo afecto á su pastor le es notorio, y, ayudado por ellos, hace trasportar, y transporta él mismo, con mucho sigilo y de noche, todo lo que puede salvar del menage del presbiterio. Al dia siguiente, y en los sucesivos, da nuevos pasos para obtener que le dejen entrar en la carcel, pero siempre en vano: recorre todo Versailles solicitando á los pocos amigos que le han dejado las calamidades de los tiempos: ¡súplicas vanas! Dó quiera halla ó buena voluntad sin crédito, ó la autoridad sin benevolencia. Hacen entre tanto pasar al desgraciado sacerdote á ocho cárceles sucesivas, sin abatir la paciencia del cautivo, sin desanimar la perseverancia de su amigo, que no desiste, en fin, sino en vista de la orden formal que recibe de hacerlo así; y he aquí la carta que contenia esta orden: « *Miércoles por la mañana.* — En vano se afanarán los hombres, amigo mio; nunca sucederá mas que lo que Dios disponga. Por mi parte, estoy pronto á la partida: la vida que paso hace seis semanas no es tan dura como tú crees. Mi corazón goza aquí una paz completa; duermo bien; imploro á Dios por ti, por mi, y le bendigo, porque me ha dado un amigo cristiano, cuyo valor me ha conmovido profundamente, — porque todo lo he sabido.

« Pon coto ya á tu celo, amigo mio: bastante has hecho ya. No turbes mi sosiego con cuidados por tí,

te le ruego, y, si es preciso, *te lo mando*. Si Dios me llama á su seno por este camino, habré conocido, merced á tí, las mayores dulzuras de la vida y de la muerte. Adios, amado Ducis: suceda lo que suceda, nos volveremos á ver: adios, sométete, y no me contestes. »

« ¡Qué lucha tan noble entre aquella animosa amistad y aquella amistad resignada! Este es el caso de decir con Lafontaine :

« ¿Cual de ellos ama mejor?

« ¿Qué te parece, lector? »

«Hasta pasado el 9 termidor no se abrió la prision de aquel venerable sacerdote, y M. Ducis fué el primero que le anunció que ya estaba en libertad.

«Nada he inventado, nada he hermoseedo en esta narracion. Casi todos estos pormenores están sacados de la noticia que puso M. Ducis al frente de su *Epistola al cura de Roquencourt*. Yo he visto en casa de M. Ducis la mesita y el sillón que llevó de Roquencourt, y que su amigo le obligó á conservar... »

El primer cura de la nueva provincia de Argel, el presbítero Suchet, sobrino del célebre mariscal de este nombre, acaba de revelar á la Francia un verdadero grande hombre mas. « Ya nos teneis en Argel, escribe á su amado *Saturnino* de Tours, ya nos teneis reducidos á la condicion de los misioneros de la China ó de los desiertos de la América. Reclamó

en particular vuestra proteccion para nuestra pobre iglesia naciente de Constantina. No tengo mas paños ni ornamentos que los que traje de Francia, no tengo ni cruz, ni candelabros, ni viril, ni pilas, ni nada. Mi cruz y mi crucifijo de marfil, que he puesto sobre el altar, y mi preciosa estatuita de la Virgen, que me dieron las buenas señoras del Refugio, que he colocado sobre un fragmento de una columna de marmol blanco, forman el mas bello ornato de nuestra pobre iglesia. He deseado que esta nueva y primera iglesia de Constantina se pusiese bajo la advocacion de nuestra Señora de los Dolores, y el señor obispo acaba de consagrarla bajo el dulce nombre de *Maria*.

« ¡Oh! ¡cuan poderosos seremos con una protectora tan grande, con una patrona tan buena!... Ya he restablecido el rezo del rosario todos los domingos despues de visperas: luego entonamos cánticos con nuestras buenas religiosas, con varios piadosos militares, y algunas escelentes esposas de oficiales. Los Arabes acuden en gran número á nuestras ceremonias... El domingo de Pascua, los grandes personajes del pais y de toda la estensa provincia de Constantina, con los caudillos del gran desierto de Sahara, se dieron cita en nuestra iglesia, y quedaron asombrados del bizarro porte de nuestros militares, de la música, y sobre todo de las vestiduras con que dije la santa misa. Escucharon con suma atencion el breve discurso que pronuncié, como si le hubieran entendido: hablé mucho de ellos, y los

intérpretes les tradujeron perfectamente mis palabras; lágrimas de júbilo derramaban besándome las manos. Querian que les esplicase qué era aquella cruz de *Sidnaïsa* (Jesucristo), aquella pequeña estatua de *Lela Marien* (Nuestra Señora), luego el confesonario, la pila bautismal, el altar, etc., y á todas mis esplicaciones respondian *melih bezzeif* (muy bueno), *Allah iazekoum* (¡ámenos Dios!...)

« Ahora nos preparamos á celebrar pomposamente, y sobre todo santamente el mes de Maria en Constantina. Nuestros hermosos cánticos de Francia resonarán bajo las bóvedas de una mezquita católica, la música de los regimientos se unirá á la nuestra, y nada enfin nos faltará, ni aun la asistencia de nuestros judios, que se volverán *bendecidos* sino *santificados*. Si vuestras buenas almas de Tours tuviesen un momento de buena inspiracion, se escotarian para enviarnos una *Virgen* y un *camino de la Cruz*; el corto número de cristianos de la pobre iglesia de Constantina, igualmente que su pobre pastor, lo celebrarian en el alma.



Índice.

	Pág.
- Advertencia del trad.	V.
- El poder y la forma del mejor libro	IX
- Precedente especial del autor	XVII.
- Magnificencia de la dignidad nacional del sacerdote	1.
- Magnificencia del sistema de filosofía y de enseñanza del Sacer.	33.
- Grandexa histórica del sacerdote en particular S.I. Examen de la grandexa y de la especie de divinidad de los Apóstolos.	79.
S.II. Examen de la grandexa y de la beneficencia históricas de los Sob. Pont.	95.
S.III. Examen de la grandexa y de la magnificencia históricas de los Cardenales de la S. Sede Romana	127.
S.IV. Examen etc. del Episcopado	131.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DE
RE